



GUERRA
EN
ESPAÑA

1816

7



22



1816

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

SERVICIO HISTORICO

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción

Clasificación

Colocación

Sala
Estante	5
Tabla	5
Núm.	1.816

- 7 -

BD2 - 720

ML-R-94-A

1816

7

Donativo de
D. Anastasio Pizarro

30-4-40

MEMORIAS

SOBRE

LA GUERRA DE LOS FRANCESES

EN ESPAÑA.

1831

MEMORIAS

SOBRE

LA GUERRA DE LOS FRANCOSES

EN ESPAÑA

MEMORIAS

SOBRE

LA GUERRA DE LOS FRANCESES

EN ESPAÑA,

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR MR. ROCCA,

Oficial de Úsares, y Caballero de
la Cruz de la Legion de Honor,

Y TRADUCIDAS

por el Sargento Mayor de infantería,
y primer Ayudante del Regimiento de
Burgos 21 de línea D. A. A.

¡CON LICENCIA: EN MADRID,
IMPRENTA QUE FUÉ DE GARCÍA.

AÑO 1816.

Quintano Paraiso



MEMORIAS

SOBRE

LA GUERRA DE LOS BRASILEÑOS

EN PARAGUAY

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR DON ROCCO

Oficial de Infantería y Caballero de
la Cruz de San Carlos de Borromeo

Y TRADUCIDAS

por el Sr. Don Esteban de Larrazabal
y Don Juan de Larrazabal del Regimiento de
los 11 de línea D. A. A.

CON LICENCIA: EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE LA CRUZ

AÑO 1815

EL TRADUCTOR.

Presento al público las memorias de la invasion francesa , porque estoy persuadido, que, en quanto al asunto, han de merecer su aprobacion. Los recuerdos de una hazaña , que no tiene exemplo en la historia , y en la qual, ademas de la gloria nacional , está interesado el amor propio de los españoles , que, quien mas, quien menos, tuvimos casi todos parte en tan gloriosos acontecimientos ; deben ser siempre gratos á nuestra memoria.

Falta sin duda mucho á esta obra para presentar en su verdadero punto

de vista los seis años de lucha; pero mientras que una historia particular de todo este tiempo satisface nuestra curiosidad, creo que estas memorias serán útiles y agradables. El que las escribe, no puede ser sospechoso en los elogios que hace de nuestra constancia y de nuestro carácter; pues que llegó á conocer nuestras virtudes desde las mismas filas del ejército invasor. Su relacion es bastante exácta, y aunque alguna vez se dexa llevar del entusiasmo natural por el ejército en que sirvió, y de quando en quando se entretiene tambien demasiado en sus propias aventuras; en lo general habla con imparcialidad, y lo esencial de su relato está sólidamente apoya-

do en los documentos de que forma el apéndice, que ademas de ser fidedignos, son bastante curiosos por los pormenores que contienen.

La ineptitud de José Bonaparte, las devastaciones de los exércitos franceses, el carácter de los españoles, y otras muchas particularidades se describen con exâctitud en estas memorias. El autor de ellas hace algunas observaciones, en las quales ensalzando nuestra constancia, y los distinguidos servicios, que hemos hecho á la Europa, coloca á la España en el lugar que se merece.

La Europa, dice, no debe olvidar, que la España ha sostenido casi sola por mas de cinco años el peso del

inmenso poder del Emperador Napoleón. Vencedor en Italia, en el Danubio, en el Elba, y en el Niemen habia sometido ó unido á su fortuna una gran parte de la Europa. Reuniendo baxo sus banderas los vencidos á los vencedores, habia convertido á sus enemigos en aliados de sus exércitos. Los italianos, los polacos, los suecos, los holandeses, los saxones, los babaros, y todos los pueblos guerreros de la confederacion del Rhin, confundidos en las filas de los franceses, y émulos de su gloria, se complacian en hacer alarde en los combates, de que despreciaban como ellos los peligros, y la muerte.

En efecto: ¿á qué nacion se debe

la paz que disfrutamos? ¿Tiene alguna tantos títulos á la gratitud de las demas como la España? ¿Cuál era la situacion de la Europa quando Napoleon invadió la península?

Las naciones que componen el imperio germánico, estaban ligadas por medio de la confederacion del Rhin, y léjos de poder hacer algo por la causa de la Europa, se veian precisadas á aumentar el ejército del tirano: la Italia y la Bélgica formaban parte del imperio francés: los reynos de Nápoles y de Holanda, aunque conservaban el nombre de estados independientes, se hallaban gobernados por proconsules mas bien que por reyes: la Prusia quedó á discrecion del

vencedor por solo la pérdida de una batalla: la Polonia creyó hallar en Napoleón un protector, que conservase la integridad de su antiguo territorio, y la proporcionase un gobierno estable; y la Austria fatigada ya de hacer inútiles esfuerzos en Italia, en el Rin y en el Danubio, no parecía dispuesta á contrarrestar el torrente; y la campaña de 1809, solo sirvió para estrechar á los dos imperios con lazos al parecer indisolubles. La Rusia, que había movido sus ejércitos contra el usurpador, ya para auxiliár al Emperador Francisco, ya para proteger al Rey Federico, parecía que se había paralizado, y no daba muestras de hacer un esfuerzo vigoroso para sacudir

el yugo de la cerviz de las demas naciones. La Inglaterra en fin, esta rival eterna de la Francia, no podia aniquilar directamente las fuerzas de Napoleon: sus esquadras, bloqueando los puertos, y cruzando los mares, impedian, es verdad, el comercio exterior, pero entre tanto el usurpador aumentaba sus formidables exércitos, y se vengaba de la Inglaterra con otra especie de guerra no menos destructora para aquella nacion.

Esta era la situacion de la Europa, quando Napoleon realizó su proyecto de regeneracion, arrancando pérfidamente de entre nosotros á nuestro legítimo soberano, y reemplazándole con su hermano José. Y ¿quál

fué la nacion que se opuso á una arbitrariedad tan contraria á todo derecho, y de tan pernicioso exemplo?

Pasemos en silencio nuestra triste situacion en aquella época, y el heróico arrojo de los españoles, que sin gobierno, sin tropas y sin plazas juraron morir independientes, y reflexionemos por un momento en la suerte actual de la Europa, si la España hubiera sucumbido.

Es innegable que solo el soberano del basto imperio de la Rusia hubiera podido hacer frente á Napoleon, y si éste consiguió llegar hasta Moscow quando aun entretenia poderosos exércitos en España ¿es creible que no hubiese tomado á S. Petesburgo,

sí el ejército invasor de Rusia hubiera sido reforzado con el que tenía en la península, y con ciento y cincuenta, ó doscientos mil españoles? ¿No hubiera entonces desmembrado algunas provincias de este imperio para redondear la Polonia, ó para eregir un nuevo trono, en el que hubiera colocado á alguno de sus compañeros de armas? Su política maquiabélica hubiera sin duda hallado el medio de que la Rusia no le diese celos en mucho tiempo, y entonces todas las naciones, desde la embocadura del Tajo hasta las márgenes del golfo de Finlandia, hubieran executado directa ó indirectamente las órdenes del Tirano. Hasta la misma Inglaterra hubiera experimen-

tado los tristes efectos de la sumision de la España. *El sistema continental*, observado entonces en toda la Europa, hubiera paralizado su comercio, hubiera estancado sus géneros, hubiera arruinado sus fábricas, y sus numerosas flotas se hubieran convertido en inútil adorno de sus puertos.

Todas las naciones, particularmente la Rusia, han hecho esfuerzos extraordinarios para sacudir el yugo francés, pero estos esfuerzos no son comparables con los de los españoles. La mayor parte de los vastos dominios rusos no estaba invadida; sus ejércitos subsistian aun sin haber sufrido una derrota: el gobierno no habia tenido la mas mínima mudanza, y el clima

y el hambre oponian barreras impene-
trables á los franceses. Pues ¿cómo se
han de comparar los esfuerzos de una
nacion, que cuenta con todos estos au-
xílios, y que sacude el yugo en po-
cos meses, con la constancia impertér-
rita de otra, que desprovista absolu-
tamente de todo, é invadida del uno
al otro extremo, lucha sin cesar seis
años, aumentándose su entusiasmo á
proporción que le hacia indispensable
una serie no interrumpida de reveses?
¿Qué tiene que ver la determinacion
de los habitantes de Moscow, que in-
cendiaron su ciudad para privar á los
franceses de los recursos, que podrian
hallar en ella, con la heróica resolu-
cion de los vecinos de Zaragoza, que

se enterraron en las ruinas de sus edificios?

Quando ensalzo el heroismo español, no pretendo quitar á las demas naciones la parte que tuvieron en la libertad de la Europa; admiro y venero sus gloriosos esfuerzos; pero mi ánimo es hacer ver, que la España fué la roca en que se estrelló el poder, hasta entonces inmenso, de Napoleon, y que por un órden natural de cosas, sin la tenaz resistencia, que los españoles opusieron á sus ambiciosas miras, exístiria aun hoy el Coloso, y la Europa atónita temblaria todavia á la voz del Tirano.

MEMORIAS

S O B R E

LA GUERRA DE LOS FRANCESES

EN ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

El segundo regimiento de úsares, llamado antes Chamboran, en el que he tenido el honor de servir, recibió un año despues de la campaña terminada por la batalla de Friedland y la paz de Tilsitt, la órden de dexar la Prusia para marchar á España. De este modo tuve proporcion de comparar dos géneros de guerra absolutamente diferentes; la guerra de tropas arregladas, que ordinariamente se interesan poco en el objeto de la querella que sostienen, y la guerra de resistencia que una Nacion puede poner á exércitos de línea conquistadores.

Salimos de las llanuras arenosas del

A

norte de la Alemania, donde habíamos tratado con pueblos sujetos á gobiernos enteramente militares, porque diferentes Soberanos del Imperio Germánico hacia mas de un siglo que habian procurado perfeccionar las instrucciones guerreras que podian asegurar su autoridad y su ambicion personal; pero acostumbrando á sus vasallos á una sumision exâcta y minuciosa, habian debilitado el carácter nacional, que es el único baluarte invencible que las Naciones pueden oponer á las invasiones de los extranjeros.

Quando los franceses conquistaban una provincia de la Alemania; y que esta provincia no podia recibir ya órdenes de su Soberano, las clases inferiores que no tenian costumbre de hacer uso de su voluntad, no se atrevian á obrar sin el impulso de los Gobiernos ó de los Señores: la conquista subordinaba estos Gobiernos á la influencia de los vencedores, y los Señores acostumbrados despues de mucho tiempo al espec-

táculo de las vejaciones momentáneas que los soldados causaban á los pueblos, se resignaban mas facilmente á los males que la guerra trae consigo.

Las llanuras del norte de la Alemania no permiten substraerse tan facilmente al yugo de los vencedores como en otros países de una naturaleza diferente. Pequeños cuerpos de tropas contenian en la obediencia una grande extension de país conquistado, y aseguraban las subsistencias de nuestros exercitos. Los habitantes no hubieran podido encontrar guaridas seguras si hubiesen pretendido hacer contra nosotros revoluciones particulares: por otra parte los Alemanes acostumbrados á un género de vida tranquila y regular, no toman un partido desesperado, sino quando se les han desarraigado enteramente todos sus hábitos.

Nada teniamos que temer allí de los habitantes del país conquistado, y la guerra de Alemania se hacia únicamente por tropas de línea, entre las quales exis-

ten mas bien rivalidades que rencores.

El suceso de una campaña dependia del impulso unánime de las operaciones militares, de la actividad, de la perseverancia de los gefes, de su habilidad en adivinarse, en prevenirse, y en llevar á propósito y con prontitud grandes masas á puntos de ataques decisivos. Se evitaban todos los pequeños encuentros que no conducen en la guerra regular mas que á hacer infelices á algunos individuos sin contribuir á ninguna ventaja importante; y los talentos de los generales no se frustraban jamás por las voluntades individuales, ó por los movimientos espontáneos de los pueblos.

En Alemania no teniamos que vencer mas que gobiernos y exércitos; en la península española, á donde ibamos á hacer la guerra, no habia ya ni tropas arregladas ni gobiernos. Napoleon habia invadido la España y el Portugal, apriisionado y hecho huir á los Soberanos de estos paises, y dispersado sus fuerzas militares. No ibamos á pelear contra tro-

5
pas de línea iguales con corta diferencia en todas partes, sino contra un pueblo á quien sus costumbres, y la naturaleza misma del pais aislaban de todas las demas naciones continentales. Los Españoles debian oponernos una resistencia tanto mas temeraria, quanto creian que el gobierno francés queria hacer de la península un solo estado secundario, sometido irrevocablemente á la dominacion francesa.

Las altas y esteriles montañas que rodean y atraviesan la España están pobladas de razas guerreras, armadas siempre para hacer el contravando, acostumbradas á rechazar las tropas arregladas de su Nacion, que frecuentemente se emplean en su persecucion. El carácter indomable de los habitantes de la península, la suavidad del clima que permite vivir al raso casi todo el año, las retiradas inaccesibles de las montañas del interior, la mar que baña sus dilatadas costas, todas estas grandes circunstancias que provienen del clima y de las

localidades, debian facilitar á los Españoles proporciones sin número para substraerse á la opresion de los vencedores, y para multiplicar sus fuerzas, ó bien transportándose con rapidez á los puntos en que los franceses tenian pocas fuerzas, ó bien poniéndose en salvo á sus persecuciones.

Quando en fin de agosto del año de 1808 dexamos nuestros cantones de la Prusia para ir á España, habiamos reflexionado muy poco en los obstáculos imprevistos que podiamos hallar en un pais tan nuevo para nosotros. Creiamos marchar á una expedicion facil y de poca duracion; y vencedores en Alemania suponiamos que nada podria en adelante resistirnos.

Nuestros soldados jamás preguntaban á qué parage se les conducia, sino si habia víveres adonde iban: baxo este solo punto consideraban la geografia de la tierra. El mundo estaba dividido para ellos en dos partes, la zona feliz en que crece la viña, y la zona detestable en

la que no se conoce. Habiendo oido decir al principio de cada campaña que darian el último golpe al poder vacilante de la Inglaterra, confundian este poder baxo todas sus formas con la Inglaterra misma. Juzgaban de la distancia que los separaba por el número de marchas que hacian despues de muchos años de un extremo del mundo al otro, sin haber podido llegar aún á esta especie de pais imaginario y lejano, que retrogradaba sin cesar delante de ellos. En fin decian si el desierto nos ha separado en Egipto, y el mar en Baulogne, llegaremos facilmente por tierra atravesando la España.

Despues de haber pasado el Elva y el Weser llegamos á la orilla izquierda del Rhin y á la Francia. Se hablaba hacia dos meses de una guerra próxima con el Austria, y quando salimos de Prusia en el mes de setiembre de 1808 estabamos todos persuadidos que nos conducian sobre el Danuvio. Nuestros úsares salieron de la Alemania, de este

bello pais que entonces habian conquistado , de esta patria de guerra , de la qual llevaban tantos recuerdos de gloria , y en donde se habian hecho estimar algunas veces individualmente , con una profunda tristeza , y casi con las lágrimas en los ojos.

Atravesamos la Francia , como si fuera un pais nuevamente conquistado y sometido á nuestras armas. Napoleon habia mandado que sus soldados fuesen bien recibidos y festejados en todas partes: venian diputaciones á cumplimentarnos á las puertas de las ciudades. Los oficiales y soldados eran conducidos inmediatamente despues de su llegada á banquetes suntuosos preparados con anticipacion ; y quando marchabamos , los magistrados nos daban aun las gracias porque habiamos tenido la bondad de gastar en un dia los derechos municipales de muchas semanas. Los soldados del ejército grande no perdieron en Francia la costumbre que habian contraido en Alemania de maltratar algunas veces

á los habitantes y á los paisanos, en cuyas casas estaban alojados. Los auxiliares aliados sobre todo no querian comprender por qué no habian de tratar á la Francia como á pais enemigo, y decian que sin duda era esta la costumbre porque las tropas francesas se habian portado del mismo modo en la Alemania y en la Polonia. Los habitantes de las ciudades y de los campos por donde atravesabamos lo sufrían todo con impaciencia, esperando que acabase de pasar el torrente armado.

Nuestras tropas se componian (ademas de los franceses) de alemanes, de italianos, de polacos, de suizos, de holandeses, y tambien de irlandeses y de mamelucos. Estos extrangeros traian sus uniformes nacionales, conservaban sus costumbres, y hablaban sus propias lenguas; pero á pesar de estas diferencias que oponen barreras entre las Naciones, la disciplina militar llegaba facilmente á reunirlo todo baxo la mano poderosa de uno solo: todos estos hombres traian la

misma escarapela, y no tenían mas que una sola voz de guerra y de union.

Pasamos el Seine en París, el Loire en Saumur, el Garone en Bordeaux, allí descansamos por la primera vez despues de nuestra salida de Prusia algunos dias, mientras que el resto del ejército se trasladaba á la otra orilla del rio. Atravesamos en seguida los arenales incultos que están entre Bordeaux y Bayonne. En estas llanuras solitarias, como en los matorrales de la Prusia y de la Polonia, el suelo arenisco no resuena baxo los pies de los caballos, y el ruido regular y acelerado de sus herraduras no sirve para reanimar su ardor. Bosques inmensos de pinos y de alcornoques rodean el orizonte á grandes distancias; se ven de trecho en trecho pastores vestidos de pieles de carneros negros montados sobre zancos de seis á siete pies de altura, y apoyados á un largo baral: permanecen inmoviles en un mismo sitio sin perder jamás de vista sus ganados que pacen al rededor de ellos

en los matorrales. Quando Napoleon atravesó estos grandes arenales, la pobreza del pais no permitió se le diese, segun el uso, una guardia de honor de caballería; fué escoltado por un destacamento de estos pastores, que seguian con sus largos zancos el trote de los caballos en la arena. Á algunas leguas de Bayonne pasamos el Vidasoa, rio que circunda la Francia en los Pirineos. En el momento que se pone el pie en el territorio español se advierte una mutacion sensible en el aspecto del pais, y en las costumbres de los hombres. Las calles estrechas y torcidas, las ventanas con rejas, las puertas de las casas casi siempre cerradas, el aire severo y reservado de los habitantes de todas clases, y la desconfianza que nos manifestaban generalmente, acrecentaban la tristeza involuntaria que se apoderó de nosotros quando entramos en España.

Vimos pasar á Napoleon antes que entrase en Vitoria, que iba á caballo: la sencillez de su uniforme verde le dis-

tinguia entre los generales ricamente vestidos que le rodeaban. Hizo á cada oficial un saludo particular con la mano, por el qual parecia decirle: *cuento con vmd.* Españoles y Franceses se habian reunido en gran número para verle pasar; los Franceses veian en él solo la fortuna del ejército entero; los Españoles procuraban leer en sus miradas y en su semblante, quál seria la suerte de su desgraciada patria.

Á los últimos dias del mes de octubre del año de 1808 el ejército grande de Alemania vino sucesivamente á reunirse al ejército francés que el Rey José mandaba en España. Entonces fué quando supimos con admiracion de nuestros hermanos de armas una parte de los acontecimientos de la guerra de la península, y los pormenores de las acciones desgraciadas, que habian obligado á los generales Dupont y Junot á capitular en Andalucía y en Portugal: al mariscal Moncey á retirarse de Valencia, y en fin al ejército entero á reconcen-

trarse en la orilla izquierda del Ebro. (1)

(1) El Rey José estaba en Vitoria con el estado mayor general de su ejército y sus guardias. El mariscal Moncey con su cuerpo de ejército estaba en Tafalla observando el ejército español del general Palafox, situado en Sangüesa en las fronteras de Navarra y Aragon. Las tropas á las órdenes del mariscal Ney ocupaban á Logroño y Guardia: tenían á su frente á las inmediaciones de Tudela de Ebro los ejércitos españoles mandados por los generales Palafox y Castaños, que reunidos debían ascender á quarenta mil hombres. El mariscal Besieres estaba en Miranda de Ebro: había dexado una guarnicion en el fuerte de Pancorbo; su posicion estaba cubierta por la caballería numerosa y bien montada del general Lasalle. El mariscal Lefebre ocupaba á Durango; los cuerpos mandados por los mariscales Besieres y Lefebre estaban opuestos á los ejércitos del centro y de la izquierda de los españoles baxo las órdenes de los generales Belveder y Blacke. El ejército del centro de los españoles situado en Burgos se componia de doce á catorce mil hombres solamente: debía ser reforzado por veinte y siete mil ingleses, que se abanzaban de Portugal y la Coruña baxo las órdenes de los generales Moore y Sir D. Baird. Este ejército es

El 8 de octubre por la noche el cuartel general salió de Vitoria y vino á Miranda. El dia siguiente todo el ejército del centro, del que hacemos parte, se puso en marcha baxo las órdenes inmediatas del Emperador. Debíamos haber estado destinado á sostener el de la izquierda mandado por el general Blacke en la Vizcaya, y á mantener las comunicaciones con los ejércitos españoles en Aragon y Navarra. El ejército del general Blacke, aunque se componia de treinta y siete mil hombres, tenia poca caballería, y no se atrevia á baxar á las llanuras en las inmediaciones de Miranda y Vitoria: habia dexado sus posiciones entre Oña, Frias y Herron para apoderarse de Bilbao, y se habia abanzado al traves de las montañas que separan la Vizcaya de la provincia de Alava hasta Zornozza, y Archandiano ácia Durango, para insurreccionar el pais y atacar la derecha y las comunicaciones del ejército del Rey José. Los ejércitos españoles de Navarra, y Aragon debian executar el mismo movimiento contra el centro y la izquierda de los franceses, á fin de obligarlos á retirarse por el camino de Tolosa, ó bien rechazarlos en los desfiladeros de Navarra ácia Pamplona.

cer un poderoso esfuerzo sobre Burgos donde estaba el centro de las tropas españolas para amenazar en seguida, avanzando rápidamente, los flancos de sus ejércitos de izquierda y derecha en la Vizcaya, y ácia las fronteras de Navarra y Aragon. Queríamos impedir que estos ejércitos se concentrasen sobre Madrid, si se retiraban, y cortarles la retaguardia sobre sus comunicaciones, si pretendian resistirse.

Á este efecto nuestro ejército de la derecha, formado de los cuerpos á las órdenes de los mariscales Victor y Le-

Tales eran los proyectos de los españoles, y ésta la situacion de las cosas quando el Emperador Napoleon tomó en España el mando de los ejércitos. El 31 de octubre de 1808 el cuerpo del mariscal Lefebre habia atacado cerca de Durango el ejército del general Blacke, le habia rechazado, y entrado al dia siguiente en Bilbao. El cuerpo de ejército del mariscal Victor que marchó el 6 de noviembre de Vitoria sobre Orduña, debia formar unido con el del mariscal Lefebre el ejército de nuestra derecha.

febre, debia continuar marchando contra el ejército de Blacke, que se retiraba sobre Espinosa despues de haber sido rechazado de Durango y Balmaseda. Nuestro ejército de la izquierda baxo las órdenes de los mariscales Lannes y Moncey permaneció á las inmediaciones de Logroño y Tafalla: esperaba para moverse ácia Zaragoza el resultado de la accion que sin duda ninguna ibamos á tener en Burgos.

El quartel imperial llegó el 9 por la noche á Bribiesca: el ejército baxo las órdenes del Emperador se acantonó en las inmediaciones de esta ciudad. Los habitantes del pais se habian huido por todas partes á las montañas quando nos acercamos.

El 10 al amanecer el mariscal Soult fué á reconocer con una division de infantería las posiciones del enemigo en la direccion de Burgos. Quando llegó á la aldea de Gamonal fué recibido por una descarga de treinta cañonazos. Esta fué para los franceses la señal de ataque

El mariscal Soult no esperó al resto del ejército que seguía detrás de él, empeñó al momento la acción, y arrolló á las Guardias Española y Walona, que era la principal fuerza del ejército enemigo. Habiendo llegado en seguida el mariscal Bessieres con la caballería del ejército, envolvió las alas de los enemigos, acabó de ponerlos en entera derrota, y entró en Burgos á una con los fugitivos.

Nuestra brigada de úsares habia quedado sola en un canton separado dos leguas mas atrás de Bribiesca. El ayudante que debia traernos la órden de marcha se habia perdido porque no pudo hallar un guía, y no nos pusimos en marcha hasta las nueve de la mañana: seguimos todo el dia las huellas del ejército sin saber una palabra de lo que habia pasado la misma mañana delante de nosotros.

Quando la noche sobrevino descubrimos á una gran distancia los fuegos de las guardias avanzadas del ejército. Á pesar de la obscuridad conocimos por

B

el modo de andar de nuestros caballos que atravesabamos un campo de batalla: acortaban el paso de momento en momento, levantando sus pies con precaucion por el miedo de tocar los muertos, por encima de los quales pasaban. Se detenian tambien algunas veces para baxar la cabeza y olfatear con espanto los caballos muertos durante la accion.

Burgos habia sido enteramente abandonada por sus habitantes. Esta grande poblacion no era mas que una basta soledad quando llegaron nuestras tropas despues de la batalla; fué entregada al pillage. En el barrio por donde entramos se oian por todas partes el murmullo y las voces confusas de los soldados que iban y venian en todas direcciones á buscar víveres y utensilios en las casas desiertas. Se alumbraban con grandes cirios que habian encontrado en los conventos. Mas lejos en la parte de la ciudad menos frecuentada por nuestras tropas se oian los lamentos sofocados y lúgubres de los enfermos y de los viejos,

que no habiendo tenido fuerzas para huir se habian refugiado á una iglesia donde estaban amontonados en gran número: recitaban oraciones con sus curas, esperando la muerte que creían próxima: la opáca luz de la lamparilla sagrada se veia al través de las vidrieras de esta iglesia.

Llegamos á las once de la noche al vivac que nos estaba destinado á las márgenes de Arlanzon: quando se hizo de dia vimos en el rio los cadáveres de algunos soldados españoles, y de algunos frayles que habian muerto peleando el dia antes.

El 11 nuestra brigada de caballería ligera se puso en marcha al salir el Sol para explorar el pais subiendo por la orilla del Arlanzon. Descubriamos á alguna distancia sobre las márgenes de este rio tropas de paisanos y de habitantes de la ciudad, que se retiraban detrás de las alturas, ó se ocultaban entre las desigualdades de la rivera opuesta. Á veces no se descubrian mas que sus cabezas,

que levantaban de quando en quando de entre la maleza para ver si habiamos pasado.

Algunos de nuestros flanqueadores encontraron unas monjas que habian salido de Burgos la víspera durante la batalla. Estas pobres mugeres, de las quales algunas jamás habian salido del recinto de sus claustros, habian con el terror marchado sin detenerse, tan lejos como se lo habian permitido sus pies, y habian venido á esconderse en los bosquecillos cerca del rio. Se dispersaron quando nos vieron venir desde lejos; pero en seguida se reunieron quando nos acercamos, y permanecieron de rodillas unidas entre sí, teniendo sus cabezas bajas y envueltas en sus velos. La que habia conservado mas presencia de espíritu se puso en pie delante de sus compañeras. Se veian en su semblante un aire de candor y de dignidad, y la apariencia de calma que proviene de una grande conmocion en un momento desesperado. La religiosa que estaba en

pie, decia, dando vuelta á las cuentas de su rosario, á los soldados que pasaban cerca de ellas, como para implorar su proteccion, estas solas palabras que sabia de nuestra lengua: *bon jour mesieurs francais: buenos dias señores franceses.* Se dexó en paz á estas pobres religiosas.

Pasamos quatro dias en una villa á quatro leguas de Burgos, cuyo nombre ignoro, porque no hallamos nadie á quien preguntárselo. El quartel imperial permaneci6 en Burgos hasta el 22. Esta ciudad era el centro de todas las operaciones militares, y desde ella se podia comunicar con igual facilidad con los diferentes cuerpos de ejército en la Vizcaya y en Aragon, observar la marcha de estos cuerpos, y sostenerlos en caso que hubiera sido necesario. El dia siguiente á la accion de Burgos se enviaron numerosos destacamentos en todas las direcciones á la persecucion de los enemigos, á fin de completar la destruccion de un ejército que una victoria facil habia dispersado, pero que podia no estar aun

enteramente anonadado. Diez mil hombres de caballería, y veinte piezas de artillería ligera se pusieron en marcha para caer rápidamente por Palencia, Leon y Zamora sobre la retaguardia del ejército inglés, que se creía estaba en Valladolid. El mariscal Soult se trasladó por Villarcayo y Reynosa detrás del ejército de la izquierda de los españoles. Una division de infantería marchó por un camino mas directo á ocupar las gargantas de las montañas ácia Santander: estas tropas, á pesar de la rapidez de su marcha, no encontraron ya enemigos. El ejército del general Blacke en retirada despues de la accion de Durango, habia intentado en vano reunirse sucesivamente en Güenes y en Balmaseda. Perseguido en la direccion de Espinosa por el mariscal Victor, y por el mariscal Lefebre en la de Villarcayo, acababa de ser totalmente derrotado el 10 de noviembre en Espinosa despues de dos dias de combate.

Los ejércitos del centro y de la

izquierda de los españoles habian sido batidos en todas sus partes; no quedaba mas que hacer antes de marchar á Madrid que dispersar sus exércitos de la derecha. El cuerpo de exército del mariscal Ney fué enviado con este objeto de Burgos por Lerma y Aranda, para subir por la orilla del Duero, y volver á baxar despues en seguida ácia el Ebro, á fin de tomar en flanco los cuerpos de los generales Castaños y Palafox, que debian dentro de pocos dias ser atacados de frente por nuestro exército de la izquierda, á las órdenes de los mariscales Lannes y Moncey. Estos cuerpos franceses de nuestra izquierda ocupaban aun á Logroño y Tafalla, y se preparaban para volver á baxar al Ebro.

El 15 de noviembre nuestra brigada de úsares fué á unirse en Lerma con el cuerpo de exército del mariscal Ney, al que quedó agregada provisionalmente desde entonces. El 16 el cuerpo de exército del mariscal Ney marchó de Lerma á Aranda. Los habitantes abandonaban

siempre sus moradas, quando nos acercabamos, llevando consigo á las montañas los efectos mas preciosos: la soledad y desolacion que dexan ordinariamente detrás de sí los exércitos vencedores, parecia haberse adelantado á nosotros en quantos parages llegabamos.

Acercándonos á las ciudades y pueblos de Castilla no se veian aquellos vapores de humo, que elevándose sin cesar en el ayre, forman una segunda atmósfera encima de las poblaciones. En lugar del ruido y de los rumores continuos, no se oian mas que las horas muertas, cuyo curso no habia podido suspender nuestra llegada, ó los graznidos de las cornejas que se cernian al rededor de los campanarios elevados. Las casas vacías por la mayor parte, no eran mas que écos, que repetian de un modo tardo y desacorde los sonidos estrepitosos de los tambores y de las trompetas.

Los alojamientos se distribuian con prontitud: cada regimiento ocupaba un

barrio, y cada compañía una calle, según la capacidad del pueblo: á poco tiempo de haber llegado nuestros soldados estaban ya restablecidos en sus nuevas moradas, como si hubiesen venido á fundar una colonia. Esta poblacion guerrera y pasagera daba tambien nuevos nombres á los lugares que ocupaba: se decia: *el quartel de dragones, la calle de tal compañía, la casa de nuestro general, la plaza de la gran guardia, la plaza de reunion, &c.* Se leian sobre las paredes de un convento estas palabras escritas con carbon: *quartel de tal batallon.* Un vivandero se apresuraba á establecer en una celda del claustro abandonado, su taberna ambulante, poniendo sobre la puerta una inscripcion, que llevaba el nombre de una de las mejores fondas de París.

Quando el ejército llegaba tarde al lugar en que debia descansar, no se podian distribuir los quarteles con exactitud, y nos alojabamos militarmente, y sin observar ningun orden, en quantas par-

tes se hallaba sitio. Al momento en que habian sido colocadas las grandes guardias, á una señal convenida los soldados se separaban de la formacion, se precipitaban todos juntos tumultuosamente como un torrente en el pueblo, y mucho tiempo despues de la llegada del ejército se oian aun grandes voces, y el estremecimiento de las puertas que tiraban al suelo á golpes redoblados con hachas y con piedras. Los granaderos habian hallado un medio tan pronto como eficaz para abrir las puertas que se resistian obstinadamente: tiraban un fusilazo á quema ropa á la cerradura, y frustraban así las precauciones de los habitantes que cerraban siempre con cuidado sus casas antes de huirse á las montañas.

El cuerpo de ejército del mariscal Ney salió de Aranda el 20 por la mañana: subimos durante dos horas por las márgenes del Duero sin tener noticias del enemigo, y sin hallar en ninguna parte seres vivientes. El 21 poco antes de ponerse el Sol advertimos de impro-

viso alguna incertidumbre en los movimientos de nuestros descubridores. Formamos al momento los escuadrones, y poco tiempo despues nuestra compañía de vanguardia se empeñó con un cuerpo enemigo, que rechazó con facilidad: hicimos algunos prisioneros al entrar en Almazan. El cuerpo de ejército pasó la noche al vivac baxo de las murallas de este pueblo, que habia sido abandonado por sus habitantes. Era demasiado tarde para distribuir con arreglo víveres y demás, y desgraciadamente no se pudo impedir el saquéo durante media hora, para proveer á la necesidad de las tropas. La misma tarde se enviaron partidas de veinte y cinco úsares á hacer reconocimientos en distintas direcciones. El destacamento que fué por el camino de Sigüenza, volvió en la noche trayendo consigo bagages y algunos prisioneros. El ejército salió el dia siguiente 22 de noviembre para Soria. Mi regimiento 2.^o de úsares quedó solo en Almazan para guardar las comunicaciones de

Burgos por Aranda, y observar los cuerpos enemigos, que decian estaban en las inmediaciones de Sigüenza, de Medina-celi, y Agreda.

El 24 al amanecer recibí la órden de hacer con veinte caballos un reconocimiento por el camino directo que conduce de Almazan á Agreda. No habiendo podido hallar un guía, subí con mi destacamento por la orilla derecha del Duero, segun la direccion indicada por un mal mapa francés que me induxo en error, y nos perdimos. Descubrimos despues de quatro horas de una marcha penosa por sendas de travesía, dos niños que huian á los matorrales dando gritos de espanto: los seguí, y me hallé en un momento enmedio de un campo de mugeres, que habian salido de las aldeas inmediatas para refugiarse con sus hijos y sus ganados en una pequeña isla que forma el rio. Llegué tan de repente, que conseguí por señas sosegarlas antes de haber sido seguido por mi destacamento. Las hice preguntar por el intérpre-

te que tenia conmigo, dónde estaba el camino directo que conducia de Almazan á Agreda. Un cura muy viejo, el único hombre que habia entre estas mugeres, me respondió que me habia separado mas de quatro leguas, y nos indicó el verdadero camino por la otra parte del rio: atravesamos una porcion de lugares y aldeas que estaban habitados por hombres solamente, y llegamos finalmente á nuestro destino.

El intérprete que estaba conmigo era un desertor flamenco, que la hambre y el miedo de ser asesinado por los paisanos, habia obligado á rendirsenos despues de la accion de Burgos: nosotros le habiamos puesto por mote Blanco, porque se habia puesto para preservarse del frio encima de su uniforme viejo y derrotado de Guardias Walonas un ávito de frayle dominico que le habian dado los úsares, y tambien habia puesto sobre su cabeza el sombrero de los religiosos de esta órden. En los lugares habitados que hallamos, los paisanos creian viéndole

marchar á pie delante de nosotros que era un verdadero frayle, á quien conduciamos por fuerza: le saludaban profundamente lastimándose de su desgraciada suerte, y daban dinero al reverendo padre, que ufano con tantos honores, no queria despues dexar, quando tuvo proporcion, un trage que le era tan lucrativo.

Por no haber podido hallar un guía á nuestra salida de Almazan, nos perdimos, y caminamos nueve horas para andar quatro leguas solamente. Esta dificultad de encontrar guías se renovaba á cada instante, porque los habitantes abandonaban los pueblos á nuestra llegada. Mi regimiento recibió la orden de salir de Almazan la misma tarde. Marchamos una noche y un dia casi sin detenernos, y nos unimos al cuerpo del mariscal Ney en el momento en que entraba en Agreda por el camino de Soria. La infantería se alojó en el pueblo: la caballería ligera fué una legua mas lejos por el camino de Cascante, para cubrir la posicion del ejército. Nos creiamos muy

inmediatos, y á retaguardia de la ala izquierda de las fuerzas españolas.

La villa de Agreda estaba desierta. El gefe del estado mayor de nuestra brigada de úsares hizo buscar en vano un guía, y nos vimos precisados á marchar con solo el mapa en busca del canton que se nos habia señalado. Habiendo sobrevenido la noche, nos perdimos bien pronto en las montañas, y engañados por la ilusion de una noche tenebrosa nos creíamos siempre al borde de algun precipicio. Apenas se andaban cien pasos, quando se hacian largos altos mientras que los que iban á la cabeza de la columna buscaban casi á tientas el camino entre las rocas, y se oian aun por largo tiempo en el profundo silencio de la noche los pasos y el estremecimiento de los caballos, que tascaban los frenos impacientes de llegar y de descansar. Habiamos echado pie á tierra, y marchabamos desfilando, escuchando alternativamente al acercarnos á los malos pasos y á los precipios, las advertencias

que se repetían en voz baxa para no alar-
mar á un cuerpo de tropas, cuyos fue-
gos medio apagados veíamos al otro lado
de un barranco profundo. Ignorabamos si
eran amigos ó enemigos, y en la situa-
cion en que nos hallabamos nos hubiera
sido funesto un ataque de infantería.

Pasamos así la mayor parte de la
noche en marchas y contramarchas con-
tínuas. Habiendo salido la Luna un po-
co antes del dia, nos hallamos con
corta diferencia en el mismo sitio en
que estabamos la víspera, y vimos al fin
en el fondo de un valle estrecho la al-
dea donde debimos pasar la noche: ha-
cia treinta y seis horas que estabamos
marchando. La imposibilidad de hallar
guías, nos ofrecía á cada paso mil difi-
cultades de detall de un género nuevo.
En estos paises desiertos, cuya pobla-
cion entera estaba contra nosotros, no
hallabamos sino rara vez individuos que
pudiesen, aun procurando engañarnos,
darnos algunos vagos informes de los
enemigos.

Supimos, pero muy tarde, que el ejército de los generales Castaños y Palafox habia sido derrotado completamente en Tudela el 23: si hubiéramos llegado un dia antes á Agreda, hubiéramos encontrado y cogido en este pueblo las columnas dispersas de los españoles que se retiraban sobre Madrid.

Nuestro ejército de la izquierda, cuyo movimiento debiamos auxiliár, se habia concentrado el 22 en el puente de Lodosa. El 23 habia encontrado al ejército español de la derecha, formado en batalla en una legua de extension, entre la villa de Tudela y la aldea de Cascante. El mariscal Lannes hizo romper el centro de la línea enemiga por una division de infantería, que marchaba en columna cerrada: la caballería del general Lefebvre pasó al momento por este claro, y envolvió por un movimiento obliquo el ala derecha de los españoles; cortados ya en un punto no pudieron maniobrar, y se retiraron en desorden, dexando en el campo de batalla

treinta cañones, muchos muertos, y un gran número de prisioneros.

Los españoles habían adquirido después de la retirada del Rey José al Ebro en el mes de julio, una confianza tan grande en sus propias fuerzas, que su cuidado quando debían batirse con nosotros, no le ponían tanto en los medios de resistirnos, ó de hacer su retirada en caso de un revés, como en el miedo de que se les escapasen los franceses. Presagiaban del resultado del combate por el deseo ardiente que tenían de vencer y de destruir á sus enemigos: no sabiendo maniobrar temían no desplegar sus columnas bastante pronto para envolvernos, y se situaban en largas líneas sin fondo, en llanuras donde la superioridad de nuestra táctica y nuestra caballería debían necesariamente darnos ventajas. Este orden de batalla, vicioso aun para tropas que supiesen maniobrar, quitaba á las de los españoles los medios de reforzar con rapidez los puntos atacados por nuestras columnas cerradas, ó

de concentrarse para resistir á nuestras masas. Nuestras tropas habian hallado mas resistencia en la Vizcaya y las Asturias, porque habian tenido que pelear en un pais montañoso, donde las dificultades del terreno y el valor individual, pueden algunas veces trastornar los cálculos del arte militar: antes de llegar á Reynosa se vieron precisadas á vencer en Durango, en Zornoza, en Güenes, en Valmaseda, y en fin en Espinosa.

Ningun francés dudaba entonces que unas victorias tan rápidas no hubiesen decidido la suerte de los españoles. Nosotros creíamos, y la Europa lo creia tambien, que no nos quedaba mas que hacer, que marchar á Madrid para completar la sumision de la España, y organizar el pais al estilo francés; es decir, aumentar los medios de conquistas con todos los recursos de los enemigos vencidos. Las guerras que habiamos hecho anteriormente nos habian acostumbrado á no ver en una Nacion mas que sus fuerzas militares, y contar por na-

da el espíritu que animaba á los habitantes.

El 26 de noviembre el cuerpo de ejército del mariscal Ney marchó por Cascante á Borja. Una division del general Mauricio Mathieu nos precedia una jornada, haciendo un gran número de prisioneros en su marcha. El 27 llegamos á Alagon, villa situada á quatro leguas de Zaragoza, cuyos numerosos campanarios vimos desde lejos.

Los aragoneses no se habian dexado abatir por los reveses recientes de sus exercitos, y habian resuelto defenderse en Zaragoza. No habian podido cubrirse con fortificaciones regulares; pero habian hecho de cada habitacion una fortaleza separada; y cada convento, cada casa exigia un asalto parcial: esta especie de fortificaciones es tal vez la mejor par hacer durar un sitio.

El general Palafox acababa de meterse en la ciudad con un cuerpo de diez mil hombres que habia salvado de la batalla de Tudela, y estos mismos soldados

del ejército de Aragon, que habíamos derrotado casi sin esfuerzo en campo abierto, hicieron como ciudadanos en el recinto de su principal ciudad una resistencia de cerca de un año.

Cincuenta mil paisanos armados corrían para defender á Zaragoza: se precipitaban de todas partes á esta misma ciudad por medio de nuestras mismas columnas vencedoras, temiendo llegar demasiado tarde á donde les llamaba el impulso de su alma, y el amor de la patria. La milagrosa Vírgen del Pilar, decían ellos, nos ha protegido hace muchos siglos: en los tiempos de felicidad íbamos en peregrinacion á implorar su auxilio en favor de nuestras cosechas, y ahora no dexaremos sus altares sin defensa.

El carácter de los españoles de estas provincias no se parece en nada al de las otras Naciones de Europa. Su patriotismo es enteramente religioso, como lo era el de los antiguos, entre los quales ningun pueblo perdía las esperan-

zas, ni se confesaba vencido á pesar de los reveses mientras que conservase intactos los altares de sus Dioses protectores. Las aguilas sagradas del Dios del Capitolio llevadas á los combates, conducian á los Romanos á la victoria: y quando despues de los tiempos de la caballería nuestros exércitos modernos fueron organizados á la romana, el pundonor remplazó en nuestras tropas de línea el sentimiento religioso, que ligaba á los soldados de Roma á sus vanderas. La disciplina fundada sobre el pundonor militar, ha hecho triunfar los exércitos en nuestros dias; pero el patriotismo político ó religioso es el solo que hace á las Naciones indomables.

Los pueblos de España estaban generalmente animados de un espíritu religioso, y no tenian ningun cenocimiento práctico de la disciplina, ni de las leyes de la guerra. Abandonaban facilmente sus vanderas despues de los reveses: no se creian obligados á guardar la palabra dada á sus enemigos; pero no tenian mas

que un solo interés, y un solo deseo, que era el de vengarse por todos los medios posibles del mal que los franceses hacían á su país.

Uno de estos paisanos insurgentes de Aragon entre otros fué alcanzado por nuestros descubridores: estaba armado con un fusil solamente, y llevaba delante de sí un asno, que conducía víveres para muchos meses. El oficial que mandaba nuestra vanguardia, habiéndose compadecido, mandó que le pusiesen en libertad, y le hizo seña para que se escapase. El paisano hizo ademán de que lo entendía, pero habiendo quedado solo, cargó su fusil, y volvió bien pronto á apuntar á su libertador; por fortuna erró el tiro.

Este paisano español creía morir mártir matando á aquel que se habia persuadido equivocadamente que era uno de nuestros principales Gefes. Fué conducido en seguida á la presencia del coronel del regimiento. Le cercamos deseosos de verle, y habiéndose persuadido

por un gesto que le hizo uno de nuestros úsares, que le iban á afusilar, se arrodilló inmediatamente con fiereza, hizo oracion á Dios, y á la Vírgen María, y esperó así la muerte. Se le hizo levantar, y fué enviado por la tarde al quartel general. Si estos hombres hubieran sabido batirse, como sabian morir, no hubieramos pasado tan facilmente los Pirineos.

El cuerpo de ejército del mariscal Lanes permaneció en Aragon para hacer el sitio de Zaragoza: el del mariscal Ney continuó persiguiendo á marchas forzadas las reliquias del ejército del general Castaños, que se retiraba sobre Guadalaxara y Madrid. El 28 la division de vanguardia derrotó la retaguardia de los españoles, que queria defender el desfiladero de Ruvierca sobre el Xalon.

Las grandes marchas de nuestro ejército se prolongaron muchas veces durante la noche, y se oian pasando cerca de los escuadrones italianos, alemanes ó franceses, que cantaban sus canciones

nacionales para olvidar sus fatigas, y para tener en una tierra lejana y enemiga el recuerdo de la patria ausente.

El ejército se detenía por la noche muy tarde cerca de villas ó lugares desiertos, y á nuestra llegada nos encontrabamos en una absoluta falta de todo: pero al momento los soldados se esparcian por todas partes para ir á forragear, y en menos de una hora transportaban á sus vivaques todo lo que quedaba aun en los pueblos inmediatos.

Se veían al rededor de los grandes fuegos encendidos de trecho en trecho todo el aparato de la cocina militar. Aquí se construían apresuradamente barracas de tablas cubiertas de ramage por falta de paja: allí se hacían tiendas estendiendo sobre quatro estacas las piezas de paño, que se habían cogido en las casas abandonadas. Por una y otra parte estaban esparcidas en la tierra pieles de carneros, que se acababan de degollar, guitarras, cántaros, pellejos de vino, capillas de frailes, y vestidos de todas for-

mas y de todos colores: aquí los soldados de caballería dormían armados, y mas léjos los de infantería disfrazados de mugeres, bailaban grotescamente entre los pabellones de las armas al son de una música discordante.

Luego que se marchaba el ejército bajaban los paisanos de las alturas inmediatas: salían de todas partes, como del seno de la tierra, de los sitios donde se habían escondido, y se apresuraban á volver á sus casas. Nuestros soldados no podían separarse del camino, ó quedarse detras de las columnas, sin exponerse á ser asesinados por los paisanos de las montañas, y no nos atrevíamos como en Alemania á formar ambulancias en todas partes, ó á enviar solos á nuestros enfermos á los hospitales. Los soldados de infantería, que no podían andar, seguían á sus divisiones montados en asnos: tenían sus largos fusiles en la mano izquierda, y en la derecha la bayoneta en forma de espuela. Estos animales pacíficos no tenían ni frenos, ni

sillas, como en otro tiempo los caballos de los Numídas indómitos.

El primero de diciembre fuimos á dormir á una aldea que está una legua al norte de Guadalupe; se acababan de repartir los alojamientos, y estábamos ya para dexar la formacion y dispersarnos por el canton, quando vinieron á anunciarnos que se descubrian á lo léjos algunos soldados enemigos que huian. Parecia difícil alcanzarlos, pero dos ó tres de los mas jóvenes de entre nosotros se divirtieron en perseguirlos despues de haber recibido una señal de aprobacion del coronel. Yo me dediqué particularmente á uno de ellos, que corria mas que los otros. Llevaba un uniforme azul, que era bastante brillante, lo que me hizo creer desde léjos que era un oficial.

Viendo bien pronto que no se me podia escapar, se detuvo y me esperó al otro lado de un foso, que acababa de saltar con ligereza. Creí al principio que se disponia á tirarme un fusilazo, pero quando estuve á veinte pasos de él, de-

xó caer su arma, quitó su sombrero, y me dixo en francés repetidas veces, haciendome profundas reverencias en diferentes posiciones: *Señor, tengo el honor de saludaros: Señor soy vuestro muy humilde servidor.* Me detuve tan admirado de su grotesca figura, como de oirle hablar francés: le serené diciéndole que nada tenia que temer. Me contó que era profesor de música, natural de Toulouse, y que quando se verificó la leva en masa en Andalucía, le habian metido en un calabozo durante quince dias, para obligarle á servir en el regimiento de Fernando VII, cuyo uniforme traia, lo qual era segun decia enteramente contrario á su genio pacífico. Le mandé que fuese á la aldea donde estaba el regimiento. Hicimos tambien prisionero á otro francés, que era hijo de uno de los primeros Magistrados de la ciudad de Pau en Bearn. (1)

(1) El segundo de estos dos franceses se reunió solo al regimiento, y se le facilitaron medios para que se escapase al cabo de

Llevado por el ardor de correr y por la impetuosidad de mi caballo, monté una colina que estaba delante de mí, en seguida otra, atravesé un torrente, y despues de media hora de una carrera rápida, llegué á una gran aldea. Los habitantes que me habian visto venir desde léjos, creian que me siguiese alguna tropa numerosa: al momento se alarmaron todos, y se metieron por todas partes en sus casas donde se ocupaban en cerrar la puerta de la calle, preparándose segun costumbre para huir por encima de las tapias de los corrales. Viendo que era yo solo salian poco á poco de sus aposentos: y vinieron á la plaza, donde me detuve: oí repetir á algunos hombres con bastante energíá la palabra *matar*, y como yo no sabia aun el español, crei al pronto que seria un mo-

algunos dias. No se le habia querido enviar al depósito de prisioneros por miedo de exponerle á ser fusilado, por haber sido cogido con las armas en la mano, y con el uniforme español.

do de manifestar su admiracion á la vista de un incógnito : en adelante supe el verdadero significado de aquella palabra. Los españoles no eran tan pacíficos como los habitantes de las llanuras de la Alemania, donde un solo soldado francés daba la ley á todo un pueblo. Quando ví que se agolpaba la gente, y que se aumentaba la agitacion, empecé á temer que los habitantes tratasen de detenerme prisionero, y entregarne á los enemigos. Piqué mi caballo y me puse fuera del lugar en una pequeña colina, á donde los hombres y tambien las mugeres me siguieron bien pronto: me entretuve en hacer dar bueltas á mi caballo, y le hice saltar muchas veces una pequeña pared, y un foso que habia detras de mí, para manifestar á los habitantes que no tenia miedo de ellos, y que facilmente me podria escapar quando quisiese. Detenido por la curiosidad, (esta era la primera vez desde que habiamos pasado el Ebro que veia un pueblo enteramente habitado, y sobre todo por

mujeres) volví á la altura donde me habia situado al principio: hice señal con la baina del sable á los habitantes que venian de nuevo ácia mí que no se me acercasen á mas de diez pasos, y procuré hacerles entender que mi caballo tenia necesidad de comer. Los habitantes envueltos en sus grandes capas me miraban en silencio con una especie de admiracion, conservando sin embargo siempre en sus miradas, y en su talante la gravedad y dignidad, que caracterizan á los castellanos de todas las edades y de todas las clases: parecia que despreciaban profundamente á un extranjero, porque no sabia su lengua. No pudiendo hacerme entender por señas dixé algunas palabras en latin: esta lengua nos era á menudo muy útil en España, para hacernos entender de los curas, que la hablaban generalmente bastante bien. Un clérigo jóven se apartó de la multitud, y volvió algunos momentos despues con el Maestro de escuela del lugar: éste se alegró tanto de hablar la-

tin, y de explicarme de qué modo habia llegado á este grado de ciencia, que me hizo dar todo lo que necesitaba, y marché un momento despues; me perdí en la obscuridad volviendo á mi canton, y era ya media noche quando me incorporé á mis camaradas. Quando mi regimiento pasó por aquella aldea la mañana siguiente estaba ya completamente desierta.

El dia siguiente 2 de diciembre fuimos á acantonarnos en las inmediaciones de la ciudad de Alcalá de Henares: encontramos un batallon de lanceros polacos, que el mariscal Besieres habia enviado desde san Agustin á hacer un reconocimiento hácia Guadalaxara: supimos por ellos que la vanguardia del ejército del centro habia llegado delante de Madrid; no estabamos mas que á tres leguas de esta Capital.

Napoleon habia salido el 22 de noviembre de Burgos para Aranda, á fin de observar y de sostener si era necesario, los movimientos que hacia sobre el Ebro

su ejército de la izquierda, contra los ejércitos de la derecha de los españoles. El 20 de noviembre había marchado contra Madrid con el ejército del centro por el camino directo de las Castillas: había dexado el cuerpo del mariscal Soult hácia las Asturias, para observar las reliquias del ejército español de Galicia.

La vanguardia del ejército del Emperador había llegado el 30 al amanecer al pie de la montaña llamada Somosierra. El puerto estaba defendido por una division de doce ó quince mil españoles, y por una batería de diez y seis cañones. Tres regimientos de infantería del primer cuerpo, y seis cañones empezaron el ataque. Los lanceros polacos de la guardia cargaron en seguida por la calzada, y tomaron de golpe las baterías de los enemigos. Los españoles demasiado débiles para resistir al ejército del Emperador Napoleon, se salvaron huyendo por todas partes á las rocas. El quartel imperial durmió el primero de

D

diciembre en san Agustin. El cuerpo de ejército del mariscal Ney, al que estaba agregado mi regimiento, venia el mismo dia á reunirse al ejército del Emperador por Guadalaxara y Alcalá.

El 2 de diciembre por la mañana el Emperador Napoleon se adelantó del grueso de su ejército, y llegó con sola la caballería á las alturas inmediatas á la Capital de España. En lugar del órden que se observa al acercarse á las plazas fortificadas, donde todos los acontecimientos de la guerra estan previstos; en lugar de aquel silencio, que no es interrumpido sino por los gritos sordos y prolongados de *centinela alerta*, quando los soldados que estan de faccion en la muralla, se aseguran de su mutua vigilancia, se oían las campanas de todas las iglesias de Madrid con un repique continuo, y de quando en quando los gritos agudos de la multitud, y los redobles precipitados de los tambores.

Los habitantes de Madrid no ha-

bian pensado en defenderse sino ocho dias antes de la llegada de los exércitos franceses, y todos sus medios se resentian de su precipitacion y de su inesperienza. Habian colocado artillería detras de las cortaduras, y de los parapetos, y habian elevado atrincheramientos aceleradamente con sacas de lana y algodón. Las casas á la entrada de las principales calles estaban llenas de gentes armadas puestas á las ventanas detras de colchones. Solo el retiro habia sido fortificado con algun cuidado: es un Palacio Real situado sobre una altura que domina la Capital. Un ayudante de campo del mariscal Besieres fué desde la mañana segun costumbre á hacer intimaciones á Madrid: estuvo muy espuesto á ser hecho pedazos por los habitantes, quando les propuso que se rindiesen á los franceses, y no debió su vida sino á la proteccion de las tropas de línea españolas.

El Emperador Napoleon empleó la tardecita en reconocer los alrededores

de Madrid, y determinar su plan de ataque. Habiendo llegado las primeras columnas de infantería á las siete de la noche, una brigada del primer cuerpo del ejército sostenida por quatro cañones marchó contra los arrabales, y los tiradores del regimiento 16 se apoderaron del gran cementerio, despues de haber desalojado á los españoles de algunas casas avanzadas. Se empleó la noche en colocar la artillería, y en hacer todos los preparativos de un asalto para el dia siguiente.

Un oficial español hecho prisionero en Somosierra, á quien el Principe de Neuchatel envió á media noche á Madrid, volvió algunas horas despues con la noticia de que los habitantes insistian en defenderse, y el 3 á las nueve de la mañana empezó el cañoneo.

Treinta piezas á la órdenes del general Cenarmont batian en brecha las paredes del Retiro, mientras que otras veinte de la artillería de la guardia, y algunas otras tropas ligeras hacian por

otra parte un ataque falso para distraer la atención del enemigo, y obligarle á dividir sus fuerzas. Los volteadores de la division Villate entraron por la brecha en el jardin del Retiro, y fueron al momento seguidos por su batallon, y en menos de una hora los quatro mil hombres, que defendian este punto principal, fueron arrollados: á las once nuestros soldados ocupaban ya los puestos importantes del observatorio, de la fábrica de Porcelana, el gran quartel, y el palacio de Medinaceli. Dueños del Retiro los franceses podian en pocas horas abrasar á Madrid.

Cesó entónces el cañoneo: se detuvieron en todos puntos los progresos de las tropas, y se envió á la plaza un tercer parlamentario: convenia al Emperador conservar la Capital del Reyno, que destinaba á su hermano. Se puede establecer un campo sobre las ruinas, pero no una Corte. Madrid reducida á cenizas podia excitar con su exemplo una resistencia desesperada á todas las de-

mas Ciudades del Reyno; y por otra parte su destruccion hubiera privado á los franceses de recursos inmensos.

Á las cinco de la tarde el general Morla, gefe de la Junta militar, y D. B. Iriarte, diputado de la villa, vinieron con el parlamentario francés, y fueron conducidos á la tienda del Príncipe Neuchatel. Pidieron que se les concediese una suspension de armas durante el dia 4 para tener tiempo de persuadir al pueblo á que se rindiese. Napoleon les echó en cara con la mayor cólera en apariencia la falta de cumplimiento á lo tratado en Baylen, y la carnicería de los prisioneros franceses en Andalucía: queria atemorizar por esta cólera, que era fingida, á los enviados españoles á fin de que volviesen en seguida á comunicar su terror á los hombres á quienes mandaban. Napoleon deseaba con ardor que la rendicion de Madrid tuviese la apariencia de una sumision voluntaria: se creía entonces generalmente que la España entera segui-

ria el exemplo que diese la Capital.

Entre tanto los habitantes reusaban dexar las armas, y continuaban haciendo fuego á los franceses por las ventanas de las casas, que caen al paseo del Prado. Se sabia por los prisioneros, que se hacian á cada instante, hasta qué punto reinaba en la villa la consternacion y el furor: cincuenta mil habitantes armados y sin disciplina andaban errantes por las calles, pidiendo tumultuosamente que les diesen órdenes, y acusando á sus gefes de traicion. El capitán general marqués de Castelar, y todos los militares de una graduacion superior salieron de Madrid durante la noche con las tropas de línea y diez y seis cañones. El 4 de diciembre á las 6 de la mañana el general Morla y D. F. Vera, volvieron á la tienda del Príncipe de Neuchatel, y á las diez las tropas francesas tomaron posesion de Madrid.

Napoleon permaneció acampado con su guardia en la altura de Chamartin. Envió segun la táctica acostumbrada el

mismo día de la toma de Madrid, cuerpos numerosos en todas direcciones á fin de no dar á los enemigos el tiempo de reconocerse, y de aprovecharse despues de un gran acontecimiento, de la admiracion y del terror, que duplican casi siempre las fuerzas de los vencedores, y paralizan momentáneamente las de los vencidos. El mariscal Besieres persiguió con diez y seis esquadrones por el camino de Valencia el ejército español del general Lapeña. Este mismo ejército fué rechazado hácia Cuenca, por la division de infantería del general Ruffin, y la brigada de dragones del general Bordesoutt. El cuerpo del mariscal Victor fué á Toledo por Aranjuez. Las divisiones de caballería de los generales Lasalle y Milhaud siguieron por el camino de Talavera de la Reyna las reliquias de la division española que habia sido rechazada en Somosierra, y las tropas que se habian escapado de Madrid. El general La Housaye entró en el Escorial. Mi regimiento de úsares habia pasado los

días dos, tres y quatro de diciembre en las inmediaciones de Alcalá, á tres leguas de Madrid. El 5 tuvimos orden de ir temprano al quartel imperial á pasar revista. Hacia solo algunos minutos que habíamos llegado á la llanura inmediata al Palacio de Chamartin, quando de repente vimos aparecer á Napoleon acompañado del Príncipe de Neuchatel y de cinco ó seis edecanes, que apenas podían seguirle: tan rápida era la carrera de su caballo. Todos los trompetas tocaron. Napoleon se puso á cien pasos delante del centro del regimiento, y pidió al coronel la lista de los oficiales, sargentos y soldados que habían obtenido distinciones militares. El coronel del regimiento los llamó al momento por sus nombres: Napoleon habló familiarmente con algunos de los soldados que se le presentaron; dirigiéndose en seguida al general que mandaba la brigada, de que componíamos parte, le hizo aceleradamente dos ó tres preguntas muy cortas: habiendo el general empezado á

responder de un modo difuso, volvió brida sin esperar al fin del discurso empezado, y su partida fué tan imprevista y tan rápida, como lo habia sido su llegada.

Despues de la revista nos encaminamos á Madrid. Un profundo silencio habia sucedido á la agitacion tumultuosa, que habia la víspera dentro y fuera de la Capital. Las calles por donde entramos estaban desiertas, y aun no se habian abierto en las plazas las numerosas tiendas de comestibles. Los aguadores eran los únicos habitantes, que no habian interrumpido sus funciones acostumbradas: se paseaban gritando con el acento gangoso y tardo, que traen de sus montañas de Galicia. *¿Quién quiere agua?* No presentándose nadie á comprarla, el aguador se respondia de quando en quando tristemente á sí mismo: *Dios que la dá:* y volvía á empezar á gritar.

Internándose hácia el centro de Madrid, se veian algunos grupos de españoles, que estaban en pie envueltos en

sus grandes capas en los ángulos de una plaza, donde tenían anteriormente la costumbre de reunirse en gran número: nos miraban con ojos tristes y abatidos: su orgullo nacional era tan grande, que apenas podían persuadirse, que soldados extranjeros hubiesen podido vencer á los españoles. Quando veían por casualidad en nuestras filas caballos cogidos á la caballería enemiga montados por nuestros úsares, los conocían al momento en el paso y despertaban de su estupor, diciéndose los unos á los otros: *este caballo es español*: como si esta hubiese sido la única causa de nuestros sucesos.

No hicimos mas que atravesar á Madrid: mi regimiento fué á acantonarse por diez y siete dias á Cebolla, no lejos de las márgenes del Tajo, hácia Talavera, y volvió el 19 de diciembre á hacer parte de la guarnición de Madrid. Los habitantes de esta Capital y los de las inmediaciones, habían vuelto ya de su grande aturdimiento, y se ha-

bian acostumbrado poco á poco á la vista de los franceses. El ejército observaba la disciplina mas severa, y reinaba la tranquilidad, á lo ménos en apariencia como en tiempo de paz.

Causa admiracion entrando en Madrid á la mañana por la puerta de Toledo, y la plaza de la Cebada donde se hace el mercado, el concurso tumultuoso de las gentes del campo y de las provincias, diversamente vestidos, que llegan, marchan, van y vienen. Allá un castellano levanta con dignidad los pliegues de su ancha capa, como un Senador Romano envuelto en su toga. Aquí un bueyero de la Mancha con un largo baral en la mano, está vestido de un colete de piel de buey, que parece aun por lo antiguo de su forma, á las túnicas que tenian los guerreros romanos y los godos. Mas léjos se ven hombres, cuyos cabellos estan envueltos en una redecilla de seda: otros traen una especie de chupa corta obscura guarnecida de azul y encarnado, que trae á la

memoria los vestidos de los moros. Los hombres que traen esta vestimenta vienen de la Andalucía, y se distinguen por sus ojos vivos y negros, en sus miradas mas expresivas y mas animadas, y en un lenguaje mas rápido. Mugeres puestas en los ángulos de las calles, y en las plazas preparan alimentos para todo este pueblo forastero, que no está en Madrid mas que de paso.

Llegan largas hileras de mulas cargadas de pellejos de vino y de aceyte, ó bien numerosas vandas de asnos conducidos por un solo hombre que les habla sin cesar. Se encuentran tambien carros tirados por seis ú ocho mulas adornadas de campanillas, á las quales conduce un hombre solo con una destreza admirable sin servirse de riendas, solo á la voz y dando grandes gritos. Un silvido agudo y prolongado basta para detener á todas estas mulas en un instante. Reparando en lo delgado de sus piernas, en su mucha alzada, y en sus cabezas elevadas y fieras, se podria creer que eran tiros de

ciervos ó de alces. Las voces de los conductores de los carros y de los muleteros, el sonido de las campanas de las iglesias, que se oye incesantemente, éstos hombres diversamente vestidos, la actividad meridional que manifiestan por sus gestos espresivos, ó por gritos en una lengua sonora que nos era desconocida, y sus costumbres tan diferentes de las nuestras, daban á la Capital de la España una apariencia del todo extraña para hombres que venian del Norte, donde para todo se nota el mayor silencio. Nos admirábamos tanto mas, quanto Madrid era la primera grande Ciudad, que habíamos hallado poblada despues que habíamos entrado en España. Á la hora de la siesta, sobre todo en verano, durante el calor del sol, se suspendian todos los ruidos: la villa entera estaba entregada al sueño, y no se oía en las calles mas que el eco de los pasos de los caballos de algun piquete de nuestra caballería, que volvian de hacer una ronda, ó el tambor de un destacamento de infantería

que montaba solitariamente la guardia. Este mismo tambor francés habia tocado la marcha y el ataque en Alexandria, en el Cayro, en Roma, y casi en todas las ciudades de Europa desde Kanisberg hasta Madrid.

Mi regimiento estubo casi un mes entero en la Capital de España. Estaba yo alojado en casa de un viejo de un nombre ilustre, que vivia solo con su hija. Iba todos los dias dos veces á misa, y una á la puerta del sol á informarse de las novedades: se sentaba quando estaba en su casa en un salon, donde pasaba el dia en no hacer nada. Algunas veces encendia su cigarro, y disipaba fumando su tristeza y sus pensamientos: no hablaba sino rara vez, y jamás le he visto reirse: solamente cada media hora gritaba con un suspiro de abatimiento: ¡ay Jesus! su hija le respondia las mismas palabras, y ambos volvian á quedar en silencio.

Un sacerdote, el director espiritual de la casa, venia todos los dias á ver á mis patronas con aquel cuidado

peremne, que los médicos ponen en otros países en visitar á sus enfermos. Traia una peluca roja, para ocultar su corona de sacerdote, y estaba vestido como un habitante qualquiera, diciendo sin cesar que no se atrevia á traer sus hábitos sacerdotales por el miedo de ser degollado en las calles por nuestros soldados.

Aunque en la apariencia reinaba en Madrid la mayor tranquilidad, mi regimiento estaba sin embargo siempre pronto á montar á caballo, y nuestros caballos estaban siempre ensillados en la Capital, como si estuvieramos en las avanzadas al frente del enemigo. Se decia que en el momento de la capitulacion habian quedado ocultos en la villa mil y cien españoles determinados, esperando una ocasion favorable para insurreccionar á los habitantes, y pasar á cuchillo á todos los franceses.

Conservabamos en medio de los muchos cánticos de victoria de nuestros boletines, un sentimiento confuso de incertidumbre sobre las ventajas que aca-

babamos de conseguir: se podía decir que habíamos vencido á los volcanes. Napoleón no hizo su entrada pública en Madrid, como en las demás capitales de Europa: se decía que le eran embarazosas las formas, á que la etiqueta debía sujetarle para con su hermano José, á quien ya consideraba como un Soberano extranjero. Siempre campado con su guardia en las alturas de Chamartin daba diariamente decretos á la España, esperando la sumisión próxima de este reyno del terror que habian debido producir los sucesos rápidos de nuestras armas.

Las proclamas fulminantes de Napoleón anunciaban sus triunfos á la Europa atónita, y hacian temer una suerte terrible á las partes de la península, que resistiesen aun; sin embargo las provincias de España no se apresuraban en dar separadamente pasos para suavizar á un vencedor implacable, y desviar el golpe funesto que debian temer. Nadie se presentaba para traer á los pies de Napoleón

E

con los tributos exîgidos , aquellos elogios obsequiosos á que lo habian acostumbrado en otros paises. Las diputaciones de la villa de Madrid , y algunos alcaldes enviados de los lugares ocupados por nuestras tropas , fueron los únicos que vinieron al quartel imperial de Chamartin á hacer su misiones dictadas por el miedo. Mil doscientos padres de familia escogidos en la misma villa de Madrid fueron tambien llamados , y vinieron á prestar juramento de fidelidad al Rey José ; pero se decia que los sacerdotes mismos les habian librado de todos los juramentos que hiciesen á los vencedores.

La reduccion de las órdenes religiosas , y la abolicion de la Inquisicion que las autoridades francesas acababan de proelamar , lejos de hacer mirar á los franceses como libertadores , aumentaban el ódio violento que les tenian los clérigos , y sus numerosos apasionados. Los religiosos de todas las órdenes , que habian sido despedidos de sus conventos , se esparcian por el pais , y predicaban en

todas partes contra nosotros. Los sacerdotes decían altamente que la Inquisición no había sido establecida mas que contra los extranjeros, y que sin Inquisición haría ya mucho tiempo que se habrían destruido los principios religiosos en España, como lo estaban en Francia hacía mas de veinte años. El tribunal de la Inquisición estaba muy suavizado hacía un siglo, y no inspiraba ningun miedo á los españoles. Los pobres se preguntaban, dónde irían á buscar en los años de escasez el sustento diario, que recibían antes á las puertas de los conventos.

Pocos dias despues de la toma de Madrid, mientras que mi regimiento estaba aun acantonado en Cebolla, en las márgenes del Tajo, recibí la órden de llevar al mariscal Lefebre un pliego abierto del general Lasalle, que estaba delante de nosotros en Talavera. El mariscal Lefebre debía leer este pliego, y enviarle en seguida directamente al Príncipe de Neuchatel. Encontré al ponerse

el sol al mariscal Lefebre en Maquéda, en el momento en que llegaba de Casarubios. Este mariscal por ahorrar trabajo á sus edecanes, me mandó que continuase el camino, y que llevase al quartel imperial el pliego que me habian confiado. Debiendo tomar la posta, me ví obligado á dexar mi caballo en Maquéda, y monté en una mula de requisicion, que el gefe del Estado mayor hizo que me diese el alcalde del pueblo. Me puse al momento en camino en una noche obscura sobre una gran mula de tiro viciosa, y cuyo crin habian esquilado: un paisano español me servia de guia, y estaba montado en otra mula, que formaba pareja con la mia. Quando hubimos andado cerca de una legua, mi guia se dexó caer, y su mula escapó á galope para volver probablemente á su aldea. Yo creí que el paisano aturdido de la caída, se habia desvanecido, y eché pie á tierra para socorrerle. Le busqué en vano en el sitio en que le habia visto caer; se habia escurrido entre

los matorrales espesos, y habia desaparecido. Volví á montar en mi mula no sabiendo cómo acertaria el camino que debia tomar. El animal no oyendo ya á su compañera marchar delante de sí, no queria ir adelante ni atras. Quantos mas espolazos la daba mas redoblaba las coces: mis golpes, injurias y amenazas en francés no contribuian mas que á irritarla. Ignoraba su nombre, y aun no sabia entonces que en España cada mula tiene el suyo, y que para hacerla andar es preciso decirla en su propia lengua: *arre mula; arre capitana; arre aragonesa, &c.* Habiendo echado pie á tierra para apretar la cincha de mi silla de madera, la mula impaciente dió un salto de lado, y me largó una coz en la barriga, que me tiró, y en seguida se metió en un sendero inmediato: quando me levanté eché á correr con todas mis fuerzas detras de ella, guiándome por el ruido que hacia uno de los estribos de mi silla, que acababa de dar vuelta, y que iba arrastrando por las piedras.

Luego que hube corrido como una media legua encontré mi silla, de la qual habia conseguido la mula desembarazarse: la tomé sobre mis costillas, y entré á breve rato en una gran aldea, á la que acababa de llegar la vanguardia de una brigada del mariscal Lefebre. Hice que el alcalde me diese un caballo, y me volví á poner en camino, teniendo cuidado de mantenerme siempre muy cerca de mi guia. No habia ninguna guarnicion francesa en la aldea donde mudé caballos la segunda vez. El maestro de la posta vino él mismo á abrirme, despertó al postillon, y le dixo que pudiese mi silla á un caballo viejo, que apenas podia sostenerse; tan arqueadas tenia las manos. Hice algunas amenazas al maestro de la posta levantando la voz, y señalando el caballo que queria montar. El no se asustó, me cogió por la mano con una tranquilidad, que desarmó al momento mi cólera, y me enseñó, haciéndome señas de que no hiciese ruido, treinta ó quarenta paisanos que

dormían en el pajar, al otro extremo de la quadra. Me aproveché de su consejo, y monté el caballo viejo sin decir palabra, admirado de los sentimientos diferentes, que indicaba este simple rasgo, y reflexionando las dificultades sin número, que nos oponía el ódio de los españoles en medio de nuestras mismas victorias.

Llegué al cuartel imperial de Chamartin á la una de la mañana. Uno de sus edecanes despertó al Príncipe Neuchatel: le entregó el pliego de que era portador, y me volvieron á enviar el mismo dia á las once de la noche á mi cuerpo de ejército con pliegos para el mariscal Victor. Llegué por la mañana á Aranjuez, y el comandante de la plaza me aconsejó que esperase para ir á Toledo la salida de algun destacamento. El director de postas del primer cuerpo de ejército, habia sido asesinado la víspera en el camino por haberse adelantado algunos minutos á su escolta. Me habian dicho que las órdenes que

llevaba corrian prisa, y continué mi camino montado en un pequeño caballo de requisición. Como estaba solo me veia obligado á servirme á mí mismo de vanguardia, retaguardia y flanqueadores, llegando de galope á las alturas, y mirando sin cesar al rededor de mí para no dexarme sorprender.

Los caballos salvages de las yeguas reales mezclados con los gamos, y los ciervos huían de cincuenta en cincuenta á mi llegada. Quando estuve á algunas leguas mas allá de Aranjuez, ví desde léjos á los paisanos españoles, que acababan de atar á un soldado francés, y le arrastraban á los matorrales para degollarle. Marché á ellos con toda la velocidad de mi caballo, y tuve la fortuna de llegar aun á tiempo de librar al infeliz prisionero: era un soldado de infantería, que habia salido la víspera del hospital de Aranjuez, y abrumado de fatiga se habia sentado mientras que sus camaradas continuaron andando. Le escolté hasta su destacamenro, que habia

hecho alto no léjos de allí, y continué mi camino.

Nada mas lastimoso que el espectáculo que se presentó en seguida á mis ojos. Encontré á cada paso los cuerpos mutilados de los franceses asesinados los dias anteriores, y girones de vestidos ensangrentados esparcidos aquí y allí. Estaban estampadas en el polvo las señales recientes de la lucha, que algunos de estos infelices habian sostenido, y los largos tormentos, que habian sufrido antes de espirar. Las chapas de cobre de sus morriones era lo único, qué daba á conocer que eran soldados, y á que regimiento pertenecian. Los que atacaban asi en el camino de Toledo á los franceses, eran guardas de los bosques reales, y paisanos que habian abandonado sus aldeas á nuestra llegada, los quales habian adquirido mucha ferocidad de costumbres, por el hábito de una vida vagamunda y solitaria.

Entregué en Toledo mis pliegos al mariscal Victor, y volví á mi regi-

miento la víspera del día que entró de guarnición en Madrid.

Los españoles de las llanuras de Castilla volvían ya en sí de la consternación momentánea, que les había causado nuestra llegada. Los habitantes de los lugares que ocupábamos, se habían retirado á las montañas, ó á los bosques, con sus mugeres é hijos; espiaban desde allí todos nuestros pasos, y se emboscaban cerca de los caminos reales para esperar nuestros correos y ordenanzas, ó para asaltar de improviso á pequeños destacamentos de fuerzas inferiores.

Cada día recibíamos algunas noticias funestas de los cortos destacamentos, que habían quedado detras del ejército para las comunicaciones. En todos los lugares en que habíamos dexado, como en Alemania, puestos de correspondencia de nueve ó quince hombres solamente, fueron degollados.

La Junta española se había retirado á Mérida, y en seguida fué á Sevilla. Acababa de enviar á los alcaldes y á los

euras, aun en los lugares que ocupabamos, la órden de exórtar á los soldados españoles á que se reuniesen á los cuerpos á que pertenecian. Estos soldados de la Patria marchaban de noche por caminos extraviados, para evitar el encuentro de nuestras tropas; y así es como los exércitos dispersos de los españoles se rehacian sin cesar de sus desastres con una facilidad inconcebible. Quando el exército de Castaños llegó á Cuenca despues de la derrota de Tudela, estaba reducido á nueve mil hombres de infantería, y dos mil caballos, y un mes despues quando la accion de Uclés, este mismo exército se componia de mas de veinte y cinco mil hombres. Despues de la derrota del exército del general Black en Espinosa, costó mucho trabajo al marqués de la Romana reunir cinco mil soldados, y á principios de diciembre habia ya reunido veinte y dos mil hombres en las inmediaciones de Leon.

Aunque la Junta española era un gobierno débil y mal consolidado, te-

nia sin embargo mucha influencia quando auxiliaba el movimiento que la Nación se habia dado á si misma; este movimiento debia ser tanto mas durable, quanto era enteramente voluntario.

Los generales españoles, como su gobierno, no tenian autoridad, sino quando obraban en el sentido de la opinion de aquellos á quienes mandaban: no podian detener á sus soldados en los sucesos felices, ni contenerles en los reveses; y éstos exércitos indisciplinados arrastraban consigo á sus gefes á la victoria ó á la huida. El orgullo nacional de los españoles era tan grande, que no querian jamas atribuir sus reveses á falta de experiencia, ó á la superioridad militar de sus enemigos: quando eran batidos acusaban á sus gefes de traicion. El general san Juan fué ahorcado por sus soldados en Talavera, las divisiones de Andalucía quitaron el mando al general Lapeña, y el duque del Infantado se vió obligado á encargarse en Cuenca del exército.

Los españoles eran un pueblo religioso y guerrero, pero no militar: despreciaban todo lo que era tropa de línea, y carecían de buenos oficiales, de sargentos y de todos los medios, que caracterizan un ejército bien arreglado. Consideraban la guerra presente como una cruzada religiosa contra los franceses por la Patria y por el Rey; y una cinta encarnada con la inscripción; *vencer ó morir por la PATRIA, y por FERNANDO VII*, era la única distinción de la mayor parte de sus soldados ciudadanos. Á la primera convocatoria los hombres de todas las provincias marchaban casi desnudos á las grandes reuniones, que ellos llamaban sus ejércitos. Allí el deseo que tenían de vencer los hacía soportar, con una paciencia admirable, privaciones á que todo el poder de la disciplina mas severa no hubiera podido reducir á las mejores tropas de línea.

Los pueblos de las provincias manifestaban generalmente, aun en el tiempo de nuestras victorias, mucha incre-

dulidad en quanto á las ventajas que conseguimos : ningun español queria creer los desastres de la España , y confesarla vencida : este sentimiento que estaba en el alma de todos , hacia á la Nación invencible , á pesar de las pérdidas individuales , y de las derrotas frecuentes de sus exércitos.

Los ingleses habian entrado en España ácia el fin del año de 1808. Trece mil soldados á las órdenes del general Sir D. Baird , habian desembarcado en la Coruña el 14 de octubre , y se habian adelantado por el camino de Lugo hasta Astorga. Otro exército de veinte y un mil hombres al mando del general Moore , comandante en gefe de todas las fuerzas británicas , habia salido de Lisboa el 27 del mismo mes , y llegó á Extremadura y á las Castillas por los caminos de Almeida , de Ciudadrodrigo , de Alcántara y de Mérida. La division que marchaba por el camino de Mérida se habia adelantado el 22 de noviembre hasta el Escorial. Todos los

cuerpos ingleses debian reunirse en Salamanca, y en Valladolid, para ir á reforzar al ejército español del centro, que estaba en Burgos. Quando este ejército fué dispersado, asi como el del general Black, Sir D. Baird se retiró de Astorga á Villafranca, y mas tarde quando los franceses marcharon sobre Madrid, despues de la batalla de Tudela, el general Moore llamó al cuerpo inglés, que se habia adelantado hasta el Escorial, y concentró su ejército en las inmediaciones de Salamanca. Los ejércitos ingleses permanecieron cerca de un mes en Villafranca y Salamanca, sin saber lo que debian hacer: no podian ni marchar adelante contra las fuerzas inmensas de los franceses, ni retirarse por el recelo de desanimar á los pueblos de España, y de abatir su espíritu nacional, que aun existia á pesar de los grandes reveses.

Hubo una mala inteligencia momentánea entre los españoles y los ingleses, lo qual produjo la desunion en sus operaciones militares. Los españoles olvidan-

do que los ingleses no eran mas que auxiliares, les echaron en cara la lentitud de sus primeras marchas, y en seguida su inmovilidad. El general inglés culpaba á los españoles de haberle ocultado constantemente su situacion y sus reveses, y de haber exâgerado sin cesar la fuerza de sus medios de resistencia. Se engañaba, como el gefe de los exércitos franceses, sobre el carácter español, y miraba generalmente como engaño todo lo que el patriotismo hace creer y decir á pueblos desprovistos de recursos militares, pero fuertes por el carácter nacional, y que son indomables por lo mismo que exâgeran de buena fé sus recursos.

Los españoles llegaron á persuadirse que los ingleses querian abandonarles á su propia suerte. Los franceses creian tambien segun la opinion general, que los ingleses no pensaban mas que en reembarcarse en Lisboa, y en la Coruña, y enviaron mas allá de Talavera ácia Badajoz al mariscal Lefebre, para amenazar la comunicacion del general Moore, y

òbligarle á volver á baxar prontamente el Tajo. El mariscal Soult, que habia quedado en las fronteras del reyno de Leon, se preparaba tambien para entrar en Galicia: iba á ser reforzado por el cuerpo del general Junot, que venia de Francia, y se adelantaba ácia Burgos.

Eu este tiempo llegó la noticia el 21 de diciembre al quartel imperial de Chamartin, que uno de los puestos del general Franchesci habia sido hecho prisionero en Rueda la noche del 12 al 13, y que partidas de caballería inglesa habian despejado el campo, adelantándose hasta las puertas de Valladolid. Estas partidas avanzadas pertenecian al ejército del general Moore, que habia salido de Salamanca el 13 de diciembre, y habia pasado el Duero para reunirse á los trece mil ingleses, que el general Sir D. Baird traía de Villafranca, proponiéndose hacer un ataque conuinado con las tropas españolas del marqués de la Romana, contra el mariscal Soult, que ocupaba con quince mil hombres los pue-

blos de Guardo, Saldaña y Sahagun á lo largo del pequeño Cea. El 21 una brigada de caballería de la vanguardia inglesa, á las órdenes del general Paquet, atacó y derrotó un regimiento de dragones franceses, que el mariscal Soult habia dexado en Sahagun.

El Emperador Napoleon instruido del movimiento de los ingleses, salió el 22 de Madrid con su guardia y el cuerpo del mariscal Ney, para ir á cortarles la retirada ácia la Coruña. Llegó el 23 á Villacastin, el 25 á Tordesillas, el 27 á Medina de Rioseco, y el 29 de diciembre por la mañana su vanguardia compuesta de tres esquadrones de cazadores de á caballo, mandados por el general Lefebre, se presentó delante de Benavente, donde estaba el ejército inglés. El general Lefebre hallando cortado el puente sobre el Esla, pasó este rio á nado, y rechazó hasta las puertas de la villa los puestos avanzados de los ingleses. Este general llevado por el ardor de perseguirlos se olvidó de reunir sus ca-

zadores, y de hacerse preceder por descubridores, y vino bien pronto á las manos con la caballería enemiga. Los cazadores franceses fueron obligados á reparar el Esla, dexando en poder de los ingleses sesenta hombres heridos ó desmontados, entre los quales estaba el general. Los franceses volvieron á formar en batalla en la márgen opuesta, y se preparaban á tentar una carga desesperada para rescatar á su gefe prisionero, quando los ingleses hicieron avanzar rápidamente cerca del puente cortado dos piezas de artillería ligera, que tiraron á metralla, y obligaron á retirarse á los esquadrones franceses.

Los exércitos anglo-españoles habian tenido noticia de la marcha de Napoleon en el momento en que se preparaban para atacar al mariscal Soult en la villa de Carrion: se habian retirado precipitadamente desde el 24 sobre Astorga y Benavente por los caminos de Mayorga, Valencia y Mansilla. Estos exércitos hubieran sido cortados probablemente en

los desfiladeros de Galicia, si el ejército francés no hubiera sido considerablemente detenido en su marcha por las nieves, que acababan de caer en la sierra de Guadarrama, y por los torrentes que habian salido de madre.

Napoleon llegó el 30 de diciembre á Benavente, y no pasó mas allá de Astorga; volvió el 7 á Valladolid con sus guardias, y pocos dias despues estaba en Francia haciendo preparativos para marchar contra el Austria.

El mariscal Ney permaneció en Astorga para guardar los puestos de Galicia, y organizar el pais: el mariscal Soult continuó persiguiendo al ejército del general Moore hasta la Coruña. Los ingleses devastaban enteramente el pais por donde se retiraban, y las tropas del mariscal Soult se veian obligadas á ir á buscar cada dia los víveres á grandes distancias del camino, lo que aumentaba sus fatigas, y retardaba considerablemente su marcha. La vanguardia del cuerpo del mariscal Soult, alcanzó sin embargo

en Villafranca, y en seguida en Lugo la reserva del ejército enemigo, pero no era bastante fuerte para travar una acción. En un encuentro que tuvo lugar en el primero de estos pueblos, los franceses perdieron al general de caballería Colvert.

Los ingleses se vieron obligados el 16 á dar batalla delante de la Coruña antes de reembarcarse. La acción fué sangrienta y vivamente disputada. Los franceses ganaron al principio terreno, pero los ingleses volvieron á tomar por la tarde la fuerte posición, en que se habían situado para cubrir su flota, y se embarcaron la noche del 16 al 17. El general Moore fué muerto por una bala de cañon durante la batalla, en el momento en que traía á la carga á un cuerpo que habia sido rechazado.

El ejército del marqués de la Romana se habia dispersado en las montañas al O-Este de Astorga. La ciudad de la Coruña rodeada de fortificaciones fué defendida por sus habitantes, y no se

rindió hasta el 20 por capitulacion. Las tropas inglesas sufrieron en su retirada todos los males , á que estan expuestos los exércitos vivamente perseguidos , en que los soldados se exâsperan con todo género de fatigas ; y sin haber empeñado en ninguna parte batalla , perdieron mas de diez mil hombres , la caxa militar , muchos bagages , y casi toda su caballería.

No se sabe bien quáles fueron los motivos que empeñaron al general Moore á arriesgar la suerte de su exército , haciendo contra el general Soult una expedicion , cuyo resultado no podia ser en todo caso , sino muy incierto , porque este mariscal podia retirarse sobre Burgos , y ser reforzado por el cuerpo del general Jounot. Dirigiéndose sobre Saldaña el general Moore facilitaba á Napoleon , que se preparaba para volver á Francia , la ocasion de atacarle con todas sus fuerzas reunidas.

El general Moore podia dirigirse desde Salamanca por detras del puente

de Almaraz sobre el Tajo, á una posición casi intomable, y reorganizar los ejércitos españoles: esto era lo que mas temian los franceses. El general Moore saliendo de Salamanca, debia retirarse mas bien en todo caso sobre Lisboa, que sobre la Coruña, á fin de recorrer el camino mas corto, y dar á los cuerpos de los mariscales Lefebre y Soult, comunicaciones mas largas que guardar, y obligarles de este modo á debilitarse por la necesidad de dexar detras de sí numerosos destacamentos: el general inglés hubiera proporcionado á las tropas del general la Romana, y á los paisanos de Galicia y Portugal, ocasiones numerosas de hacer la guerra á las partidas francesas. Esta última operacion ha sido puesta en execucion mas adelante, con el mas feliz éxito por el general Sir A. Wellesley.

Se asegura que el general Moore fué engañado con relaciones falsas, y que se comprometió en esta ocasion á quebrantar las reglas del arte militar contra su

dictámen y voluntad. Por lo demas es siempre fácil juzgar de las cosas despues del suceso: la dificultad de todas las operaciones consiste en preveer con anticipacion los resultados probables.

Mientras que el cuerpo de ejército del mariscal Soult rechazaba los ingleses en Galicia, el ejército español de Andalucía hacia delante de Cuenca diferentes movimientos, por los quales parecia amenazaba á Madrid. El mariscal Victor salió el 10 de enero de Toledo con el primer cuerpo de ejército, para oponerse á éste ejército español mandado por el duque del Infantado.

El primer cuerpo de ejército estuvo algunos dias en las inmediaciones de Ocaña, avanzando lentamente sin tener ningunas noticias del enemigo. Fuese por casualidad ó por ignorancia de la localidad, las divisiones francesas se hallaron el 13 por la mañana de tal modo empeñadas en medio de las de los españoles, que sin tener ninguna intencion de cercarlas, ellas mismas se creian em-

bueñas. La division Villate fué la primera que encontró una parte del ejército enemigo, formado en batalla sobre la cresta de una colina elevada y escarpada. Los españoles tenían mas confianza en la fuerza de su posición, que en la experiencia de sus tropas compuestas la mayor parte de nuevas levadas. Quando vieron la impetuosidad y la sangre fría, con que los franceses trepaban por las rocas arriba al brazo, se desordenaron despues de haber hecho la primera descarga, y encontraron en su retirada no léjos de Alcaraz á la division Ruffin, que buscando al enemigo le habia embuelto sin saberlo. Muchos miles de españoles se vieron entonces obligados á rendir las armas: un gran terror se apoderó de todo su ejército, y los diferentes cuerpos que le componian, se precipitaban ciegamente en todas direcciones. Muchas de estas columnas enemigas, que procuraban escaparse, fueron á parar al parque de artillería del general Cenarmont, y fueron recibidas por

descargar á metralla, que les obligaron á cambiar de direccion. La caballería enemiga encontró un cañon francés con los caballos muy fatigados, y desfiló en silencio por los dos lados del camino. Los franceses hicieron mas de diez mil prisioneros, y tomaron quarenta cañones, que abandonaron los españoles en su huida. Si la division de dragones del general Latour-Maubourg no hubiera estado demasiado fatigada para seguir al enemigo, el ejército español hubiera caido entero en poder de los franceses.

El 13 de enero, dia en que se dió la batalla de Uclés, mi regimiento salió de Madrid para reunirse al primer cuerpo de ejército: el 14 dormimos en Ocaña, el 15 encontramos á tres leguas de esta villa los prisioneros españoles, que venian de Uclés, y eran conducidos á Madrid: muchos de estos infelices caian abrumados de fatiga, y otros morian de desfallecimiento: quando no podian andar mas, eran afusilados inhumanamente. Esta órden sangui-

naria habia sido dada en represalias de que los españoles ahorcaban á los franceses que hacian prisioneros. Unos medios tan violentos tomados fuera de tiempo contra enemigos desarmados, que debian ser protegidos por su debilidad misma, no podian en ningun caso ser justificados por la necesidad de represalias: estas medidas tan crueles como impolíticas alejaban el gran objeto de la conquista, que debia ser la sumision durable de los pueblos. Es cierto que impedian el que los paisanos españoles fuesen á sus exércitos; pero el resultado era que la guerra de emboscadas sucedia á las batallas campales, en las quales nuestra eminente superioridad de táctica probablemente nos hubiera dado siempre los medios de vencer á nuestros enemigos, y de someter en seguida por la dulzura á los hombres, que la disciplina militar tenia ya medio domados. Los franceses hubieran tenido que lidiar con quatrocientos mil hombres solamente en lugar de doce millones de

seres vivientes animados por el ódio, la desesperacion y la venganza.

Uno de estos desgraciados españoles llamó particularmente nuestra atencion: estaba tendido en el suelo, y herido mortalmente: sus largos vigotes negros y su uniforme hacian ver que era un soldado viejo: no se le oian mas que palabras mal articuladas invocando la Vírgen y los Santos: procuramos reanimarle con aguardiente, pero espiró pocos minutos despues.

Nada hay mas horroroso que seguir á alguna distancia á un ejército vencido. Como no habiamos tenido parte en los sucesos de nuestros camaradas, que acababan de batir á los enemigos delante de nosotros, ningun recuerdo de nuestros propios peligros, de nuestras fatigas ó de nuestras inquietudes pasadas disminuia el horror de los espectáculos, que se presentaban á cada paso á nuestros ojos. Atravesabamos las campiñas desiertas y asoladas, y nos alojabamos á una con los muertos y con los heii-

dos, que se habian arrastrado en el lodo para venir á espirar sin socorro á las casas inmediatas al lugar en que habia sido la batalla.

Nos reunimos en Cuenca á nuestro ejército, y nos acantonamos por algunos dias en las inmediaciones de S. Clemente y de Belmonte. Esperabamos nuestra artillería, que con mucha dificultad andaba una ó dos leguas cada dia, porque las lluvias habian inutilizado los caminos de tal suerte, que á veces era preciso reunir los tiros de muchos cañones para arrastrar uno solo. Atravesamos en seguida la patria de D. Quijote para ir á Consuegra y á Madriles. El Toboso se parece perfectamente á la descripcion que ha hecho de él Miguel de Cervantes en su inmortal poema de don Quijote de la Mancha. Si este héroe imaginario no fué durante su vida de un gran socorro para las viudas y los huérfanos, al menos su memoria protegió contra los desastres de la guerra la patria supuesta de su Dulcinea.

Quando los franceses veían á las ventanas alguna muger decían riendo, *aquella es Dulcinea*. Su alegría dió confianza á los habitantes, quienes en lugar de huir como acostumbraban á la primera vista de nuestras vanguardias, se reunieron para vernos pasar: las chanzas sobre Dulcinea y don Quixote fueron un vínculo comun entre nuestros soldados y los habitantes del Toboso, y los franceses bien acogidos trataron á los habitantes con dulzura.

Permanecimos mas de un mes acantonados en la Mancha. Quando habitabamos en las casas, y quando vivaqueabamos en los campos, nuestro género de exístencia era siempre el mismo; solo que en lugar de trasladarnos de una casa á otra, dexabamos nuestra hoguera para ir á sentarnos al rededor de la de nuestros compañeros. Allí pasabamos las largas noches en beber y en hablar de los acontecimientos presentes de la guerra, ó en oír la relacion de las campañas pasadas. Algunas veces un caballo atormentado por el frio del rocío al

acercarse la aurora, arrancaba el piquete á que estaba atado, y venia con suavidad á poner su cabeza cerca del fuego para calentar sus narices, como si aquel antiguo servidor hubiera querido recordar que tambien él se habia hallado en la batalla de que se hacia mencion.

La vida que teniamos sencilla, y agitada al mismo tiempo, tenia sus males y sus atractivos. Quando estabamos al frente del enemigo veiamos á todas las horas del dia entrar y salir destacamentos, que traian noticias de diferentes partes de España muy lejanas. Quando recibiamos la órden de estar prontos á montar á caballo, podiamos ser enviados á Francia, á Alemania y á la extremidad de la Europa, del mismo modo que á una expedicion de poca duracion: quando nos separabamos, no sabiamos si nos volveriamos á ver: quando nos deteniamos en alguna parte, ignorabamos si debiamos permanecer allí algunas horas, ó meses enteros. La más larga y más momentánea espera se pasaba sin fasti-

dio, porque estábamos siempre aguardando un acontecimiento imprevisto. Las mas de las veces carecíamos absolutamente de las cosas mas necesarias á la vida; pero nos consolábamos en la escasez con la esperanza de una mudanza próxima. Quando nos hallábamos en la abundancia, nos apresurábamos á disfrutar, nos acelerábamos á vivir, y todo lo hacíamos de priesa porque sabíamos que nada debia durar. Quando el cañon de las batallas sonaba á lo lejos anunciando un combate próximo en un punto de línea enemiga: quando los cuerpos marchaban en diligencia al lugar de la accion, se veian á los hombres, á los amigos que servian en diferentes cuerpos, detenerse para abrazarse, y darse un pronto á Dios: sus armas se tropezaban, sus plumeros se cruzaban, y volvian prontamente á sus filas.

El hábito de los peligros hacia mirar la muerte como una de las circunstancias mas ordinarias de la vida: nos condolíamos de nuestros compañeros heri-

dos; pero quando ya no vivian no se manifestaba ácia ellos mas que una indiferencia, que llegaba á menudo hasta la ironía. Quando los soldados conocian al paso á uno de sus camaradas estendido entre los muertos, decian: *ya no tiene necesidad de nada; no maltratará mas su caballo; no podrá ya emborracharse*, ó algunas otras proposiciones de esta naturaleza, que manifestaban en los que las proferian un desprecio estoico de la exístencia: ésta era la única oracion fúnebre de los guerreros nuestros que fallecian en los combates.

Las diferentes armas que componian nuestro ejército, particularmente la infantería y la caballería, se diferenciaban mucho entre sí por sus costumbres y hábitos. Los soldados de infantería no teniendo de que ocuparse, sino de sí mismos, y de su fusil, eran egoistas, grandes habladores, y grandes dormidores. Condenados en campaña por el miedo del deshonor á marchar hasta morir, se manifestaban inhumanos en la guerra,

G

y hacian sufrir á otros , quando podian, todo quanto habian sufrido ellos mismos: eran respondones , y algunas veces insolentes con sus oficiales ; pero en medio de las excesivas fatigas que soportaban, una buena palabra los volvia siempre á la razon , y los hacia reír: y olvidaban todos sus males desde el momento en que se oia el primer fusilazo de los enemigos. Generalmente se acusaba á los úsares y cazadores á caballo de ser merodeadores , pródigos , amigos de beber, y de creer que todo les es permitido al frente del enemigo. Acostumbrados á no entregar, por decirlo así, mas que un ojo al sueño , y á tener abierto siempre un oido á la trompeta de alarma , á descubrir en las marchas muy adelante del ejército , á inquirir los ardides del enemigo , á adivinar los menores rastros de sus pasos , á registrar los barrancos , y á ver , como el águila , á lo lejos en la llanura , habian debido adquirir una inteligencia superior y habitudes de independencia. Sin embargo estaban siempre

silenciosos y sumisos delante de sus oficiales por miedo de que los pusiesen á pie.

Fumando sin cesar para adormecer la vida, el soldado de caballería ligera desafiaba en todos los países debaxo de su ancha capa los rigores del clima. El ginete y su caballo acostumbrados á vivir juntos contraían algunos caractéres de semejanza. El ginete se animaba con su caballo, y el caballo con su señor. Quando un usar poco sobrio dirigia á su ligero caballo á los barrancos y á los precipicios, el caballo tomaba entonces el imperio que la razon daba antes al hombre: media su atrevimiento, redoblabá la prudencia, evitaba los peligros, y volvía siempre despues de algunos rodeos a tomar en la fila su puesto y el de su dueño. Algunas veces tambien durante la marcha el caballo amortiguaba poco á poco su paso, ó se inclinaba á propósito para mantener en la silla al usar borracho que se habia dormido. Quando despertaba éste de su sueño in-

voluntario , votaba , lloraba viendo á su caballo jadeando de fatiga , y hacia juramento de no volver á beber mas. Durante muchos dias marchaba á pie , y se privaba de su pan para partirlo con su compañero.

Quando un caravinazo oido de la parte de las centinelas alarmaba á un campo de caballería ligera , en un momento los caballos estaban embridados , y se veia á los soldados salvar por todas partes los fuegos del vivac , los vallados y los fosos , y marchar con la rapidez de un relampago al sitio de la reunion para rechazar los primeros ataques de los enemigos. Solo el caballo del trompeta permanecia inmovil en medio del tumulto ; pero desde que su ginete cesaba de tocar , saltaba con impaciencia , y se apresuraba á reunirse á sus camaradas.

Nuestro cuerpo de ejército salió de la Mancha á mediados de febrero , y las tropas á las órdenes del general Sebastiani , que habia reemplazado el maris-

cal Lefebre, vinieron á las inmediaciones de Toledo á observar las reliquias del ejército del duque del Infantado. Fuimos á ocupar á Talavera, el Arzobispo y Almaraz en la orilla derecha del Tajo enfrente del ejército español de Extremadura. Este ejército habia sido dispersado el 24 de diciembre en el Arzobispo, y enfrente de Almaraz por el mariscal Lefebre: se habia en seguida reorganizado y reforzado baxo las órdenes del general Cuesta, habia tomado á los franceses el puente de Almaraz, y volado los arcos principales, lo que detenía completamente la marcha de nuestras tropas, y nos ponía en la necesidad absoluta de construir un nuevo puente sobre el Tajo, baxo el fuego mismo de los enemigos, porque aunque poseíamos dos, uno en Talavera y otro en el Arzobispo, los caminos de estos puentes estaban entonces impracticables para la artillería. El mariscal Victor puso su quartel general en el pueblo de Almaraz, á fin de estar mas en pro-

porcion de proteger los trabajos, y de activar la construccion de las balsas. Una parte de nuestra division de caballería ligera pasó á la márgen izquierda del rio para observar los movimientos del enemigo, y hacer reconocimientos ácia su flanco derecho sobre el Ibor.

Mudabamos á menudo de cantones por la dificultad que teniamos en procurarnos forrages y víveres. Los habitantes habian abandonado casi todo el pais que ocupaba el ejército. Tenian la costumbre de emparedar antes de marcharse en un sitio retirado de sus casas todo lo que no podian llevar consigo. De este modo nuestros soldados apenas llegaban á los alojamientos vacíos y sin muebles, empezaban á medir como arquitectos las paredes exteriores de la casa, y en seguida las piezas de lo interior para ver si habia algun escondrijo. Se encontraban á veces cubas de vino enterradas. Estabamos acostumbrados á vivir de la casualidad, pasando semanas enteras sin recibir pan, y aun sin poder

proporcionarnos cebada para nuestros caballos.

El 14 de marzo se concluyeron por fin nuestras balsas, pero no podíamos echarlas al agua, ni construir un puente baxo el fuego de los enemigos: era necesario desalojarlos de la fuerte posicion que ocupaban enfrente de Almaraz en la confluencia del Tajo y del Ibor.

El 15 de marzo una parte del primer cuerpo de ejército atravesó el Tajo en Talavera y en el Arzobispo para caer sobre el flanco, y á retaguardia de la posicion de los españoles. La division alemana, baxo las órdenes del general Leval atacó la primera al enemigo el 17 por la mañana en la aldea de mesa de Ibor: tres mil hombres de esta division, que no tenian artillería, arrollaron á la bayoneta ocho mil españoles que estaban atrincherados en una colina elevada, defendida por seis cañones. Se empleó todo el dia 18 en rechazar á los enemigos de Valdecanar, y en perseguirlos de posicion en posicion, y de peña

en peña hasta el puerto de Miravete. Mi regimiento estaba en el ala izquierda del ejército con la division Villate: subimos por la orilla derecha del Ibor rechazando sobre la marcha en todos los puntos á los españoles, que no se defendieron en ninguna parte despues que se vieron envueltos.

El 19 de marzo todo el ejército hizo alto mientras que se echaban al agua las balsas. Habiéndose concluido el puente volante antes de la noche, éste mismo dia empezó á pasar la artillería y las tropas que habian quedado en la orilla derecha del Tajo, y el 20 todo el ejército se reunió en Truxillo. Un poco antes de nuestra llegada hubo delante de esta villa una escaramuza entre los cazadores á caballo del 5.º regimiento que formaban nuestra vanguardia, y los carabineros reales de la retaguardia enemiga. El número de muertos fué casi igual por una y otra parte: los españoles perdieron un gefe de esquadron.

Los dos ejércitos pasaron la noche

al frente uno de otro: el enemigo se puso en marcha el día siguiente una hora antes de salir el Sol, y le seguimos inmediatamente. El 10 de cazadores formaba la vanguardia de nuestra división de caballería ligera, que precedía á todo el ejército. Quatro compañías de volteadores pasaban delante de nosotros quando atravesabamos países cortados por montañas ó por bosques.

Dos horas antes de ponerse el sol el esquadron de vanguardia del 10 de cazadores alcanzó á la retaguardia enemiga, que viéndose estrechada se retiró al momento sobre el cuerpo del ejército español. El coronel del 10 regimiento, dexándose llevar de un valor demasiado ardiente, dexó imprudentemente cargar á todo su regimiento, que se animó y persiguió á la caballería española mas de una legua por la calzada entre colinas montuosas cubiertas de carrascos.

Quando un regimiento ó un esquadron de caballería carga en columna ó

en línea nõ puede conservar mucho tiempo el órden que tenía en el momento de tomar el galope: los caballos se excitan los unos á los otros, su ardor crece progresivamente, y los ginetes mas bien montados se hallan al cabo de poco tiempo muy adelantados á los otros, lo que rompe el órden de batalla. Un comandante de vanguardia debe tener siempre cuidado de no dar sino cargas muy cortas, y de reunir á menudo á sus soldados á fin de dexar respirar á los caballos, y hacer salir descubridores para no caer en una emboscada. Ademas siempre es necesario quando se ha adelantado demasiado, para ser socorrido á tiempo por otro cuerpo, conservar en reserva á lo menos la mitad de la tropa para sostener la otra, y para que los que acaban de atacar tengan una especie de muralla, detras de la qual puedan reunirse si son perseguidos por un enemigo superior.

Los españoles emboscaron, no lejos de la aldea de Majadas, muchos esqua-

drones de su mejor caballería, esta caballería escogida cayó de improviso sobre los cazadores de nuestra vanguardia que marchaban dispersos y sin orden á grandes distancias los unos de los otros. Fueron oprimidos por el número: sus caballos fatigados por una carga á todo trance no pudieron reunirse para resistir, y en menos de diez minutos nuestros enemigos pusieron fuera de combate mas de ciento y cincuenta de los mas valientes cazadores del 10 regimiento.

Habiendo tenido noticia el general Lasalle de lo que sucedia, nos hizo avanzar apresuradamente á socorrerlos. Llegamos demasiado tarde, y no vimos á lo lejos mas que el polvo que dexaban detrás de sí lo españoles que se retiraban.

El coronel del 10 regimiento estaba ocupado en reunir sus cazadores, arrancándose los cabellos de desesperacion á vista de los heridos tendidos aquí y allí en un espacio de terreno bastante grande. Habiendo sobrevenido la noche volvimos á vivaquear

detrás del sitio en que había sido la acción.

El 22 de marzo atravesó el enemigo el Guadiana; nosotros nos acantonamos en las inmediaciones de san Pedro y de Miajadas. Habiendo en fin llegado el 23 nuestra artillería, la mayor parte del ejército se concentró en la ciudad de Mérida y sus inmediaciones.

En la noche del 27 al 28 todo el ejército se movió para marchar al enemigo: hacia ya muchos días que el general Cuesta nos esperaba en las llanuras de Medellín, y había hecho reconocer de antemano por ingenieros la posición ventajosa en que situó su ejército.

Los españoles, á quienes la suerte de las batallas había sido tan á menudo adversa, buscaban motivos de todo género para conservar su confianza, y miraban la escaramuza de Miajadas como un presagio feliz. Los franceses solo confiaban en la victoria misma.

Después de atravesar el Guadiana

por un puente muy largo y estrecho se entra en el pueblo de Medellin: al salir de él hay una inmensa llanura, que se estiende subiendo por la orilla del Guadiana entre la madre de este rio, la villa de D. Benito, y la aldea de Mingrabil. Los españoles habian ocupado primero las alturas que separan estos dos pueblos, pero luego desplegaron mas su línea de batalla, formando una especie de media luna, apoyada su izquierda en Mingrabil, su centro adelante al frente de D. Benito, y su ala izquierda cerca del Guadiana.

Á las 11 de la mañana desembocamos de Medellin para formarnos en batalla: á corta distancia de este pueblo descubrimos un arco de círculo muy cerrado, comprehendido entre el Guadiana y un barranco plantado de árboles y de viñas, que se estiende desde Medellin hasta Mingrabil. La division de caballería ligera del general Lasalle fué situada en el ala izquierda, en el centro estaba la division alemana de in-

fantería, y á la derecha la division de dragones del general Latour-Mourbourg: las divisiones Villate y Ruffin quedaron en reserva. Las tres divisiones que formaban nuestra primera línea habian dexado á retaguardia del ejército numerosos destacamentos para guardar las comunicaciones, y no se componian de siete mil soldados. El enemigo presentaba delante de nosotros una línea inmensa de mas de treinta y quatro mil hombres.

La division alemana empezó el ataque: el 2.^o y 4.^o regimiento de dragones habiendo cargado en seguida á la infantería española, fueron rechazados con pérdida, y la division alemana quedó sola en medio de la pelea: formó en cuadro, y resistió vigorosamente durante toda la accion los esfuerzos redoblados de los enemigos. El mariscal Victor restableció el combate con mucho trabajo haciendo abanzar á dos regimientos de la division Villate. La caballería enemiga intentó en vano al principio arrojar nuestra ala derecha, y una parte de

esta caballería marchó en seguida en masa contra nuestra ala izquierda, la qual temiendo ser embuelta, se vió obligada á hacer un movimiento retrogrado para apoyarse de nuevo al Guadiana, que hace un recodo, y estrecha la llanura acercándose á Medellin. Nos retiramos cerca de dos horas lentamente, y en silencio deteniéndonos á cada cincuenta pasos para volver caras, presentar nuestro frente al enemigo, y disputarle el terreno antes de abandonarle, si hubiera querido apoderarse de él por fuerza.

En medio de los sílvidos prolongados de las balas de cañon, que pasaban por encima de nuestras cabezas, y de los susurros sordos de las granadas, que despues de haber surcado el ayre, venian á remover la tierra al rededor de nosotros, no se oían mas que las voces de los gefes: daban sus órdenes con tanta mas calma y sangre fria, quanto mas nos apretaba el enemigo. Los gritos de los españoles se redoblaban á proporcion que nos retirabamos: sus tirado-

res eran tan numerosos y tan atrevidos, que hacian algunas veces retirar á los nuestros. Nos decian á lo léjos en su lengua que no darian quartel, y que la llanura de Medellin sería sepultura de los franceses. Si nuestro escuadron hubiera sido roto y dispersado, la caballería del ala derecha de los españoles caia por esta brecha sobre la retaguardia de nuestro ejército, y le cercaba; entonces los campos de Medellin hubieran sido segun nos lo anunciaban los enemigos, la tumba de los franceses.

Quando la caballería enemiga estuvo á tiro de fusil de nosotros, los tiradores de los dos partidos se retiraron, y no se veia en el espacio, que nos separaba de los españoles, mas que los caballos de los muertos amigos y enemigos, que la mayor parte heridos corrian en todas direcciones. Algunos de estos animales se sacudian para desembarazarse del peso importuno de sus ginetes que arrastraban debaxo de sus pies.

Los españoles habian enviado con-

tra nuestro solo esquadron, seis esquadrones escogidos, que marchaban en columna cerrada formando la cabeza uno de lanceros. Toda esta masa tomó á un tiempo el trote para cargarnos mientras que hacíamos nuestro movimiento retrogrado. El comandante de nuestro esquadron hizo hacer al paso una media vuelta á la derecha á sus quatro compañías que componian ciento veinte úsares. Acabado el movimiento rectificó el alineamiento de su tropa, con tanta tranquilidad como si no hubiéramos estado al frente del enemigo. Los españoles se aturdieron á vista de una sangre fria semejante, y acortaron involuntariamente el paso. El comandante del esquadron se aprovechó de este momento de perplexidad, y mandó al momento tocar ataque.

Nuestros úsares que enmedio de las amenazas y de las injurias de los enemigos habian conservado un silencio firme y contenido, cubrieron al cargar con un solo grito los sonidos agudos de

H

la trompeta. Los lanceros españoles se detuvieron pasmados, volvieron bridas á medio tiro de pistola, y arrollaron á los esquadrones de su propia caballería, que estaban detras de ellos. El terror se habia apoderado de sus almas, y no se atrevian á mirarse los unos á los otros, teniéndose mutuamente por enemigos. Nuestros úsares envueltos con ellos los acuchillaron sin resistencia. Les perseguimos de este modo hasta la retaguardia de su ejército, y habiendo tocado las trompetas llamada, abandonamos al enemigo, y volvimos á formar nuestro esquadron en línea. Poco tiempo despues de nuestra carga, toda la caballería española de la derecha y de la izquierda desapareció enteramente.

Los dragones habiéndose reunido al rededor de sus compañías escogidas, se aprovecharon de la incertidumbre que notaron en la infantería enemiga que veia huir á su caballería, é hicieron contra el centro de los españoles un ataque feliz y brillante. Dos regimientos de la

division Villate atacaron al mismo tiempo con éxito la derecha de la infantería española cerca de las alturas de Mingrabil. En un momento el ejército, que estaba delante de nosotros, desapareció como las nubes impelidas por los vientos. Los españoles huyeron arrojando sus armas, y cesó el cañoneo. Todos los cuerpos de nuestra caballería marcharon entonces en persecucion del enemigo. Nuestros soldados que se habian visto poco antes amenazados de una muerte próxima, si hubieran sucumbido al número, y que estaban irritados por una resistencia de cinco horas, no dieron al principio quartel. La infantería seguia á lo léjos á la caballería rematando á bayonetazos á los heridos. La ira de los soldados se dirigia particularmente contra los soldados que no traian uniforme.

Los úsares y los dragones se habian dispersado como forrageadores, y volvieron muy pronto escoltando columnas inmensas de españoles que entregaban á la infantería para conducirlos á Medellin. És-

tos mismos hombres que nos prometían con tanta seguridad la muerte antes de la batalla, marchaban entonces con las cabezas baxas, y con la precipitacion del miedo. Á las primeras señales de amenazas que hacian nuestros soldados, corrian todos en un mismo momento, opriéndose ácia el centro de sus columnas, como la ovejas quando oyen la voz de los perros que las persiguen. Cada vez que encontraban un cuerpo de tropas francesas gritaban con fuerza: *viva Napoleon, y sus tropas invencibles*: algunas veces uno ó dos soldados de caballería, se divertian en hacer repetir por ellos solos las aclamaciones, que solo se debian á la masa de los vencedores.

Un coronel cortesano, edecan del Rey José, miraba desfilas á las prisioneros al frente de los regimientos, y les mandó en español que gritasen: *viva el Rey José*. Los prisioneros quisieron dar á entender que no comprendian, y despues de un momento de silencio hicieron resonar todos á un tiempo el grito

acostumbrado de *viva Napoleon*, y sus tropas invencibles. El coronel se dirigió entonces particularmente á uno de los prisioneros españoles repitiéndole con amenazas la órden que ya habia dado. El prisionero español gritó *viva el Rey José*, y un oficial español que por casualidad no habia sido desarmado, se acercó á este soldado de su Nacion, y le envainó su espada en el cuerpo. Nuestros enemigos querian rendir omenage á la fuerza de nuestros exércitos vencedores, pero no reconocer aun en su abatimiento la autoridad de un señor que no era de su eleccion.

Volví á la villa de Medellin un poco antes de anochecer. Carros de municiones rotos, y cañones abandonados con sus tiros de mulas, marcaban aun la posicion que el exército español habia ocupado. El silencio y la calma habian sucedido á la actividad de la batalla, y á los gritos de la victoria. No se oian en la llanura mas que los lamentos de los heridos, y los murmullos confusos de al-

gunos moribundos: levantaban sus cabezas antes de espirar, para hacer oracion á Dios y á la Virgen María. Se veian tambien caballos heridos, que teniendo las piernas rotas por las balas de cañon, no podian moverse del sitio en que debian perecer dentro de poco: ignorando la muerte, y sin cuidado sobre el por venir, pacian la yerba hasta donde sus cuellos podian alcanzarla.

Los franceses no tuvieron quatro mil hombres fuera de combate. Los españoles dexaron en el campo de batalla doce mil muertos, y diez y nueve cañones: les hicimos siete ú ocho mil prisioneros: pero de estos siete mil apenas dos mil llegaron á Madrid, porque hallaban en su propio pais grandes recursos para escaparse. Los habitantes de las ciudades y de las aldeas iban en gran número á los parages por donde debian pasar para distraer la atencion de las escoltas francesas; tenian cuidado de dexar sus casas abiertas, y los prisioneros al paso se metian entre la multitud, ó se entra-

ban en las casas, cuyas puertas se cerraban al momento. Nuestros mismos soldados, que despues de la batalla eran humanos, se prestaban á estas evasiones á pesar de la severidad de las órdenes que tenían.

Los prisioneros españoles decían en su lengua suspirando profundamente, y enseñando á lo léjos una aldea á un granadero encargado de guardarlos y de conducirlos. *Señor soldado: aquel es nuestro pueblo, allí están nuestras mugeres y nuestros hijos. ¿Es posible que pasemos tan cerca de ellos sin volverlos á ver? ¿Es posible que vayamos á esa tierra de Francia que está tan léjos?* El granadero les respondía afectando un tono aspero: *si pretendéis escaparos, os mato; esta es mi consigna, pero me es indiferente todo lo que me rodea.* Daba al mismo tiempo algunos pasos adelante, los prisioneros huían á los campos, y volvían á sus exércitos.

Una parte de nuestro regimiento quedó en Mingrabil sobre el mismo

campo de batalla de Medellín y cerca del sitio en que había sido mas reñida la pelea. Vivíamos enmedio de los cadáveres, y se elevaban continuamente al ayre vapores negros y espesos que arrojados por el viento, iban á llevar las enfermedades y epidemias á los países circunvecinos. Los numerosos rebaños de la Mesta, que segun la costumbre habían venido á invernar en las márgenes del Guadiana, se alejaban con espanto de sus pastos acostumbrados. Sus válidos lúgubres, y los alaridos prolongados de los perros que las guardaban, daban á entender el instinto vago de terror que los agitaba.

Millares de buitres vinieron de toda España á este campo basto y silencioso de la muerte. Puestos en las alturas, y vistos desde léjos en el orizonte, parecían tan grandes como hombres. Nuestros centinelas iban algunas veces á reconocerlos creyendo que eran enemigos. Estas aves no abandonaban sus pastos humanos para volar, sino quando esta-

bamos á algunos pasos de ellas: entonces resonaban sobre nuestras cabezas las sacudidas fúnebres de sus alas enormes.

El 27 de marzo, víspera de la batalla de Medellín ó de Mérida, el general Sebastiani habia derrotado completamente en la Mancha cerca de Ciudadreal al ejército español destinado á guardar los desfiladeros de Sierramorena. La victoria de Ciudadreal, y la que acababamos de conseguir en Medellín, esparcieron la consternacion hasta en el fondo de la Andalucía.

El gobierno español no se dexó sin embargo abatir por estos dos grandes reveses. Como el senado romano, que despues de la derrota de Canas dió las gracias á Varron, porque no habia desesperado de la salvacion de Roma, del mismo modo la Junta superior de Sevilla declaró por un decreto que el general Cuesta y su ejército, eran beneméritos de la Patria, y los dió las mismas recompensas que si hubieran sido vencedores. Quince dias despues de la batalla

de Medellin, el ejército español se repuso de sus pérdidas, y vino á ocupar los pasos de las Montañas, que habia delante de nosotros con cerca de treinta mil hombres.

El general Sebastiani no se adelantó en la Mancha mas allá de santa Cruz de Mudela, y nuestro cuerpo de ejército permaneció acantonado entre el Tajo y el Guadiana. No podiamos pasar mucho mas adelante de este rio, sin exponernos á que se formasen á nuestra retaguardia nuevas reuniones de españoles, y á que nos interceptasen nuestra única comunicacion con Madrid por el puente de Almaraz. Por otra parte habia mucho tiempo que no habiamos recibido noticias del cuerpo del mariscal Soult, que debia haber entrado en Portugal, y con el qual debiamos ligarnos para cooperar. Los cuerpos del ejército francés no habian conseguido en el norte de la península ventajas semejantes á las que acababamos de obtener por la superioridad de nuestra disciplina en las

lanuras de Extremadura y la Mancha. Estos cuerpos baxo las órdenes de los mariscales Soult y Ney habian tenido que pelear en montañas dificiles, donde los habitantes podian trastornar por su conocimiento del terreno, su actividad y número, los cálculos de la ciencia militar, y la experiencia consumada de los dos gefes mas acreditados que teniamos.

Despues de la retirada del general Moore, y la capitulacion de las plazas de la Coruña y Ferrol en el mes de enero; el mariscal Soult se habia dirigido ácia Portugal por Santiago, Vigo y Tuy; no pudiendo hacer pasar á su ejército el Miño cerca de su embocadura baxo el fuego de las fortalezas de la márgen opuesta, que pertenecen á los portugueses, subió por la orilla del rio hasta Orense, donde atravesó el Miño el 6 de marzo: el 7 derrotó completamente en las alturas de Orsuna cerca de Monterey el ejército del marqués de la Romana, y arrojó las reliquias de

este ejército á las altas montañas ácia la puebla de Sanabria.

El mariscal Soult embistió el 13 á Chaves, Ciudad de la frontera de Portugal, y se apoderó de ella por capitulacion: el 19 entró en Braga despues de haber forzado el desfiladero de Carbalho de Este, una de las posiciones mas fuertes de Portugal: en fin, el 29 de marzo Oporto defendida por un campo atrincherado, y por doscientos setenta cañones, fué tomada por asalto por el cuerpo de ejército del mariscal Soult, y la vanguardia de este ejército pasó el Duero, y se estableció sobre el Bouga, á quarenta y cinco leguas de Lisboa.

Apenas los franceses entraron vencedores en Oporto, quando las guarniciones que habian dexado atras para contener el pais, y guardar sus comunicaciones fueron hechas prisioneras en todas partes. Las tropas portuguesas de la fortaleza de Caminha situada á la embocadura del Miño, atravesaron el rio el 10 de marzo, y se reunieron á un

número considerable de soldados de la marina española, y de habitantes de la costa de Galicia, que habian tomado las armas baxo las órdenes de sus curas, habian fortificado el puente de Sanpayo contra los franceses que podian venir de Santiago, y se habian apoderado por capitulacion de las Ciudades de Vigo y Tuy, donde el mariscal Soult habia dexado guarniciones con los depósitos y almacenes de su ejército. El general portugués, Francisco Silveira que se habia retirado á Villapouca á la llegada de los franceses volvió á tomar á Chaves el 21 de marzo: este general marchó despues de la toma de Chaves á Amaranto sobre el Tamega para guardar esta fuerte posicion, é inquietar desde ella la retaguardia de los franceses, y los destacamentos de las inmediaciones de Oporto.

El 30 de mayo la Romana baxó de las montañas de la puebla de Sana-bria con algunos miles de hombres, reliquias de su ejército batido, marchó

sobre Ponferrada, é hizo prisioneros á un corto número de franceses: halló municiones y víveres, y volvió á tomar una pieza de á doce estropeada, la hizo componer, atravesó el camino de Castilla, y se apoderó con la ayuda del cañon de Villafranca, donde hizo prisionera la guarnicion, que se componia de unos ochocientos hombres: al ruido de estos pequeños sucesos su ejército se engruesó bien pronto del mismo modo que la bola de nieve, que baxando de las montañas se aumenta y hace un témpano. La Romana obligó al mariscal Ney á abandonar el Bierzo para concentrar su cuerpo de ejército en Lugo, y se metió en las Asturias, que estaban insurreccionadas del mismo modo que la Galicia.

Los dos cuerpos franceses de Galicia y de Portugal, privados de todos los medios de comunicacion, estuvieron desde entonces absolutamente aislados entre sí, y separados de los otros ejércitos, no pudiendo ayudar ni cooperar

al fin comun de las operaciones generales de la guerra, y se debilitaron desde entonces en muchas acciones parciales y sin resultado.

El mariscal Ney intentó en vano someter á Galicia por el terror de las armas: las medidas violentas, léjos de abatir á los habitantes aumentaron su ódio á los franceses, y como sucede siempre en un pais donde hay patriotismo, las medidas violentas continuaron con represalias aun mas violentas. Los batallones y esquadrones enteros fueron degollados por los paisanos en una noche. Setecientos franceses prisioneros fueron ahogados de una vez en el Miño, y el furor de los habitantes léjos de disminuirse, se aumentaba de dia en dia á proporcion que se debilitaba el ejército francés.

Los habitantes de Portugal se habian levantado en masa como los de Galicia, y los portugueses oponian á los franceses doce mil soldados de línea, y setenta mil hombres de milicias. El ma-

riscal Soult no podia con solos veinte y dos mil hombres contener el pais que dexaba atrás, y abanzar sobre Lisboa. Permaneció sin embargo mas de cuarenta dias en Oporto, procurando en vano someter á los habitantes, y restablecer sus comunicaciones; hacia muchos meses que no recibia órdenes ni refuerzos, y á pesar de su peligrosa situacion no habia querido hacer un movimiento retrogrado por el recelo de perjudicar á las operaciones de los otros cuerpos de nuestros exércitos, cuyas posiciones ignoraba enteramente. En fin el dos de mayo hizo tomar por la division del general Loison el puente de Amaran-to sobre el Tamega, preparándose para retirarse de Portugal por el camino de Braganza.

Entre tanto las avanzadas francesas sobre el Bouga fueron atacadas el 10 de mayo por los ingleses, y repasaron el Duero el dia siguiente. El exército inglés que habia vuelto á Portugal despues de la retirada del general Moore,

se hallaba reducido á quince mil hombres, y no se habia atrevido al principio á desembarcar su grueso bagage, manteniéndose pronto á reembarcarse quando los franceses se acercasen. El 4 y 22 de abril recibió refuerzos considerables, y componiéndose ya de mas de veinte y tres mil hombres, se dirigió contra Oporto.

Los franceses salieron de esta ciudad el 12 de mayo, y su retaguardia tuvo una accion con la vanguardia inglesa. El cuerpo del mariscal Soult era perseguido por tres exércitos; el del general S. A. Wellesley, que no perdía de vista su retaguardia; el exército anglo-portugués del general Beresford, que se dirigia por Lamego y Amaranto sobre Chaves dexando atrás con muchas marchas la derecha del cuerpo del mariscal Soult; y el tercero del general portugués Silveira, que precedia á los dos primeros á fin de cortar á los franceses los pasos de Ruibaes entre Salamonda y Montalegre.

El mariscal Soult, hallando el cami-

no de Chaves ocupado por el mariscal Beresford , concentró rápidamente su cuerpo de ejército en Braga , y se dirigió sobre Orense por las montañas: atravesó mas de sesenta leguas de un pais insurreccionado sin haber tenido mas pérdidas considerables que la de su grueso bagage , y de su artillería que destruyó en los pasos impracticables. Los ingleses no pasaron de Montalegre y Chaves , y retrocedieron rápidamente sobre el Tajo á las inmediaciones de Lisboa.

El mariscal Soult llegó el 22 de mayo á Lugo en Galicia , salvó á la guarnicion de esta ciudad sitiada por los españoles , y se puso en comunicacion con el mariscal Ney , que volvia de una expedicion contra Oviedo en las Asturias , y pocos dias despues volvió á tomar la ofensiva contra el ejército del marqués de la Romana , al que persiguió sin poder alcanzar por Monforte , Ponferrada , Bollo y Viana. En seguida marchó por la Puebla de Sanabria á Zamora , abando-

nando á Galicia, con el objeto de seguir el movimiento, que opinaba querian hacer los ingleses ácia el Tajo en la Extremadura contra el cuerpo del mariscal Victor.

Despues de la partida del mariscal Soult, el mariscal Ney se vió muy pronto obligado á retirarse al reyno de Leon. Su cuerpo de ejército no formó en Galicia ni en Asturias ningun establecimiento duradero, porque se lo impidieron siempre lo habitantes de las aldeas y las tropas numerosas de los paisanos armados, á quienes era imposible reducir, y cuyas fuerzas se aumentaban diariamente.

En estas provincias montañosas del norte de la península, los franceses, aunque siempre vencedores donde quiera que los enemigos se presentaban en batalla, eran asaltados continuamente por nubes de montañeses armados, que no acercándose jamás para combatir en filas cerradas, ni cuerpo á cuerpo, se tiraban de posicion en posicion, de roca en roca á las alturas sin dexar de

hacer fuego aun quando huian.

Eran necesario á menudo batallones enteros para llevar una órden de un batallon á otro poco distante. Los soldados heridos, enfermos ó cansados que quedaban detrás de las columnas francesas, eran al momento asesinados: era preciso despues de haber vencido, empezar á vencer de nuevo: las victorias eran ya inútiles por el carácter indomable y perseverante de los españoles, y los exércitos franceses se derretian por falta de reposo en las fatigas, en vigilias, y en inquietudes continuas.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en el norte de la España, que habian impedido á nuestros cuerpos de exército de Extremadura y la Mancha el aprovecharse de las victorias señaladas de Medellin y Ciudadreal. Las operaciones del exército de Aragon tambien se habian suspendido por la necesidad que obligó á los franceses á sacar de aquella provincia el cuerpo del mariscal Mortier, y de hacerle venir á Va-

lladolid para socorrer al mariscal Ney, y restablecer las comunicaciones con Galicia.

Despues de la campaña de Austria y la salida de Napoleon, los exércitos franceses en España no recibian ya refuerzos para reparar sus pérdidas diarias; en lugar de concentrarse habian continuado en estenderse cada dia mas en la península, y débiles en todos los puntos porque estaban esparramados, se estenuaban en el mediodia de la península por sus mismas victorias, mientras que en el norte perdian contra los paisanos insurgentes la reputacion de invencibles, mas poderosa aun que la fuerza real con que habian sometido tantos pueblos.

José mandaba en gefe despues de la partida de Napoleon: creia que con la suavidad de su carácter podria en España atraer á su gobierno, así como lo habia hecho en Nápoles, los pueblos á quienes sometia la fuerza de nuestras armas: y habia dexado que se adelantasen los exércitos franceses en la penín-

sula con solo el objeto de organizar nuevas provincias, y de reinar sobre mayor extension de pais: de este modo habia comprometido la seguridad militar de los exércitos de Galicia y de Portugal, de los quales no tuvo ninguna noticia en cinco meses.

El Rey José habia contraído en el trono de Nápoles costumbres apáticas. Rodeado de aduladores, y de un pequeño número de españoles, que le engañaban, se dexaba llevar de vanas esperanzas. En lugar de seguir los exércitos, permanecia en la capital sumergido en la molicie, y echando menos las delicias de Italia. Quería dormir y reinar en Madrid como en Nápoles, aun antes que le hubiésemos conquistado, si esto era posible, un reyno al precio de nuestra sangre.

Llenaba sus papeles públicos de decretos que jamás se executaban, y apenas se leian: daba á una iglesia los vasos sagrados de otra robada hacia mucho tiempo por los franceses, ó despo-

jada por los españoles mismos. Prodigaba las decoraciones de su órden real á los cortesanos, que no se atrevian á traerla fuera de los lugares ocupados por los franceses por miedo de ser asesinados por los paisanos españoles. Hacia numerosas promociones en sus reales exércitos, que no exístian aun: daba empleos en expectativa de gobernadores, administradores y magistrados de las provincias mas remotas de sus reynos de uno y otro emisferio, mientras que no se atrevia á dormir en sus casas de campo á algunas leguas de Madrid.

Creyendo agradar al público procuraba imitar por todos los medios posibles el fausto, el ceremonial, y hasta la piedad de las reyes Carlos IV y Fernando VII. Él mismo conducia á pie las procesiones por las calles de Madrid, haciendo que le siguiesen los oficiales de su estado mayor, y los soldados de la gendarmería francesa, llevando velas encendidas. Sus pretensiones á la santidad, su afectada munificencia y sus falsas li-

beralidades no sirvieron mas que para ridiculizarle quando despues de la partida de Napoleon se disipó el terror, que lo ennoblece todo.

Los españoles habian tenido el gusto de circular que José era afecto al vino, y sobre todo que era tuerto, lo que hacia mucha impresion en la imaginacion de los paisanos: en vano procuró destruir el efecto de estos rumores poco favorables presentándose á menudo en público, y mirando siempre de frente á los que pasaban; el pueblo no dexó de creer por esto que no tenia mas que un ojo. Los devotos que estaban acostumbrados á mezclar en todos sus discursos esta aclamacion *Jesús María y José*, se detenian quando habian pronunciado las dos primeras palabras, y despues de una pausa se servian de esta perifrasis, y *el padre de nuestro Señor*, creyendo atraer una bendicion al rey José nombrando al Santo, que creian su patron en el Cielo.

La bondad natural de José llegó á

ser mirada como debilidad por los franceses mismos. Perjudicaba realmente á las operaciones militares por el deseo ardiente que tenia de hacerse amar de sus vasallos. Atendia á todas las reclamaciones de los españoles, y siempre las atribuia á culpa de los franceses: muchas veces teniamos escasez de víveres no atreviéndonos á exígir las requisiciones indispensables para vivir en el pais sometido momentáneamente, como sino hubiera sido enemigo: nuestros soldados morian á centenares en los hospitales de Madrid y de Burgos por falta de las cosas mas necesarias.

Despues de las batallas ganadas, el rey José iba al Retiro á hacer prestar juramento de fidelidad á los prisioneros que el ejército le habia enviado, diciéndoles que habian sido engañados por hombres pérfidos, y que él, que era su rey, no queria mas que su bien y la felicidad de su pais. Los prisioneros, que se creian en vísperas de ser fusilados, prestaban por el pronto el jura-

mento de sumision, pero se desertaban y volvian á sus exércitos luego que los habian armado y equipado. Nuestros soldados los conocian facilmente en sus uniformes nuevos, y llamaban al rey José el organizador y administrador en gefe de los depósitos militares de la junta suprema de Sevilla.

Nuestros mariscales y generales no obedecian sino con trabajo á un hombre á quien no consideraban como francés desde que le reconocian por rey de España, y procuraban contradecirle y descontentarle por todos los medios posibles para que los volviese á enviar á Alemania. Querian á todo trance abandonar una guerra irregular, y que les hacia perder la ocasion de obtener grandes recompensas peleando á la vista de Napoleon.

José no tenia bastante autoridad, ni talentos militares, ni bastante confianza en sí mismo para mandar las operaciones que las mudanzas sobrevenidas en la situacion general de los negocios exi-

gian imperiosamente: nada mandaba sin haber consultado á su hermano, y los planes que venian de París ó de Alemania, llegaban por lo comun muy tarde: por otra parte, el que no los habia concebido, no podia executarlos sino imperfectamente, y el ejército francés de España carecia absolutamente de aquella unidad de accion, sin la qual no tienen efecto las operaciones mas sencillas de la guerra.

En el mes de abril el cuerpo de ejército del mariscal Victor abandonó momentáneamente sus cantones sobre el Guadiana entre Medellin y Mérida, y se acercó al Tajo para reunirse á la division Lapisse. Esta division habia ido á hacer intimaciones inútiles á la plaza de Ciudadrodrigo. Una division del cuerpo del mariscal Victor marchó de nuevo á Alcántara el 14 del mes de mayo, y atravesó el rio despues de haber tenido una escaramuza de poca importancia con las milicias portuguesas: hizo al dia siguiente algunos reconocimientos en la

direccion de Castel-blanco, pero habiendo sabido que ocho mil ingleses y portugueses ocupaban á Abrantes, conjeturó que no habia tenido efecto la expedicion del mariscal Soult sobre Lisboa, y retrocedió. El mariscal Victor reunió entonces su cuerpo de ejército en las inmediaciones de Truxillo entre el Guadiana y el Tajo para asegurar sus comunicaciones por el puente de Almaraz, cubrir á Madrid, y observar el ejército de Cuesta. El quarto cuerpo, mandado por el general Sebastiani, permaneció en la Mancha despues de la accion de Ciudadreal.

El 20 de mayo los oficiales y sargentos de los quartos esquadrones de toda la caballería del ejército recibieron orden del ministro de la guerra para volver á los depósitos principales de sus regimientos á formar nuevos esquadrones. Por esta disposicion salí de España, y apenas llegué á Francia fuí destinado contra los ingleses á las costas de Flandes. No habia tenido efecto la expedi-

cion que intentaron contra la flota y astillero de Anvers por la lentitud é indecision de su general en gefe: volvi á España donde entré á principios del año siguiente.

SEGUNDA PARTE.

Despues que el mariscal Soult se vió precisado á abandonar á Oporto y Portugal, el ejército inglés habia repasado el Duero, y vuelto á las Ciudades de Thomar y Abrantes cerca del Tajo, preparándose para caer sobre la Extremadura española por Coria y Plasencia. El mariscal Victor, cuyo cuerpo de ejército ocupaba las inmediaciones de Truxillo y de Cáceres, recelando que los ingleses tomasen su retaguardia por la orilla derecha del Tajo, volvió á pasar este rio á principios de junio, y se retiró á la calzada, y despues el 26 á Talavera de la Reyna.

El 20 de julio el ejército inglés mandado por el general S. A. Wellesley se reunió en Oropesa al ejército español del general Cuesta. El ejército inglés contaba en sus filas veinte mil soldados ingleses, y quatro ó cinco mil portugueses. El del general Cuesta se componia de treinta y ocho mil hombres. Otro ejército de diez y ocho á veinte mil españoles á las órdenes del general Venegas se preparaba en la Mancha á cooperar con los de los generales S. A. Wellesley y Cuesta.

Un cuerpo de tropas ligeras portuguesas y españolas mandado por el general inglés Wilson marchó por las montañas de Arenas hasta Escalona, á donde llegó el 23 para comunicarse con el ejército español del general Venegas, que se abanzaba de Tembleque por Ocaña á Aranjuez y Valdemoro. Los generales Venegas y Wilson debian acercarse á Madrid, é intentar tomarla con ayuda de sus habitantes. Este movimiento conuinado tenia por objeto obli-

gar al Rey José á ocuparse únicamente en la seguridad de su capital, é impedirle que concentrase sus fuerzas diseminadas. Los exércitos anglo-españoles esperaban batir dentro de poco tiempo á los franceses, ó al menos echarlos de Madrid, de todo el centro de la España, y obligarlos á volver á pasar las montañas, y retirarse ácia Segovia.

Los exércitos de los generales Wellesley y Cuesta abanzaron el 22 de julio sobre Talavera: la caballería del general Cuesta consiguió no léjos de esta villa una pequeña ventaja contra la caballería de la retaguardia francesa, que se retiraba sobre su cuerpo de exército. Este suceso ensalzó hasta el mas alto grado las esperanzas de los españoles, que queriendo vengar el desastre de Medellín atacando solos á los franceses, á quienes creían medio vencidos porque hacian un movimiento retrogrado, dexaron á los ingleses en Talavera, y se adelantaron por el Bravo y santa Olalla hasta Torrijos.

El mariscal Victor se retiró cerca de Toledo detras de Guadarrama, donde se le incorporaron el 25 el cuerpo de ejército del general Sebastiani, y las tropas que el Rey José traia de Madrid: el ejército francés del centro de la España reunido entonces constaba de quarenta y siete mil hombres, y tomó el 26 el camino de Talavera bajo las órdenes del Rey José.

El regimiento de dragones de Villaviciosa fué casi enteramente derrotado en el desfiladero de Alcavon cerca de Torrijos por el segundo regimiento de úsares, que hacia parte de la vanguardia francesa, y el ejército entero del general Cuesta se retiró precipitadamente al otro lado del Alverche. El ejército francés pasó este rio el dia siguiente á medio dia, rechazó las avanzadas inglesas, y llegó á las cinco de la tarde á tiro de cañon de los enemigos.

El ejército español se habia situado en una posicion, que se creyó inaccesible detras de murallas antiguas y de

vallados y huertas que rodean y confinan con la villa de Talavera: apoyaba su derecha al Tajo, y su izquierda se unia á la derecha de los ingleses cerca de un reducto construido sobre una eminencia: el terreno que estaba al frente de los ejércitos combinados anglo-españoles era desigual, cortado en diferentes partes por barrancos formados con las lluvias del invierno, y lo largo de su posicion estaba cubierto por la madre bastante escarpada de un torrente ó barranco, que entonces estaba seco. La izquierda de los ingleses se apoyaba á una elevacion, que dominaba la mayor parte del campo de batalla, y que estaba separada de las cadenas de las montañas de Castilla por un valle profundo y bastante ancho.

La elevacion era por decirlo asi la llave de la posicion que ocupaban los enemigos, y un general hábil y dotado de la ojeada rápida que asegura la suerte de las batallas, hubiera dirigido contra este punto decisivo la mayor parte

K

de sus medios de ataque, á fin de apoderarse de él, ó bien haciéndole tomar á viva fuerza, ó envolviéndole por el valle; pero el Rey José de quien desde que era necesario obrar, se apoderaba un espíritu funesto de perplexidad y de incertidumbre, ensayaba medidas á medidas, gastaba parcialmente las fuerzas, y perdía siempre en tentativas el tiempo y la ocasion de vencer. El mariscal Jourdan mandaba en segundo, pero ya no tenía en la guerra de España aquel arrojo de patriotismo que le animaba quando combatía en los campos de Fleurus por la independendencia de la Francia.

Los franceses empezaron al principio á cañonear y á tirotear al frente de su derecha, y enviaron un batallon solamente, y tiradores á ocupar por el valle la elevacion á que se apoyaba la izquierda de los ingleses, creyendo que no pensaban mas que en retirarse. Este batallon se encontró con tropas numerosas, y muy pronto fué rechazado con pérdida, y obligado á retrogradar: una di-

vision de dragones que habia ido á hacer un reconocimiento sobre Talavera, halló las avenidas de esta villa fuertemente atrincheradas con artillería, y no pudo abanzar.

Los franceses intentaron de nuevo por la noche apoderarse de la elevacion: un regimiento de infantería, seguido á alguna distancia por otros dos de la misma arma, atacó el ala izquierda de los ingleses con un ímpetu sin igual, llegó á la cima de la elevacion, y se posesionó de ella; pero se vió muy luego obligado á retirarse habiendo sido vivamente atacado por una division inglesa entera, en el momento en que vencedor estaba debilitado por el mismo esfuerzo vigoroso que acababa de hacer. Uno de los dos regimientos destinados á sostener este ataque perdió la direccion en los bosques enmedio de la obscuridad: el otro retardó su marcha por no haber podido hallar bastante á tiempo el paso del barranco, que cubria la posicion de los enemigos.

Estos dos ataques sucesivos se frustraron á pesar de la impetuosidad y del valor de las tropas, porque fueron executados por cuerpos muy poco numerosos. Se habia enviado un batallon ó una division, á donde hubiera sido necesaria una buena parte del ejército: estas tentativas sin resultado indicaron á los ingleses los proyectos de los franceses para el dia siguiente, y les hicieron conocer aun mas la importancia y la fuerza de su posicion, y pasaron el resto de la noche en fortificarla con artillería.

El sol halló al dia siguiente á los dos ejércitos formados en batalla, y volvió á empezar el cañoneo: la batalla que se iba á dar debia decidir la suerte de Portugal, que el ejército inglés estaba encargado de defender, y quizá tambien de la península entera. Los soldados viejos del primero y quarto cuerpo del ejército francés, acostumbrados hacia muchos años á vencer en toda la Europa, y á ver siempre su ardor auxilia-

do por las conuinaciones hábiles de sus gefes, esperaban con impaciencia la órden de pelear, contando con derribarlo todo delante de sí por un solo esfuerzo bien conuinado.

Una sola division de tres regimientos de infantería fué enviada, como la víspera, por el valle al asalto de la posición que se habia tomado momentáneamente por la noche. Esta division consiguió, despues de haber sufrido grandes pérdidas, llegar hasta la cima de la elevacion; iba á coronarla, y uno de sus regimientos se adelantaba ya sobre la artillería enemiga, quando su choque fué rechazado, y la division entera obligada á retrogradar. Los ingleses creyeron por este nuevo ataque que los franceses procurarian envolver su izquierda por el valle; hicieron baxar los cuerpos de su caballería, y situaron una division española en la prolongacion de las altas montañas de Castilla. Los franceses volvieron á tomar su primera posición; el cañoneo continuó aun por una hora, y

cesó en seguida poco á poco. El calor abrasador del mediodia obligó á los combatientes de ambos partidos á suspender la pelea, y á observar una especie de tregua, no consentida, durante la qual se recogieron los heridos.

El rey José habiendo ido por fin á reconocer él mismo la posicion de los enemigos, mandó á las quatro de la tarde un ataque general contra el ejército inglés. Una division de dragones se dexó ácia Talavera para observar á los españoles. El cuerpo del general Sebastiani marchó contra la derecha de los ingleses, mientras que las tres divisiones de infantería del mariscal Victor, seguidas por masas de caballería, se dirigian contra su izquierda para atacar la elevacion por el valle. El rey José y el mariscal Jourdan se colocaron con la reserva detrás del quarto cuerpo: empezó muy luego el fuego de cañon y de fusil.

El gefe de los ingleses puesto sobre una altura que dominaba todo el campo de batalla, iba á donde quiera que

el peligro exígia su presencia. Abrazaba con una sola ojeada los diferentes cuerpos de su ejército, y distinguia debaxo de sí los mas mínimos movimientos de los franceses: les veia colocarse en batalla, formar sus columnas de ataque, y presagiaba sus proyectos por lo que manifestaban sus disposiciones, y de este modo tenia tiempo de prevenirlas, y de tomar con anticipacion medidas contrarias. La posicion que ocupaba el ejército inglés, fuerte por sí misma, y de un acceso difícil por su frente y flancos, era accesible con facilidad á retaguardia de su línea, y permitia llevar cuerpos con rapidez á los puntos amenazados.

Los franceses tenian un barranco que pasar antes de llegar á sus enemigos: abanzaban por un terreno cortado, escabroso y desigual, que les obligaba muchas veces á romper su línea, y peleaban contra posiciones fortificadas de antemano. La izquierda cubierta por la elevacion no podia ver lo que ocurría en la derecha: cada cuerpo de ejército

peleaba separadamente con un valor sin igual, y aun con habilidad; pero no habia union en sus esfuerzos, y los franceses no estaban entonces mandados por un general en gefe que supliese con sus talentos las ventajas que la naturaleza del terreno les reusaba y daba á sus enemigos.

La division Lapisse pasó la primera el barranco, atacó la elevacion atrincherada, y la escaló á pesar de los tiros de metralla que quintaban sus filas á cada paso, y fué bien pronto rechazada despues de haber perdido á su general, y un gran número de oficiales y soldados: dexó al retirarse en descubier- to la derecha del quarto cuerpo, que fué flanqueado por la artillería inglesa, y obligado momentáneamente á retrogradar. La izquierda de este cuerpo del general Sebastiani habia llegado, sufrien- do un fuego de artillería muy vivo, hasta el pie del reducto á la derecha de los ingleses, y en el centro de los exércitos aliados, y habiéndose adelantado

mucho y demasiado pronto, fué rebasado, y en seguida rechazado por los cuerpos de la derecha de los ingleses, reunidos á la izquierda de los españoles. Esta ala fué socorrida, y empezó de nuevo el ataque. En el centro el mariscal Victor reunió la division Lapisse al pie de la elevacion, renunciando el proyecto de apoderarse de ella. Los franceses procuraron desde entonces envolverla por la izquierda ó por la derecha.

La division Villate se adelantó en el valle, y la division Ruffin á la derecha de ésta seguia al pie de la grande cadena de montañas de Castilla: la caballería en segunda línea se preparaba á extenderse en la llanura, á retaguardia de los enemigos, por donde quiera que la infantería hubiera abierto un claro.

Los ingleses hicieron cargar las masas francesas en el momento en que se ponian en movimiento por dos regimientos de caballería: estos dos regimientos se empeñaron en el Valle, pasaron á pesar del fuego de muchos batallones de

infantería entre las divisiones Villate y Ruffin, y se dirigieron con un ímpetu sin igual contra el diez y el veinte y siete regimientos de cazadores á caballo. El diez regimiento no pudo sostener esta carga, abrió sus filas, se reunió un momento despues, y el veinte y tres de dragones ligeros que estaba á la cabeza de la caballería inglesa, fué casi enteramente derrotado, ó hecho prisionero.

Una division de guardias del Rey de inglaterra que estaba en primera línea á la izquierda, y en el centro del ejército inglés fué cargada, y rechazó vigorosamente á los franceses, pero habiéndose adelantado demasiado una de sus brigadas, fué flanqueada por la artillería y la fusilería francesa, tuvo mucha pérdida, y se retiró con mucho trabajo detras de la segunda línea. Los franceses se aprovecharon de esta ventaja y se adelantaron de nuevo: no les faltaba mas que un esfuerzo para desembocar en la llanura, y combatir á sus

enemigos en un terreno igual. El rey José halló que era demasiado tarde para abanzar con la reserva, y el ataque se suspendió hasta la mañana siguiente: en seguida sobrevino la noche, y cesó el combate por cansancio, sin que ninguno de los dos partidos conservase sobre el otro ventajas bastante considerables para tener derecho á reclamar la victoria.

Los cuerpos del mariscal Victor, y del general Sebastiani se retiraron sucesivamente durante la noche sobre la reserva, dexando una vanguardia de caballería en el mismo sitio de la accion para recoger los heridos. Los ingleses que esperaban un nuevo ataque la mañana siguiente, se admiraron quando vino el dia de ver que los enemigos se habian retirado á su primera posicion sobre el Alberche, abandonando veinte cañones. Los franceses tuvieron cerca de diez mil hombres fuera de combate, y los españoles é ingleses seis mil seiscientos diez y siete segun sus propias relaciones.

El rey José dexó el primer cuer-

po de ejército sobre el Alberche, y marchó con el cuarto cuerpo y la reserva al socorro de Toledo: esta ciudad no tenia mas que mil y quinientos hombres de guarnicion, y estaba atacada por una division española del ejército del general Venegas, que se habia apoderado el veinte y siete de Aranjuez y Valdemoro. El cuerpo del general inglés Wilson, que se habia adelantado de Escalona hasta Navalcarnero, estuvo á punto de ocupar á Madrid algunos dias antes. Los habitantes de esta capital le habian abierto las puertas, y habian ido vestidos de gala á recibirle, despues de haber obligado á tres batallones franceses, que formaban la guarnicion, á encerrarse en el Retiro. José hizo entrar una division entera en Toledo, y vino el primero de agosto á Illescas, desde cuya posicion podia igualmente dirigirse contra el ejército del general Venegas, sostener el primer cuerpo sobre el Alberche, y contener en caso de necesidad á los habitantes de Madrid.

Los ingleses no intentaron atacar al mariscal Victor; se retiraron el 3 de agosto á Oropesa, dexando á los españoles en Talavera, y el cuerpo de Wilson en Escalona, y en la noche del 4 al 5 los exércitos combinados español é inglés volvieron á pasar precipitadamente el Tajo por el puente del arzobispo, al acercarse los de los mariscales Soult, Ney y Montier, que llegaban de Salamanca por el puerto de Bañas, Plasencia y Navalnoral á situarse entre el exército inglés y el puente de Almaraz.

La vanguardia del cuerpo del mariscal Mortier pasó el 8 de agosto el Tajo á nado mas arriba del puente del arzobispo á la una de la tarde durante la siesta; sorprendió una parte del exército del general Cuesta, y se apoderó de sus cañones, como tambien de los que habian colocado los españoles para defender él puente. El 11 el exército del general Venegas fué derrotado en Almonacid en la Mancha por el

general Sebastiani. El cuerpo español y portugués del general Wilson fué enteramente derrotado el 12 en las montañas de Baños por parte del ejército del mariscal Ney, que retrogradaba ácia Salamanca.

La expedicion del general S. A. Wellesley á Extremadura era á lo ménos tan espuesta como la que habia intentado el general Moore el año anterior contra el mariscal Soult en Saldaña. Los ejércitos españoles é ingleses hubieran caido enteros en poder de los franceses si los cuerpos de los mariscales Soult, Ney y Mortier hubieran llegado un dia antes á Extremadura; pero José no se atrevió á disponer de estos cuerpos, sin haber conseguido antes el consentimiento de Napoleon. El 22 envió al mariscal Soult la órden de concentrarse en Salamanca, y de marchar contra el ejército inglés. El mariscal Soult no recibió esta órden hasta el 27: se puso en marcha el 28, y á pesar de su mucha diligencia no pudo llegar á Plasen-

cia hasta el 3 del mes de agosto.

Los exercitos españoles é ingleses permanecieron detras del Tajo hasta el 20 de agosto ocupando á Mesa de Ibor, Deleitosa y Jaraicejo enfrente de Almaraz, cuyo puente de Barcas habia sido cortado por los españoles. Se retiraron en seguida al Guadiana, y el ejército de S. A. Wellesley volvió á entrar en Portugal.

La invasion de los ingleses en Extremadura habia obligado á los franceses á llamar al socorro de su ejército del centro los tres cuerpos destinados á guardar y observar las provincias del norte de la España, y tenian muchas fuerzas porque se habian concentrado. El gobierno español se obstinó aun despues de la partida de los ingleses en obrar en masa: juntó un ejército de cincuenta y cinco mil hombres en las llanuras de la Mancha, y éste ejército fué totalmente batido y dispersado el 10 de noviembre en Ocaña, por solo el cuerpo del mariscal Mortier que ape-

nas se componia de veinte y quatro mil soldados. Era fácil á los franceses derrotar en batalla campal á tropas levantadas apresuradamente, indisciplinadas, y que no sabiendo maniobrar, se perjudicaban por el mismo número que debiera hacer su fuerza.

Despues de la batalla de Ocaña los franceses debieron reunir de nuevo todas sus tropas disponibles, y marchar rápidamente á Lisboa: pero pasaron á Sierramorena é invadieron sin tirar un tiro casi toda la Andalucía, exceptuando á Cádiz y la isla de Leon. Estendiéndose asi en el medio dia de la España, dieron tiempo á los ingleses de fortificar á Portugal, y organizar las fuerzas militares de este reyno. Los franceses se debilitaron porque se diseminaron de nuevo para ocupar, y organizar una grande estension de pais, y los españoles pudieron hacer en casi toda España esta especie de guerra nacional, con la qual habian sufrido tanto los franceses en Galicia, en As-

turias y en el norte de Portugal.

Á medida que los ejércitos españoles habian sido destruidos, las Juntas provinciales no pudiendo comunicarse ya con la Central, empleaban todos sus recursos en la defensa local del pais, que administraban: los habitantes, que hasta entonces habian sufrido con paciencia esperando su rescate del resultado de las batallas campales, no buscaban ya mas que en sí mismos los medios de sacudir el yugo que les oprimia. Cada pueblo, cada provincia, cada individuo conocia mas y mas la necesidad de rechazar al enemigo comun. El ódio nacional contra los franceses establecia una especie de union en los esfuerzos no dirigidos de los pueblos, y se vió suceder á la guerra regular un sistema de guerra en detall, una especie de desorden organizado que convenia perfectamente al genio indomable de la Nacion española, y á las circunstancias desgraciadas en que se hallaba.

Los distritos de la España ocupados

L

por los franceses, se llenaron bien pronto de partidarios y de guerrillas compuestas de soldados de línea dispersos, y de habitantes de las llanuras y de las montañas. Los curas, los labradores, los estudiantes, los simples pastores se habían convertido en gefes activos y emprendedores. Estos gefes sin autoridad militar, sin tropas permanentes no fueron al principio, digásmolo así, sino unas banderas al rededor de las que venian sucesivamente los habitantes de la campaña á unirse á pelear. Las noticias de las pequeñas ventajas que conseguian estas numerosas partidas, las recibia el pueblo con el mayor interés, y se contaban con la exâgeracion meridional: servian para confortar los espíritus abatidos por momentos con los reveses sufridos en otras partes. La misma instabilidad de imaginacion, y el espíritu exâltado de independendencia que habia perjudicado á las operaciones lentas é inciertas de los exércitos arreglados de la Junta, aseguraban entonces la dura-

cion de la guerra nacional, y se podia decir de los españoles que si al principio habia sido fácil vencerlos, era ya casi imposible subyugarlos.

Quando pasabamos de una provincia á otra los partidarios del enemigo reorganizaban al momento en nombre de Fernando VII el pais que acababamos de abandonar, como si no hubiesemos de volver jamas, y castigaban severamente á los habitantes que habian manifestado celo ácia los franceses. De esto resultaba que el terror de las armas ninguna influencia nos aseguraba á nuestras inmediaciones. Como los enemigos estaban esparcidos por todas partes, los diferentes puntos que los franceses ocupaban estaban todos mas ó menos amenazados: sus tropas victoriosas y dispersas, para conservar sus conquistas, estaban desde Irun hasta Cádiz en un estado de bloqueo continuo, y realmente no eran dueños de mas territorio que del que pisaban.

Las guarniciones que habian dexa-

do en los caminos militares para contener el país eran sin cesar atacadas: se habian visto precisadas para su seguridad á construir pequeñas ciudadelas, reparando antiguos castillos aruinados situados en alturas: algunos de estos castillos eran restos de los fuertes que los romanes y los moros habian levantado con el mismo objeto muchos siglos antes. En las llanuras los puestos de correspondencia fortificaban una ó dos casas á la entrada de las aldeas, con el objeto de tener alguna tranquilidad durante la noche, y de encerrarse quando estaban amenazados. Los centinelas no se atrevian siempre á estar fuera del recinto fortificado por medio de ser sorprendidos: se situaban en alguna torre, ó en andamios de tablas contruidos en los tejados cerca de las chimeneas, para observar desde alli lo que ocurría á lo léjos en el campo. Los soldados franceses cerrados en sus pequeñas ciudadelas, oían algunas veces los sonidos

alegres de las guitarras de sus enemigos, que venian á pasar las noches en las aldeas inmediatas.

Los exércitos franceses no podian traer sus víveres y municiones sino escoltados por fuertes destacamentos, que eran obstigados continuamente, y hechos prisioneros á menudo. Estos destacamentos no encontraban en la llanura casi ninguna resistencia, pero desde que entraban en las montañas, se veian precisados á abrirse paso á fuerza de armas; y las pérdidas diarias que sufrían los franceses en algunas partes de la España, para procurarse víveres y municiones, equivalian á lo menos á las que hubieran experimentado, si hubiesen tenido que luchar constantemente con enemigos, que hubiesen resistido en batallas campales.

Los pueblos de España no se desanimaban por la duracion de la guerra: en algunas provincias los paisanos estaban siempre armados: los labradores tenían en una mano la esteba, y en la

otra una arma siempre pronta que enterraban quando se acercaban los franceses, sino se creian bastante fuertes para reunirse y batirlos. Su animosidad se aumentaba con las vejaciones que los franceses les hacian experimentar. Las desgracias por las quales otras naciones se sometian, mirándolas como consecuencias inevitables de los males de la guerra, eran para los españoles nuevos motivos de irritacion y de ódio. Empleaban para satisfacer sus resentimientos la mayor energía ó el disimulo mas astuto, quando conocian que eran los mas débiles. Seguian á lo léjos á las columnas francesas como aves de rapiña para degollar á los soldados, que fatigados ó heridos se atrasaban en las marchas. Algunas veces obsequiaban á los soldados franceses quando llegaban y procuraban emborracharlos, á fin de hacerles tener una seguridad mil veces mas funesta que los peligros de los combates. Llamaban entonces á los partidarios, y les señalaban las ca-

sas, en que nuestros soldados se habian imprudentemente dispersado. Quando otros franceses iban despues á vengar la muerte de sus compañeros, los habitantes huian y no hallaban en estas aldeas sino casas desiertas, en las que no podian tomar mas que venganzas perjudiciales á ellos mismos, porque no podian destruir aun las habitaciones vacias, sin disminuir para en adelante sus propios recursos.

Quando nuestros destacamentos llegaban en fuerza á los pueblos insurreccionados de la Vizcaya ó de la Navarra, los alcaldes, las mugeres y los niños venian á recibirnos como si estuviéramos en medio de una profunda paz: no se oía mas que el ruido de los martillos de los ferrones; pero un momento despues de nuestra marcha los habitantes tomaban las armas para hostigar á nuestros destacamentos entre las peñas, y atacar á nuestras retaguardias. Esta guerra en la que no habia objeto de reposo para la imaginacion, ener-

vaba el ardor del soldado y cansaba su paciencia.

Los franceses no podian mantenerse en España sino por el terror: estaban á cada momento en la necesidad de castigar al inocente con el culpable, y de vengarse del poderoso en el débil. El saquéo se habia hecho indispensable para vivir, y estos latrocinios, consecuencias de la enemistad de los pueblos, y de la injusticia de la causa, por la que se batian los franceses, atentaba á la moral de su ejército, y zapaba hasta los fundamentos mas íntimos de la disciplina militar, sin la qual las tropas arregladas no tienen fuerza ni poder.

Volví á España á fines del año de 1809 conduciendo á mi regimiento un destacamento de ochenta úsares. Se creia en lo interior de la Francia, segun las noticias de las gacetas, que los ingleses á su vuelta á Portugal despues de la batalla de Talavera, no esperaban mas que un buen viento para

reembarcarse: que los países conquistados hacia mucho tiempo que estaban sometidos al rey José, y que los ejércitos franceses muy sosegados en buenos acantonamientos, no se ocupaban mas que en destruir algunas bandas de salteadores, que robaban á los habitantes pacíficos.

Nos reunimos en Bayona á otros muchos destacamentos de caballería ligera, y atravesamos el Vidasoa para ir á dormir á Irun. Muchos habitantes de todas edades se habian reunido á las puertas de esta villa para vernos llegar, y nos siguieron con ayre de curiosidad: creimos por el pronto que querian manifestarnos por esta demostracion de celo, la satisfaccion que tenian en vernos en su pais. Despues supimos que los habitantes de Irun, del mismo modo que los de los otros pueblos de la frontera llevaban una cuenta exâcta de los franceses que entraban en España, y de los que salian heridos, y por estas relaciones dirigian

los partidarios españoles sus operaciones. Todos los destacamentos destinados como nosotros á reforzar los diferentes cuerpos del ejército de España, recibieron orden de reunirse en Vitoria y Miranda, para hacer una expedición contra los partidarios españoles de Navarra y Rioja. El general Simon salió el 13 de diciembre de Vitoria con mil doscientos hombres para ir á ocupar á Salvatierra y Alegria. Los comandantes de las guarniciones de Navarra debian formar columnas movibles, y reunirse al cuerpo del general Simon despues de haber rechazado á todas las partidas enemigas que encontrasen en su marcha: esta especie de caza militar tenia por objeto destruir las tropas del partidario Mina, que tenia á Pamplona en un bloqueo casi continuo, atacando sin cesar los destacamentos y comboyes, que iban al ejército francés de Aragon.

Los generales Loison y Solignac se pusieron en marcha el 16 de Vitoria

y de Miranda, y se dirigieron simultáneamente por ambas orillas del Ebro sobre Logroño, á fin de sorprender en esta Ciudad á Porlier, llamado el Marquesito. Las numerosas tropas de este gefe interceptaban nuestras comunicaciones en el camino de Bayona á Madrid, haciendo incursiones diarias hasta las mismas puertas de las Ciudades de Burgos, Bribiesca, Miranda, Pancorvo y Vitoria.

Mi destacamento de úsares componia parte de quatro ó cinco mil hombres que mandaba el general Loison. Los soldados de infantería habian dexado atras sus bagages, y tambien sus mochilas para estar mas expeditos á correr en las montañas.

Llegamos el 17 á las quatro de la tarde á la vista de Logroño: las tropas del general Solignac se presentaban delante de esta villa al mismo tiempo que nosotros, y ocuparon las puertas y las salidas que hay en la orilla derecha del Ebro, mientras que nosotros nos apoderabamos del puente que conduce á la

márgen izquierda de este rio. Nos lison-geamos un momento de haber cercado al enemigo en Logroño; pero un momento despues entramos en esta ciudad sin haber tirado un fusilazo.

El enemigo habia sabido por la mañana nuestra marcha conuinada, y se habia salvado por caminos extraviados en las altas montañas de Castilla. Los habitantes de la ciudad hombres y mugeres se pusieron á las ventanas para vernos entrar, manifestando en sus semblantes mucha satisfaccion y contento: se alegraban de que se nos hubiesen escapado los españoles; pero no de volver á ver las tropas francesas, pues sabian por experiencia que veniamos á exígir las contribuciones atrasadas.

El general Solignac marchó la mañana siguiente á buscar al enemigo, y encontró en Nágera una pequeña partida española, que persiguió hasta Santo Domingo de la Calzada, creyendo que iba á alcanzar al grueso de los españoles; pero éste era un ardid que habia

empleado el enemigo, á fin de hacernos correr en una direccion opuesta á la que él mismo habia tomado con su pequeño ejército. El general Loison siguió el 19 al general Solignac á Nágera: nos vimos obligados á permanecer dos dias en esta ciudad para tomar noticias del enemigo, cuyas huellas habiamos perdido enteramente.

El 21 supimos por fin que los españoles habian tomado el camino de Soto: esta villa situada en las montañas era la residencia de una junta provincial, y encerraba almacenes de armas, municiones y vestuarios. Continuamos de nuevo persiguiendo al enemigo subiendo la orilla del Nagerillo. La division del general Loison fué á pasar algunas horas de la noche en una aldea situada al pie de las altas montañas á diez leguas al Sur de Soto, mientras que un cuerpo destacado compuesto de mi destacamento de úsares, de ciento y cincuenta lanceros polacos, y de doscientos volteadores seguian á los enemigos: yo formaba la vanguardia de

este cuerpo con veinte y cinco úsares. Pasamos por caminos estrechos y difíciles en medio de la nieve, y alcanzamos al salir el sol la retaguardia enemiga, á la que hicimos algunos prisioneros. Nos detuvimos muchas horas para dar de comer á nuestros caballos, y tiempo al general Loison á que se acercase á nosotros. Á medio dia nos volvimos á poner en marcha por la orilla izquierda de un pequeño rio que baxa á Soto.

Veíamos en las cimas mas elevadas, de las montañas mas elevadas á nuestra derecha, paisanos que se huian con sus ganados, y piquetes de soldados de caballería españoles, dexados de observación en las alturas, que echaban á correr á galope luego que nos descubrian. Los curas y los alcaldes de los lugares por donde atravesabamos, nos traian con un celo fingido refrescos para retardar nuestra marcha. De cincuenta ó sesenta paisanos de todas edades, á quienes pregunté en diferentes lugares, no

hubo uno que no procurase engañarnos, diciéndonos que no habia visto los españoles, y que no estaban en Soto. Sin embargo algunos caballos, muriendo de fatiga, abandonados en el camino con sus equipages, nos manifestaban á cada paso que estabamos cerca de los enemigos.

Quando llegamos á la vista, y á un quarto de legua de Soto, nos recibieron con una descarga de treinta ó quarenta fusilazos, y vimos salir de las peñas detrás de las que estaban emboscados á unos paisanos armados, y baxar corriendo de la montaña ácia Soto. Hicimos alto para esperar á la infantería y al mayor que nos mandaba en gefe. No pudimos encontrar sitio para formar en batalla en la altura, y permanecimos en el sendero estrecho por donde habiamos venido.

Soto está situada en el fondo de un valle estrecho, que atraviesa un riachuelo: de la otra parte de la villa se eleva una montaña muy alta, en cuyo flanco hay un camino tortuoso. Por este camino veiamos retirarse á los enemigos: los

magistrados de la junta de Soto, y muchos curas vestidos de negro iban los primeros, y llegaron ya á la cima de la montaña: les seguian el tesoro y los bagages cargados sobre mulas atadas en reata: detrás iban soldados con uniforme, y un gran número de paisanos armados con escopetas que marchaban sin observar ningun órden; y una multitud de habitantes de todos sexos y de todas edades se apresuraban al mismo tiempo á salir de la villa. La agitacion de este gran número de hombres, que se daban priesa á trepar las alturas por diferentes sendas, ofrecia á la vista un espectáculo muy pintoresco.

Los españoles se desordenaron quando nos vieron, y aceleraron al pronto su marcha; pero viendo en seguida que no eramos mas que una vanguardia poco numerosa se serenaron, y todo el flanco de la montaña resonó con sus gritos prolongados y guturales. Los que estaban mas cerca de nosotros se detuvieron y colocaron en las peñas, de donde nos

tiraban fusilazos á todos alcances , diciéndonos estas palabras mezcladas con mil injurias : *venid , si os atreveis , á ver de mas cerca á los brigantes* : así los llamaban nuestros soldados por su modo de pelear en desórden. Estaban separados de nosotros por un barranco de tres ó quatrocientos pies de profundidad , por el fondo del qual corre un rio.

El enemigo dexó para sostener la retirada una compañía de caballería delante de la puerta por donde debiamos entrar en Soto , y colocó á corta distancia de la otra parte del rio quatrocientos ó quinientos hombres de infantería en las peñas que dominan á esta villa. Estos hombres podian en todo caso retirarse á nuestra llegada sin correr peligro , y despues de habernos hecho mucho daño.

El mayor del regimiento 26 de línea , que nos mandaba juzgó que la posicion de los enemigos era inatacable de frente , y determinó envolverla. Ciento cincuenta de nuestros soldados

M

baxaron al barranco, atravesarón el río debaxo de nosotros, treparon en seguida con mucha pena la montaña opuesta, y se tirotearon algun tiempo con los enemigos sin ganar terreno. Habiéndoseles concluido la municion se retiraron á una pequeña capilla que estaba en la cima de la montaña, y enviaron dos hombres á instruirnos de su situacion. Entonces se redoblaron los gritos, las injurias, y los fusilazos de los españoles; habian visto que nuestros volteadores nos habian enviado á pedir socorro, y que no podiamos dársele.

El capitan de la caballería enemiga se adelantó medio tiro de fusil á la tropa que mandaba en la entrada de la villa, y empezó á provocar con injurias al oficial que mandaba la vanguardia de úsares franceses. Este capitan hacia dar vueltas á su caballo, y esgrimia en todos sentidos su sable, para manifestar que le manejaba con destreza. El oficial de úsares le consideró al principio con bastante frialdad, pero incomodado con las bravatas y gritos de

los españoles que estaban enfrente, y cuyo atrevimiento se iba aumentando, baxó solo por el sendero estrecho y rápido que va á Soto. El capitan enemigo volvió bridas quando el oficial estuvo á algunos pasos de él, y se incorporó tranquilamente en las filas de sus soldados.

Entretanto la inquietud del mayor del 26 se aumentaba á cada momento: el general Loison no llegaba, y estaba muy próxîma la noche: ya no veíamos tirotear en la cima de la montaña opuesta, y ninguna noticia teníamos de nuestros volteadores.

Apenas anocheció oimos que el tambor de los españoles tocaba una especie de reunion, y vimos en seguida el fuego de un tiroteo, que se empeñó en el fondo del valle entre dos tropas que se disputaban el paso del rio. Un silencio profundo sucedió al ruido de este tiroteo.

La noche y la distancia aumentaban nuestra incertidumbre, y creimos que nuestros volteadores habian baxado de la

cima de la montaña opuesta para incorporarse á nosotros abriéndose camino por entre los enemigos, y temimos que aterrados por el gran número se hallasen en el mayor peligro. El mayor que nos mandaba en jefe envió mi destacamento á socorrerlos. Al entrar en la villa encontramos, en lugar de los españoles, á la division del general Loison que desfilaba: esta division engañada por los guías habia tomado un camino muy largo y muy diferente del que nosotros habiamos seguido: la accion que nos habia parecido desde lejos tan viva, se verificó entre nuestros volteadores, que baxaban en efecto á la villa despues de la retirada del enemigo, y los granaderos de la vanguardia del general Loison:

Estas dos tropas amigas, llegando á un mismo tiempo por direcciones opuestas, se reconocieron felizmente á la segunda descarga. La noche les impidió el apuntarse bien, y solo se perdió un hombre.

La villa de Soto habia sido abando-

nada por sus habitantes: se oyeron luego los gritos sordos de los soldados que recorrían las calles, y que tiraban las puertas de las casas á golpes redoblados para buscar víveres y alojarse. En medio de todos estos ruidos confusos, que multiplicaban al infinito los ecos de las montañas inmediatas, se oían los gritos de una muger loca, que con una voz mas que humana, no cesó toda la noche de llamar para que la socorriesen, porque á la salida de los habitantes la habian dexado en el hospital de la villa. La habia chocado mucho el movimiento, nuevo para ella, que observaba en las calles por entre las rejas de la habitacion en que estaba encerrada. Su voz se percibia en medio del tumulto, como si hubiese sido el órgano de toda la poblacion, que habia abandonado la villa. Á breve rato se incendió una casa que estaba en la altura, y vimos una esplosion que voló los restos inflamados del edificio: se comunicó el fuego á unos cajones de cartuchos, que los

enemigos habian escondido en la paja por no poderlos llevar consigo.

Salimos de Soto al amanecer, y seguimos aun dos dias y una noche á los enemigos sobre Munilla y Cervera. Desesperados de poder jamas pelear con ellos, nos acantonamos en la Ciudad de Arnedo, y volvimos en seguida á Logroño.

El general Simon no libró mejor que nosotros en Navarra en su expedicion contra Mina: este partidario atacado el 19 en Estella, y el 20 en Puenteclareyna dispersó sus gentes, y escapó así de las tropas que marchaban por todas partes contra él. Mina reunió sus tropas al momento que el general Simon salió de Navarra. Porlier arrojado de las montañas de la Castilla volvió atras, y se dirigió á Asturias. No habia perdido treinta hombres en esta retirada, en la que habia sido perseguido por cuerpos que eran al menos quatro veces mayores que el que él mandaba.

Por todas las relaciones de los comandantes franceses en esta época, se ve que habia en todas las provincias de España ocupadas por los franceses partidarios, que hacian á nuestros exercitos un mal incalculable, y á los quales era imposible destruir. Perseguidos sin cesar, y dispersados muchas veces se les veia siempre reunirse, y volver á empezar sus incursiones.

Permanecimos un mes en la provincia de la Rioja, mientras que el general Loison exigia las contribuciones atrasadas, y tomamos en seguida el camino de Burgos, para reunirnos al regimiento que estaba en Andalucia. Llegamos á Madrid el 25 de enero, y permanecimos cinco dias en un aldea cerca de esta Capital esperando un destacamento de nuestro regimiento, que llegaba directamente de Francia con bagages, dinero, y un gran número de caballos de remonta. Habiéndonos reunido este destacamento, el ayudante mayor encargado de él, tomó el mando

de nuestra columna de úsares; atravesamos la Mancha, y llegamos á Santa-cruz, pueblo situado al pie de Sierramorena. Estas montañas que separan la Mancha de la Andalucía están habitadas por colonos, que el conde Oliveros hizo venir en 1781 de diferentes partes de Alemania. Los viejos de mas edad nos seguian á pie horas enteras para disfrutar aun antes de su muerte, la felicidad de hablar su lengua maternal con algunos de nuestros úsares que eran alemanes.

Apenas se llega al reverso de las montañas, se está ya en Andalucía; se experimenta entonces una diferencia sensible en el calor de la atmosfera, y la magnificiencia de las campiñas, que se descubren, forma un gran contraste con la esterilidad de la montaña negra de Sierramorena, de la que se acababa de salir. Los labradores estaban ocupados en la cosecha de las aceytunas, y la campiña tenia á fin del invierno el aspecto risueño y animado, que no se

percibe en los otros países del norte, sino en el tiempo de la siega y de la vendimia.

Dexabamos á nuestra izquierda las montañas del reyno de Jaen, y se distinguian á lo léjos las cimas cubiertas siempre de nieve de la Sierranevada de Granada. Estas crestas han sido los últimos asilos de los moros antes de su entera espulsion de España.

El camino pasa entre largos plantíos de olivos, á cuya sombra protectora crecen alternativamente el trigo y la cepa. Los campos estan cercados con setos de aloes ó zavillas, cuyas ojas son agudas como lanzas, y cuyos tallos delgados suben perpendicularmente tanto como los árboles. De quando en quando se ven detras de las casas jardines frondosos plantados de naranjos, y en los terrenos incultos á las orillas de los riachuelos laureles rosados y blancos, que estaban entonces en flor. Tambien se encuentran algunas antiguas palmas, que los curas conservan en sus jardi-

nes para distribuir las el domingo de Rames.

Marchabamos por la una ó por la otra orilla del Guadalquivir, segun las diferentes vueltas que hace este rio entre Andujar y Córdoba. El pais no es tan pintoresco caminando ácia Sevilla: se atraviesan algunas veces llanuras de muchas leguas de extension sembradas de trigo, sin hallar casas ni árboles, y hay tambien terrenos inmensos incultos en los quales se ven pacer numerosos rebaños.

La Andalucía es la provincia de España mas fertil y mas opulenta por la naturaleza: se dice comunmente en Castilla y en la Mancha que el agua del Guadalquivir engorda mas caballos que la cebada de otros paises. El pan de Andalucía pasa por el mas blanco, y mas exquisito del mundo entero, y las aceytunas son de un tamaño extraordinario. El cielo de Andalucía es tan sereno y tan puro, que se puede dormir al raso casi todo el año: en el

verano y algunas veces tambien en el invierno muchos hombres se acuestan por la noche debaxo de los soportales. Los caballos de Andalucía descenden de las razas generosas de los Árabes, á donde los traxeron consigo antiguamente, y exísten aun en España las mismas distinciones, que se hacen en Arabia de las razas de la sangre pura y noble. El sonido de la trompeta le gusta y anima, y el ruido y humo de la pólvora no le atemorizan; es muy sensible á la voz y á las caricias, de suerte que quando está abrumado de fatiga, su dueño en lugar de golpearle le adula y anima: el caballo vuelve entonces á tomar fuerzas, y hace algunas veces por emulacion, y por dar gusto al que lo monta, lo que no se hubiera podido conseguir de él á espolazos.

Despues de haber atravesado á Andujar, Córdoba, Ezija y Carmona llegamos á Sevilla, en donde recibimos órden del mariscal Soult para incorporar-nos á nuestro regimiento en Ronda, ciu-

dad situada á diez leguas de Gibraltar. Estábamos admirados de la tranquilidad profunda que reinaba en las llanuras de Andalucía: la mayor parte de las Ciudades habian enviado diputaciones al rey José; pero esta tranquilidad era aparente y solo existia en las llanuras donde los franceses tenian muchas tropas: los habitantes de los reynos de Murcia, de Granada y de la provincia de Ronda, y en fin los de todas las montañas que atraviesan, rodean y confinan con la Andalucía, ó la separan de Extremadura y de Portugal habian tomado las armas.

Salimos de Sevilla el 18 de marzo para ir á dormir á Utrera, y el 19 fuimos á Moron, pueblo situado al pie de las montañas de Ronda: los habitantes de esta villa estaban en víspera de reunirse á su vecinos los montañeses, que hacia tiempo se habian levantado en masa. La mayor parte de la poblacion de Moron se reunió en la plaza mayor quando llegamos: los hombres nos miraban con una expresion de furor con-

tenido, y seguian con los ojos nuestros mas minimos movimientos, no para satisfacer una simple curiosidad sino para acostumbrarse á la vista de los enemigos, con quienes se proponian pelear, y separar de sí el terror de lo desconocido, que obra tan fuertemente en los pueblos de imaginacion. Algunas mugeres estaban vestidas de telas inglesas en las quales estaba pintado el retraro de Fernando VII, y el de los generales españoles que se habian distinguido haciendo la guerra á los franceses. Quando vimos la fermentacion y el espíritu de alboroto que reinaba en el pueblo, tomamos el partido de alojarnos todos juntos en tres mesones contiguos. Si nos hubieramos dispersado para pasar la noche en las casas de los habitantes, como pudieramos haberlo hecho con seguridad en las llanuras, probablemente todos hubieramos sido degollados aquella noche.

No habia mas que un pequeño número de hombres en disposicion de pe-

lear, porque teníamos que conducir muchos caballos de remonta: escoltabamos además la caja del regimiento, y efectos de equipo, que llevabamos en asnos y mulas de requisición, lo qual hacia nuestra marcha lenta y difícil. Un sargento y yo eramos los únicos del destacamento que habíamos estado en España, y que podíamos hablar español. El sargento quedaba con el ayudante mayor, que nos mandaba para servirlo de intérprete, y yo me adelantaba todos los dias una hora á los pueblos donde debíamos hacer tránsito, para preparar los víveres y el alojamiento.

Al salir de Moron entramos en las montañas de Ronda para ir á dormir á Olbera: yo habia salido como los dias anteriores un poco antes que el destacamento, para preparar los alojamientos, y me acompañaba un úsar y un cabo jóven escogido provisionalmente entre los reclutas, para hacer las funciones de furriel. Á las dos leguas de Moron llamé á la puerta de una granja situada

en la montaña, y me abrió temblando un hombre de edad madura, le pedí de beber, y me lo dió al momento con un celo extraordinario. Supe despues que habia en la casa cinco contrabandistas armados que temian ser descubiertos. Habiendonos alcanzado un poco despues la vanguardia del destacamento, crei que no tendria tiempo de preparar los alojamientos y los víveres: no podiamos marchar de prisa porque el camino era montuoso y dificil, y nuestros caballos traian una marcha de muchas leguas, por lo qual di mi caballo al úsar, y monté en el de un guia que habiamos sacado de Moron. Me adelanté á mis compañeros, y llegué solo á la vista de Olbera. Un valle profundo, al qual se baxa por un camino pendiente me separaba de este pueblo situado entre peñas en la cima de una colina elevada que domina todo el pais. Segun me iba adelantando los paisanos que cultivaban los campos inmediatos reunidos en pandillas de ocho á diez, segun el

uso del país, se preguntaban los unos á los otros con admiracion, qual podria ser la causa de mi llegada, y abandonaban en seguida su trabajo, para venir detras de mí por el sendero. Los habitantes del pueblo me habian descubierto hacia tiempo, y se agolpaban en las peñas por observarme.

Empezé á temer que no hubiese franceses en Olbera, como lo tenia creido, y me detuve en el fondo del valle admirado de la agitacion que observaba; titubeé un instante si volveria ó no atrás pero creí que debia tomar el partido de abanzar á todo trance: el caballo que montaba, estaba muy cansado de la carrera que le acababa de dar, y el camino por donde habia de volver á pasar era muy escarpado: ademas me seguian á muy corta distancia una porcion de paisanos armados con hazadones. Estos me alcanzaron luego, me rodean y preguntaron ¿de dónde era, adónde iba, y qué noticias traia? conocí al momento en sus preguntas que me creian al

servicio de España, siendo la causa de su error mi uniforme verde obscuro. Me guardé bien de desengañarlos no sabiendo si lo podría hacer, sin correr peligro de perder la vida. Esperé ganar tiempo hasta la llegada de mi destacamento, haciendo creer á los paisanos, que era un oficial suizo al servicio de la Junta, y que iba á Gibraltar: y añadí para ponerlos de buen humor, que el marqués de la Romana acababa de conseguir una gran victoria cerca de Badajoz. Los paisanos recibieron esta noticia con entusiasmo, y se la repitieron los unos á los otros, llenando á los franceses de mil injurias, lo que me dió una triste idea de la suerte que me esperaba si llegaba á ser descubierto.

Pregunté á los que estaban conmigo, si habia franceses en el pueblo; me respondieron que el rey José habia sido rechazado, que habia abandonado á Ronda, y que esta ciudad estaba ya ocupada por diez mil montañeses. Ibamos á incorporarnos al regimiento de

N

Ronda, y si esta ciudad hubiese en efecto caído en poder de los enemigos, nuestro destacamento habria sido enteramente destruido en estas montañas. Los paisanos se detuvieron á beber en un arroyo, que estaba en el camino, y yo continué subiendo solo la colina.

Ví luego cinco hombres armados, y equipados como soldados, que se apresuraban á pasarme delante por un atajo, y entraron antes que yo en Olbera. Habiendo oído en seguida muchos gritos, no dudé que estos cinco hombres habrian venido á traer la noticia de la próxima llegada de mi destacamento, y que habrian descubierto que era un oficial francés. Me detuve aun titubeando si pasaría adelante. Los habitantes que me observaban de lo alto de las peñas vieron mi incertidumbre, y redoblaron sus exclamaciones. Muchas mugeres se habian puesto en una elevación, que dominaba la entrada del pueblo; sus voces penetrantes se mezclaban con las de los hombres como el silvido de los vien-

tos en la tempestad. Tomé el partido de pasar adelante, y creo que me hubiera perdido, si hubiese entonces intentado retroceder.

Se me presentaron al momento un corregidor y dos curas, delante de los quales venian cinco ó seis personas: uno me dixo. *Ciertamente las mugeres de Olbera aman mucho á los franceses, ellas os recibirán bien*; otro me preguntó con una voz fuerte ¿qué número de franceses me seguian? le dixe que eran doscientos poco mas ó menos: me respondió al momento: *es falso, entre todos no llegais á ciento: estos cinco hombres que acaban de entrar en el pueblo, los han visto desde la granja en el camino de Moron*. Entonces conocí claramente que sabian quién era. Habiéndose acercado á mí los curas y el corregidor, creí que iban á proponerme que tomase la extrema-uncion, porque en medio del tumulto oía pronunciar distintamente estas palabras: *es necesario ahorcarle: es un francés: es el demonio mismo*.

Los gritos cesaron de repente con grande admiracion mia; y ví á los españoles dispersarse: el cabo, el úsar, y el guia que habia dexado detras de mí, aparecieron en la colina opuesta, y los paisanos que me rodeaban, creyeron que era la vanguardia de mi destacamento. El corregidor y el alcalde mudaron pronto de semblante, y me dixeran haciéndome mil reverencias, que eran los magistrados del pueblo, que venian á cumplimentarme, para obedecer á un decreto del rey José, que mandaba á las autoridades constituidas en toda España, que saliesen al encuentro de las tropas francesas, y las recibiesen bien. Habiéndose aumentado mi confianza con los respetos que me manifestaban las autoridades, y con el miedo que tenian, les aconsejé amenazándoles que contuviesen á los habitantes en la obediencia, y les mandé que preparasen al momento víveres para la tropa que iba á llegar. El corregidor me dixo como para escusarse de lo que habia sucedido,

que me suplicaba no diese ninguna importancia á los gritos de algunos borrachos, que se divertian en excitar al populacho; y quando pregunté ¿qué habian venido á hacer en la aldea los cinco hombres armados? uno de los curas me respondió con un tono halagüeño, y con una especie de ironía, que estos hombres eran cazadores, y que sus mochilas estaban llenas de volateria. Me obligó á contentarme con estas excusas por malas que fuesen. Me apeé y fuí con los curas y con el alcalde á la casa de ayuntamiento que está en la plaza mayor en lo alto de la villa, y empezamos á escribir las boletas para el alojamiento.

El cabo que me seguia dexó al úsar con mi caballo á la entrada del pueblo, y llegó á galope á la puerta de la casa donde yo estaba. Apenas se habia apeado quando los españoles se precipitaron en las calles inmediatas dando terribles gritos: esperaban la llegada de una tropa numerosa, pero quando

vieron á un solo hombre atravesar el pueblo, salieron furiosos de las casas. Era tal el ardor, que se atropellaban los unos á los otros al pasar por una bóveda que conducia á la plaza. Me asomé al balcon, mandé al cabo que subiese, y nos encerramos y atrincheramos en la sala de ayuntamiento. El pueblo se detuvo un momento para apoderarse del caballo, de la maleta y de las pistolas del cabo; las cabezas del motin subieron la escalera, llegaron hasta la puerta de la sala en la que acababamos de encerrarnos con el corregidor y los dos curas, y por el agujero de la llave nos gritaban que nos rindiésemos.

Hice que el corregidor á quien tenia sujeto, les mandase que se sosegasen, y les dixé que el destacamento iba á llegar, que les venderiamos caras nuestras vidas, y que si intentaban entrar, el padre cura seria la primera víctima de su furor. Despues temiendo que derribasen la puerta, me pasé á la entrada estrecha de la segunda sala teniendo al

cura por el brazo para servirme de él en caso de necesidad como de un broquel: mandé al cabo que hiciese lo mismo, y que permaneciese en el fondo de la pieza para impedir que el corregidor y el vicario me sujetasen por las espaldas. Los gritos se redoblaban, y los habitantes que acababan de parlamentar con nosotros, fueron atropellados por los que llenaban la escalera y la plaza. Empujaron fuertemente la puerta, y viendo que iba á ceder á los esfuerzos de la masa de hombres que la asaltaban, dixé al cura: „Perdonad padre mio: bien veis que no puedo resistir mas al populacho: la necesidad me obliga á haceros participe de mi suerte, y vamos á morir juntos.”

El vicario aturdido del peligro que corria el cura, y del en que él se hallaba, salió al balcon, y gritó con una voz fuerte que el padre cura parecia infaliblemente, sino se retiraban en el mismo instante. Las mugeres al oir estas palabras dieron terribles gritos, y la mul-

titud se retiró inmediatamente por un movimiento unánime; tan grande era la veneracion del pueblo para con los sacerdotes. El cabo y yo sostuvimos aun algun tiempo esta especie de bloquéo, pero pronto se acallaron en la plaza los clamores del pueblo furioso, y oí los pasos de los caballos de mi destacamento que se formaba en batalla en lo baxo del lugar, tan distintivamente á medio dia, como si hubiéramos estado en el profundo silencio de la noche.

Fuimos á reunirnos al destacamento con el corregidor y el cura, á quien guardabamos con nosotros como nuestra salvaguardia. Conté á mis compañeros lo que me habia sucedido, y les aconsejé que fuesemos aquel mismo dia á Ronda, despues que hubiésemos dado de comer á nuestros caballos. El ayudante mayor que nos mandaba quiso dormir en Olbera, á pesar de todas mis representaciones, diciéndome que las tropas de línea jamas habia visto saliesen de su órden por paisanos. Este

ayudante mayor acababa de pasar muchos años en Francia en el depósito del regimiento, y no conocia á los españoles.

Vivaqueamos en una pradería cercada de paredes pegada al meson, que está en el camino en lo mas baxo del pueblo. Los habitantes estuvieron bastante moderados en apariencia durante todo el dia y nos dieron víveres; pero en lugar de un novillo que yo habia pedido, nos traxeron un asno hecho quartos: los úsares notaron que este ternero, como ellos le llamaban, tenia un gusto desabrido: pero hasta pasado mucho tiempo no supimos este solemne engaño. Los mismos montañeses gritaban tiroteándose con nosotros: „habeis comido burro en Olbera.“ Esta era en su sentir la mayor injuria que se podia hacer á cristianos.

No atreviéndose á atacarnos en el recinto en que nos habiamos atrinchera- do, se preparaban para el momento de nuestra partida, y avisaron á los habitantes de las villas y aldeas inmediatas,

para que pusiesen emboscadas, y fuesen á esperarnos al camino de Ronda. Ácia la noche tomaron una actitud amenazadora, se pusieron en mucho número en las peñas, y formaron una fila cerrada al rededor de la entrada de nuestro vivac. Allí permanecieron inmóviles observando nuestros mas mínimos movimientos. Algunas veces que los alcaldes los reprimian al momento rompian el silencio de quando en quando para insultar á nuestros centinelas. El cura se presentó en nuestro vivac poco antes de la noche pidiendo hablarme. Me dixo que habia hecho preparar excelentes alojamientos para los gefes de nuestra tropa, é instó mucho para que hiciese que mis compañeros los aceptasen. Su intencion era, segun supimos despues, hacernos prisioneros esperando que los soldados se desordenarian, quando se viesen el dia siguiente sin oficiales.

Reusé al instante sus ofertas. El cura me preguntó si conservaba algun resentimiento de lo que habia pasado por

la mañana, y si teníamos confianza en las intenciones de los habitantes. Le respondí que ni teníamos resentimiento, ni desconfianza. Entonces me suplicó que fuese al menos yo solo á su casa, porque queria tratarme bien. Fuí á consultarlo con mis compañeros los oficiales, y convinimos que iria solo á la aldea para manifestar á los habitantes que no teníamos ningun proyecto de venganza, y quitarles de este modo todo pensamiento de atacarnos por la noche. Tambien seduxo á mis compañeros la esperanza de que les enviaria de cenar. Pedí al cura que me diese su palabra sagrada de no hacerme daño, me la dió al momento, y para probarle una entera confianza, dí mi sable en su presencia al centinela, y le seguí sin armas.

Atravesamos juntos lo interior del pueblo: todos los habitantes, junto á quienes pasabamos, saludaban profundamente á mi guía, y me miraban en seguida con una expresion amenazadora; pero quando se me acercaban mucho, los

hacia retroceder el cura con sola una mirada: tal era la autoridad que le daba el carácter sagrado de que estaba revestido.

Llegamos á la casa, y fuimos recibidos por el ama del cura, que era una muger de treinta y cinco á quarenta años: nos presentó chocolate y vizcos, y sirvió en seguida la cena en una mesa cerca de la chimenea de la cocina. Envió de cenar á mis compañeros, me senté á la mesa, el cura se sentó frente de mí, y la ama permaneció sentada á su derecha, casi sobre la chimenea, que era muy alta. Despues de un momento de silencio el cura me preguntó si el dia siguiente iria á Misa antes de marchar, y le respondí que no era católico. Á estas palabras sus facciones se alteraron, y la ama que no habia visto jamás hereges, se estremeció, hizo una exclamacion involuntaria, y dió un gran suspiro. Despues de haber dicho muchas veces entre dientes, *Ave María*, consultó la fisonomía del cura para saber la impresion que debia recibir á vista de una aparicion tan ter-

rible como la de un herege; pero se serenó luego que vió al cura volver á tomar con sosiego el hilo de la conversacion.

Despues de haber cenado el cura me convidó á dormir en su casa, diciéndome que estaria muy cansado, y que él me daría una cama mejor que nuestro vivac: viendo que titubeaba en responderle, añadió que seria bueno dar tiempo á que se disipase la multitud, y que era indispensable que esperase algunas horas. Empecé entonces á temer que quisiese detenerme en su casa, y entregarme á los habitantes. Me han asegurado despues que éste era su proyecto, y que era el gefe de la insurreccion. Algunas razones me han hecho creer mucho tiempo despues, que deteniéndome prisionero me queria hacer escapar de la suerte funesta que los habitantes del pueblo destinaban á mi destacamento.

Como me podia entregar, si lo queria hacer, me guardé bien de manifestarle desconfianza. Le dixé que acepta-

ba sus ofertas, creyéndome en perfecta seguridad, puesto que estaba baxo la salvaguardia de su palabra sagrada, y que me iba á dormir; pero le supliqué que me despertase de allí á dos horas lo mas tarde, porque tal vez mis compañeros no viéndome volver antes de la noche, saldrian del vivac y pondrian fuego al pueblo. El cura me conduxo al quarto inmediato, y me metí en cama, cosa que nos sucedia muy rara vez en España, y se llevó la luz deseándome buenas noches.

La obscuridad en que quedé no contribuyó poco á hacerme ver lo delicado de mi situacion: me eché en cara el haberme separado de mi sable, y le echaba de menos como á un compañero fiel, que me hubiera podido inspirar un buen consejo. Oia los susurros de los habitantes que pasaban y repasaban por delante de las ventanas de mi quarto: el cura entreabria de quando en quando la puerta, y asomaba su cabeza blanca, y la luz que tenia en la mano derecha pa-

ra ver si dormia: yo manifestaba estar profundamente aletargado, y se retiraba poco á poco.

Entraron luego muchos hombres en la pieza inmediata; al principio hablaron con bastante calma, y en seguida confusamente todos de una vez: despues callaron, como si hubieran temido despertarme, y que hubiera yo oido su conversacion: volvieron á hablar en voz baxa, y con mucha viveza. Pasé dos horas en esta situacion incierta y extraordinaria, reflexionando sobre el partido que debia tomar. Me determiné á llamar al cura, y le díxe que queria ir al momento á reunirme á mi tropa: dexó la luz sin responderme, y se marchó sin duda para consultar con los españoles que tenia en casa lo que debia hacer conmigo.

En esto ví con el mayor gozo llegar á mi quarto al sargento nuestro, que sabia español, acompañado del corregidor. Me dixo que mis compañeros estaban en la mas viva inquietud por mi suerte, y que le

habian enviado á informarse de lo que me habia sucedido: que los habitantes me miraban ya como su prisionero, que debian atacarnos el dia siguiente, y que decian que ninguno de nosotros se escaparia. Me vestí apresuradamente, é intimé de nuevo al cura que cumpliese su palabra, diciéndole que mis compañeros iban á tomar las armas sino volvia yo al momento. Por fortuna los preparativos de la insurreccion del pueblo no estaban aun acabados, el cura no se atrevió á detenerme mas tiempo, llamó al corregidor, á un alcalde, y algunos otros hombres, que nos pusieron en medio, y nos condujeron á nuestro vivac por medio de los habitantes.

El sargento que me enviaron mis compañeros era un normando, valiente como su sable. Ocultaba baxo la apariencia de una perfecta honradez toda la finura que se atribuye comunmente á sus compatriotas: se habia introducido con los habitantes, diciéndoles que era hijo de un oficial de Walonas que estaba pri-

sionero con Carlos IV : que le habian obligado á servir con nosotros , y que deseaba hacia mucho tiempo encontrar ocasion de desertarse. Los españoles se creyeron lo que decia el sargento : se compadecieron de él , le dieron dinero , y le confiaron una parte de sus proyectos : por él supimos que los habitantes de los pueblos inmediatos se debian reunir el dia siguiente , para atacarnos en un desfiladero peligroso en el camino de Ronda. Este descubrimiento feliz nos libró de una completa derrota.

El cura y el regidor vinieron el dia siguiente en el momento en que ibamos á marchar á pedirnos una certificacion , que hiciese ver á los demás franceses que viniesen á Olbera , que se habian conducido bien con nosotros. Esperaban que el tono de amenazas de los habitantes nos haria consentir en lo que deseaba , pero les respondimos que no les dariamos la certificacion mientras no nos entregasen las armas que quitaron al caballo del cabo que se cerró conmigo en la casa de



ayuntamiento, las quales habiamos reclamado ya inútilmente.

El corregidor y el cura callaron, y se dirigieron á lo alto de la villa, y pocos momentos despues oimos gritos de alarma: los habitantes acababan de asesinar á seis úsares y dos herradores que habian cometido la imprudencia de ir á herrar sus caballos á la fragua; entonces empezó el tiroteo.

Montamos á toda priesa á caballo, y el grueso del destacamento siguió al ayudante mayor, que nos mandaba, al sitio señalado para punto de reunion, á un tiro de fusil del pueblo. Yo permanecí en el vivac; hice quedar conmigo á diez úsares para sostener la retirada y proteger los bagages, que no se habian podido cargar aun, porque los conductores españoles se habian huido durante la noche.

Uno de mis compañeros volvió al momento á decirme que nuestra retaguardia iba á ser envuelta, y que los españoles desde lo alto de las peñas, y por las venta-

nas de las casas que estaban al extremo de la aldea que debíamos atravesar, hacían un fuego muy vivo al destacamento. No teniendo ninguna esperanza de ser socorridos, tomamos el partido de abrirnos camino por medio de los enemigos: una bala atravesó el cuello á mi caballo, y mi compañero tuvo poco después un brazo roto de un balazo. Vimos caer sucesivamente así todos los úsares que nos seguían. Las mugeres, ó mas bien las furias desencadenadas, se precipitaban con gritos horribles sobre nuestros heridos, y se los disputaban para hacerlos morir en medio de los tormentos mas crueles. Les clavaban cuchillos y tigeras en los ojos, complaciéndose con un gozo feroz á la vista de su sangre. El exceso de su justo furor contra los que habían invadido su pais les había desnaturalizado enteramente.

Nuestro destacamento había permanecido inmóvil todo este tiempo haciendo frente á los enemigos para recibirlos. Los habitantes no se atrevían á alejarse de

las peñas y de las casas del pueblo, y nosotros no podíamos ir con nuestros caballos á donde ellos estaban para vengar á nuestros compañeros. Pasamos lista en su presencia, colocamos á los heridos enmedio de la tropa, y nos pusimos en marcha muy despacio.

No habiendo podido hallar un guía, tomamos, sin saber donde íbamos, el primer sendero que se alejaba del camino trillado, en el qual sabíamos que los montañeses tenían emboscadas, y anduvimos algun tiempo errantes por los campos á la ventura. Vimos luego que se escapaba de una granja un hombre montado en una mula: corrí á él, le alcancé, y le puse entre dos úsares de la vanguardia, mandándole baxo la pena de ser acuchillado, que nos conduxese á Ronda. Sin este paisano, que la casualidad nos hizo encontrar, jamás hubieramos podido hallar el camino en un país desconocido para nosotros. De este modo teníamos que luchar sin cesar, no contra dificultades militares y previstas

como las que se encuentran en una guerra regular, sino contra obstáculos sin número, que dimanando del espíritu nacional solamente, se renovaban, y multiplicaban al infinito según las circunstancias.

Apenas habíamos entrado en un valle bastante largo, quando descubrimos en las alturas ácia nuestra izquierda una tropa de mil á mil y quinientos hombres que observaban nuestra marcha: se distinguían entre la multitud mugeres, y tambien niños. Estos eran los habitantes de Setenil y de las aldeas inmediatas, que habían sabido que habíamos mudado de camino para evitar sus emboscadas, y se habían puesto en marcha para perseguirnos. Corrían precipitadamente con la esperanza de cortarnos el paso de un desfiladero que estaba delante de nosotros.

Hicimos tomar el trote á nuestros caballos para adelantarnos á ellos, y pasamos felizmente el desfiladero. Poco después nos envolvió una nube de paisanos,

que se destacaron en desorden del grueso de los enemigos, y vinieron á nuestros flancos á tirorear. Nos seguian á carrera en las peñas, sin atreverse jamás á acercarse á nosotros á mas de un tiro de fusil, por miedo de no poder subir á la montaña bastante á tiempo si los cargabamos. Los curas y los alcaldes corrian á caballo por las alturas para dirigir los movimientos de la multitud. Si alguno de nuestros heridos tenia la desgracia de caer del caballo, al momento era asesinado detrás de nosotros. Uno solo escapó que tuvo la presencia de espíritu de decir que se queria confesar antes de morir, y el cura de Setenil le salvó del furor de sus enemigos.

Quando llegamos á un sendero estrecho en el declive de una montaña, nos detuvimos algunos minutos para dexar respirar á nuestros caballos, porque las peñas nos ponian á cubierto del fuego de los enemigos, que estaban encima de nosotros. Descubrimos en seguida á Ronda, y como nos alegrasemos de acer-

carnos, en fin, al término de nuestro viage; quedamos admirados de ver que nos hacian un fuego muy vivo los enemigos, que estaban emboscados en un monte cerca de la ciudad. Entonces experimentamos las mas vivas inquietudes, temiendo que hubiese sido abandonada por los franceses; pero vimos muy luego con la mayor alegría que venian ácia nosotros úsares de nuestro regimiento, que desde lejos nos habian tenido por enemigos.

Entramos en la ciudad, y nos detuvimos en la plaza mayor: allí vinieron á abrazarnos nuestros compañeros del regimiento, y á preguntarnos noticias de Francia y del recinto del mundo, del qual estaban separados hacia mucho tiempo. Nos marchamos luego á los alojamientos que se nos señalaron, contando descansar algunos dias á lo menos de las muchas fatigas que acababamos de sufrir.

La Ciudad de Ronda está situada en medio de las altas montañas que atraviesan

para ir á Gibraltar, y que generalmente se llaman la serranía de Ronda. Son enteramente estériles, y los declives estan cubiertos de rocas escamosas, cuya superficie parece que ha sido ennegrecida, y calcinada en el espacio de muchos siglos por el ardor del sol. Las huertas y las praderías se encuentran solamente en el fondo de los valles, y á las orillas de los arroyos.

Los belicosos habitantes de estas montañas habian tomado las armas contra los franceses, y quando el rey José habia venido á Ronda tres semanas antes á la cabeza de sus guardias, habia intentado en vano someterlos á su autoridad, primero por la persuasion, y despues á fuerza de armas.

El rey José habia permanecido en Ronda pocos dias: habia dexado de guarnicion en esta Ciudad doscientos cincuenta úsares de mi regimiento, y trescientos hombres de infantería de su guardia real, y habia dado á nuestro coronel el título de gobernador civil y

militar, y los poderes mas ilimitados sobre el pais circunvecino. La autoridad absoluta unida á este título pomposo, que equivalia al de capitan general, hubiera debido estenderse á quince ó veinte leguas al rededor, pero los contrabandistas de la sierra reducian nuestro poder á los estrechos límites de las murallas de Ronda, donde ni tampoco podiamos dormir con seguridad por la desconfianza, que teniamos de los habitantes de los arrabales.

Quando llegó la noche, vimos que se encendian en las montañas inmediatas una multitud de hogueras: la ilusion producida por la obscuridad acercaba á nosotros los fuegos mas distantes, y parecia que estabamos cercados de un círculo de llamas: el enemigo acababa de tomar posicion al rededor de la Ciudad para atacarnos el dia siguiente.

Oiamos tocar casi sin cesar hacia media hora una corneta, cuyo ruido parecia que salia de entre los Olivares, y que estaban debaxo de nosotros en un

pequeño valle fuera de la Ciudad vieja. Decíamos mil chanzas sobre estos toques informes, sin poder adivinar cuál sería su objeto, quando un úsar de nuestros puestos abanzados vino á galope á decir al coronel, que un parlamentario enemigo queria ser recibido en la plaza. El coronel mandó que le introduxesen, y el cabo le traxo poco tiempo despues con los ojos vendados. El parlamentario nos dixo que venia á proponernos que nos rindiésemos, que el general de los montañeses ocupaba con quince mil hombres todas las salidas por donde podíamos intentar escaparnos; que habia cogido pocos dias antes un comboy de cincuenta mil cartuchos que venia para nosotros, y que sabia que no podíamos defendernos mucho tiempo en la plaza, porque casi no nos quedaban municiones. Esto era cierto, los soldados de infantería de la guarnicion no tenían mas que tres cartuchos por plaza, y nuestros úsares no podían hacer uso de sus sables en las peñas, donde sus

caballos les estorbaban las mas de las veces sin serles de ninguna utilidad.

El coronel respondió al parlamentario que ante todas cosas nos ibamos á poner á cenar, y me insinuó que conduxese al reciénvenido á la pieza adonde estaba dispuesta la comida, y que le cuidase. El parlamentario era un jóven de bastante buena figura: traia un sombrero redondo á la andaluza, y una chupa corta de paño verde bordada de un pespunte azul celeste, su divisa era una banda, que en los extremos tenia algunos hilos de plata: en lugar de sable traia una espada derecha á la antigua.

Despues de algunos momentos de silencio le pregunté cuánto tiempo hacia que servia á Fernando VII, y me respondió que hacia un año que habia entrado á servir en un regimiento de úsares en la clase de teniente. Aunque enemigos, le dixé, somos compañeros por dos titulos, por el grado, y porque servimos en la misma arma. Le hice algunas preguntas sobre el gefe de su exér-

cito, y me ponderó mucho el mérito del general Gonzalez, diciéndome que era un hombre que tenia talentos muy particulares en el arte de la guerra, y los conocimientos mas profundos en la táctica. Jamás habiamos oido nombrar á este gefe, y supimos despues que los enemigos le habian hecho brigadier para hacer creer que era un ejército arreglado. Á fuerza de exâgerarnos todas las cosas de su partido, nos manifestó por lo que no nos dixo la única cosa que nos importaba saber verdaderamente, y era, si se habia unido á los españoles algun cuerpo inglés salido de Gibraltar, lo qual nos hubiera puesto en una situacion verdaderamente peligrosa.

El oficial español no se separó al principio de la sobriedad que caracteriza su nacion, pero quando bebimos á su salud, se picó, y nos hizo partido: al principio de la comida no eramos mas que compañeros, y á los postres, ya nos llamabamos hermanos: nos juramos una amistad eterna, y entre otras prae-

bas de adhesion nos prometimos batirnos en combate singular la primera vez que nos encontrásemos.

Despues de la comida el coronel despidió al parlamentario sin darle ninguna respuesta, y yo tomé el encargo de conducirle hasta las abanzadas enemigas. Me separé de él quando llegamos al primer puesto español al extremo del arrabal de la Ciudad vieja, y volví á dar á mi coronel cuenta de mi comision.

Hubo consejo de guerra, y se convino en que abandonáramos la Ciudad, para ir á esperar municiones á Campillos, pueblo situado á siete leguas de Ronda, á la salida de unas montañas, en una llanura donde nuestra caballería debia necesariamente darnos ventaja sobre los españoles por numerosos que fuesen. Teniamos tambien muy poca confianza en los trescientos hombres de la guardia real que estaban con nosotros, porque los mas de ellos eran desertores españoles.

El coronel mandó que la guarnicion se pusiese sobre las armas una hora des-

pues sin tocar caxas ni trompetas para no dar noticia de nuestra marcha á los enemigos. Avisé al momento á los sargentos que estaban á mis órdenes, y fuimos de casa en casa á despertar á los conscriptos del destacamento que habia traído conmigo; habian estos contado con permanecer mucho tiempo en Ronda para descansar de las fatigas del viaje, y quando fuimos á media noche á despertarlos, estaban profundamente dormidos, y no oyendo tocar la trompeta segun costumbre, no querian creer lo que les deciamos, y algunos nos tenían por las fantamas de su teniente y de sus cabos, que venian á atormentarlos con órdenes de marcha hasta en sus sueños; era necesario darles golpes para hacerlos creer que eramos entes reales.

Marchamos dos horas en un profundo silencio á la claridad de los fuegos, que habian encendido los españoles en el declive de las montañas inmediatas. Quando amaneció nos detuvimos

un cuarto de hora en una pequeña llanura donde podíamos maniobrar, para ver si los enemigos venian á buscarnos; pero se alejaron quando nos acercabamos sin querer empeñar accion. Los paisanos de las aldeas inmediatas al camino nos tiraban desde léjos fusilazos á todos alcances: las mugeres se ponian en las peñas para vernos pasar debaxo de ellas, y complacerse de nuestra retirada. Cantaban canciones patrióticas, en las que deseaban la muerte á Napoleon, y al gran duque de Berg.

Llegamos por fin á Campillos y vimos en el modo con que nos recibieron los habitantes, que nos habia precedido la noticia de nuestra pérdida en Olbera, y de nuestra retirada de Ronda. Fuí muy mal recibido en mi alojamiento, y habiendo mi asistente pedido un quarto para mí, le enseñaron un nicho negro y húmedo que caia al corral. No se habian podido hacer aun distribuciones de víveres, y el alcalde habia publicado una órden para que los habitan-

tes diesen de comer á los soldados alojados en sus casas. El úsar que me servia de ordenanza pidió por señas al dueño de la casa algo que comer, y le traxeron con un ayre burton una mesita muy pequeña con pan y unos ajos. Ví que decia á su muger: *» demasiado bueno es para estos perros de franceses, ya no hay que guardar consideraciones con ellos: han sido batidos, van huyendo, y si Dios quiere y su Santísima Madre ninguno de ellos existirá dentro de dos dias.»* Hice ademán de que no entendia sus maldiciones, para dexarle ignorar que sabia el español.

Salí, y volví una hora despues á mi alojamiento, en el que encontré á cinco paisanos del pueblo sentados en un círculo, y fumando cigarros: segun supe despues parece que estaban acostumbrados á juntarse todas las tardes en casa de mi patron, que vendia tabaco. Mi úsar estaba á alguna distancia de ellos; se levantó quando me vió entrar, y me ofreció su silla, la acepté, y me acer-

qué al fuego; los españoles callaron al principio: uno de ellos para asegurarse si yo sabia español, me preguntó si estaba cansado; y habiendo hecho yo ademán de que no le entendía, añadió sonriéndose, que habia dos días habia hecho á menudo uso de mis espuelas: yo no respondí, entonces creyeron que no sabia ni una sola palabra del español, y volvieron á tomar su conversacion. Hablaban con un entusiasmo sin límites de los valientes montañeses, que nos habian echado de Ronda. Contaban con los mas circunstanciados pormenores un combate muy sangriento de doce horas, que se habia verificado la víspera en las mismas calles de la ciudad. Decian que habiamos perdido seiscientos hombres, y no eramos mas que quinientos cincuenta. Afirmaban que el general de los montañeses vendria á atacarnos dentro de dos dias lo mas tarde; que los habitantes del pueblo tomarian las armas, y que aniquilarian á estos condenados hereges, que eran peores que los moros, porque los

franceses, decian ellos, no creen en Dios, ni en la Virgen, ni en san Antonio, y no tienen recelo en alojarse en las iglesias con sus caballos. Repetian otras mil invectivas de esta especie, con las quales exáltaban mas y mas su imaginacion. Concluyeron con decir que un español valia mas que tres franceses, y añadió: yo soy capaz de matar media docena.

Entonces me levanté, y les repetí dos veces *poco á poco*; quedaron petrificados quando se persuadieron que habia entendido su conversacion. Me separé de ellos para ir á avisar á mi coronel lo que acababa de oir, y al momento mandó al alcalde que desarmase al pueblo. Los habitantes entregaron las armas malas que tenian, y se quedaron con las buenas, lo qual sucedia siempre que se trataba de desarmar algun pueblo.

Quando volví á mi alojamiento, no hallé ya á los políticos; todos habian huido: mi patron se habia ocultado tambien, y su muger consternada habia procurado, mientras estuve fuera, suavizar al

úsar; al principio no le habia dado de beber mas que agua, pero despues le sacó excelente vino: el úsar que no sabia que aquellos esmeros procedian del miedo, se admiró de este favor inesperado, y aun llegó á concebir un ligero movimiento de vanidad.

Mi patrona tomó mi sable en el momento en que me le quité, y le llevó con mucho conato á la mejor pieza de la casa, como para que tomase posesion en mi nombre. En seguida vino á suplicarme temblando, que no conservase ningun resentimiento contra su marido, diciéndome, que aunque no me habia recibido bien quando llegué, era sin embargo muy hombre de bien, y de excelente corazon. Yo la aseguré que su marido podia volver, que no le haria ningun mal, con condicion de que me informase al momento de todo lo que supiese relativo á los proyectos de los enemigos y de los habitantes. Añadí para atemorizarla, que si no tomaba este partido haria que le ahorcasen, y me fuí á acostar.

Me levante el día siguiente al amanecer, y al abrir la puerta de mi cuarto, me encontré con mi patron, que me esperaba para hacer las paces conmigo. Antes de decirme nada, me presentó una jícara de chocolate con vizcochos, la acepté, y le ~~di~~ en adelante mi conducta, respecto á él, seria conforme á su porte, y me respondió que él y toda su casa estaban á mi disposicion.

Este día 15 de marzo supimos que los serranos habian entrado en Ronda la víspera, una hora despues de nuestra salida, y se preparaban para venir á atacarnos á Campillos.

El 16 el coronel envió un destacamento de cien úsares y quarenta infantes á reconocer á los enemigos. Yo componia parte de esta expedicion: nos pusimos en marcha dos horas antes de salir el sol, y encontramos á los montañeses á quatro leguas de Campillos. Habian pasado la noche al vivac en el declive de una montaña no lejos del lugar de Cañete la Real. Nos detuvimos á dos tiros de fusil para

exâminar su posicion y número , que baxamos sobre poco mas ó menos en quatro mil hombres , y quando acabamos de hacer el reconocimiento volvimos á tomar tranquilamente el camino que habiamos traído.

Los serranos viéndonos volver atrás, creyeron que los teniamos miedo, dieron grandes gritos, baxaron de la montaña todos á un tiempo, y sin observar ningun órden, nos siguieron por espacio de una hora por un pais cortado y difícil; moderaron su ardor quando el terreno fué favorable para la caballería, y se detuvieron en las alturas para reunirse, no atreviéndose á adelantarse á la llanura. Enviaron desde allí paisanos á tirotearse con los escaramuceadores de nuestra retaguardia, que habian dado frente al enemigo mientras que la infantería, y el grueso del destacamento pasaban un puente de madera construido sobre un arroyo, que corre al pie de una montaña árida, en cuya cima está situada la aldea de Teba, co-

mo un nido de aguiluchos.

Las mugeres de la aldea vestidas á la moda del pais de trages encarnados, y azul celeste estaban sentadas sobre sus talones en las cimas de las rocas, á donde habian venido, para ver desde un sitio seguro é inmediato la accion que creian iba á empeñarse. Nuestro peloton de retaguardia reunió sus tiradores, y empezó á pasar el puente; las mugeres se levantaron entonces, y entonaron un himno á la Virgen María; á esta señal empezó el tiroteo, y los españoles que estaban escondidos en el flanco de la montaña, hicieron caer sobre nosotros una lluvia de balas á todos alcances; continuamos pasando tranquilamente el puente baxo el fuego del enemigo sin responderle, veiamos las mugeres baxar de las peñas, arrancar los fusiles de las manos de sus maridos, y ponerse delante de ellos para obligarles á abanzar, y á perseguirnos del otro lado del puente. Nuestro peloton de retaguardia viéndose muy acosado, volvió

caras, y los úsares de primera fila dirigieron un fuego bien sostenido de carabina contra los montañeses que se habian adelantado mas, y mataron dos, lo que fué causa de que amainase el ímpetu de la muchedumbre. Las mugeres volvieron á subir con precipitacion á la cima de la montaña, y unos cien enemigos nos siguieron á lo léjos hasta media legua de Campillos.

Un destacamento de cincuenta úsares, que se envió á la descubierta el dia siguiente 17 halló á los serranos campados del otro lado del puente de madera debaxo de la aldea de Teba. Los úsares se adelantaron hasta cerca del puente, y volvieron sin haber tirado un carabinazo: los montañeses se enardecieron como la víspera, y persiguieron á los descubridores hasta nuestras abanzadas. Nuestra intencion era atraerlos á la llanura cerca de Campillos para acuchillarlos. Los montañeses estaban generalmente armados de escopetas, y siempre conseguian ventajas en las montañas don-

de no podíamos perseguirlos, pero en la llanura su modo desordenado de pelear no les permitia sostener el choque de nuestra caballería, aunque fuese muy inferior en número.

Á las diez de la mañana ví llegar á mi patron muy apresurado, tenia la sonrisa en los labios, y se frotaba los ojos esforzándose en vano á llorar: me dixo que todo estaba perdido para nosotros, que nuestras guardias habian sido rechazadas: que mil y quinientos montañeses baxaban con furia á la llanura para envolvernos mientras que los habitantes alborotados nos atacaban en el centro del pueblo, y me apretó entre sus brazos, como si se compadeciera de la suerte que me amenazaba.

En el mismo momento oí tiros y gritos confusos, y la generala que tocaban los tambores y las trompetas: todos corrian á las armas. Uno de nuestros puestos colocados no léjos de la casa en que yo vivia, se vió precisado á retirarse á la entrada del pueblo. Monté

á caballo, y reuní mi destacamento: el coronel llegó al mismo tiempo, y me mandó que fuese á sostener las guardias rechazadas: cargamos á la desvandada en la llanura con el mejor efecto, porque quarenta úsares acuchillaron cien enemigos: los que coronaron las alturas inmediatas, huyeron al momento en la mayor consternacion: nos retiramos, y la llanura que pocos momentos antes habia resonado con los gritos de una nube de tiradores, quedó en silencio y cubierta de los enemigos que acababamos de degollar.

Mientras que habíamos montado á caballo para rechazar á los enemigos, los habitantes persuadidos de que íbamos á perecer, habian asesinado en las calles á los soldados que habian tardado en acudir al punto de reunion. Al volver á entrar en el pueblo nuestros úsares mataron á todos los habitantes que encontraron armados, y costó mucho trabajo contener el saqueo. Los montañeses no se atrevieron desde enton-

ces á dexarse ver en la llanura, marcharon todo el dia y parte de la noche sin detenerse, y se volvieron á situar en las altas montañas de las inmediaciones de Ronda.

El 19 de marzo vino de Málaga el general Peremont á reunirse con nosotros en Campillos con tres batallones de infantería, un regimiento de lanceros del Vístula y dos cañones. Recivimos las municiones que nos hacian falta, y el 20 á las seis de la mañana salimos todos juntos para volver á tomar posesion de Ronda. Nos separamos del camino para exígir una contribucion de los habitantes de Teba, en castigo de haber tomado las armas tres dias antes contra nosotros, sin embargo de que se habian sometido al rey José.

Nuestro coronel dexó su regimiento al pie de la montaña, en cuya cima está Teba, y subió ácia la aldea con solos cincuenta úsares. Los habitantes noñiciosos de nuestra llegada, y de que veniamos á exígir una contribucion, se

habian escapado todos, llevándose consigo lo mas precioso que tenian. Los vestidos que se encontraban indicaban las huellas de su precipitada desercion.

El coronel dió orden de derribar las puertas de algunas casas que estaban al rededor de la plaza, para ver si habia en ellas algunos habitantes ocultos. No se encontró mas que un pobre viejo que en lugar de tener miedo daba gritos de alegría, quando los úsares entraron en su casa. Se quisieron aprovechar de la buena voluntad de este hombre, y sacarle á fuera para tomar lengua, pero se conoció muy luego que estaba loco, y por esta razon sus parientes no le habian llevado consigo á la montaña.

Pasamos cerca de dos horas sin poder hallar en el pueblo un solo individuo para enviarles á decir á los habitantes que no queriamos á ninguno de ellos, y que se les perdonaria si pagaban una contribucion por cuenta del rey José. No queriamos grangearnos enemigos irreconciliables, y desesperarlos

con un castigo riguroso, y por otra parte importaba no dexar impune la sublevacion.

He aquí el expediente que se empleó para sacarlos de sus guaridas. Los úsares quemaron paja mojada en las chimeneas de algunas casas: estos fuegos produgeron un humo espeso que llevado por el viento á la montaña, persuadió á los habitantes que íbamos á quemar su lugar. Se apresuraron á enviarnos una diputacion, y vino en seguida el alcalde con quatro de los mas ricos del pueblo. Traia una capa encarnada y un vestido con galones: se habia revestido de todas las señales de su autoridad, porque creia viniendo á entregarse á los franceses, que iba á morir por salvar el pueblo. El alcalde prometió que los habitantes pagarian la contribucion que se les pedia: le llevamos con nosotros en rehenes, y volvió á su casa dos dias despues.

Fuimos á dormir este dia á una pequeña aldea á quatro leguas de Campi-

llos. El 21 salimos al amanecer para ir á Ronda, donde entramos sin resistencia. Los montañeses abandonaron precipitadamente la Ciudad quando nos acercamos, arrojando en las calles sus fusiles y sus capas, para subir á la montaña por senderos de travesía. Los úsares de nuestra vanguardia acuchillaron á los mas perezosos en salir.

El general en gefe de los serranos no habia podido llegar a Ronda, sino seis horas despues de nuestra salida, y habia procurado entablar una especie de órden en la Ciudad, valiéndose de las que él llamaba sus tropas arregladas. No pudiendo conseguirlo, se valió de esta stratagemas: hizo publicar por el pregonero que los franceses iban á llegar. Los montañeses se reunieron entonces en un abrir y cerrar de ojos, y los habitantes tuvieron tiempo de encerrarse en sus casas.

El general Peremont habia venido á Ronda con el objeto de hacer una expedicion al centro de las montañas;

pero se vió precisado á volver á Málaga sin haber intentado nada, porque supo que esta Ciudad habia sido atacada en su ausencia, y los úsares de mi regimiento quedaron de nuevo de guarnicion en Ronda con doscientos valientes soldados de infantería polaca, que nos dieron en reemplazo del batallon de la guardia del rey José que estaba antes con nosotros.

La Ciudad de Ronda está situada en una meseta muy elevada, y que solo por la parte del norte es de un acceso fácil. Está separada de las montañas que la dominan al medio dia, y al Oeste por un valle risueño y cultivado. El Guadiarro baxa de la mas elevada de estas montañas, y atraviesa á Ronda: parece que un temblor de tierra ha desunido por una cortadura profunda la meseta elevada, en que está la Ciudad, para abrir la madre tenebrosa de este pequeño rio.

La Ciudad vieja está en la margen izquierda, y se comunica con la nueva

que está en la otra orilla por un soberbio puente de piedra de un solo arco; berjas de hierro sobresalen del grueso de las paredes, que guardan los dos lados del puente, y causa una especie de terror el ver de repente por entre las rejas de hierro á doscientas setenta y siete toesas de baxo de sí el rio, como un chorro de agua blanca salir de una sima escabada por la violencia de la corriente hace muchos siglos. Una especie de humedad nebulosa se levanta sin cesar del fondo del abismo, y apenas se distinguen (tan pequeños parecen á la vista) los hombres con asnos, que suben y baxan á todas horas, y transportan sacos á los molinos contruidos al pie del inmenso terraplen de peñas que sostiene la Ciudad. Desde lo alto de las peñas se veia algunas veces en estos tiempos de guerra, y de turbulencias á los jardineros del valle abandonar sus trabajos pacíficos, para unirse á los montañeses, quando venian á atacarnos, ó enterrar sus fusiles quando se acercaban los franceses.

La parte de Ronda que se llama la Ciudad vieja, es casi entera de construcción moruna, y las calles son estrechas y torcidas. La Ciudad nueva es al contrario muy regular, sus plazas son grandes, y sus calles anchas y bien alineadas. Pusimos facilmente la Ciudad vieja al abrigo de un golpe de mano construyendo algunas obras, y reparando un castillo antiguo, de suerte que podia ser defendida por la infantería. Los úsares se encargaron particularmente de defender la Ciudad nueva: para esto hicimos derribar las tapias, y llenar las desigualdades del terreno á las inmediaciones de esta parte de la Ciudad, á fin de poder rechazar al enemigo en caso de necesidad con cargas de caballería.

Los montañeses habian colocado sus campamentos en la cima de las montañas inmediatas, y observaban dia y noche lo que pasaba en la Ciudad. Quando nuestros trompetas tocaban á la aurora la diana, se oian al momento las

bocinas de los pastores despertar á los montañeses en la altura de las colinas inmediatas. Pasaban los dias enteros incomodando á nuestras abanzadas en un sitio ó en otro, y quando los acometiamos se retiraban, para volver al momento á acosarnos.

Quando los serranos se disponian para atacarnos, daban grandes gritos para animarse al combate, y nos hacian fuego mucho antes que sus balas pudiesen herirnos. Los que estaban detrás quando oian estos gritos y estas descargas, creian que sus compañeros conseguian algunas ventajas en la vanguardia; se apresuraban á venir á tomar parte en la accion, á fin de participar del honor de un suceso que creian fácil, y se adelantaban á los primeros echando mil bravatas, pero quando reconocian su error, ya no podian volver atrás. Los dexabamos venir hasta la pequeña llanura al rededor de la Ciudad, para poderlos cargar, y acuchillarlos, y se retiraban siempre despues

Q

de haber perdido algunos de los suyos.

El pasatiempo mas divertido de los menestrales de la Ciudad, era colocarse detrás de las peñas entre los olivos á la extremidad del arrabal, y hacer fuego á nuestros centinelas fumando sus cigarros. Salían por la mañana de la Ciudad como si fuesen al campo, buscaban sus escopetas que tenían ocultas en las peñas, ó en las granjas, se batían con nosotros, y por la noche volvían sin armas á dormir á sus casas. Llegó el caso de que nuestros úsares distinguieron entre los enemigos, con quienes se estaban batiendo á los patrones mismos, en cuyas casas estaban alojados. No podíamos hacer pesquisas muy rigurosas, porque si se hubiera querido poner en execucion el decreto del mariscal Soult contra los españoles insurgentes, hubiera sido necesario ajusticiar á casi toda la poblacion del pais. Los montañeses ahorcaban y quemaban vivos á los prisioneros franceses, y nuestros soldados rara vez daban quartel á los

españoles que cogian con las armas en la mano.

Las mugeres, los viejos, los mismos niños estaban contra nosotros, y servian de espías á los enemigos. Yo he visto á un muchacho de unos ocho años venir á jugar entre las piernas de nuestros caballos, y ofrecerse á servirnos de guia; conduxo á una emboscada una pequeña partida de nuestros úsares, y de repente se escapó á las peñas tirando al ayre su sombrero, y gritando quanto podia: *viva nuestro rey Fernando VII*, el fuego empezó en aquel mismo instante.

Los montañeses suplían por la fuerza y perseverancia de su carácter indomable lo que les faltaba con respecto á la disciplina militar; sino podían resistirnos en las llanuras, si se frustraban sus ataques que pedían alguna combincion, peleaban en cambio admirablemente en las peñas, detrás de las paredes de sus casas, y en quantos lugares no podíamos hacer uso de nuestra

caballería. Jamas pudimos reducir á la obediencia á los habitantes de Montejaque, barrio de cincuenta ó sesenta vecinos á media legua de Ronda.

Los habitantes de los pueblos y aldeas de la montaña, que se creían expuestos á ser visitados por los franceses, enviaban los viejos, las mugeres y los niños á las alturas inaccesibles, y ocultaban en las cabernas lo mas precioso que tenían. Solos los hombres quedaban en los pueblos para defenderlos ó hacer á hurtadillas incursiones en las llanuras para apoderarse de los ganados de los españoles, que no querian declararse contra nosotros.

La villa de Grazalema era la plaza de armas de los montañeses. El mariscal Soult hizo marchar contra ella una columna movible de tres mil hombres. Los contrabandistas se defendieron de casa en casa, y no abandonaron la plaza, sino quando se les acabaron las municiones: entonces huyeron á las montañas despues de habernos hecho

sufrir pérdidas considerables, y volvieron al pueblo luego que marcharon los franceses.

Una division de tres regimientos de infantería de línea, que se envió un mes despues para dispersar de nuevo el ejército insurgente, consiguió facilmente rechazar á los montañeses en todos los puntos, en que los encontró en el campo; pero no pudo jamas apoderarse de Grazalema. Los montañeses se habian atrincherado en la plaza, que está en el centro del pueblo, y habian puesto colchones detrás de las ventanas de las casas, en que se habian encerrado. Doce úsares del regimiento 10.^o y quarenta volteadores, que formaban la vanguardia de la division francesa, llegaron á esta plaza sin encontrar resistencia; pero ninguno volvió, todos fueron sacrificados por el fuego que salió en un momento de todas las ventanas: los soldados que se enviaron sucesivamente para apoderarse de esta plaza, perecieron del mismo modo, sin hacer ningun daño á

los enemigos. Las expediciones que hacian los franceses á las altas montañas dispersaban casi siempre á los enemigos, pero no les reducian, y nuestras tropas volvian á Ronda despues de haber sufrido grandes pérdidas.

Los serranos frustraban en las montañas por su modo de pelear los esfuerzos de nuestras tropas aun quando fuesen éstas superiores en número; se retiraban de peña en peña, de posicion en posicion al acercarse nuestras masas, sin cesar de hacer fuego y de acosarnos: al mismo tiempo que huian nos destruian las columnas enteras, sin que pudiesemos vengarnos. Este modo de hacer la guerra les habia hecho dar por los españoles mismos el nombre de *moscas de la montaña*, aludiendo al modo con que estos insectos obstinados atormentan á los seres vivientes, sin dexarlos jamas descansar.

Los destacamentos que salian de Ronda para hacer expediciones ó reconocimientos, eran envueltos por una

nube de tiradores desde el momento en que salian hasta que volvian á entrar en la Ciudad. Cada comboy de víveres que ibamos á buscar fuera, nos costaba la vida de algunos hombres muertos en las emboscadas. Hubieramos podido decir con verdad que comiamos nuestra carne, y bebiamos nuestra sangre, en esta guerra sin gloria, para espiar la injusticia de la causa, por la que nos batiamos.

Las montañas de Granada y de Murcia no estaban mas tranquilas que las de Ronda, y los franceses atacados á un tiempo por la poblacion del pais en todos los puntos de sus comunicaciones, se hallaban en todos los parages montañosos de la península en una situacion igual sobre poco mas ó menos á la de mi regimiento. Este era el descanso, que disfrutabamos despues de haber conquistado la España desde las fronteras de Francia, hasta las puertas de Cádiz. El sitio de esta Ciudad era entonces el único acontecimiento mili-

tar digno de llamar la atención.

Quando nuestros caballos consumieron los forrages de las granjas inmediatas á Ronda, nos vimos obligados á extender mas léjos nuestras incursiones: y á enviar tres ó quatro veces á la semana partidas de treinta ó quarenta úsares á buscar paja trillada á muchas leguas de la Ciudad. La debilidad de la guarnicion no permitia que se pudiesen sostener nuestros forrageadores con destacamentos de infantería como hubiera sido necesario. Nuestros soldados de caballería no eran bastante fuertes para rechazar á los enemigos en esta clase de expediciones, y procurabamos burlar su confianza tomando cada dia caminos diferentes, ó dando grandes rodeos para evitar los desfiladeros peligrosos, y muchas veces nos veiamos obligados á abrirnos paso por entre los insurgentes, que tenian siempre cercada la Ciudad.

Hacia un mes que la fortuna me era favorable, salia bien de todas las

empresas, que se me confiaban fuera de la Ciudad, y los dias que mandaba la gran guardia, no mataban á ninguno de nuestros soldados. Los úsares que creian hasta cierto punto en la fatalidad, empezaron á tenerme por invulnerable, mas sin embargo fuí herido casi mortalmente el dia primero de mayo: pero despues me han dicho para consolarme que debia tenerme por tan dichoso como antes, puesto que el ayudante mayor se equivocó al nombrar el servicio, y que marché en lugar de uno de mis compañeros, que tenia mala estrella.

El primero de mayo hacia yo parte de un destacamento de quarenta y cinco úsares mandados por un capitán, que iba á buscar paja trillada á quatro leguas de Ronda á las granjas, que hay cerca de Setenil; llevamos con nosotros unos cien paisanos y muleteros de la Ciudad, que conducian mulas y asnos. Nos habiamos puesto en marcha á las cinco de la mañana, y el capitán

y yo ibamos á la cabeza de la tropa; al pasar por un desfiladero á media legua de la villa, nos diximos el uno al otro, es preciso que los enemigos sean poco prudentes para no haber puesto una emboscada en este sitio; podrian hacernos mucho daño sin ningun riesgo por su parte. Subiendo á una colina elevada descubrí á lo léjos al principio polvo, y despues claramente á nuestra derecha quatrocientos ó quinientos hombres armados, que se adelantaban en el valle ácia la aldea de Ariate; dixé al capitan que los que se veian eran enemigos, y que los conocia en su modo de marchar con precipitacion y desórden.

Un sargento aseguró que los hombres que se descubrian eran muleteros, que volvian á Osuna, y que habian venido la víspera baxo la escolta de doscientos hombres de infantería á traer á Ronda galleta y cartuchos: sostuve obstinadamente que los que se descubrian eran enemigos, y añadí que si

fuese yo el gefe del destacamento marcharia directamente á cargarlos mientras que estaban aun en la llanura, porque si eramos rechazados, nuestra retirada era segura, mientras que no podiamos continuar nuestra marcha, sin exponer- nos á ser atacados á la vuelta en algun desfiladero poco favorable á la caballería. El capitan no fué de mi parecer, continuamos nuestro camino, y llegamos cerca de Setenil.

La lentitud y la mala voluntad de los españoles muleteros que habiamos traído para cargar la paja, nos dieron algunas sospechas, y éstas se aumentaron quando vimos, en el momento en que nos preparamos para volver á Ronda, un paisano á caballo en una altura distante observar nuestra marcha, y partir á galope como para ir á avisar á los enemigos.

Luego que acabamos de forragear, volvimos á tomar el camino que habiamos traído; hicimos pasar al comboy de mulas delante del destacamento, entre

una vanguardia de doce úsares y el grueso del destacamento, á cuya cabeza estabamos el capitán y yo. Quando llegamos dos tiros de fusil del desfiladero por donde mas temiamos pasar, ví á un paisano encaramado en un olivo cortar ramas con una hacha: me adelanté al destacamento, y le pregunté si habia visto á los serranos: él mismo lo era, segun he sabido despues, y cortaba ramos para cerrarnos el paso del desfiladero. Me respondió que el trabajo en que estaba ocupado no le permitia indagar lo que pasaba. El capitán habia preguntado tambien al mismo tiempo á un niño de cinco ó seis años, que le habia respondido temblando y en voz baxa, como temiendo que le oyesen, algunas palabras confusas é interrumpidas, en las que no fixamos mucho la atencion, porque vimos que nuestra vanguardia y el comboy salian de la otra parte del desfiladero, y subian por la colina opuesta: teniamos que pasar por un sendero estrecho y resvaladizo, donde era preciso

marchar de uno en uno, que era largo de quatrocientos ó quinientos pasos, y cercado de setos muy espesos. El capitán me dixo, como por la mañana, que teníamos mucha fortuna en que los enemigos no tuviesen emboscada en este desfiladero. Apenas habia acabado de decir estas palabras, quando salieron de entre los setos quatro ó cinco fusilazos, que mataron las tres últimas mulas del comboy, y el caballo del trompeta que iba delante de nosotros: nuestros caballos se pararon de repente.

El capitán debia pasar el primero, pero el caballo que montaba habia pertenecido á un oficial muerto pocos dias antes en una ocasion semejante, y el animal titubeaba. Viendo esto arrimé las espuelas, y me adelanté al capitán; mi caballo saltó por cima de el del trompeta, y de las mulas que acababan de caer con sus cargas, y atravesé solo el desfiladero. Los serranos que se habian escondido detrás de los setos, creyeron que me seguia todo el destacamento, é

hicieron con precipitacion toda su descarga contra mí segun iba pasando. Dos balas me alcanzaron solamente, la una me atravesó el muslo izquierdo, y la otra me entró en el cuerpo.

El capitan que me siguió á alguna distancia, llegó sano y salvo al otro lado del desfiladero, y solos los últimos quatro úsares fueron muertos, porque los enemigos necesitaron algunos minutos para volver á cargar sus fusiles, y hacer fuego segunda vez. Tambien mataron el caballo del sargento que marchaba detrás del destacamento; él se hizo el muerto, se ocultó entre los matorrales, y volvió por la noche á Ronda sin haber recibido ninguna herida.

Luego que formamos nuestro destacamento en batalla al otro lado del desfiladero, dixé al capitan que estaba herido, que conocia se iban acabando mis fuerzas, y que me marchaba á Ronda por un camino bastante escarpado, pero muy corto. El capitan me aconsejó que me quedase con el destacamento, que iba

á hacer un rodeo de media legua por la llanura donde el enemigo no estaba para no exponerse inútilmente á segundo ataque. Conocí que no podia soportar una marcha tan larga, y entré en el sendero escarpado, precedido de un úsar que conducia mi caballo por la brida. Como perdia mucha sangre me veia precisado á reunir todas mis fuerzas para no desmayarme; si hubiera caido del caballo probablemente me hubieran dado de puñaladas. Me agarraba con ambas manos al arzon de la silla, y hacia inútiles esfuerzos para hacer andar á mi caballo espoleándole con la sola pierna de que podia servirme; pero el pobre animal no por eso se daba mas priesa, porque una bala le habia atravesado de parte á parte.

Quando llegué á un quarto de legua de la ciudad mi caballo ya casi no podia andar. El úsar que me acompañaha marchó á galope para avisar á la avanzada, que estaba en lo alto de la montaña, y dí aun solo algunos pasos, pero ya no veia, y apenas oia los fusi-

lazos que los paisanos me tiraban desde lejos. En fin llegaron unos soldados que me socorrieron, y me transportaron á mi alojamiento en la gualdrapa de mi caballo.

Mis patrones españoles me salieron al encuentro, y no quisieron permitir que me condujesen al hospital militar, donde reinaba una fiebre epidémica, de la qual probablemente hubiera sido víctima como otros muchos: mis patrones habian tenido hasta entonces respeto á mí una política fria y reservada, considerándome como á uno de los enemigos de su pais. Por respeto á este sentimiento de patriotismo habia tratado muy poco con ellos. Quando me vieron herido, me manifestaron el interés mas vivo, y me trataron con la generosidad y caridad que distingue tan eminentemente el carácter español. Me dixeron que desde que ya no podia hacer mal á ninguno de su pais, me consideraban como á un individuo de su familia, y sin cansarse un solo instante en el espacio de quaren-

ta dias, tuvieron en efecto conmigo todos los cuidados posibles.

El 4 de mayo los enemigos vinieron al amanecer á atacar á Ronda con mas fuerza que lo habian hecho hasta entonces. Las balas pasaron tan cerca de la ventana que estaba junto á mi cama, que la trasladaron á la pieza inmediata. Mis patrones vinieron á anunciarme, esforzándose á conservar severidad que los montañeses estaban al fin de la calle, que ganaban terreno, y que iban á tomar por asalto la ciudad vieja: añadieron que tomarian precauciones para ponerme al abrigo del furor de los seranos hasta la llegada del general Valdenebro que era su pariente, y escondieron apresuradamente mis armas, mis uniformes, y todo lo que podia llamar la atencion de los enemigos. Sus criados me trasladaron en seguida á lo alto de la casa, detrás de una capilla dedicada á la Virgen María, mirando este lugar sagrado como un asilo inviolable. Buscaron tambien dos curas para que

R

me protegiesen en caso necesario.

Una señora anciana, madre de mi patrona, quedó sola conmigo, y se puso á rezar; daba bueltas con mas ó menos viveza á las cuentas de su rosario, segun que los gritos de los combatientes y el ruido de las armas de fuego anunciaban que el peligro se aumentaba ó se disminuía. Acia medio dia se alejó poco á poco el fuego, y luego cesó del todo. El enemigo fué rechazado en todos los puntos, y mis compañeros luego que se apearon vinieron á contarme la accion.

El segundo de úsares recibió de allí á pocos dias la órden de marchar al puerto de santa María; fué reemplazado por el 43 de línea, y quedé solo de mi regimiento en Ronda; no conocia á los oficiales de la nueva guarnición, y no recibí desde entonces mas visitas de franceses que la de un ayudante de infantería, que venia de quando en quando á informarse de mis patrones, si habia yo muerto ó estaba en disposi-

cion de marchar, porque tenia ganas de ocupar mi alojamiento.

Mis patrones redoblaban sus cuidados y sus atenciones para conmigo despues de la partida de mis compañeros: pasaban muchas horas del dia en mi quarto, y quando empezaba á restablecerme, reunian todas las tardes algunos de sus vecinos, que venian á hablar y á darme música junto á mi cama para distraerme de mis males; cantaban canciones patrióticas, acompañándose con la guitarra.

La madre de mi patrona me habia cogido mucha aficion desde el dia que habia hecho oracion con tanto fervor por mi conservacion durante el asalto de la ciudad. Su segunda hija era religiosa en un convento de Señoras nobles: esta señora preguntaba por mí de quando en quando, y me enviaba canastillos de hilas perfumadas cubiertas de ojas de rosa.

Las religiosas de los diferentes conventos de Ronda redoblaban sus ayunos y austeridades despues de nuestra entrada en Andalucía: pasaban la mayor par-

te de las noches en orar por el buen éxito de la causa de España, y por el día preparaban medicamentos, que enviaban á los hospitales franceses; esta mezcla de patriotismo y de caridad cristiana se encontraba en España con bastante frecuencia.

El 18 de junio me levanté por la primera vez despues de mi herida. Me ví precisado á hacer el aprendizage de andar con muletas, porque habia perdido enteramente el uso de una pierna. Fuí á visitar el caballo que habia sido herido conmigo; se habia curado perfectamente, y al principio no me conoció, de lo que inferí lo mudado que debia yo estar. Salí de Ronda el 22 en un carro de municiones que iba baxo una fuerte escolta á buscar cartuchos á Osuna. Me separé de mis patrones con el mismo sentimiento que se tiene quando se sale la primera vez de la casa paterna. Estaban tambien tristes por mi marcha, porque se habian aficionado á mí por los beneficios que me habian hecho.

Fuí de Osuna á Ecija', y de Ecija á Córdoba. Tropas de partidarios españoles de doscientos á trescientos hombres corrian el pais en todas direcciones, y quando eran perseguidos, se retiraban á las montañas que separan la Andalucía de la Mancha y de la Exeremadura, ó las de la costa. Estas tropas de partidarios, llamadas *guerrillas*, servian para entretener la fermentacion que reynaba en el pais, y aseguraban las comunicaciones entre Cádiz y lo interior de España: hacian creer al pueblo que el marqués de la Romana habia batido los franceses en Truxillo, y que los ingleses habian salido de Gibraltar, y los habian derrotado completamente cerca del mar. Estos rumores, esparcidos con mucho tino, se recibian siempre con transportes de gozo, por mas inverosimiles que fuesen; la esperanza renovada sin cesar, excitaba en el pais insurrecciones parciales sobre uno ú otro punto, y las noticias de ventajas supuestas, circuladas á propósito, originaban muchas veces ventajas reales.

Á alguna distancia de Cordoba habia una quadrilla de ladrones, conocida tiempo hacia; estos hombres ya por su mismo estado no renunciaban á la costumbre de despojar á los pasajeros españoles; pero con el objeto de cumplir con la obligacion que todo ciudadano contrae quando nace, de derramar su sangre por la patria invadida por enemigos extranjeros, hacian la guerra á los franceses atacando sus destacamentos, aun quando no tuviesen esperanzas de botin.

Al salir de la Andalucía atravesé la Mancha; me veia obligado á detenerme muchos dias en cada tránsito para esperar la buelta de las escoltas, que llevaban periodicamente municiones al sitio de Cádiz. Algunas veces fastidiado de permanecer muchos dias en malas posadas, me abandonaba á la suerte, y me aventuraba á ir solo de una etapa á otra. Los comandantes de puestos no podian dar escoltas, sino para el servicio indispensable del ejército, porque perdian á veces muchos soldados por acompañar

á un correo algunas leguas solamente.

José no tenia ningun medio de percibir los impuestos: en vano enviaba columnas movibles á reconocer el pais; los habitantes se salvaban en las montañas, ó se defendian en sus casas; los soldados saqueaban los pueblos, y las contribuciones no se exígian: los individuos pacificos pagaban algunas veces por todos los demás; pero en seguida eran castigados gravemente por no haberse huido á la llegada de los franceses. Los habitantes de la Mancha, y los de las provincias inmediatas, estaban exâsperados por todo género de violencias, y el número de nuestros enemigos se aumentaba todos los dias. Castilla la nueva, que atravesé tambien en mi viage, no estaba mas tranquila que la Mancha. Los partidarios españoles habian estado á punto de hacer prisionero al rey José en una de sus casas de campo cerca de Madrid, y arrebatában muchas veces á los franceses de las puerras, y aun de las calles de esta capital.

Permanecí en Madrid cerca de un mes esperando la ocasion de marchar. Era facil venir desde Bayona, porque se viajaba baxo la escolta de numerosos destacamentos que se enviaban á reforzar los exercitos; pero era preciso estar estropeado para obtener permiso de volver á Francia. Los consejos de salud habian recibido las órdenes mas estrechas, y no daban licencias mas que á los oficiales y soldados heridos que no daban esperanzas de curar. Yo fuí del número de los enviados á Francia de este modo, y me tuve por muy dichoso de abandonar á qualquiera precio que fuese, una guerra injusta y sin gloria, en la qual los sentimientos íntimos de mi alma, desaprobaban el mal que mi brazo estaba obligado á hacer.

Salí de Madrid con una carabana de oficiales reformados, que iban á Francia baxo la escolta de setenta y cinco soldados de infantería solamente: formamos un peloton de oficiales, mandado por el herido mas antiguo, á fin de morir ar-

mados si eramos atacados, porque no estabamos en disposicion de defendernos, puesto que algunos de entre nosotros tenian que hacerse atar á sus caballos para sotenerse.

Iban en nuestro comboy dos locos, el primero era un oficial de úsares que habia perdido la razon de resultas de las heridas profundas que habia recibido en la cabeza: marchaba á pie habiéndole quitado su caballo y sus armas, por miedo de que quisese escaparse, ó hacer daño. No habia olvidado, á pesar de su locura, la dignidad de su grado, ni el nombre de su regimiento; algunas veces nos enseñaba su cabeza, y descubria sus heridas, que pretendia haber recibido en combates imaginarios que nos contaba á todas horas. Un dia fué atacado el comboy durante la marcha, y frustrando la vigilancia de los que estaban encargados de tener cuidado de él, recobró su antigua intrepidez para caer sobre los enemigos con sola una baqueta, que llamaba el cetro mágico del gran

rey de Marruecos , su predecesor.

El segundo de los locos era un flamenco viejo , músico de la infantería ligera , en cuyo celebró el calor del vino de España habia fixado para el resto de sus días una alegría imperturbable. Habia cambiado su clarinete por un violin , cuyo instrumento tocaba en su niñez en las fiestas de su aldea , y marchaba en medio de nuestro triste comboy tocando y cantando á un tiempo, sin causarse jamás. Ni un solo viagero encontrabamos , y en el largo y silencioso camino que recorriamos solo hallabamos cada dos ó tres dias comboyes de municiones , ó algunas escoltas , que se alojaban con nosotros debaxo de los escombros de las casas desamparadas , cuyas puertas y ventanas habia quemado el ejército francés: en lugar de la multitud de muchachos y ociosos que corren en tiempo de paz á ver á los extranjeros á la entrada de los pueblos , solo se descubria un pequeño puesto francés , que salia detrás de las estacadas ó de los parapetos , y

nos mandaba hacer alto para reconocernos. Tambien algunas veces en una aldea desierta descubriamos de repente un centinela situado en una torre vieja, como el buo solitario en medio de las ruinas.

Quanto mas nos acercabamos á Francia, mas peligro teniamos de ser arrebatados por los partidarios: en casi todos los pueblos hallabamos destacamentos, que habian venido de todas las provincias de la península, y nos esperaban para marchar con nosotros. Los batallones, los regimientos enteros reducidos á sus quadros, es decir, á algunos hombres solamente, llevaban tristemente sus águilas y sus vanderas para ir á reclutar á Francia, á Italia, á Suiza, á Alemania y á Polonia: nuestro comboy salió de España á fin de julio, veinte dias despues que Ciudad Rodrigo, plaza fuerte en la provincia de Salamanca, cayó en poder de los franceses.

Deberia concluir aquí mis memorias, pues que habiendo salido de España en esta época de la guerra, he dexado de verla por mis propios ojos; pero despues de este tiempo he reunido durante un año que estuve en Inglaterra, materiales que entonces no se podian hallar en el continente, y me he tomado la libertad de añadir á mi relacion la de la campaña de Portugal, obra maestra de una defensa nacional y militar.

Despues de la campaña de Austria, y la paz ajustada en Viena en 1809, la Francia se vió libre de guerra en el norte, y la Europa entera creyó otra vez que la España y Portugal iban á sucumbir baxo el peso inmenso de las fuerzas de que podia disponer Napoleon; este vencedor habia anunciado que iba á arrojar á los ingleses de la península, y que antes de un año se verian sus águilas triunfantes en los fuertes de Lisboa, y habia enviado poderosos refuerzos á

España para invadir á Portugal.

El ejército francés destinado á esta invasion se componia de mas de ochenta mil hombres: estaba mandado por el mariscal Masena, y dividido en tres cuerpos á las órdenes del mariscal Ney, y de los generales Junot y Reynier. Los dos primeros de estos cuerpos estaban reunidos en las inmediaciones de Salamanca, y ocupaban el pais entre el Duero y el Tajo. El tercero del general Reynier estaba en Extremadura enfrente de la frontera de Alentejo, comunicando su derecha en Alcántara con la izquierda del mariscal Ney. Un quarto cuerpo de reserva se reunia en Valladolid baxo las órdenes del general Drouet, para reforzar y sostener en caso de necesidad el ejército de invasion.

El ejército del Lord Wellington opuesto al del mariscal Masena contaba en sus filas treinta mil ingleses, y treinta mil portugueses. La Regencia de Portugal tenia ademas sobre las ar-

mas quince mil hombres de tropas arregladas, diferentes cuerpos de tropas volantes compuestas de milicias portuguesas conducidos por gefes de su nacion, ó por oficiales ingleses, y la leva en masa conocida baxo el nombre de *ordenanzas*, que los ingleses valuan en quarenta y cinco mil hombres solamente, pero que se componia realmente en caso de invasion de toda la poblacion armada de Portugal: estaba animada contra los franceses por el patriotismo, el ódio, la venganza, y por la memoria reciente de los males que habian sufrido los dos años anteriores en las expediciones del mariscal Soult, y del general Junot.

Estas bandas indisciplinadas de habitantes hacian un mal incalculable á los franceses, quando defendian sus hogares entre las gargantas de las montañas, donde tenian una gran superioridad por el número y por el conocimiento del terreno; pero eran inútiles fuera de su pais, y por esta razon el

ejército anglo-portugués de Lord Wellington, no se alejaba á pesar de las provocaciones de los franceses de la línea defensiva, que ocupaba en las fronteras de Portugal al norte, y al medio día del Tajo. El general inglés temia entonces dar una batalla en las llanuras de la provincia de Salamanca, donde sus enemigos desplegaban una caballería numerosa y formidable.

Después de la toma de Ciudadrodrigo los franceses pasaron el Coa, rechazaron las abanzadas inglesas, embistieron á Almeida, plaza de la frontera de Portugal, y se apoderaron de ella el 27 de agosto por capitulación, después de 13 días de trinchera abierta.

El cuerpo de ejército del general Reynier salió de la Extremadura española, pasó el Tajo en Alcántara, y se concentró sobre los otros dos cuerpos franceses en las inmediaciones de Almeida. El cuerpo inglés que estaba al frente del del general Reynier ácia Elbas y Portolegre, atravesó el Tajo en

Villa-Velha, y el ejército entero de Lord Wellington se retiró por la orilla izquierda del Mondego, á la posición inespugnable de la sierra de Murcella detrás del Alba.

El ejército francés salió el 15 de setiembre de las inmediaciones de Almeida, entró los días siguientes en el valle, que baña el Mondego, pasó este río en Celorico, y le volvió á pasar en seguida por el puente de Fornos: el mariscal Masena conducía su ejército por la orilla derecha del Mondego, con el objeto de apoderarse por una marcha rápida de Coimbra, que creía dexaban descubierta los ingleses, que se retiraban por la margen izquierda.

Los franceses llegaron el 21 á Vizeu, donde se vieron obligados á detenerse dos días enteros para esperar su artillería, cuya marcha se habia retardado por las dificultades que ofrecian los caminos, y por los ataques de las milicias portuguesas. El 24 su vanguardia halló á la vanguardia inglesa situa-

da en la orilla opuesta del Dao, y la rechazaron despues de haber reparado los puentes, que habian sido cortados. Lord Wellington dispuso que su ejército pasase con celeridad de la margen izquierda á la derecha del Mondego, para defender los desfiladeros de las montañas que se atraviesan para ir á Coimbra, y no habia dexado en su primera posicion de sierra Marcella sino una division de caballería, y una brigada de infantería.

Los cuerpos franceses llegaron sucesivamente el 25 y el 26 al pie de la sierra de Busaco, cuyas cimas hallaron ocupadas por el ejército angloportugués. El 27 á las seis de la mañana marcharon en columnas contra la derecha, y el centro de este ejército por los dos caminos, que conducen á Coimbra por la aldea de san Antonio y el Cántaro, y por el convento de Busaco: estos caminos estaban cortados en diferentes sitios, y defendidos por artillería, y por otra parte la monta-

ña que atraviesan, está erizada de rocas escarpadas, y se llega á ella con muchísima dificultad. La columna francesa que atacó la derecha de los ingleses, se adelantó á pesar del fuego de su artillería y de sus tropas ligeras, y llegó con intrepidez á la cima de la montaña, despues de haber sufrido pérdidas considerables: empezaba ya á desplegarse en línea con mucha sangre fria, y con la mas perfecta regularidad, quando se vió atacada por fuerzas superiores, y obligada á retirarse; se reunió en seguida, atacó segunda vez, y fué de nuevo rechazada. Los batallones franceses que se adelantaron contra el convento de Busaco, donde se reunian las divisiones de la izquierda, y del centro de los ingleses, fueron tambien rechazados cerca de este pueblo, y dexaron en la altura al general Simon muerto en la carga, y á un crecido número de oficiales y soldados heridos.

Los ingleses y portugueses ocupaban en la cresta de las montañas una

posicion que formaba un arco de círculo , y abrazaba por sus extremidades el terreno por donde abanzaban los franceses: el ejército aliado veia debaxo de sí sus mas minimos movimientos, y tenia la ventaja de poder reunir con tiempo grandes fuerzas para recibirlos: esta circunstancia contribuyó principalmente á la ventaja que consiguió. Los franceses perdieron en sus ataques mil y ochocientos hombres , y tuvieron cerca de tres mil heridos: los ingleses y portugueses solo tuvieron fuera de combate mil doscientos hombres.

El mariscal Masena tuvo por impugnable de frente la posicion , que ocupaba el ejército de Lord Wellington, y determinó envolverla : entretuvo el combate con tiradores hasta la tarde , y envió un cuerpo de tropas por el camino de las montañas , que conduce desde Mortagao á Oporto: los ingleses y portugueses abandonaron en consecuencia de este movimiento sus posiciones de la montaña de Busaco.

Los franceses entraron en Coimbra el primero de octubre, continuaron su marcha, y el 12 despues de once dias de marchas forzadas en medio de las lluvias, llegaron á Alenquer á nueve leguas de Lisboa. Se hallaban ya cerca de la extremidad mas remota de Portugal, y miraban este pais como una conquista segura creyendo que los ingleses solo pensaban en reembarcarse, contaban alcanzarlos los dias siguientes, obligarles á recibir batalla en la precipitacion de un embarque, y abrumarlos con fuerzas superiores; pero los reconocimientos dirigidos á diferentes puntos hallaron al ejército de Lord Wellington atrincherado en una posicion que era imposible atacar, ó envolver entre la mar y el Tajo, en la cadena de montañas que se estiende desde Alhandra hasta Torres-Vedras, y en la embocadura del Sisandro, y mas atrás dirigiéndose ácia Mafra.

Los pasos fuertes, ya por naturaleza, estaban erizados de trecho en tre-

cho con una artillería formidable, y el arte habia construido defensas numerosas, desde las quales se podia dar la muerte sin recibirla. El silencio, el orden y la calma reinaban en los puestos de los ingleses y portugueses todo lo largo de la península abanzada, en que está Lisboa, como en una sola plaza fuerte. Las lanchas cañoneras situadas en el Tajo flanqueaban la derecha de esta posicion, y una bala que salió de sus cañones mató el mismo dia al general Saint-Croix, que se habia adelantado á una altura para hacer observaciones.

Los franceses intentaron en vano por medio de provocaciones empeñar á Lord Wellington á salir á dar batalla: este Fabio moderno permanecia inmovil en sus líneas, y contemplaba con frialdad á sus enemigos debaxo de sí desde lo alto de las peñas elevadas. Economizando con sabiduría la sangre de los soldados de su ejército, reusaba derramarla por su gloria personal, y arriesgar á una sola batalla la suerte de un pais que

estaba encargado de defender; queria entregar á los franceses á la venganza del pueblo invadido, y siguiendo un plan profundamente calculado, iba á hacerlos sufrir la hambre, y las enfermedades, azotes eternos de los exércitos conquistadores, quando no son llamados, ó favorecidos por el voto de las naciones.

Á la voz de Lord Wellington, y por las órdenes de la Regencia de Portugal, toda la poblacion del valle de Mondego, y una parte de la orilla septentrional del Tajo habian abandonado en masa sus moradas. Los hombres de una edad madura se habian retirado á las montañas con sus ganados, no llevando consigo mas que sus armas, y se vió á la llegada de los franceses una inmensidad de viejos, de mugeres, de niños, de sacerdotes, y de religiosos destruir simultáneamente sus propios recursos, para privar de ellos á los enemigos, y retirarse ácia Lisboa, baxo la proteccion del exército inglés.

La caridad de los diferentes conventos de la capital ilustrada por el patriotismo, y auxiliada por numerosas limosnas surtió los primeros dias á las necesidades de estos desterrados voluntarios, que se habian abandonado á la providencia por salvar á su patria. Les formaron en las calles, en las plazas, y en los arrabales de la Ciudad de Lisboa, detrás de las posiciones atrincheradas de los ingleses, un campo pacífico casi tan útil á la causa de Portugal, como el de los guerreros destinados á defender este pais con sus armas.

Los franceses en su marcha rápida no habian atravesado entre Almeida y Alenquer, por servirme de sus propias expresiones, mas que aldeas desiertas: *hallaron los molinos destruidos, el vino derramado en las calles, los granos quemados, y rotos los muebles. No vieron ni un caballo, ni una mula, ni un asno, ni una baca, ni una cabra, se alimentaron de ganado, que traian consigo, y de la galleta que les habian da-*

do antes de entrar en Portugal para un número de dias limitado: porque contaban obtener bien pronto por la victoria los recursos inmensos de una de las capitales mas comerciantes de Europa.

Detenidos, sin pensarlo, quando se creian en vísperas de tocar el término de sus trabajos, se vieron reducidos á vivir de lo que los soldados buscaban individualmente, y á que la casualidad, la necesidad, la actividad natural, y un largo hábito de la vida errante y guerrera les hiciesen descubrir los víveres, que los paisanos habian enterrado para librarlos de sus pesquisas.

Los franceses estaban envueltos por todas partes, y sus comunicaciones estaban interceptadas por cuerpos volantes aun antes que hubiesen llegado á las líneas de Torres-Vedras. La Ciudad de Coimbra, donde habian dexado guarnicion, diferentes oficinas para formar almacenes, y sus enfermos y heridos en número de cinco mil hombres, fué tomada el 7 por las milicias portuguesas

del mismo modo que los otros puestos franceses en la orilla derecha del Mondego. El cuerpo que mandaban los generales Silveira y Barcellar, y los de los coroneles de milicias Trant, Miller, Wilson y Grant habian ocupado los caminos, por los quales debian pasar los comboyes de víveres y municiones que esperaba el ejército del mariscal Mascena. El flanco derecho de este ejército estaba ademas acosado por las salidas que hacian las guarniciones portuguesas de las plazas de Peniche, de Ouren y de Obidos: los paisanos armados se unian á los cuerpos de milicias para atacar á los destacamentos, y á los forrageadores de los franceses, que acosados sin cesar no se proporcionaban víveres, sino á costa de pérdidas diarias.

Mientras que se practicaba esta guerra de detall en los flancos y á retaguardia de los ejércitos franceses con toda la venganza, y la exâgeracion del ódio nacional, los ingleses alerta siem-

pre en sus líneas, disfrutaban del mayor reposo, y no perdian ni un solo hombre: sus centinelas nunca hacian fuego á las centinelas francesas, y los puestos abanzados de los dos partidos jamas se provocaban, ni se cansaban mutuamente con ataques falsos: esta profunda calma, que reinaba en el frente de los dos ejércitos; era el resultado de la especie de convencion tácita que se establece ordinariamente entre tropas de línea, que por lo regular no tienen resentimiento ni pasiones, porque solo se interesan indirectamente en la causa que defienden.

Los franceses permanecieron al pie de las líneas de Torres-Vedras, sufriendo con paciencia las privaciones, con la esperanza de reducir á sus enemigos á la desesperacion. Creían que la multitud de habitantes que habian arrastrado delante de sí, y encerrada con la poblacion de la capital en un espacio de terreno estrecho y poco fértil, causaria el hambre en el ejército enemigo, y le obli-

garia á embarcarse ó dar batalla; pero los ingleses y portugueses tenían detrás de sí el vasto Oceano, y sus ligeros y numerosos buques tenían libre comunicacion con uno y otro emisferio. Al pronto se embarcaron víveres de Inglaterra y del Brasil, y luego las flotas numerosas del comercio, atraídas por el aliciente de la ganancia, vinieron á traer en abundancia al Tajo los recursos del África, de la América, y los que se podían sacar de las provincias libres de España y Portugal.

Los franceses debilitados por las pérdidas diarias, y por las enfermedades, consecuencia de la escasez de víveres, y de la inaccion, se vieron pronto en la situacion á que querían reducir á sus enemigos.

El rio Zezera y la plaza de Abrantes detenían á los destacamentos que hubieran querido ir á forragear á la Extremadura superior; y el Tajo, cuyos puentes habían sido destruidos, los separaba ácia la izquierda de la Extremadura ba-

xa y del Alentejo: estas provincias estaban aun intactas, y su misma inmediacion aumentaba el deseo que los franceses, enmedio de la escasez, tenian de poseerlas. Hicieron varias tentativas para asegurarse un paso en el Tajo, á fin de ocupar estas provincias: amenazaron á los habitantes de Chaumusca, villa situada en la orilla opuesta del rio, que destruirian al pueblo si no les traian sus barcas; y los pescadores no dieron mas respuesta que quemarlas. El pais se puso sobre las armas, y los ingleses hicieron pasar á la márgen meridional del Tajo una division de infantería y otra de caballería para oponerse á las empresas de los franceses. Lord Wellington habia recibido un refuerzo de diez mil españoles que le habia traído el marqués de la Romana, y empleaba en el servicio de tierra una parte de los artilleros de la esquadra inglesa, por lo qual podia destacar divisiones para guardar la orilla derecha del Tajo, sin debilitar sus líneas.

Despues de haber permanecido un mes al pie de las líneas de Torres-Vedras entre Villafranca, Sabral, Villanueva, Olta, y Alebentre, los franceses llegaron á carecer absolutamente de víveres, levantaron sus campos en la noche del 14 al 15 de noviembre, y se pusieron en retirada para ir á tomar posicion en Santaren detrás del Rio-mayor. El órden y el silencio que observaron en el momento de su partida, fueron tales, que los centinelas ingleses no echaron menos á los centinelas y puestos franceses que tenian á su frente.

Los ingleses enviaron refuerzos considerables á las tropas que tenian en la orilla meridional del Tajo, temiendo que el movimiento de los franceses tuviese por objeto el paso de este rio, y su ejército salió de sus líneas, siguió las huellas de los franceses, y avanzó el 19 en columnas de ataque hasta cerca de Rio-mayor, enfrente de Santaren, manifestando querer forzar el paso de este rio; pero renunció á este proyecto al ver

la fuerte posición que los franceses habían tomado. Lord Wellington estableció su cuartel general en Cartajo, colocando sus avanzadas en la margen derecha del Río-mayor, entre este río y las líneas de Torres-Vedras, pronto á volver á tomarlas en caso de que los franceses viniesen á atacarle con grandes fuerzas.

La ciudad de Santaren está situada en la cresta de una cadena de montañas elevadas, y casi perpendiculares, precedida de otra cadena de colinas un poco mas baxas, en la qual se extendia la primera línea de los franceses: al pie de estas alturas corre el Río-mayor, y mas lejos del Tajo; los ingleses tenían que atravesar un espacio considerable de terreno pantanoso por dos calzadas, que del mismo modo que el puente estaban dominadas por la artillería.

El mariscal Masena había escogido con el mayor tino la posición de Santaren, con el objeto de contener con pocas tropas á los ingleses en el Río-ma-

yor, y sin correr riesgo alguno poder extender sus cantones hasta el rio Zezere, en el qual hizo echar dos puentes, é hizo ocupar ambas orillas por una division de infantería para observar la plaza de Abrantes, y proteger los destacamentos que iban á forragear á la Extremadura superior. Quería asegurar sus comunicaciones con España por el camino de Thomar, esperando que los refuerzos que aguardaba, y que le eran indispensables para continuar las operaciones, por las pérdidas que habia sufrido; hubiesen venido á arrojar á las milicias portuguesas de los puestos que habian construido en los caminos del valle de Mondego.

El cuerpo de reserva que mandaba el general Douct habia salido de Valladolid el 12 de octubre avanzando ácia la frontera de Portugal, y la division Gardanne que habia quedado de guarnicion en Ciudadrodrigo y Almeida, se puso en camino para reunirse al ejército del mariscal Masena: llegó el 14 de

Noviembre á algunas leguas de los primeros puestos franceses, y retrogradó repentinamente ácia España. Se engañó sobre la situacion de los negocios por el gran número de milicias portuguesas que le acosaban despues de su entrada en Portugal, y tambien habian hecho prisionera su vanguardia. La division Gardanne se retiró sobre el cuerpo de ejército del general Douct, con el qual volvió á entrar en Portugal en el mes de diciembre.

El cuerpo del general Douct tomó el camino del valle de Mondego, y se unió al ejército del mariscal Masena, despues de haber dispersado las milicias portuguesas, sin haber podido destruirlas como sucedia siempre; porque el general portugués Silveira volvió á atacar al fin del mes á la division Claparede, que habia quedado en Troncoso y en Pinhel, en el distrito del Coa, para guardar las comunicaciones del ejército de Portugal con España. El general Claparede reunió su division, batió al ge-

neral Silveira, y le persiguió hasta el Duero; pero se vió obligado á volver muy presto á Troncoso y á Guarda, por los movimientos de otros cuerpos de milicias del general portugués Bacellar, y del coronel Wilson, que se situaron sobre sus flancos, y á su retaguardia en el Pavia y en Castro-Diario.

Estos cuerpos de milicias portuguesas nunca atacaban sino á las partes débiles del ejército; es decir, á vanguardias, retaguardias, destacamentos, pequeñas guarniciones, ó cuerpos aislados, haciéndoles mucho daño, y era imposible destruirlos, á causa de su número, y del perfecto conocimiento que tenían del terreno. Quando se dispersaban en algunos puntos, se reunian siempre en otros, llevándose siempre á sus expediciones la poblacion armada del pais. El general Douct vino á Leira, ocupando con los demás cuerpos franceses el pais, que se extiende entre el mar y el Tajo, ácia Punhet y Santaren.

El mariscal Maseña hacia construir

T

en Punet un gran número de barcas para echar puentes en el Tajo: esta obra era difícil en un país sin habitantes, y que ofrece además en todos tiempos muy pocos recursos. Los cuerpos ingleses que ocupaban á Mugen, Almerin, Chamusca y san Brito en la orilla opuesta veían todos estos preparativos, y por su parte levantaban fuertes baterías.

Tan necesario era á los ingleses impedir el paso del río, como á los franceses el verificarle, porque la suerte de Portugal, y el suceso de las operaciones ulteriores de uno y otro partido parecia que dependia entonces de esto. Si el mariscal Masena conseguia verificar el paso del Tajo, obligaba á los ingleses á diseminar sus fuerzas y debilitarse, extendiendo mas su línea de operaciones en una y otra orilla; las posiciones de Torres-Vedras, menos bien guardadas, y desguarnecidas de un número considerable de defensores, pudieran entonces ser tomadas, sacrificando muchos miles de hombres por un cuerpo francés,

que marchase de Leyra á Lisboa. Si por el contrario los ingleses concentraban todas sus fuerzas en las líneas de Torres-Vedras, los franceses baxando por la orilla del Tajo, despues de haberle atravesado, se apoderaban de la península, en que estan situadas las Ciudades de Palmela y Setual; desde la extremidad de esta península se hacian dueños del curso del Tajo, é introducian el hambre en Lisboa: en fin desde las alturas de Almada que estan al frente de esta Capital podian bombardearla.

Los mariscales Soult y Mortier llegaron el 9 de enero á Mérida con todas las tropas disponibles del ejército de Andalucía, con el objeto de sitiar las plazas de Badajoz y Yelves, obligar á Lord Wellington á distraer sus fuerzas, para defender esta parte de la frontera portuguesa, y cooperar de este modo con el ejército del mariscal Masena. Á la noticia de su llegada á las fronteras de Alentejo, los ingleses hicieron pasar al sur del Tajo, nuevos cuer-

pos de tropas mandadas por los generales Hill y Beresford, y los habitantes de esta parte de Portugal se preparaban á abandonar el pais para introducir el hambre entre los franceses, segun el sistema defensivo, que Lord Wellington habia seguido con éxito en la márgen izquierda del rio.

El marqués de la Romana envió al general Mendizabal en socorro de Badajoz, con los diez mil españoles que habia traído á las líneas de Torres-Verdras. Estaba ya el marqués indispuerto de la enfermedad, de que murió el 24 de enero en Cartajo, muy llorado de los españoles y de los ingleses, y estimado de sus enemigos, por no haber desesperado jamás de la causa de su patria, y por haber entretenido constantemente la guerra en medio de los reveses con la actividad, y perseverancia que por lo regular solo es propia de los vencedores. Los mariscales Soult y Mortier tomaron á Olivenza el 25 de enero, pasaron en seguida el 19 de febre-

ro el Gebora y el Guadiana: envistieron á Badajoz y derrotaron enteramente en su campo el ejército del general Mendizabal.

Entretanto el ejército del mariscal Masena habia consumido los víveres del pais que ocupaba en la orilla derecha del Tajo, y sus forrageadores extendian sus escursiones hasta un círculo de veinte leguas. Una buena parte del ejército estaba sin cesar en correría, para buscar víveres, y con muchísimo trabajo adquiria diariamente una subsistencia precaria. El general Junot habiendo sabido que los ingleses habian formado un almacén de vino y de trigo en Rio-mayor, marchó á tomarle á la cabeza de dos regimientos de caballería, y de alguna infantería de su ejército. Los ingleses se retiraron á tiempo, y el general Junot fué herido en una ligera escaramuza, que hubo entre su vanguardia y la retaguardia enemiga. La caballería que debe ser, por decirlo así, los ojos y los brazos de un grande ejército, como

que por lo regular está destinada á guardarle y asegurar sus provisiones, servia de estorvo á los franceses por su mismo número, á causa de la dificultad, que habia en mantenerla, y las mas de las veces era inútil en un terreno montañoso y cortado por gargantas, y que estaba acosada sin cesar por nubes de milicias y de paisanos.

La irritacion y el ódio de los habitantes del pais crecia con la duracion de la guerra, porque seguian adelante las privaciones que sufrían. Los paisanos tímidos que no se habian huido á las montañas sino para vivir pacíficos, salian de sus guaridas acosados del hambre. Baxaban á los valles, se emboscaban cerca de los caminos, y esperaban á los franceses en los pasos difíciles, para quitarles los víveres que ellos mismos acababan de robar. Un paisano de las inmediaciones de Thomar habia escogido por guarida una caberna cerca de esta Ciudad, y mató con su propia mano en el mes de febrero mas de trein-

ta franceses, que consiguió sorprender solos, y les quitó mas de cincuenta caballos y mulas.

Las guerrillas de España habian redoblado su atrevimiento despues que estaba empleada en Portugal una buena parte de las fuerzas francesas. Los gefes de los partidarios españoles que hacia siete meses no tenian mas que algunos cientos de hombres á sus órdenes, mandaban ya divisiones formidables, y se apoderaban muchas veces de los comboyes de municiones, y de víveres destinados al ejército francés de Portugal. Los comboyes franceses tenian que andar antes de llegar á su destino cerca de doscientas leguas en un pais enemigo, é insurreccionado. Estos comboyes se componian de muleteros requisados en el medio dia de la Francia, y de paisanos españoles que no se exponian al peligro sino á la fuerza, porque estaban seguros de ser muertos ó perder sus ganados. Los paisanos españoles se escapaban siempre que tenian ocasion, ó ad-

vertian con anticipacion á las guerrillas para ser conservados en los ataques, y el menor descuido de las escoltas podia privar de víveres al ejército.

Al principio del mes de marzo el mariscal Masena habia conseguido hacer construir doscientas barcas, y todos sus preparativos estaban concluidos; pero no podia intentar el paso del Tajo sin haber recibido nuevos refuerzos: los cuerpos de los mariscales Soult y Mortier no podian darle una ayuda poderosa adelantándose ácia el Tajo, sino despues de la toma de Badajoz, y esta plaza se resistia aun.

El ejército de Lord Wellington no habia tenido pérdidas considerables desde el principio de la campaña, acababa de recibir refuerzos de Inglaterra, y ascendia á quarenta mil ingleses, sin contar las tropas arregladas portuguesas, que se habian aumentado, aguerrido y disciplinado considerablemente. El del mariscal Masena por el contrario estaba reducido á menos de la mitad del nú-

mero, que tenía quando entró en Portugal por los ataques diarios y parciales de las milicias portuguesas, por la falta de víveres, y por las enfermedades.

Esta era la situación de los franceses en este país al principio del mes de marzo quando un comboy de galleta, que esperaban de Francia fué tomado por los partidarios españoles. En vísperas de carecer absolutamente de víveres, se vieron obligados á pensar en retirarse, y abandonaron en fin á Portugal despues de una campaña de siete meses, sin haber dado una sola batalla campal, cediendo á la perseverancia, que puso el gefe de los ingleses en seguir un plan, por el qual habia quitado constantemente á sus enemigos hasta la menor esperanza de vencer, privándoles de las ocasiones de pelear.

Los enfermos, los heridos, y los bagages de los franceses salieron el 4 en un gran número de bestias de carga, y el 5 el ejército empezó su retirada. El

mariscal Ney encargado de formar la retaguardia se abanzó con su cuerpo de ejército de Neyra á Muliano, á fin de amenazar con esta demostracion ofensiva los flancos del ejército inglés, y obligarle á permanecer inmovil mientras que los otros cuerpos franceses ganaban terreno.

Los franceses llegaron el 10 á Pom-bal, su retaguardia detuvo casi todo el dia 11 á la vanguardia inglesa delante de esta Ciudad, y la abandonó por la tarde retirándose durante la noche á una fuerte posicion delante del desfiladero de Redincha sobre el Adancos; pasaron este desfiladero al acercarse los ingleses baxo la proteccion de la artillería francesa, que estaba situada en las alturas inmediatas, y disparaba sobre la vanguardia enemiga. La retaguardia francesa se volvió á formar en batalla detrás del desfiladero de Redincha, y se retiró sobre el grueso de su ejército, que la esperaba en la posicion de Condeixa.

La habilidad de los franceses, dice

Un historiador inglés (1), se echaba de ver á cada paso; no dexaban escapar ninguna de las ventajas que les ofrecia el terreno: su retaguardia no abandonaba una posicion que habia defendido, sino quando estaba enteramente envuelta, y entonces iba á tomar otra posicion para defenderla tambien. Las columnas francesas se retiraban lentamente sobre un solo punto central en una posicion escogida, donde se reunian en masa para descansar, resistir al enemigo, rechazarlo, y volver á marchar de nuevo. El mariscal Ney sostenia la retirada con cuerpos escogidos, mientras que el mariscal Masena dirigia la marcha del grueso del ejército, manteniéndose siempre en estado de apoyar su retaguardia en caso de necesidad. *Los talentos de este gran capitán, dice el diario militar inglés (2), jamás han parecido tan so-*

(1) History of Europe Edinburgh annual register, vol. 4. 1811. p. 257.

(2) Militari chroniche, t. 2. p. 405.

bresalientes, y nada puede igualar á la habilidad que desplegó en aquella ocasion.

El 15 los franceses tomaron posición sobre el Ceira, dexando una vanguardia en la aldea de Foz de Avonce, donde hubo una acción bastante viva; rompieron el 16 el puente sobre el Ceira, y abandonaron el 17 su posición para retirarse detrás de Alba. Los ingleses se detuvieron sobre este río para esperar sus provisiones, y los franceses no fueron seguidos hasta Guarda, sino por tropas ligeras, por las milicias portuguesas, y por los habitantes del país, que los acosaban sin cesar con grande animosidad, no dando quartel á los rezagados y heridos que caían en sus manos.

La falta de subsistencia abligaba á los franceses á apresurar su marcha; al salir de Portugal, del mismo modo que quando habian entrado, no hallaban sino pueblos desiertos, y habitaciones vacias y sin víveres; exâsperados por las fatigas y las privaciones, los soldados se

entregaban á todo genero de excesos, y quemaban los pueblos y aun las ciudades. En sus pesquisas profanaban las iglesias, despojándolas de sus ornamentos, violaban sus sepulcros, esparcian las reliquias, y se vengaban en las cenizas de los muertos, de los vivos á quienes no podian alcanzar. Los franceses permanecieron hasta el 29 en Guarda; abandonaron esta ciudad al acercarse los ingleses, para situarse en la fuerte posicion Ruivinha, defendieron con ventaja el bado de Rapoula del Coa todo el dia 3, y el 4 atravesaron la frontera de Portugal, dexando una débil guarnicion en Almeida.

El sistema de defensa que reduxo al ejército del mariscal Masena á abandonar á Portugal despues de haberle invadido, era el mismo que el de los españoles; toda nacion que tiene patriotismo le puede emplear con igual éxito. Consiste en evitar las batallas campales, en obligar á un grande ejército á subdividirse, á fin de batir en detall sus cuer-

pos paralizados por falta de union, ó si está reunido en extenuarle, quitándole todos los medios de proporcionarse subsistencias y municiones, lo que será tanto mas difícil, quanto mayor sea su masa, y quanto mas le alejen sus ventajas del pais donde debe sacar sus recursos.

En los grandes estados militares del centro de la Europa, quando las naciones se interesan poco en las contiendas de sus gobiernos, una batalla ganada, ó la simple ocupacion de un pais, facilitaba á los franceses con abundancia víveres, municiones, caballos, armas, y aun soldados, y se podia decir de su ejército lo que decia Virgilio de la fama, *vives acquirit eundo*, andando aumenta sus fuerzas.

En España y en Portugal al contrario, las fuerzas de los franceses se disminuían siempre quando abanzaban, por la necesidad de destacar cuerpos numerosos para pelear con la poblacion del pais, para proporcionarse víveres, y para conservar largas comunicaciones, y

su ejército se hallaba bien pronto reducido, aun despues de sus victorias, á la situacion del leon en la fábula, que se despedazaba con sus propias uñas, haciendo inútiles esfuerzos para destruir las moscas que le atormentaban, y le rodeaban á todas horas.

La Europa no debe olvidar que la España ha sostenido casi sola por mas de cinco años el peso del inmenso poder del emperador Napoleon. Vencedor en Italia, en el Danuvio, en el Elva, y en el Niemen habia sometido ó unido á su fortuna una gran parte de la Europa. Reuniendo baxo sus vanderas los vencedores y los vencidos, habia convertido á sus enemigos en aliados de sus ejércitos. Los italianos, los polacos, los suizos, los holandeses, los saxones, los bábaros, y todos los pueblos guerreros de la confederacion del Rin, confundidos en las filas de los franceses, y émulos de su gloria se complacian en probar en los combates, que despreciaban como ellos los peligros y la muerte.

Las grandes potencias del norte, y del oriente de Europa, que conservaban á pesar de los reveses, bastantes fuerzas para luchar aun, estaban inmovibles por la ilusion del poder de Napoleon. Distribuia en Europa reynos á sus compañeros de armas, como gobiernos en Francia á los que le eran afectos, y el nombre y la autoridad de Rey no se consideraban ya en sus exercitos sino como un grado militar.

Quando empezaron en España las primeras hostilidades en 808, los exercitos franceses habian invadido ya á Portugal sin tirar un tiro; ocupaban á Madrid, centro de la España, y se habian apoderado por engaño de diferentes plazas. Lo escogido de las tropas españolas estaba reunido á las filas francesas en Alemania y en Portugal, y las que quedaban aun en España no sabian distinguir aun la autoridad de los franceses, de la autoridad de los reyes Carlos IV y Fernando VII.

Napoleon habia creído que retenien-

do cautivos en Francia á estos Soberanos, y dando á su hermano por rey á España; el pueblo débil y sin energía, viéndose privado de sus gefes, preferiria el gobierno de un extranjero al azote de una guerra en el seno de su mismo pais. La Europa creyó del mismo modo que Napoleon, que los españoles se sujetarian sin resistencia alguna.

Despues de cinco años que dura la guerra, los franceses han ganado consecutivamente diez batallas campales, han conquistado casi todas las plazas fuertes, y sin embargo aun no han podido conseguir la sumision duradera de una sola provincia. La España, por decirlo así, ha sido reducida á Cádiz, como Portugal á Lisboa, y aun quando los franceses se hubiesen apoderado de estas dos ciudades, no por eso estaba decidida la suerte de la península. Mientras que los exercitos franceses estaban debaxo de las muralla de Lisboa y Cádiz, los partidarios españoles hacian incursiones hasta las puertas de Tolosa, en el centro de la Francia.

Los españoles formaban una nacion animada por un solo y mismo sentimiento, que era el amor á la independencia, y el ódio á los extranjeros que querian humillar su orgullo nacional dándoles un gobierno. En España no bastaba vencer exércitos, era preciso atacar el sentimiento unánime y multiplicado, del qual estaba penetrado el pueblo: era preciso herir en el alma de cada uno, y esta especie de atrincheramientos no pueden ser tomados con balas, ni bayonetas.

Escritas ya estas memorias hemos visto á la nacion Moscovita, y en seguida á la Prusiana, dar al norte de la Europa pruebas de un desprendimiento por la patria igual por muchos respetos al que ha ilustrado á los españoles; de este modo la España, la Rusia y la Prusia se han visto libres de sus enemigos comunes. Estos acontecimientos, que han cambiado el aspecto de los negocios de Europa, demuestran tan poderosamente, como la larga y noble resisten-

cia del pueblo español , que la fuerza real de los estados no reside tanto en el número y poder de los exércitos de línea, como en un sentimiento religioso , patriótico y político , bastante poderoso para interesar á todos los individuos de una misma nacion en la causa pública, del mismo modo que si fuese la suya propia.

FIN DE LAS MEMORIAS.

APÉNDICE,

que contiene notas justificativas y diferentes cartas ó extractos de cartas relativas á los negocios de España y Portugal.

NOTA PRIMERA.

La nota que explica la posicion de los exércitos españoles quando entró Bonaparte en España, está sacada de las cartas del mayor general Broderick, comisario del exército español del general Blacke, y de las de otros oficiales enviados por los ingleses á los diferentes cuerpos españoles. Daré aquí la traduccion de los extractos de algunas de estas cartas, que se hallan en los papeles presentados al parlamento inglés, baxo el nombre de *communication received from officers in Spain and Portugal in 1808.*

Extracto de la carta núm. 1. escrita por el mayor general Hon. S. Broderick al muy honorable Viz-Conde Castelereagh, fecha en Reynosa á 10 de setiembre de 1808.

» Los franceses tienen unos seis mil
 » hombres de caballería muy bien mon-
 » tados; sin embargo, si el ejército del
 » general Blacke tuviese la caballería que
 » tiene el general Cuesta, estoy persua-
 » dido que los esfuerzos reunidos de su
 » ejército y del de Aragon, habrian hace
 » ya tiempo arrojado á los franceses de
 » la posicion que ocupan. El general
 » Blacke acaba de mudar su plan: de-
 » termina tomar una posicion entre Bil-
 » bao y Vitoria, desde la qual puede
 » proteger el armamento y la insurrec-
 » cion de la Vizcaya, y espera que ame-
 » nazando de este modo la derecha, y
 » la retaguardia de los franceses, con-
 » seguirá igualmente el objeto que se ha-
 » bia propuesto de librar á Aragon, Ála-

„ ba y Vizcaya, aunque de un modo
 „ mas indirecto, y lo digo con senti-
 „ miento en una época mas remota.
 „ La naturaleza montuosa del pais, en
 „ que maniobrará este general, evitará
 „ los peligros, á los quales se hubiera
 „ expuesto adelantándose al través de
 „ las llanuras de Castilla.

*Extracto de la carta núm. 3. del ge-
 neral Broderick, al Vizconde Castele-
 reagh, fecha en Traspaderna el 22
 de setiembre de 1808.*

„ Desde que tuve el honor de es-
 „ cribir á V. S. he tenido una confe-
 „ rencia con el general Blacke, que se
 „ ha concluido de un modo mucho mas
 „ satisfactorio que las anteriores, y que
 „ me pone en disposicion de dar á V. S.
 „ el bosquejo de sus proyectos, que me
 „ parece coinciden bien con los que han
 „ propuesto los gefes de los otros exér-
 „ citos.

„ Estamos ahora situados á lo lar-

„ go del Ebro con el cuerpo abanzado
 „ de la derecha en Oña, el centro en
 „ Frias, y las abanzadas de la izquier-
 „ da en Herran. Una division permane-
 „ ce en Villarcayo para apoyar la de-
 „ recha, y mantener las comunicaciones
 „ con Reynosa; otra está en Miranda,
 „ y la quarta division (antes de cu-
 „ ya llegada no emprenderá el general
 „ Blacke movimiento alguno) en Bil-
 „ bao, donde entró despues de un ata-
 „ que de tres horas. Espero que los exér-
 „ citos destinados á las provincias del
 „ norte hayan llegado. En todo caso
 „ tuve ayer la mayor satisfaccion en sa-
 „ ber que el ejército de Asturias, com-
 „ puesto de diez mil hombres, está en
 „ las inmediaciones de Santander en mar-
 „ cha para sostener este punto.

„ Los franceses se adelantaron ayer
 „ mañana á reconocer nuestros puestos.
 „ Se dice que el mismo mariscal Besie-
 „ res estuvo en el cuerpo que executó
 „ el reconocimiento. Tuvieron sin duda
 „ nuestro número por mayor del que

„ habian supuesto, porque desistieron
„ muy luego del ataque, aunque sus
„ fuerzas eran suficientes, y que segun
„ las apariencias estaban dispuestos pa-
„ ra aprovecharse de las primeras ven-
„ tajas, que hubieran podido conseguir.

„ El general Blacke se propone es-
„ perarlos, pero no quiere tomar la ofen-
„ siva sino en el caso de que, los exér-
„ citos de la derecha abanzando, le fa-
„ ciliten ocasion de atacar con ventaja.
„ No puedo menos de alabar la pruden-
„ cia de esta resolucion, si se consi-
„ dera que el general carece absoluta-
„ mente de caballería, y el pais es del
„ todo abierto al otro lado de las mon-
„ tañas que tenemos al frente.

„ Quando llegue de Bilbao la quar-
„ ta division, el general Blacke abanza-
„ rá al través de las montañas, que se-
„ paran á la Vizcaya de Álaba, ame-
„ nazando la derecha de los franceses; y
„ mientras que el ejército de Aragon
„ executará la misma maniobra contra
„ su izquierda, los generales Castaños

„ y Llamas atacarán su centro. Si estos
 „ movimientos obligan á los franceses á
 „ retirarse, el general Blacke se adelan-
 „ tará entonces, tomando las precaucio-
 „ nes convenientes, á la llanura, para
 „ procurar cortar su retirada por la cal-
 „ zada de Vitoria, y rechazarlos en los
 „ desfiladeros entre esta última Ciudad
 „ y Pamplona.

*Extracto de la carta núm. 6. del ge-
 neral Broderick al Vizconde Castele-
 reagh, fecha en la Coruña á 1 de
 noviembre de 1808.*

„ Despues de mi última hemos re-
 „ cibido la relacion de una ligera accion
 „ cerca de Zornoza, entre el ejército
 „ del general Blacke y la vanguardia
 „ francesa, en la qual los españoles han
 „ conseguido ventajas.

„ He aquí lo substancial del parte
 „ del general Blacke: escribe: que la ma-
 „ ñana del 24 del pasado habiendo co-
 „ locado en Galdacano su tercera divi-

„ sion, (á excepcion de un solo bata-
„ llon que dexó en Miraballes) y la re-
„ serva en Rebezua, se adelantó con es-
„ tos cuerpos, su vanguardia, y su pri-
„ mera division á las alturas que estan
„ enfrente de Zornoza. La vanguardia
„ sostenida por la tercera division car-
„ gó los puestos franceses, perdió trein-
„ ta y cinco hombres, y causó á los
„ enemigos una pérdida mucho mas con-
„ siderable. Estos últimos se retiraron
„ á las alturas que estan detras del pue-
„ blo, y las hicieron ocupar por tro-
„ pas ligeras: en este estado sobrevino
„ la noche. La lluvia y la falta de víve-
„ res impidieron á los españoles empre-
„ der cosa alguna hasta el medio dia
„ del 25: entonces su vanguardia y la
„ tercera division marcharon contra la
„ izquierda de los franceses, mientras
„ que la primera division y la reserva
„ atacaban su centro, y la quarta di-
„ vision situada en Rijostia envolvía su
„ derecha.

„ Los franceses se aprovecharon de

» la noche para retirarse precipitada-
 » mente á Durango: y fueron persegui-
 » dos por las tropas ligeras españolas.

» El general Blacke escribia que espe-
 » raba que el general Acebedo se situase en-
 » tre Manaria, y S. Antonio de Usquiola,
 » de modo que pudiese cortar las co-
 » municaciones de los franceses entre
 » Durango y Vitoria, adelantándose por
 » Archiandiano; en cuyo caso se lison-
 » gea de poder conseguir sobre los ene-
 » migos alguna ventaja mas considera-
 » ble, que la de obligarles á abando-
 » nar á Durango. Entiendo que esta ven-
 » taja podrá ser el cortar el cuerpo de
 » observacion de diez y seis mil hom-
 » bres del mariscal Ney del grueso del
 » ejército.

Se ve por los hechos que refie-
 ren estas cartas, que la España hubiera
 quedado libre de franceses al fin del año
 de 1808, si los ejércitos de las poten-
 cias del norte no se hubiesen paraliza-
 do con las conferencias de Erfurt. Trein-
 ta y quatro mil ingleses se abanzaban

sobre Burgos, y estas fuerzas reunidas á las de los españoles eran mas que suficientes para obligar al ejército del rey José á volver á pasar los pirineos.

NOTA II.

Que contiene diferentes cartas relativas á las circunstancias de la llegada de los franceses á Madrid.

Carta escrita por la Junta central de España al general Moore.

Madrid 2 de diciembre de 1808.

EXCMO. SEÑOR.

» La Junta militar y política for-
 » mada por todas las Juntas provincia-
 » les del Reyno reunida en nombre del
 » Rey, y encargada de velar baxo la
 » proteccion de Dios en la defensa de
 » esta Capital, que se halla en este mo-
 » mento amenazada por los enemigos,

„ cree que es de su deber dar á V. E.
„ una noticia exâcta del estado de las
„ cosas. Tiene el honor de anunciarle
„ que el ejército del centro, que man-
„ daba D. Francisco Xavier Castaños,
„ compuesto de veinte y cinco mil hom-
„ bres, se replega con mucha diligencia
„ sobre Madrid para reunirse á la guar-
„ nicion de esta Capital. El ejército de
„ Somosierra que consta de cerca de
„ diez mil hombres se retira tambien
„ sobre Madrid, donde esperamos reu-
„ nir hasta quarenta mil hombres, fuer-
„ zas suficientes para resistir á las que
„ los franceses presentan en este momen-
„ to. La Junta recela sin embargo que
„ los franceses se refuerzen con cuerpos
„ considerables, y espera que si V. E.
„ no tiene enemigos á su frente, se re-
„ plegará para venir en seguida á reunir-
„ se á nuestro ejército, ó que caerá so-
„ bre la retaguardia de los franceses, á
„ fin de distraer una parte de sus fuer-
„ zas del punto que defendemos. La
„ Junta no puede dudar que la rapidez

» de las operaciones, que V. E. va á
 » emprender, sea tal como lo exígen
 » el interés de su Nación y el de la
 » nuestra.

» Con esta esperanza la Junta ofre-
 » ce á V. E. su consideracion y sus res-
 » petos.

Firmado. El Príncipe de Castelfran-
 co = Tomás Morla.

P. D. » La Junta se persuade que
 » V. E. se habrá ya reunido con su
 » ejército á las tropas, que manda el
 » general Blacke, que estaban hace po-
 » cos dias en Leon.

*Carta de la junta de Toledo á S. E. el
 general en gefe de todas las tropas de
 S. M. B. el señor Moore.*

EXCMO. SEÑOR.

» La junta de gobierno de Toledo,
 » que desea salvar la patria, se ocupa en
 » reunir el ejército disperso, y acaba de
 » avisar al señor Heredia, comandante

» militar de esta capital, que reúne nue-
 » vas fuerzas, y se prepara á defenderse
 » hasta la muerte. En este momento co-
 » munica lo mismo á la villa de Aran-
 » juez y otros pueblos que pueden ser-
 » vir de punto de reunion.

» La junta avisa á V. E. de las me-
 » didas que acaba de tomar, á fin de
 » que calcule en consecuencia sus ope-
 » raciones, y le asegura que nos ten-
 » driamos todos por felices en morir á su
 » lado.

» Dios guarde á V. E. muchos años.
 » Toledo 1.^o de diciembre de 1808 á la
 » una de la mañana.

Firmado. Ramon Mareca = Martin
 de la Cerda = Manuel de Medina y Ca-
 mino = Antonio Perez del Castillo = Pe-
 dro Riosca.

El marqués de la Romana á S. E. el general Moore, comandante en gefe del ejército inglés en España (1).

„ Acabo de recibir la carta de V. E.
 „ del 28, por la qual quedo informado
 „ de la posicion que ocupa V. E. mien-
 „ tras que yo estoy aquí reorganizando
 „ este ejército del general Blacke, cuya
 „ huida y dispersion no pueden atribuir-
 „ se sino á la falta de subsistencias, por-
 „ que la pérdida en todos ataques, des-
 „ de el 6 ó el 7 hasta el 11, no debe
 „ ascender mas que á mil quinientos hom-
 „ bres, entre muertos, heridos y prisio-
 „ neros. Espero que dentro de poco tiem-
 „ po nos hallaremos en disposicion de
 „ hacer algun movimiento, y solo espe-
 „ ro zapatos para hacerles marchar, por-
 „ que estan en el mas perfecto estado de
 „ desnudez que puede imaginarse; pero

(1) El original de esta carta está escrito en francés.

su espíritu no está abatido, y alimentándolos bien, harán su deber.

Me lisongeo de que nuestra correspondencia se seguirá sin interrupción; entretanto tengo el honor de remitiros una carta que un paisano interceptó á un edecan del general francés que está en Carrion. Si su contenido es cierto, es preciso tomar precauciones para reunirnos lo mas pronto posible. Quedo en informar á V. E. sobre esto.

Deseo tambien que V. E. me escriba en francés, pues aunque entiendo perfectamente la escritura inglesa, por lo regular se escribe con tanta velocidad, que se me escapan algunas palabras.

Tengo el honor de saludaros cordialmente, señor general, y os suplico creais en los sentimientos de amistad, con los que

Tengo el honor de ser vuestro muy humilde y atento servidor.

El marqués de la Romana.

X

NOTA III.

Quando eran batidos, acusaban á sus gefes de traicion. El general san Juan fué ahorcado por sus tropas, &c.

(pág. 76.)

Carta del coronel Graham á Sir John Moore, fecha en Talavera de la Reyna el 7 y 8 de diciembre de 1808.

Mi querido general.

„ No he podido llegar aquí antes de
 „ las once de esta noche por la dificul-
 „ tad que he hallado en proporcionar-
 „ me caballos. Habiendo oido que algu-
 „ nos de los miembros de la Junta Central
 „ se hallaban aun en esta villa, he ido in-
 „ mediatamente á saber de ellos el estado
 „ de los negocios. Os envio el resultado
 „ de lo que he podido adquirir por un
 „ correo extraordinario, á fin de que mi
 „ carta llegue á vuestras manos mas
 „ pronto.

» Se dice que Castelfranco y Morla
 » han hecho el 3 una especie de treguas
 » con los franceses, que el dia anterior
 » se habian apoderado del Retiro y del
 » Prado de Madrid. Se les sospecha de
 » traicion porque no han dexado entrar
 » en la villa á las tropas que manda-
 » ban los generales S. Juan y Heredia,
 » que estaban á las puertas de Madrid
 » por la parte de Talavera: dicen que
 » la presencia de las tropas de estos ge-
 » nerales hubieran puesto á los habitan-
 » tes de esta Capital en estado de de-
 » fensa. El capitan general Castelar, y
 » todos los militares de un grado su-
 » perior han reusado ratificar esta con-
 » vencion, y han abandonado la villa,
 » llevándose consigo diez y seis cañones:
 » los habitantes reusan sin embargo de-
 » xar las armas. En este estado de cosas
 » el enemigo permanece en el Retiro,
 » sin haber tomado posesion de los pues-
 » tos del interior, y los dos diputados
 » que están aquí, no creen que en nin-
 » gun caso puedan los franceses desta-

» car de Madrid una fuerza de veinte ó
 » treinta mil hombres. El ejército del
 » general Castaños, que está ahora á las
 » órdenes del general Lapeña, que es el
 » segundo comandante, está en Guada-
 » laxara, y dicen que asciende á cerca
 » de treinta mil hombres.

» Hay aquí como unos doce mil
 » soldados, restos de los ejércitos de los
 » generales S. Juan y Heredia: van á
 » ocupar el puente de Almaraz. La Jun-
 » ta trabaja con la mayor actividad en
 » reunir en este punto muchas fuerzas;
 » entretanto el general S. Juan ha sido
 » víctima de la furia del pueblo por ha-
 » berse retirado de Madrid: ha sido muer-
 » to aquí esta mañana.

» Uno de los miembros de la Jun-
 » ta irá inmediatamente á la ciudad de
 » Leon para obrar de concierto con el
 » marqués de la Romana sobre las me-
 » didas que hay que tomar. Dicen que
 » su ejército asciende á mas de treinta
 » mil hombres. Los miembros de la Jun-
 » ta toman las medidas mas activas pa-

» ra aumentar las fuerzas militares de
 » España en el país que no está ocupa-
 » do por los franceses.

» Se dice que todas las fuerzas de los
 » franceses no ascienden á mas de sesen-
 » ta ú ochenta mil hombres, y que una
 » parte de su ejército está delante de
 » Zaragoza. Se niega que los franceses
 » hayan recibido refuerzos. Los miem-
 » bros de la junta desean mucho que que-
 » rais, general, reuniros al marqués de
 » la Romana. Yo les he explicado en po-
 » cas palabras, que nuestro ejército está
 » dividido en pequeños cuerpos, y que
 » lejos de poder reuniros á un cuerpo
 » español, la derrota del general Casta-
 » ños os pone en la precision de empe-
 » zar vuestra retirada. Les he asegura-
 » do, que qualesquiera que sea el parti-
 » do que las circunstancias os obliguen á
 » tomar, nada deseais con tanto ahinco
 » como servir con eficacia á la causa
 » de España; pero que el ejército in-
 » glés no era mas que auxiliár, que nada
 » podia hacer por sí mismo, y que to-

do depende de la fuerza del ejército español á que se reuna. Cuento con volver por el camino de Plasencia, y temo que antes de pasado mañana no he de hallar un correo para poderos enviar esta carta.

Firmado. Tomás Grahán,

Carta del Duque del Infantado á S. E. J. H. Frere, enviado inglés cerca del gobierno español. (1)

Cuenca 13 de diciembre de 1808.

SEÑOR.

Creo de mi obligacion anunciaros como á nuestro muy bueno y fiel aliado, que habiendo sido enviado á este ejército del centro para que apresurase su llegada á la Capital, á

(1) Esta carta y la siguiente se escribieron en francés, y han sido sacadas del diario, y la correspondencia del general Moore.

„ fin de salvarla, si era posible; no he
 „ podido realizar mi proyecto, y dis-
 „ poniéndome en consecuencia á vol-
 „ var al lado de la Junta Suprema, me
 „ he visto obligado por los generales,
 „ y forzado por las circunstancias á to-
 „ mar el mando del ejército, esperando
 „ la decision de la Junta. El espíritu de
 „ descontento ha sido por desgracia el
 „ que me ha colocado en el puesto que
 „ ocupo, y es seguramente una situa-
 „ cion penosa el tener que corregir ma-
 „ les inveterados, y entablar medidas
 „ necesarias para restablecer el órden y
 „ la disciplina totalmente abandonados.

„ Yo no sabré describiros el estado
 „ en que he hallado este cuerpo de tro-
 „ pas, hambriento, descalzo, una gran
 „ parte sin uniformes, falto de municio-
 „ nes, habiendo perdido los mas de sus
 „ bagages, reducido á unos nueve mil
 „ hombres de infantería, y dos mil de
 „ caballería, y sobre todo habiendo per-
 „ dido enteramente la confianza en sus
 „ gefes. He creido, atendiendo á esto,

que debía seguir el plan de mi antecesor, que era el de venir á este pais montuoso para pasar en él los dias necesarios para restablecer un poco el ejército, para que se reunan algunos rezagados, y algunos reclutas, dar zapatos, y descanso á los soldados y á los caballos, y marchar en seguida á nuevas operaciones. Pero importaria mucho para el buen éxito que caminasen de acuerdo, y concierto con las de los otros ejércitos, y particularmente con las del ejército inglés, y seria por consiguiente indispensable que nos comunicasemos nuestros proyectos. El coronel Whittingham se halla enfermo, y desearia por esta razon, que se me enviase por S. E. el general en gefe Moore, un oficial de confianza y conocimientos militares, que pudiese darme parte del plan adoptado por dicho general para esta campaña, y avisarle de lo que acordasemos en quanto á la parte que el cuerpo de ejército pudiese tomar en la exe-

„cucion. Me alegraria mucho, que pu-
 „diese recaer la eleccion en el coronel
 „Graham, á quien he tenido el honor de
 „conocer en casa de M. Stuart.

„Yo no sé dónde os alcanzará esta
 „carta, porque aun ignoro el sitio en
 „que se ha establecido la Junta, y creo
 „que estareis con ella. Mi carta será el
 „órgano de mi sincero afecto, y de la
 „seguridad de mi mas alta considera-
 „cion, con la que soy, &c.

Firmado. El Duque del Infantado.

*Carta del Marqués de la Romana á
 Sir John Moore, por la que propone
 á este general inglés atacar el cuer-
 po del mariscal Soult en Saldaña.*

Leon 21 de diciembre de 1808.

SEÑOR.

„He tenido el honor de escribiros
 „el 19, contestando á la carta, que V. E.
 „me envió por mi edecan M. O'Neill, y

no habiendo tenido despues ningun aviso, debo exponer, que para atacar á Saldaña, como parece que V. E. intenta, desearia cooperar por mi parte á fin de que sea completo el éxito. El enemigo reuniendo todas las fuerzas que tiene esparramadas en los puntos de estas inmediaciones, tendrá todo lo mas, segun las mejores noticias que tengo, unos ocho ó nueve mil hombres de infantería, mil caballos, y ocho ó diez cañones: seria muy conveniente envolver este cuerpo, y destruirle, antes que pueda reunirse con algun otro que Napoleon le envíe de refuerzo. Si V. E. se resuelve á esta empresa, haré un movimiento con nueve ó diez mil hombres, que son los que podré reunir armados y vestidos, pues los demas estan desnudos y mal equipados.

Si V. E. me da una respuesta pronta, saldre mañana, pero tengo el honor de hacerle observar, que despues de dado el golpe, tendré que

33 volver á tomar mis cuarteles de invierno
 34 no por falta de vestuarios para las
 35 tropas. Sin embargo, dexaremos este
 36 punto para tratarle á nuestra vista,
 37 como tambien el concertar el plan de
 38 operaciones que deba seguirse. Estoy
 39 persuadido, que el enemigo no tiene
 40 muchas fuerzas, y que los desastres que
 41 vemos no han sucedido sino por falta
 42 de conuinacion en nuestros exércitos.
 43 He sido informado por un oficial de
 44 ingenieros, que ha enviado la Junta de
 45 Zaragoza por haber hallado su con-
 46 ducta por sospechosa, que el exército
 47 del general Palafox no ha recibido nin-
 48 gun descalabro, como han publicado
 49 los enemigos; pero se ha visto obliga-
 50 do á replegarse sobre Zaragoza, des-
 51 pues que el general Castaños fué ar-
 52 rojado de Logroño: da pormenores muy
 53 circunstanciados del exército francés
 54 sobre Madrid, del emperador, de la
 55 division Jounot, y en fin de noticias
 56 que tengo por necesario el que V. E.
 57 sepa, y segun las quales me parece que

„debemos tener una entrevista. Soy, &c.

Firmado. El marqués de la Romana.

Carta del Vice-Condestable mayor general Príncipe de Neufchatel, al señor mariscal Duque de Dalmacia, comandante del segundo cuerpo de ejército en Saldaña. (1)

Chamartin 10 de diciembre de 1808.

Al señor mariscal Duque de Dalmacia.

„He leído al Emperador, señor mariscal, vuestra carta de 4 de diciembre traida por uno de vuestros oficiales. S. M., señor duque, aprueba todo lo que habeis hecho. El 8.º regimiento de dragones, el 22 de cazado-

(1) Esta carta, interceptada por los españoles, manifiesta el estado de los negocios de los franceses despues de la toma de Madrid, y qual era su modo de pensar con respecto á los ejércitos españoles é ingleses.

„res , el regimiento del coronel Tascher,
 „y el regimiento hannoveriano , compo-
 „nen dos brigadas mandadas por los ge-
 „nerales de Belle y Franceschi : estas dos
 „brigadas de caballería estan á vuestras
 „órdenes , y podeis hacerlas maniobras
 „como os convenga. El emperador cree
 „que con la division Merle , con la di-
 „vision Monton , y los cuatro regimien-
 „tos de caballería nada puede resis-
 „tiros.

„¿ Qué teneis que hacer ? apodera-
 „ros de Leon , rechazar al enemigo á
 „Galicia , y tomar á Benavente y Za-
 „mora : no debe haber ingleses á vues-
 „tro frente , porque algunos regimientos
 „han venido al Escorial y á Salamanca,
 „y todo contribuye á creer que estan
 „en marcha retrograda : nuestra vanguar-
 „dia está hoy en Talavera de la Rey-
 „na en el camino de Badajoz , y lle-
 „gará pronto sobre esta ciudad. Cono-
 „ceis que este movimiento , si ya no se
 „ha verificado , obligará á los ingleses á
 „correr á Lisboa. En el momento , se-

„ñor mariscal, que esteis seguro, como
 „es de presumir, que no hay ingleses á
 „vuestro frente, podeis marchar sin de-
 „teneros, porque los españoles no pue-
 „den resistir á vuestras dos divisiones.
 „Haced construir zapatos y capotes en
 „Leon, Santander y Palencia: S. M.
 „aprueba todos los pedidos que ha-
 „gais para mejorar vuestro equipo; po-
 „deis igualmente hacer requisicion de mu-
 „las para remontar vuestra artillería, y
 „de caballos para vuestra caballería; pe-
 „ro todo con las formalidades que exige
 „la buena administracion. Es posible que
 „tan pronto como llegue á España la
 „division del general Miller, el empera-
 „dor os la envíe, pero esta no entrará en
 „España antes de quince dias. En la dis-
 „tancia que me hallo de vos, señor ma-
 „riscal, no podeis conducirnos sino por
 „vos mismo, y mirar todo lo que os es-
 „cribo desde tan lejos como una direc-
 „cion general.

„S. M. cree que tomareis medidas
 „para someter al pais entre el Duero,

„la Galicia y las Asturias, guardando
 „siempre y con todo cuidado á San-
 „tander. El 5.º cuerpo mandado por
 „el duque de Treviso ha recibido orden
 „de dirigirse sobre Zaragoza: El 8.º al
 „mando del duque de Abrantes, cu-
 „ya primera division llega á Vitoria
 „el 12, verosimilmente recibirá órde-
 „nes para reunirse en Burgos. Se han
 „mandado ir á Santander buques de
 „guerra de todas especies: haced que
 „se carguen de géneros ingleses apresa-
 „dos, de algodón, de lana, y de arti-
 „llería, y que se envíen á Francia: en
 „fin, mantened en la obediencia á Va-
 „lladolid y Zamora. Valladolid es una
 „ciudad que se ha portado bien, y ase-
 „guran que seria muy interesante ocu-
 „par á Zamora. En fin, señor duque,
 „el emperador cree que podeis hacerlo
 „todo, en el momento que los ingleses
 „se retiren á Lisboa.

„Cinco divisiones del general Casta-
 „ños, compuestas de las mejores tro-
 „pas, han sido arrolladas aun con ma-

„y or facilidad (1) que con la que ar-
 „rollasteis el ejército de Extremadura
 „en Burgos. Las reliquias del ejército
 „del general Castaños son acosadas por
 „el mariscal Besieres, que las ha corta-
 „do el camino de Extremadura, y las
 „persigue por el de Valencia á muchas
 „jornadas mas allá del Tajo. El empe-
 „rador tiene su quartel general en Cha-
 „martin, casa de campo á legua y me-
 „dia de Madrid. S. M. disfruta de la
 „mayor salud. Madrid está muy tran-
 „quila: las tiendas están abiertas, y tam-
 „bien los teatros, y nada indica mas, que
 „las primeras proposiciones fueron apo-
 „yadas con quatro mil cañonazos.

*El príncipe de Neufchatel,
 mayor general.*

„Mañana os enviaré las proclamas y
 „los decretos del emperador; en ellos co-
 „nocereis al hombre á propósito para
 „mandarlo todo.

(1) En Tudela.

NOTA IV.

„Todos los pormenores que doy de
 „la marcha de los ingleses y su retira-
 „da á la Coruña estan sacados del dia-
 „rio de la correspondencia del general
 „Moore, y de otros diferentes escritos
 „publicados por oficiales de su ejército.

NOTA V.

*Aseguran que el general Moore fué
 sorprendido con relaciones falsas,
 y que, &c. (pág. 87.)*

„Muchas cartas de M. Frere al ge-
 „neral Moore parece que confirman lo
 „que llevo dicho. Es constante que la
 „primera intencion de este general fué
 „pasar el Tajo en Almaraz para defen-
 „der la márgen opuesta de este rio, ó
 „retirarse al medio dia de la península.
 „El pliego abierto que llevé por orden
 „del mariscal Lefebre al príncipe de Neuf-
 „chatel anunciaba al emperador Napo-

Y

„leon que el general Moore se prepara-
 „ba á desembocar con su ejército en
 „Extremadura por las gargantas de Avi-
 „la , á fin de pasar el Tajo en Almaraz,
 „y que este puente habia sido minado
 „por los españoles.

NOTA VI.

El gobierno español no se dexó, sin embargo, abatir por estos dos grandes reveses. (pág. 121.)

He aquí el parte oficial de la batalla de Medellin publicado en Sevilla por la junta central, y el decreto de la misma de esta batalla, lo qual está sacado de la gaceta extraordinaria del gobierno del primero de abril de 1809.

De la batalla de Medellin, &c.
 „Quantas noticias llegan sobre el
 „ejército de Extremadura y la accion
 „de Medellin, conspiran á disminuir la

„siniestra impresion que causó en los
 „ánimos la primera nueva de aquel re-
 „ves. La tierra madre, fecunda en hé-
 „roes y conquistadores no podia con-
 „sentir villanía en pechos españoles, y
 „la sombra de Hernan Cortés ha debi-
 „do complacerse contemplando el teson
 „y el arrojó, que junto á su cuna han
 „mostrado sus descendientes. Aquellos
 „mismos soldados, que pocos meses ha
 „se dispersaban á la vista del enemigo,
 „y arrojaban sus armas para huir, han
 „acometido denodadamente ahora al
 „exército contrario abanzando siempre
 „por medio del terrible fuego de arti-
 „llería, y despreciando el estrago que
 „experimentaban.

„La infantería enemiga sorprendida
 „por este ardimiento imprevisto, ya se
 „dexaba arrollar mientras que nuestra
 „artillería, que tanto ha servido á la
 „patria en toda esta guerra, tronaba so-
 „bre las filas francesas, y desacia sus
 „batallones. Los nombres de España,
 „Fernando y Cuesta resonaban entre

„vivas en los labios de nuestros guer-
„reros, y quando ya la caballería es-
„pañola se adelantaba á completar la
„victoria, una de sus alas flaqueando in-
„tempestivamente dexó descubierta á nues-
„tra infantería, que débil para resistir
„á un tiempo la superioridad de la ar-
„tillería y caballería enemiga, tuvo que
„ceder á la necesidad, y abandonó el
„campo de batalla, sin ser molestada
„por mucho tiempo en su retirada.

„Este suceso, aunque desgraciado, nos
„debe dar esperanzas de que con teson
„y constancia podremos formar una in-
„fantería capaz de defender la indepen-
„dencia nacional; infantería digna, ému-
„la, y sucesora de aquellos famosos ter-
„cios que amaestrados por los mejores
„capitanes del mundo, sostenian la glo-
„ria española en Flandes, en Italia, y
„en Alemania. Los caudillos son los que
„hacen los soldados; y quién puede ex-
„trañar los esfuerzos de los nuestros en
„en el campo de Medellin, quando con-
„temple al digno general que los man-

„daba llenarlos de confianza, comunicar-
 „les el valor intrépido y sereno que le
 „anima, llevarlos á la batalla en aquel
 „órden, que dá la victoria, quando es
 „favorecido de la fortuna, ser allí com-
 „pañero de su peligro y de sus fatigas,
 „exponer sus venerables canas, y su
 „respetable ancianidad al tropel de la re-
 „friega, y caido, arrollado y salvo por
 „una feliz casualidad, reunir sus huestes,
 „prepararlas para combatir de nuevo, y
 „anunciar magnánimamente á los buenos
 „que no desesperen de la patria.

„Asi es que la Junta Suprema, que
 „ya ha manifestado al público quando la
 „rendicion de la inmortal Zaragoza, que
 „mide los servicios, no por el éxito sino
 „por el celo, y los sacrificios, quiere
 „tambien conceder al ejército de Ex-
 „tremadura su condigna distincion y re-
 „compensa. Vanamente los pérfidos es-
 „pañoles, y los aventureros franceses se
 „mofarán en Madrid de estas recompen-
 „sas concedidas despues de grandes reve-
 „ses; pero mofense enhorabuena quan-

„to quieran, la burla insolente de los
 „perversos es uno de los trofeos de la
 „virtud: el mundo verá entre tanto
 „que el gobierno español no desmaya á
 „la vista de un mal suceso; que no des-
 „espera de la salvacion de la patria mien-
 „tras vea esfuerzo en los exércitos, y
 „patriotismo en los pueblos; que donde
 „mira el valor, allí lo busca para re-
 „compensarle, donde encuentra la vir-
 „tud, allí la honra y la respeta.

„Movida por estas consideraciones
 „tan conformes con los votos del pueblo
 „español, la Junta Suprema ha espedido
 „el decreto siguiente.

Real decreto de S. M.

„La Junta suprema gubernativa del
 „reyno á nombre del rey nuestro señor
 „D. Fernando VII, deseando dar á las
 „tropas de Extremadura una muestra de
 „la aceptacion que han merecido al estado
 „el arrojo y bizarría que han manifesta-
 „do en la batalla de Medellin, á fin de

„que sirva de exemplo, y de estímulo
 „á los demas exércitos españoles, ha
 „acordado lo que sigue.

„1.º Que el general del exército de
 „Extremadura, y los cuerpos que se han
 „sostenido contra el enemigo en la ba-
 „talla de Medellin, han merecido bien
 „de la patria.

„2.º Que por éste y los demas emi-
 „nentes servicios que el teniente general
 „D. Gregorio de la Cuesta tiene he-
 „chos al estado, sea promovido al grado
 „de capitán general.

„3.º Que á todos los oficiales del
 „exército, que segun informe del gene-
 „ral, se hayan distinguido en la ac-
 „cion se les conceda un grado.

„4.º Que todos los cuerpos del exér-
 „cito, que segun informe del mismo ge-
 „neral, se hayan sostenido contra el
 „enemigo, sean decorados con un escu-
 „do de distincion.

„5.º Que á los mismos se les conce-
 „da doble paga por un mes contado des-
 „de el dia de la batalla.

„6.º Que á las viudas y huérfanos
 „de los que han perecido en la batalla
 „de Medellin , se les conceda por el es-
 „tado una pensión proporcionada á su
 „clase y circunstancias.

Tendreislo entendido , y dispondreis
 lo conveniente á su cumplimiento. = El
 marqués de Astorga vice-presidente. =
 Real Alcazar de Sevilla 1.º de abril
 de 1809. = Á D. Martin de Garay.

NOTA VII.

*El general Sebastiani no se adelantó
 en la Mancha mas allá de santa Cruz
 de Mudela , y nuestro cuerpo de exér-
 cito permaneció acantonado entre el Tajo
 y el Guadiana (pag. 122.)*

Las cartas siguientes interceptadas
 por los españoles , explican las razones
 que impidieron á nuestros ejércitos el
 aprovecharse de sus victorias. Estas car-
 tas se hallan en los papeles presentados
 al parlamento en 1809.

*Carta de José Bonaparte al general
Sebastiani, fecha en Madrid el 9 de
abril de 1809.*

„He recibido vuestra carta: el ma-
„riscal Victor debe permanecer entre
„Mérida y Badajoz, hasta que reciba
„noticias del mariscal Soult, y se le ha-
„ya reunido el general Lapisse.

„Nada quiero emprender sobre
„Valencia mientras que no reciba noti-
„cias del mariscal Ney, y que no sepa
„la destrucción total del cuerpo del mar-
„qués de la Romana.

„Contad mi querido Sebastiani con
„que haré quanto os sea agradable, y
„que solicitaré vuestra salida de España,
„quando crea que en otra parte podeis
„hacer mas por vuestra gloria; hasta en-
„tonces os retengo. Ya conoceis mi an-
„tigua amistad para con vos.

Vuestro afectuoso.

Firmado. José.

*Carta del mariscal Jourdan al general
Sebastiani, fecha en Madrid á 10
de abril de 1809.*

SEÑOR GENERAL.

„He recibido la carta, que habeis
„hecho el honor de escribirme el 8 del
„corriente, y la he enseñado al rey:
„S. M. me encarga que os diga que no
„juzga oportuno atacar los atrinchera-
„mientos de Sierramorena antes que el
„duque de Bellunne se dirija sobre Se-
„villa, y que el señor duque de Be-
„llunne no tiene orden de verificarlo, si-
„no despues que se le haya reunido la
„division Lapisse, y que reciba noticias
„del señor duque de Dalmacia.

„Entretanto, señor general, S. M.
„desea que os ocupeis en dispersar las
„reuniones, que aparecen de quando en
„quando detras del ejército, en asegu-
„rar bien vuestras comunicaciones, en
„desarmar la provincia que ocupais, y

„en restablecer el órden y la confianza.
 „He aquí señor general lo que S. M.
 „me manda expresamente deciros.

„Tengo el honor de ser, &c.

Firmado. El mariscal del Imperio
 mayor general de S. M. C.

Jourdan.

NOTA VIII.

Las tropas portuguesas de la fortaleza de Caminha, situada en la embocadura del Miño, habian atravesado el rio el 10 de marzo. (pág. 124.)

Este hecho está sacado de las relaciones españolas, inglesas y portuguesas, y éste es el extracto, tal como le da el Edimburg annual register histori of Europe, cap. 23, pág. 567, 568, 569 y 570.

„El 10 de marzo una partida de
 „portugueses, mandada por Alexandro
 „Albert de Serpa, pasó el Miño y se
 „reunió en Guardia con una tropa de
 „paisanos españoles armados, y reuni-
 „dos en número de cerca de quatro mil
 „hombres á las órdenes de don Joaquin
 „Tenreyro, mayorazgo de Galicia: los
 „curas conducian á sus feligreses, y ha-
 „cian las funciones de oficiales. Esta tro-
 „pa de paisanos, mandada de este mo-

do, marchó contra Vigo para 'sitiarla.
 „Esta ciudad está construida sobre una
 „peña, á la entrada de la bahia de este
 „nombre.

„El capitan Crauford, comandante
 „de la fragata *Venus*, estaba entonces
 „apostado delante de este puerto, y es-
 „cribió al capitan Kinley, que estaba en
 „Villa-García, diciéndole que la presen-
 „cia del navío de alto bordo, que man-
 „daba, contribuiría mucho al éxito de
 „la empresa de los patriotas gallegos.

„En este tiempo don Pablo Mori-
 „llo, que se habia distinguido antes en
 „Extremadura, vino á exâminar el estado
 „del sitio, y supo que un refuerzo de
 „mil ochocientos franceses estaba en Pon-
 „tevedra, á quatro leguas de Vigo. Mo-
 „rillo tomó inmediatamente medidas pa-
 „ra poner en estado de defensa el puen-
 „te de S. Payo, que está sobre un pe-
 „queño rio que desemboca en la bahia
 „de Vigo, y que los franceses debian
 „atravesar.

„Morillo hizo que Juan Antonio

» Gago , vecino de Marin , que estaba á
 » la cabeza de quinientos paisanos , le
 » presentase un cañon de á 8 , y pidió
 » á la villa de Redondela una pieza de
 » á 24 y dos de á 18. Confió la defen-
 » sa del puente á don Juan de Olog-
 » herty , teniente de la marina española,
 » que mandaba tres lanchas cañoneras.
 » Mientras que tomaba estas medidas , un
 » destacamento de tres mil soldados dis-
 » persos del ejército del marqués de la
 » Romana , arrojó á los franceses de Pon-
 » tevedra , y tomó posesion de esta ciu-
 » dad. Morillo marchó á unirse á ellos,
 » y todos juntos vinieron á sitiar á Vigo.

» El comandante de la guarnicion
 » de la plaza , el gefe de esquadron Cha-
 » lot , habia respondido á todas las inti-
 » maciones que le habia hecho Tenrey-
 » ro que los reglamentos militares no
 » permitian en ningun caso á las tropas
 » de línea el capitular con paisanos.

» Habiendo llegado el capitan Kin-
 » ley , comandante del navío de línea se
 » intimó de nuevo la rendicion á los

franceses. Se tuvieron conferencias, y las negociaciones duraban ya dos días enteros, y al tercero llegó don Pablo Morillo, que se reunió á los sitiadores con las fuerzas que traia de Pontevedra, que se componian de nuevas levadas, y de inválidos y retirados, que en número de mil y quinientos habian corrido á contribuir á la libertad de su pais. El 27 de marzo hubo un consejo de guerra, en el qual Morillo fué nombrado comandante en gefe, y se le confirió el grado de coronel para que el comandante de Vigo, á quien se iba á intimar la rendicion por última vez, tuviese la satisfaccion de tratar con un oficial de graduacion igual, y aun superior á la suya. Morillo envió al momento una intimacion en toda forma al comandante francés, previniéndole que se rindiese dentro de dos horas. Los franceses hicieron esfuerzos inútiles para alargar el término del armisticio, y no habiéndolo podido conseguir, pidieron las

» condiciones siguientes.

» Que saldrian de la plaza con ar-
 » mas y bagages , con todos sus equipa-
 » ges , y con los honores de la guerra;
 » que serian transportados en los navíos
 » ingleses á uno de los puertos franceses
 » mas inmediatos , baxo la condicion de
 » no servir contra la España y sus alia-
 » dos , sino despues de cangeados , ó des-
 » pues de la paz ; que el dinero perte-
 » neciente al gobierno francés , y desti-
 » nado al pago de las tropas del maris-
 » cal Soult , lo conservaria su pagador,
 » que era responsable de él , y del mis-
 » mo modo los libros de asiento del suel-
 » do de los regimientos; en fin que las
 » tropas no dexarian las armas , ni ren-
 » dirian los fuertes sino en el momento
 » de su embarque.

» Morillo acompañado de dos espa-
 » ñoles se trasladó con los parlamenta-
 » rios franceses , á bordo del navío de
 » línea *Libelg* , para noticiarlo al capi-
 » tan Kinley. Se desecharon todas las
 » proposiciones de los franceses , y se les

09 dixo que empezarian de nuevo las hos-
 10 tilidades, si en el término de una hora
 11 no ratificaban el tratado siguiente: que
 12 la guarnicion se entregaria prisionera
 13 de guerra, y dexaria las armas sobre
 14 el glasis de la plaza: que los oficiales
 15 conservarian sus espadas, y que los
 16 españoles tomarian posesion de la pla-
 17 za en el mismo momento en que sa-
 18 liesen los franceses.

19 Los parlamentarios franceses con-
 20 vinieron en aceptar las condiciones;
 21 pero habiéndose pasado la hora que
 22 se les habia concedido para traer la
 23 ratificacion, los españoles comenzaron á
 24 asaltar entre ocho y nueve de la no-
 25 che la ciudad; los que tenian fusiles, ha-
 26 cian fuego sobre los franceses, mien-
 27 tras que los otros se acercaban á las
 28 puertas de la ciudad para derribarlas.

29 Un viejo se distinguió particular-
 30 mente delante de la puerta de Cam-
 31 boa por la viveza con que atacó esta
 32 puerta con una hacha en la mano, y
 33 por la sangre fria con que murió atra-

» vesado de una bala. Don Bernardo
» Gonzalez, que mandaba el destacamen-
» to que habia venido de Pontevedra, se
» adelantó, tomó el hacha de entre las
» manos del viejo, que acababa de es-
» pirar, é insistió en derribar la puerta,
» á pesar de haber llevado tres heridas;
» habiéndole alcanzado aun otra bala, y
» no pudiendo ya sostenerse, le separa-
» ron, y siete españoles vinieron á mo-
» rir al mismo sitio.

» Habiendo avisado entonces á Mo-
» rillo que los franceses habian ratifica-
» do la capitulacion, atravesó por me-
» dio del gentío, llegó con mucho tra-
» bajo á hacerse entender, y suspendió
» el asalto. El dia siguiente se estaba
» Morillo preparando para entrar en la
» ciudad, quando los habitantes del pue-
» blo de Porriño vinieron á darle parte
» de que la guarnicion francesa de Tuy
» venia socorrer á Vigo. Morillo desta-
» có con el mayor secreto que pudo una
» buena porcion de sus tropas al encuen-
» tro del refuerzo que venia de Tuy, y

„ se abocó con los franceses que estaban
 „ en Vigo decidiéndoles á apresurar su
 „ embarque, diciéndoles que apenas po-
 „ dia contener la cólera de los paisa-
 „ nos. Los franceses lo creyeron, tanto
 „ mejor, quando no tardaron en oír un
 „ tiroteo en la misma ciudad, y era la
 „ guarnicion de Tuy que habia espera-
 „ do en vano la víspera, y que venia á
 „ socorrerlos. El destacamento venido de
 „ Tuy se sorprendió, sobre manera,
 „ quando llegó delante de Vigo, y se
 „ vió asestado por el fuego que salia de
 „ una ciudad, que creia aun en poder
 „ de los franceses. Este destacamento
 „ fué al momento envuelto, derrotado y
 „ perseguido, con tanto vigor, que de
 „ quatrocientos cincuenta hombres que le
 „ componian, apenas se escaparon cin-
 „ cuenta. Setenta hombres de este desta-
 „ camento se entregaron prisioneros, y
 „ fueron conducidos á bordo del navío
 „ inglés.

„ La caxa militar que contenia cien-
 „ to diez y siete mil pesetas, y otras

20 veinte mil que se descubrieron luego,
 20 se distribuyeron al ejército vencedor.
 20 Jamás se ha visto un ejército com-
 20 puesto de gentes tan diversas: entre una
 20 multitud de marineros, se distinguian
 20 soldados, paisanos, D. Francisco San-
 20 chez Villamartin, que con tanto valor
 20 habia mandado el cuerpo de estudiantes
 20 de Salamanca, el abad de Balladari, y
 20 el primer predicador de los francisca-
 20 nos, fray Andrés Villagaloi.

20 20 Morillo envió un destacamento
 20 de sus fuerzas á apoderarse de Tuy:
 20 el destacamento portugués volvió á
 20 pasar el Miño, y se atrincheró en Via-
 20 na, fortificando el puente sobre el Li-
 20 ma, para defender esta Ciudad contra
 20 los franceses del ejército del mariscal
 20 Soult, que podian intentar venir por
 20 este camino directo al socorro de Tuy
 20 y de Vigo.

NOTA IX.

El 30 de marzo el marqués de la Romana baxó de las montañas de la Puebla de Sanabria (pág. 125.)

Véase el parte oficial de este general desde Páramo del Sil el 30 de marzo en la gaceta de Sevilla núm. 19, intitulada gaceta del gobierno del lunes 17 de abril de 1809.

NOTA X.

Setecientos franceses fueron ahogados de una vez en el Miño, por órden de Don Pedro de Barrios. (pág. 127.)

Hace mencion de este hecho un oficio del señor Frere á M. Canning, secretario de estado, dirigido desde Sevilla el 10 de julio de 1809. Está señalado con el núm. 8 en los papeles presentados al parlamento de inglaterra en 1808.

NOTA XI.

Los habitantes de Portugal se habían levantado en masa como los de Galicia, y los portugueses oponían á los franceses doce mil soldados de línea, y setenta mil hombres de milicias. (pág 127.)

Treatise on the defense of Portugal, and principal events of the campaigns under Lord Wellington, by William Granville Eliot captain in the royal regiment of artillery 3^e edition. London 1811, pág. 229 cuya traduccion es como sigue. = Despues de haber hablado del embarque de los ingleses en la Coruña, despues de la batalla del 16 de enero continúa de este modo.

„ Los portugueses se ocupaban entonces en organizar su leva en masa, y armarla con picas largas. Remplazaron su ejército, y sus milicias, y las pusieron baxo el pie de setenta mil

„hombres, pero carecian de buenas ar-
 „mas de fuego. Tenian sobre las armas
 „doce mil soldados de línea.

NOTA XII.

*Los franceses salieron de Oporto el 12
 de mayo, y tuvieron una accion de re-
 taguardia con la vanguardia inglesa.
 El cuerpo del mariscal Soult era per-
 seguido por tres exércitos (pági-
 (na 129.)*

Véase la traduccion de las cartas
 siguientes de Lord Wellington, entonces
 Wellesley, á Lord Casteleragh: estan
 sacadas de los papeles presentados al par-
 lamento inglés.

*Traduccion de la copia de una carta
del teniente general Sir Arthur Wel-
lesley, á Lord Vizconde Castelereagh
fecha en Oporto el 12 de mayo
de 1809.*

MILORD.

„Tengo el honor de informaros que
„me propuse hacer marchar el ejército
„de Coimbra el 9, para arrojar á los
„enemigos de Oporto.

„La vanguardia y la caballería ha-
„bian marchado el 7, y el ejército en-
„tero habia hecho alto el 8 para dar
„tiempo al mariscal Beresford, de lle-
„gar con su ejército á Duero superior.

„La infantería del ejército estaba
„formada para esta expedicion en tres
„divisiones, de las quales dos, que eran
„las que formaban la vanguardia, se
„componian de la legion hannoveriana,
„de la brigada del general R. Stewurt
„con una brigada de cañones de á seis,

„y otra de cañones de á tres al mando
 „del teniente general Paget, de la ca-
 „ballería á las órdenes del general Pay-
 „ne, y de la brigada de guardias: de
 „las brigadas de infantería de los gene-
 „rales Campbell y Sontag, con una bri-
 „gada de cañones de á seis al mando
 „del teniente general Sherbrooke. Estas
 „dos divisiones hicieron un movimiento
 „por la calzada de Coimbra á Oporto;
 „otra division compuesta de las brigadas
 „de infantería del mayor general Hill,
 „y del brigadier general Cameron, y de
 „una brigada de cañones de á seis, mar-
 „chó á las órdenes del mayor general
 „Hill por el camino de Coimbra á Al-
 „beiro.

„El 10 por la mañana, antes de
 „amanecer, la caballería y la vanguar-
 „dia atravesaron el Bouga con inten-
 „cion de sorprehender y cortar á qua-
 „tro regimientos de caballería francesa,
 „un batallon de infantería, y la artille-
 „ría acantonada en Albergana-noba, y
 „en las aldeas inmediatas á unas ocho

„millas del rio: cuya empresa se nos
 „frustró; pero fué evidente en todo es-
 „te dia la superioridad de la caballería
 „inglesa. Hicimos algunos prisioneros,
 „tomamos los cañones, y la vanguar-
 „dia se apoderó de la posicion de Oli-
 „veira.

„El mismo dia el general mayor Hill,
 „que se habia embarcado en Albeiro la
 „tarde del 9, llegó á Obar detras de la
 „derecha del enemigo, y el general Sher-
 „brooke pasó el Bouga la misma tarde.

„El 11 la vanguardia y la caba-
 „llería continuaron haciendo un movi-
 „miento por la calzada de Oporto, y
 „la division del general mayor Hill por
 „el camino paralelo al que conduce de
 „Oporto á Obar.

„Quando la vanguardia llegó á Ven-
 „das-novas entre santo Redondo y Gri-
 „jon vino á las manos con las abanzadas
 „de la vanguardia enemiga, que fueron
 „rechazadas inmediatamente, y poco
 „tiempo despues descubrimos la van-
 „guardia misma compuesta de unos qua-

„tro mil hombres de infantería, y algu-
 „nos escuadrones de caballería situados
 „en las alturas mas arriba de Grijon. Su
 „frente estaba cubierto de bosques y de
 „un terreno desigual: el flanco izquier-
 „do del enemigo fué envuelto por un
 „movimiento bien executado por el ge-
 „neral mayor Murray con la brigada de
 „la legion hannoveriana del general Lang-
 „worth.

„Mientras que el regimiento 16 por-
 „tugués de la brigada del general Ri-
 „char Sthewart atacó su derecha, los
 „carabineros del 95, y las compañías
 „de flanqueadores del 29^o, 43^o y 52^o
 „de la misma brigada, á las órdenes del
 „mayor Way, atacaron á la infantería
 „del centro en los bosques y las aldeas.

„Estos ataques obligaron á los ene-
 „migos á retirarse, y el honorable gene-
 „ral Carlos Sthewart conduxo en su per-
 „secucion dos escuadrones del 16 y
 „del 20 de dragones á las órdenes del
 „mayor Blake. Destruyó muchos hom-
 „bres, é hizo muchos prisioneros. La

„noche del 11 el enemigo atravesó el
„Duero, y destruyó el puente sobre
„este rio.

„Convenia á las operaciones del ma-
„riscal Beresford que atravesase yo el
„Duero inmediatamente, y habia envia-
„do por la mañana al general Murray
„con un batallon de la legion hannove-
„riana, un escuadron de caballería, y
„dos cañones de á seis para reunir bar-
„cas, y si era posible, atravesar el rio
„en Abintas, quatro millas mas arriba de
„Oporto, y traxeron todas las lanchas,
„que se pudieron hallar, á la barca que
„está encima, y muy inmediata á las
„ciudades de Oporto y Villa-nova.

„El terreno de la orilla derecha del
„rio en este paso estába protegido y do-
„minado por el fuego de la artillería co-
„locáda en la altura del convento de
„Siena en Villa-nova, y habia una bue-
„na posicion para nuestras tropas en la
„márgen opuesta.

„El enemigo no reparó en nuestros
„barcos ni embarque de nuestras tro-

pas hasta que el primer batallon de los
 amarillos (the Buffs) desembarcó, y
 tomó posicion al mando del tenien-
 te general Paget en la orilla opuesta
 del rio.

Entonces empezaron á atacarnos
 con un gran cuerpo de infantería, ca-
 ballería y artillería al mando del ma-
 riscal Soult. Este ataque fué sostenido
 con valor por el cuerpo del general Pa-
 get, que se mantuvo solo hasta que fué
 socorrido sucesivamente por el 48 y 66
 regimientos, pertenecientes á la briga-
 da del mayor general Hill, y por un
 batallon portugués, y en seguida por
 el primer batallon de la brigada del
 brigadier general Richard Stewart.

El teniente general Paget fué he-
 rido desgraciadamente poco despues de
 empezado el ataque, y sus valientes
 tropas pasaron á las órdenes del gene-
 ral mayor Hill.

Aunque los franceses atacaron mu-
 chas veces estas tropas, se mantuvieron
 firmes, y en fin habiéndose descubier-

„to sobre su flanco izquierdo el general
 „Murray, que venia de Avintos, y a-
 „banzándose contra su derecha con la
 „brigada de guardias y el 29 regimien-
 „to, y al teniente general Stherbrooke,
 „que se habia aprovechado de la debi-
 „lidad de los enemigos en Oporto, y ha-
 „bia atravesado el Duero por la barca
 „entre Villanova y esta ciudad; los ene-
 „migos se retiraron en la mayor confu-
 „sion ácia Amaranto, abandonando cin-
 „co cañones, ocho carros de municio-
 „nes, y muchos prisioneros.

„La pérdida del enemigo entre muer-
 „tos y heridos ha sido muy considera-
 „ble, y ha dexado en Oporto unos
 „setecientos enfermos y heridos. El bri-
 „gadier general, el honorable Cárlos
 „Stewart, cargó con un escuadron del
 „14 de dragones al mando del mayor
 „Hervey, é hizo un ataque feliz sobre
 „la retaguardia enemiga.

„En las diferentes acciones de que
 „acabo de hablar, hemos perdido al-
 „gunos oficiales y soldados recomenda-

„bles, y los servicios inmediatos de otros.

„He perdido en el teniente general
 „Paget los socorros de un amigo que
 „me habia sido muy útil en el po-
 „co tiempo que hace está en el exér-
 „cito. En el momento en que recibió la
 „herida, acababa de hacernos un servicio
 „muy importante, apoderándose de la
 „posicion que las tropas mantuvieron
 „despues, y sosteniendo el primer asal-
 „to del enemigo.

„El mayor Hervey se distinguió
 „tambien en el momento en que fué he-
 „rido en la carga de caballería.

„No puedo alabar bastante á los ofi-
 „ciales y á las tropas. En quatro dias
 „han andado ochenta millas de un pais
 „escabroso: han ganado muchas posi-
 „ciones importantes, y han empeñado y
 „deshecho á tres diferentes cuerpos de
 „las tropas enemigas.

„Quisiera, Milord, llamar vuestra
 „atencion acerca de la conducta del te-
 „niente general Paget, del general má-
 „yor Murray, del general mayor Hill,

„del teniente general Sherbrocke , del
 „brigadier general el honorable Cárlos
 „Stewart , del teniente coronel Lancey
 „cuartel-maestre general , y del capitan
 „Mellish , ayudante general , por el mo-
 „do con que han ayudado al general
 „Stewart en la carga de su caballería , y
 „al mayor Collin Campbey , segundo
 „ayudante general , por los auxílios que
 „ha prestado al mayor general Hill en
 „la defensa de su puesto , y al general
 „Stewart en la carga de caballería , y
 „al mayor Fordyce , al capitan Curry,
 „y al capitan Hill por los servicios que
 „han hecho al general Hill.

„Suplico á V. que fixe la atencion
 „en la conducta de los carabineros , y
 „de las compañías de flanqueadores de
 „los regimientos 29 , 43 y 52 á las ór-
 „denes del mayor Way , en la de los
 „regimientos portugueses 29 y 26 man-
 „dados por el coronel Machado , en la
 „del teniente coronel Doyle , en la de
 „la legion hannoveriana mandada por el
 „brigadier general Langworh , así como

„en la de los dos escuadrones del 16 y
 „20 de caballos ligeros á las órdenes del
 „mayor Blake del 20, en la acción del
 „11: en la conducta de los *amarillos* al
 „mando del teniente coronel Droumont,
 „en la del 48 regimiento mandado por
 „el coronel Duckworth, en la del 66
 „á las órdenes del mayor Murray que
 „ha sido herido, y en la del escuadron
 „del 14 de dragones al mando del ma-
 „yor Herveg.

„He sido auxiliado con mucha uti-
 „lidad por el ayudante general, y quar-
 „tel-maestre general el coronel Murray,
 „y por los oficiales de estos dos ramos,
 „del mismo modo que por el teniente
 „coronel Bathurst, y por todos los ofi-
 „ciales de mi estado mayor. Tengo mo-
 „tivos para estar satisfecho de la ar-
 „tillería, y de los oficiales de inge-
 „nieros.

„Entrego este oficio al capitán Stan-
 „hope, á quien me tomo la libertad de
 „recomendar á V. S. Su hermano el
 „honorable mayor Stanhope fué herido

Aa

„desgraciadamente de un sablazo el 10,
 „quando mandaba una carga del 16 de
 „caballos ligeros.

Firmado. Arthur Wellesley.

Traduccion de un oficio del teniente general Sir Arthur Wellesley al Lord vizconde Castelereagh, desde Montalegre el 18 de mayo de 1809.

MILORD.

„Quando me determiné á hacer una
 „expedicion al norte de Portugal contra
 „el mariscal Soult, esperaba que el general portugués Silveira podria conservar su posicion sobre el Tamega hasta que fuese reforzado. Si se hubiese guardado esta posicion, y si se hubiese ocupado á Chaves, el enemigo estaba envuelto, y no tenia mas recurso que atravesar el Miño, y me proponia con algunas esperanzas acosarle de manera que le impidiese el paso de este rio. Pero la pérdida del puente de Amaranto

„el 2 de este mes cambió nuestros pro-
 „yectos ; ya no podia esperar que el ge-
 „neral Beresford , que se habia puesto en
 „marcha el 15 ácia el Duero superior,
 „y que habia llegado á Lamego el 10,
 „estuviese en disposicion de emprender
 „nada , y si solo de hacer frente al ene-
 „migo , y obligarle á retirarse por Cha-
 „ves á Galicia , mas bien que por Villa-
 „real á Castilla.

„Sin embargo , habiendo el general
 „Beresford obligado á los puestos ene-
 „migos situados en Villa-real y en Mai-
 „san-frien á replegarse con pérdida , y
 „habiendo pasado el Duero arrolló las
 „abanzadas del general Loison en el
 „puente de Amaranto , y volvió á to-
 „mar posesion de la orilla izquierda del
 „Tamega el 12 ; esto es , el mismo dia
 „que el ejército baxo mis órdenes for-
 „zó el paso del Duero en Oporto.

„Loison evacuó á Amaranto la ma-
 „ñana del 13 , en el momento en que
 „supo lo que habia sucedido en Oporto
 „el dia antes , y encontré la vanguar-

„dia del ejército francés á corta distan-
 „cia de la ciudad, la qual ocupó inme-
 „diatamente el general Beresford.

„Me fué imposible empezar á perse-
 „guir al enemigo antes de la mañana del
 „13 quando la legion hannoveriana se
 „adelantó sobre Valonga á las órdenes
 „del general mayor Murray.

„Por la tarde supe que el enemigo
 „habia destruido una gran parte de su
 „artillería en las inmediaciones de Pe-
 „ñañiel, y que habia dirigido su mar-
 „cha ácia Braga.

„Este era probablemente el resul-
 „tado de la posicion en que se encon-
 „tró despues de las operaciones del ge-
 „neral Beresford sobre el Tamega. Tan
 „pronto como me aseguré de la verdad
 „de esto, marché la mañana del 12 con
 „el ejército en dos columnas ácia el rio
 „Miño.

„Al mismo tiempo envié al maris-
 „cal Beresford sobre Chaves para en el
 „caso de que el enemigo tomase ácia su
 „derecha, y el general mayor Murray

„debía comunicar con Beresford si era
 „cierto , como se decia , que Loison es-
 „taba en las inmediaciones de Amaranto.

„La tarde del 14 me aseguré por
 „los movimientos de los enemigos en la
 „inmediacion de Braga , que su inten-
 „cion era dirigirse sobre Chaves ó Mont-
 „alegre , y envié orden al mariscal Be-
 „resford para que en el caso de que e-
 „fectuasen este movimiento , marchase
 „sobre Monterey para detener al ene-
 „migo si pasaba por Villa de Rey.

„El general Beresford habia preve-
 „nido mis órdenes , y habia hecho mar-
 „char á su cuerpo sobre Chaves , y ya
 „habia enviado al general Silveira á apo-
 „derarse de los pasos de Ruibaes , y de
 „Melgasti cerca de Salamonda , pero por
 „desgracia llegó demasiado tarde.

„Llegué á Braga el 15 , el general
 „Murray estaba en Guimarens , y el e-
 „nemigo á unas quince millas delante de
 „nosotros , y el 16 le hallé en Salamonda.

„Tuvimos allí una accion de reta-
 „guardia. Las guardias á las órdenes del

„teniente general Sherbrooke, y el bri-
 „gadier general Campbell atacaron su
 „posicion, y habiendo envuelto su iz-
 „quierda por las alturas, las abandonó
 „el enemigo, dexando un cañon y al-
 „gunos prisioneros.

„Este ataque se verificó ya muy
 „tarde: el 17 marchamos sobre Rui-
 „baes para observar si el enemigo mar-
 „chaba sobre Chaves, ó continuaba su
 „retirada sobre Mont-alegre, y el 18
 „llegamos á esta plaza.

„Allí supe que el mariscal Soult
 „habia tomado un camino al traves de
 „las montañas ácia Orense, por el qual
 „era dificil y casi imposible alcanzarle,
 „y no tenia ningun medio de dete-
 „nerle.

„El enemigo empezó su retirada se-
 „gun os he insinuado destruyendo una
 „gran parte de sus cañones, en seguida
 „hizo lo mismo con todo lo que le que-
 „daba de esta especie, y una parte de
 „sus bagages, y no conservó mas que
 „lo que llevaban los soldados y algunas

„mulas. Abandonó á sus heridos y en-
 „fermos, y el camino de Peñafiel á
 „Mont-alegre está cubierto de esquele-
 „tos de caballos y de mulas, y de ca-
 „dáveres de los soldados franceses, á
 „quienes han muerto los paisanos antes
 „que nuestra vanguardia pudiese sal-
 „varlos.

„Esta última circunstancia es un
 „efecto natural de la guerra, que el ene-
 „migo ha hecho en este pais. Los solda-
 „dos franceses han robado y asesinado
 „á los paisanos á discreccion, y he vis-
 „to á muchas personas ahorcadas á los
 „árboles á los lados de las calzadas, y no
 „he podido hallar otro motivo para es-
 „tas atrocidades, sino es que favorecian
 „poco la invasion francesa, y la usurpa-
 „cion del gobierno de su pais: y el ca-
 „mino que ha seguido la columna fran-
 „cesa en su retirada, se puede trazar por
 „el humo de las aldeas que ha incendiado.

„Hemos hecho unos quinientos pri-
 „sioneros, y la pérdida total del ene-
 „migo desde que le atacamos sobre el

„Bouga , debe ascender á la quarta parte
 „de su fuerza , toda su artillería y equi-
 „pages.

„Espero que vuestra señoría creerá
 „que no he omitido ninguna medida pa-
 „ra interrumpir la retirada del enemi-
 „go. Es evidente que si un ejército
 „abandona toda su artillería , su equi-
 „page y sus bagages , y abandona tam-
 „bien á aquellos que tienen derecho á
 „su proteccion , pero que retardan su
 „marcha , podrá marchar por caminos
 „por donde no podrá seguirle otro exér-
 „cito , que no haya hecho los mismos sa-
 „crificios.

„Es imposible alabar demasiado los
 „esfuerzos de las tropas : el tiempo ha
 „estado malo ; desde el 13 ha llovido
 „constantemente , y los caminos han
 „estado casi impracticables , pero han
 „perseverado hasta el fin , y en general
 „han marchado desde la mañana hasta
 „la noche.

„La brigada de guardias estaba á la
 „cabeza de la columna , y daba un exem-

„plo laudable, y en la accion con la
 „retaguardia enemiga el 16, se ha con-
 „ducido señaladamente bien.

Firmado. Arthur Wellesley.

NOTA XIII.

El mariscal Soult llegó el 22 de mayo á Lugo en Galicia, salvó la guarnicion de esta Ciudad, que estaba atacada por los españoles, se puso en comunicacion con el mariscal Ney, y pocos dias despues volvió á tomar la ofensiva contra el ejército del marqués de la Romana, al que persiguió sin alcanzarle por Monforte, Pon-ferrada, Vallo y Viana. (pág. 130.)

Véanse las cartas siguientes del mariscal Soult, que fueron interceptadas por los españoles, y estan sacadas de los papeles relativos á los negocios de España y de Portugal, presentados al parlamento de Inglaterra en 1810.

Carta del mariscal Soult á José Bonaparte, fecha en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.

Á S. M. el rey de España y de las Indias.

SEÑOR.

„Tengo el honor de dar parte á
 „V. M. de que el segundo cuerpo de
 „ejército se halla reunido desde ayer
 „tarde en la Puebla de Sanabria, don-
 „de me propongo dexar descansar á las
 „tropas quatro ó cinco dias para dar
 „tiempo de preparar quatro dias de ví-
 „veres, y dirigirlas en seguida á Zamora.

„El 2 de este mes sali de Lugo, co-
 „mo tuve el honor de anunciar á V. M.
 „en mi carta de 30 de mayo, y me di-
 „rigí sobre Monforte, donde las divi-
 „siones llegaron el 4 y el 5. El cuer-
 „po del marqués de la Romana habia
 „pasado por allí dos dias antes dirigién-

„dese á Orense. Por mas que activé la
 „marcha, no me fué posible alcanzar su
 „retaguardia; habia pasado el Sil por
 „diferentes puntos, y ya estaban des-
 „truidas las barcas, quando los desta-
 „camentos que yo envie, llegaron á las
 „de san Estéban de Gudia de Parade-
 „lla y de Forbes. Todos los habitantes
 „del distrito de Monforte habian aban-
 „donado sus casas. Permanecí en posi-
 „cion hasta el 11, y durante este tiem-
 „po hice muchas demostraciones de que-
 „rer pasar el rio. Anuncie la marcha á
 „Orense, y se dispusieron víveres, re-
 „civí un comboy de seis piezas de mon-
 „taña, municiones, zapatos, y un bata-
 „llon de marcha formado por los hom-
 „bres, que habia dexado en Lugo: dexé
 „ademas en esta Ciudad novecientos se-
 „tenta y siete hombres enfermos, ó que
 „no estaban en disposicion de seguirme á
 „las órdenes del ayudante comandante
 „Derrohes, que debe conducirlos á Za-
 „mora luego que esten restablecidos.
 „El 11 me puse en marcha dirigi-

„éndome á Valde-Orres; el general de
 „division Loison teniendo á sus órdenes
 „la division Merle, y la brigada de
 „dragones mandada por el general Lor-
 „ge, encontró á los insurgentes en nú-
 „mero de dos ó tres mil hombres á la
 „entrada del Valle de Quiroya, y les ar-
 „rojó hasta Montefurado, donde los ha-
 „lló en posicion cubriendo el paso que
 „está sobre la peña, al través de la
 „qual pasa el Sil: el 4.^o regimiento de
 „infantería ligera sostenido por el 15.^o
 „de línea los arrolló, y el 12 por la
 „tarde tomó posicion la vanguardia en
 „la meseta de Laronco, donde un des-
 „tacamento de 13.^o de dragones, y otro
 „del 1.^o de cazadores provisionales tu-
 „vieron ocasion de cargar, y se seña-
 „laron.

„El 13 por la mañana el general
 „Loison tuvo orden de apoderarse de
 „puente Bibey, de marchar sobre Pue-
 „bla de Trives, de hacer ocupar el puen-
 „te de Habea, y de adelantar su van-
 „guardia hasta el Burgo. El puente so-

bre el Bibey estaba defendido por qua-
tro mil hombres situados en las peñas
y en las vueltas, que da el camino
para subir casi á pique la cuesta de
la orilla izquierda: los insurgentes, á
quienes se les habia reunido un des-
tacamento del cuerpo del marqués de
la Romana, habian hecho ademas
muchas cortaduras, atrincherado el
puente, y se preparaban á cortarle,
quando se presentó el 2.º regimiento
de infantería ligera sostenido por el 36
de línea á las órdenes del general
Samet. Se tocó al momento ataque,
se vencieron los obstáculos, el ene-
migo fué derrotado, y se le persiguió
hasta mas allá de Habea, donde se dis-
persó. En esta accion que hace honor
á las tropas que pelearon, los insur-
gentes perdieron mucho; nosotros
no tuvimos mas que quatro soldados
del 2.º muertos, y quince heridos, en-
tre los quales se cuenta al señor Cour-
date, capitan de bolteadores, á quien
rompieron una pierna despues de ha-

ber saltado el atrincheramiento del puente. El general Morte perdió el caballo en que estaba montado, y la brigada del general Lorpe tuvo algunos dragones heridos y caballos muertos.

Mientras que se verificaba este movimiento, el general Franceschi con su division de caballería ligera, y el 47 regimiento de línea, subió por la orilla derecha del Bibey, tomaba posición al frente y á la derecha de Bollo, y enviaba reconocimientos por Viana sobre la Gudiña, y ácia Porto.

El general de Laborde con su division y la brigada de dragones del general Caurlincourt se situó en la Rua, desde donde despojaba de enemigos todo el valle de Orres hasta el Puente de Domingo Florez.

La division Mermet tomaba posición en la meseta de Laronco, y la del general Hendelet, á la qual se habia reunido la columna mandada por el general Rouyer, que vino de Lugo, estaba en marcha sobre Montefurado,

„á donde llegó el 15 por la tarde. La
 „brigada de dragones del general Ma-
 „risy, mandada por el general la Hon-
 „saye, estaba unida á la division Heu-
 „delet, á las órdenes de este general.

„La insurreccion de Valdeorres se
 „componia de la poblacion del valle de
 „Quiroyo, del de Valdeorres, de la ju-
 „risdiccion de Bollo, y de los distritos
 „de Puebla de Trives, S. Claudio, Cas-
 „tro-Cladelar, de Cobay, de las mon-
 „tañas de S. Manier, que componian en
 „todo unos ocho ó nueve mil hombres,
 „todos armados y dirigidos por el cura
 „de Casoya don José Ramon Quiroya
 „y Uria, á quien la Romana habia nom-
 „brado general, por don Juan Bernar-
 „do de Quiroya y Uria su hermano, por
 „los curas de Bandollo y de Barco, por
 „el juez de Bollo llamado Corason, y
 „por el abogado de la aldea de Patin cer-
 „ca de Rica.

„Despues de las acciones de Monte-
 „jurado, puente Bibey y Laronco, to-
 „dos los insurgentes se dispersaron en

„las montañas; pero la partida que que-
„dó en S. Claudio continuó sus opera-
„ciones, y se aprovechó de la posicion
„de esta aldea, que está á la orilla del
„Sil, enfrente de S. Martin de Quiroya,
„para hacer un fuego continuo sobre la
„columna, que no podia menos de des-
„filas por la orilla derecha á medio tiro,
„y la causó alguna pérdida. Pasado el
„Habea el general Loyson tuvo orden
„de enviar un destacamento á incendiar
„la aldea de S. Claudio en castigo de
„la infame conducta de sus habitantes;
„tambien se le mandó que enviase otro
„á Castro de Caldelar para dar un exem-
„plo igual en castigo del asesinato de
„ochenta y cinco cazadores á caballo del
„15 regimiento, que se verificó el 2 de
„febrero último, y en el qual tuvieron
„parte las poblaciones de Puebla de Tri-
„ves, S. Claudio y Colo. Los restos de
„de estos infelices se reunieron y se pu-
„sieron al lado de una inscripcion que
„manifestaba los motivos de esta justa
„venganza. El general Loison perdonó

„á la poblacion de Puebla de Trives,
 „que vino entera á someterse, prome-
 „tiendo arrepentirse, y protextando que
 „en adelante se conduciria mejor.

„Las demostraciones que se habian
 „hecho para pasar el Sil, y la marcha
 „del general Loison por Puebla de Tri-
 „ves, siguiendo el camino de la márgen
 „izquierda, que conduce de Valdeorres
 „á Orense, hicieron creer al marqués de
 „la Romana, que se habia detenido y
 „reunido en esta última ciudad, que iba
 „á ser atacado antes de poderse reunir
 „con el cuerpo del general la Carrera
 „que estaba en Vigo y Redondela: mar-
 „chó precipitadamente, y un fuerte re-
 „conocimiento que el general Loison
 „envió el 16 mas allá de Villarrimo, le
 „traxo la noticia de que su retaguardia
 „estaba ya sobre el Lima, ácia Fiaso,
 „dirigiéndose por el camino de Castilla
 „á la Gudiña: efectivamente una parti-
 „da que el general Franceschi envió el
 „17 sobre este último punto por Via-
 „na, encontró su retaguardia, y tuvo

Bb

„con ella una escaramuza. El 18 un des-
 „tacamento de cien caballos enemigos
 „vino á hacer un reconocimiento á la
 „izquierda de la posicion que ocupaba
 „en Bollo el general Franceschi; supi-
 „mos que un cuerpo de quatro ó cinco
 „mil hombres, mandado por Echevar-
 „ría, habia llegado á Porto, y los pai-
 „sanos sumisos de la jurisdiccion de Bollo
 „vinieron á declarar que recibian en aquel
 „momento órdenes para disponer muchos
 „víveres para las tropas de la Romana.

„Quando supe estos pormenores
 „presumí que el marqués de la Roma-
 „na estaba en marcha ó sobre la Pue-
 „bla de Sanabria para cerrarme el paso,
 „ó para volver á las montañas de la Ca-
 „brera, y á los valles de Pon-ferrada
 „y Villafranca, donde exístia aun el ger-
 „men de insurreccion; dí en seguida ór-
 „den al cuerpo de ejército de reunirse
 „en Viana, donde tomó posesion el 19
 „la vanguardia, y la division Merment;
 „las demas divisiones llegaron sucesiva-
 „mente el dia 20.

„El destacamento de caballería es-
„pañola , que se habia visto la víspera
„á la izquierda de Bollo , se descubrió
„aun en el momento , en que se ponía
„en marcha la vanguardia , y se le per-
„siguió hasta Viana sin poder alcanzar-
„le. El enemigo tenia mil y ochocien-
„tos hombres en las alturas de Pinzo,
„guardando el puente de Bibey , y ma-
„nifestaba querer defenderle. Las noti-
„cias que nos dieron algunos habitan-
„tes , que habian quedado en Viana, fue-
„ron que se preparaban víveres por ór-
„den del marqués de la Romana , el
„qual habia estado en el pueblo el dia
„antes , y que su proyecto era atacar-
„nos : que con este objeto el cuerpo , que
„habia venido á Porto debia maniobrar
„por nuestra izquierda , para penetrar en
„Valdeorres , restablecer la insurrec-
„cion , y obrar en seguida nuestra reta-
„guardia , mientras que eramos atacados
„de frente : anunciaba tambien la llega-
„da de un refuerzo considerable de in-
„gleses y portugueses , y en fin que su

„exército estaba en las alturas entre Gu-
„diña y Viana.

„Era demasiado tarde para arrojar
„á los enemigos de la posicion que ocu-
„paban delante de Viana, pero se die-
„ron disposiciones para arrojarlos de su
„posicion el 2o por la mañana, y reco-
„nocer en seguida la del exército, pro-
„poniendome pelear con él, si mantenía
„su posicion, qualesquiera que fuere su
„fuerza. Al amanecer se observó que los
„enemigos se habian retirado: se envia-
„ron reconocimientos en su persecucion,
„y se supo que tambien habian evaqua-
„do á Gudiña despues de media noche,
„dirigiéndose apresuradamente ácia Mon-
„terey, y anunciando la intencion de
„volver á Orense: se supo tambien que
„habia entre ellos una gran desercion,
„muchos enfermos, y que carecian de
„las cosas mas necesarias, cuyas priva-
„ciones no podria menos de aumentar su
„retirada precipitada.

„En qualesquiera otra circunstancia
„me hubiera dedicado á perseguir á la

„Romana, aunque para alcanzarle y obligarle á pelear, hubiera sido necesario maniobrar mucho tiempo, pero como he tenido el honor de anunciar á V. M. en mi carta de 30 del mes último, considero que despues de mi retirada de Portugal, mi destino no puede ser el de permanecer en Galicia, y por otra parte no hallo medio para restablecer las tropas, y proveerlas de los artículos indispensables que las faltan, ni una plaza en donde dexar el gran número de enfermos, que sigue á los regimientos, y que hago llevar en los caballos de la caballería: (á no ser que vaya á la Coruña, ó el Ferrol.) Considero tambien que el ejército inglés que despues de mi retirada llegó hasta Fiasso, y volvió á entrar de repente en Portugal, anunciaba el proyecto de marchar sobre el mariscal Victor, y dirigirse sobre Madrid, podia muy bien executar este proyecto, (no hay noticias de él en estas fronteras, y solo un cuerpo de quinientos portugueses se ha

„reunido al marqués de la Romana) y
„en esta suposición que era de mayor
„importancia el que me dirigiese sobre
„Zamora, para contribuir con las tro-
„pas que estan entre el Duero y el Tajo
„á cubrir á Madrid, ó bien impidiendo
„al enemigo el que tome esta direccion,
„ó maniobrando ácia su flanco, ó reta-
„guardia si está ya empeñado; tambien
„creia que no podia prescindir de acer-
„carme á una plaza de depósito, donde
„pudiese dexar mis enfermos, recibir so-
„corros, y tomar quince dias de descan-
„so para continuar las operaciones, y
„obrar segun las circunstancias.

„Tal era mi intencion el 30 de ma-
„yo quando escribí á V. M., y en conse-
„cuencia conviné nuestras operaciones
„con el mariscal Ney; segun el plan el
„sesto cuerpo debia volver á tomar á
„Vigo, y dirigir una columna ácia Oren-
„se para ponerse en comunicacion con-
„migo; si este movimiento se hubiera
„executado, el cuerpo de la Romana es-
„taba comprometido; pero el señor ma-

„riscal Ney me escribió desde Santiago
„que despues de haber perseguido á los
„enemigos hasta el puente de san Payo,
„habia hallado cortado el puente, y a-
„trincherados en la orilla izquierda de
„Caldelar diez ó doce mil hombres, en-
„tre los quales tres ó quatro mil de tro-
„pas, y el resto paisanos, todos á las
„órdenes del general Noreña, que se lla-
„maba general en gefe del ejército del
„Miño, y de los generales Carrera y
„Morillo; que los ingleses tenian dos na-
„víos y tres fragatas en la bahia de Vigo,
„cuyas tripulaciones habian desembar-
„cado, y estaban encargadas de defen-
„der la plaza, y los atrincheramientos
„que habian hecho en la punta de Ran-
„de; y en fin que en esta situacion no ha-
„bia tenido por conveniente atacar, ni en-
„viar á Orense la columna que habiamos
„convenido, que se replegaba sobre san
„Jago, y situaba sus abanzadas en el
„Padron, guardando las orillas del Ce-
„lla: me empeñaba en seguida á que que-
„dase en Galicia, representandome, que si

„yo salia, podrian resultar para él funes-
 „tas consecuencias. Esta proposicion me
 „admiró, y me pareció que el señor ma-
 „riscal Ney se conducia de este modo
 „para obligarme á permanecer en Gali-
 „cia, porque seguramente nada le impe-
 „dia maniobrar sobre Orense, mientras
 „que yo obraba contra la Romana: hu-
 „biera podido en seguida, quando éste
 „se hubiera retirado, marchar sobre la re-
 „taguardia de la Carrera, hacer prisio-
 „neras sus tropas, ú obligarlas á embar-
 „carse precipitadamente, pero hizo lo
 „contrario, y desde aquel momento me
 „crei mas obligado que antes á seguir
 „mi primer proyecto, y á continuar
 „el movimiento en que habiamos con-
 „venido.

„Con este objeto luego que supe
 „que el general enemigo precipitaba su
 „retirada á Monterey, y que una parte
 „de su cuerpo se habia desertado, me
 „dirigí en batalla por el camino de Cas-
 „tilla, la derecha á la Gudiña, y la
 „izquierda á puerto de Lubian, tenien-

„do abanzadas en todas las entradas de
„Portugal.

„El 23 hizo marchar por la izquier-
„da á la Puebla de Sanabria, de donde,
„al acercarse la cabeza de la columna
„conducida por el general Loison, se re-
„tiró precipitadamente el cuerpo de E-
„chevarria, compuesto de tres mil hom-
„bres de diferentes destacamentos, que
„habian venido de Porto, y clavó doce
„cañones de grueso calibre, que habia en
„la Puebla de Sanabria: el mismo dia
„este cuerpo se dispersó; una parte de
„él siguió por las fronteras de Portugal,
„(dicen que se dirige á Ciudad-Rodri-
„go) y el resto está errante en el pais,
„y haré que se reuna si puedo alcan-
„zarle.

„El 24 todas las tropas del cuerpo
„de ejército se reunieron en las inme-
„diaciones de la Puebla de Sanabria,
„donde me propongo dexarlas descan-
„sar tres ó quatro dias: en este tiempo
„se dispondrán víveres, se compondrán
„los zapatos, se herrarán los caballos y

„amenazaré de nuevo á Portugal: pue-
 „de que con un destacamento haga una
 „incursion ácia Braganza á fin de lla-
 „mar la atencion del enemigo, lo qual
 „no podrá menos de tener algun resul-
 „tado.

„De este modo no me pondré en
 „marcha hasta el 29 ó 30 de este mes,
 „y llegaré á Zamora el 1.^o ó el 2 de ju-
 „lio: deseo con ansia que V. M. se dig-
 „ne enviarme órdenes, y los socorros
 „que he tenido el honor de pedirle en
 „mi carta de 30 de mayo último.

„Me tomaré la libertad, antes de con-
 „cluir esta relacion, de presentar á V. M.
 „algunas observaciones sobre el estado
 „actual de la Galicia: esta provincia es-
 „tá siempre en estado de fermentacion.
 „Las amenazas que emplea el marqués de
 „la Romana, los numerosos agentes que
 „obran en su nombre, los castigos que
 „hacen, las devastaciones, que infalible-
 „mente suceden por los frecuentes movi-
 „mientos de las tropas, la ruina de la
 „mayor parte de los habitantes, la au-

» sencia de toda autoridad, que repre-
» sente á V. M., la influencia de los sa-
» cerdotes, que son muchos, el dinero
» que esparcen los ingleses, la escasez en
» que se hallan los generales franceses,
» que por falta de medios no pueden mu-
» chas veces pagar los emisarios que em-
» plean; todas estas causas contribuyen
» á aumentar de dia en dia el número
» de los enemigos, y á que la guerra,
» que se hace en este pais, sea muy san-
» grienta, infinitamente desagradable, y de
» un resultado muy lejano; se batirán aun
» mucho tiempo antes que V. M. logre
» ventaja alguna, á menos que adopte
» el sistema de hacer fortificar siete ú o-
» cho puestos importantes susceptibles
» cada uno de cinco ó seis mil hombres
» de guarnicion, un hospital, y víve-
» res para quatro meses, para contener
» la poblacion, cerrar y guardar los
» principales pasos, á fin de que el ene-
» migo no pueda aprovecharse de ellos,
» y tambien para ofrecer apoyos á las
» columnas que obrasen en la provincia,

„en qualesquiera direccion que siguie-
 „sen. De este modo podrian recibir so-
 „corros y dexar sus enfermos. Esta úl-
 „tima consideracion es muy poderosa,
 „y no debo disimular á V. M. que in-
 „fluiria mucho en la moral de los solda-
 „dos , que en el estado actual de cosas
 „estan espuestos á perecer de miseria, ó á
 „los golpes de los paisanos, si tienen
 „la desgracia de ser heridos, ó de
 „caer enfermos, y se hallan distantes
 „de un lugar seguro, donde puedan
 „buscar amparo.

„Creo que gastando un millon se
 „podria poner la Galicia en estado de
 „defensa, y seguramente nunca dinero
 „alguno se pudo emplear mejor, tanto
 „mas, quanto en adelante se podria dis-
 „minuir el número de tropas que son
 „necesarias en el dia: en esta persuasion
 „he aconsejado al mariscal Ney, que forti-
 „fique á Lugo, y que haga construir tres
 „hornabeques en la línea de Villafran-
 „ca: las plazas de Tuy, Monforte, Mon-
 „terey, Viana, y Puebla de Sanabria,

„las quales todas son susceptibles de ar-
„tillería , tienen un recinto y un resto
„de fortificacion , podrian repararse con
„facilidad , y llenarian perfectamente es-
„te objeto , y si era preciso , hay toda-
„vía otros puestos , que por su situa-
„cion concurrían á la defensa , sin que
„se aumentasen considerablemente los
„gastos. Si no se adopta esta medida,
„que considero como urgente , y de un
„resultado seguro , será indispensable que
„se envíen refuerzos al señor mariscal
„Ney , aunque no sea mas que para re-
„emplazar sus pérdidas , y mante-
„ner libres las comunicaciones ; pues
„aunque en el dia puede hacer frente á
„los cuerpos de la Romana y de la Car-
„rera reunidos , si se presentan en línea ;
„como su sistema es acosar continua-
„mente , y evitar una accion general,
„con el tiempo consumirán el ejército
„mas fuerte , y concluirán por destruir-
„le , aun sin pelear , si no es sostenido,
„y se perderán muchos hombres sin
„conseguir el resultado propuesto.

„Es probable que jamás me halle ya
„en el caso de hablar á V. M. de Ga-
„licia; y así por esta última vez he crei-
„do de mi obligacion darle parte de las
„observaciones, que la permanencia en
„esta parte de sus estados, y el cono-
„cimiento que he adquirido del carácter
„de los habitantes, me han puesto en
„disposicion de hacer. Tengo el honor
„de suplicar á V. M. que se digne
„disimularme esta digresion, en consi-
„deracion de los motivos que la han dic-
„tado.

Tengo el honor, &c.

Firmado. El duque de Dalmacia.

Carta del mariscal Soult á José Bonaparte, fecha en la Puebla de Sanabria á 27 de junio de 1809.

Á S. M. el Rey de España y de las Indias.

SEÑOR.

„Tengo el honor de participar á
 „V. M. que he dado órden al general
 „Franceschi de salir de la Puebla de Sa-
 „nabria con la division de caballería li-
 „gera que manda ir á Zamora, donde
 „la hará pasar el Duero, y la situará
 „en la orilla izquierda, en el camino que
 „conduce á Ciudad-Rodrigo, donde es-
 „perará nuevas órdenes. Quando el ge-
 „neral Franceschi haya situado su divi-
 „sion, marchará en posta á entregar á
 „V. M. los pliegos que le he confia-
 „do sobre la situacion del cuerpo de
 „ejército, y de sus operaciones, los
 „pormenores que podria desear, y te-

„ner el honor de tomar sus órdenes.

Suplico á V. M. que reciba con bondad al general Franceschi, que le manifieste que está satisfecho de los distinguidos servicios que ha hecho durante la campaña, y que me le vuelva á enviar quanto antes sea posible, porque su presencia es necesaria para el restablecimiento de la division, cuyo mando le está confiado.

„El capitan Anthonius, mi edecan, marcha con el general Franceschi, y tendrá tambien el honor de tomar las órdenes de V. M. Este valiente oficial se ha portado con la mayor distincion durante la campaña, y no puedo elogiarle demasiado.

„Hago que se adelante á Zamora, á donde pienso llegar el 2 del próximo julio, el ordenador en gefe del ejército el señor Lenoble, para que prevenga los víveres necesarios, y el hospital que debe recibir los muchos enfermos que siguen á los regimientos. Tambien debe reclamar del señor in-

„tendente general del ejército los me-
 „dios de todas especies que me faltan,
 „como vestuario, calzado, ambulancias,
 „administracion, transporte militar, pa-
 „gadores, dinero para sueldos, y gas-
 „tos extraordinarios, posta, &c. Tengo
 „el honor de suplicar á V. M. que se
 „digne dar órden de que se atiendan
 „mis peticiones: mis necesidades son
 „muy grandes.

„Tambien suplico á V. M. tenga á
 „bien dar sus órdenes al general coman-
 „dante de la artillería del ejército, pa-
 „ra que se satisfagan los pedidos que con
 „respeto á su arma hará el general Du-
 „lauki, á quien con este motivo envio
 „á Zamora. El 1.º de este mes escribí al
 „señor mariscal Jourdan, suplicándole
 „que solicitase la autorizacion de reunir
 „en Zamora un equipage de artillería de
 „campaña que estuviese á mi disposicion:
 „debió recibir mi carta de mano del ge-
 „neral Bigarre, edecan de V. M.

Me atrevo todavía á pedir á V. M.
 „que tenga la bondad de mandar que

Cc

„ todos los destacamentos, los depósitos
 „ y los transportes de vestuario, que de-
 „ ben estar en diferentes plazas, se reúnan
 „ en Zamora, á no ser que V. M. pre-
 „ fiera enviármelos á Salamanca, en el
 „ caso de que dispusiere hacerme marchar
 „ á este punto con el cuerpo de exérci-
 „ to, para estar mas á mano de concur-
 „ rir á las operaciones generales, aun al
 „ mismo tiempo que me ocupase en el
 „ restablecimiento de las tropas.

„ V. M. sabe que hace mas de cin-
 „ co meses que no he recibido órdenes,
 „ noticias, ni socorros; por consiguiente
 „ debo carecer de muchas cosas, y aun
 „ ignorar las disposiciones generales, cu-
 „ ya execucion me puede corresponder
 „ en parte; tengo el honor de suplicar á
 „ V. M. que se sirva mandar se me en-
 „ vien dobles las órdenes que me faltan
 „ para guiarme por ellas.

„ En mi oficio de 30 de mayo últi-
 „ mo he dado cuenta á V. M. que ponía
 „ á la disposicion del señor mariscal Ney
 „ el general de brigada Rouger; pero es-

„te general, que tiene mucho celo, ha-
 „biendo permanecido en Lugo muchos
 „dias sin ser empleado, y pudiendo yo
 „servirme de él con utilidad, me le he
 „traído; él conduxo el último destaca-
 „mento que vino de Lugo con la arti-
 „llería de campaña.

„El general de brigada Vialannes
 „estaba muy cansado, y pretextó antes
 „de salir de Lugo enfermedades, que
 „no creí tan grandes como él las supo-
 „nia: pero habiendo advertido en él un
 „desaliento moral, le he dado orden de
 „retirarse para recibirlas del mayor ge-
 „neral de V. M.

„Hubiera yo querido poder ha-
 „cer marchar á los generales Lahousa-
 „ye y Mermet, que no han hecho siem-
 „pre lo que podian para el éxïto de
 „las operaciones; pero he preferido es-
 „perar la llegada á Zamora á fin de no
 „acreditar los rumores de intrigas, y de
 „conspiraciones que se notaron al salir
 „de Oporto, en los quales seguramente
 „no tuvieron parte alguna, segun avisé

„á V. M.: habiéndose desvanecido los
 „rumores enteramente, creo útil al bien
 „del servicio del Emperador, que se dé
 „otro destino á estos dos generales, que
 „en el dia no es necesario reemplazar,
 „porque la reduccion de la caballería
 „permite suprimir el quadro de una di-
 „vision de dragones, y el general Loi-
 „son, que está sin destino, ó el general
 „Ferby, para quien he solicitado la gra-
 „cia de general de division, pueden muy
 „bien reemplazar al general Mermet en
 „Zamora: en consecuencia tomaré mis
 „disposiciones, y suplico á V. M. que
 „las apruebe.

„Aun tengo que hacer algunas mu-
 „danzas en la colocacion de los genera-
 „les. He encargado al general Frances-
 „chi que tenga el honor de hablar so-
 „bre esto á V. M.: el bien del servi-
 „cio lo manda, y el motivo es dema-
 „siado poderoso, para que el Empera-
 „dor dexé de dar su consentimiento; por-
 „que en la especie de guerra que hacemos,
 „y con la clase de enemigos con quie-

„nes tenemos que pelear, importa mucho
 „para el éxito de las operaciones, que
 „los gefes, que estan á la cabeza de las
 „tropas, no solamente sean imperturba-
 „bles, sino que tengan una fuerza de al-
 „ma, que los haga en todas las circuns-
 „tancias superiores á los acontecimientos,
 „aun los mas sensibles. Tengo el honor
 „de suplicar á V. M. que se digne te-
 „ner en consideracion la observacion que
 „me tomo la libertad de hacerle, y que
 „es inspirada por un celo ardiente del
 „servicio.

Tengo el honor, &c.

Firmado. El duque de Dalmacia.

NOTA XIV.

Véase sobre la batalla de Talavera la carta siguiente del mariscal Jourdan al mariscal Soult, y la traduccion de la carta del gefe de los ingleses á Lord Casteleragh. La carta del mariscal Jourdan fué interceptada por los españoles, y está sacada de los papeles presentados

al parlamento de Inglaterra en 1810.

Carta del mariscal Jourdan al mariscal Soult, fecha en Bargas el 30 de julio de 1809.

SEÑOR MARISCAL.

„Habiendo salido de Madrid hace
 „muchos dias, os he escrito algunas ve-
 „ces; pero como es posible, que mis car-
 „tas hayan sido interceptadas, voy á co-
 „municaros en globo las operaciones del
 „ejército mandado por el rey desde
 „el 23 hasta hoy.

„El 22 por la tarde supo el rey,
 „que el ejército inglés reunido al del
 „general Cuesta en las inmediaciones de
 „Talavera, se disponia á tomar la ofen-
 „siva contra el señor duque de Bellunne,
 „que estaba campado sobre el Alber-
 „che, y que tenia su quartel general
 „en Casalejas. El movimiento del gene-
 „ral Cuesta, y del ejército inglés so-
 „bre el duque de Bellunne debia ser

„sostenido por un cuerpo de diez ó doce mil portugueses, que desde las márgenes del Tietar se habia dirigido por Escalona sobre el Alberche, para atacar por retaguardia al señor duque de Bellune, mientras que lo verificaban de frente el general Cuesta, y el ejército inglés.

„El Rey, que habia previsto en parte estos movimientos, habia dado orden al general Sebastiani de replegarse á Toledo.

„El 23 salió el Rey de Madrid con su reserva, y vino á dormir á Navalcarnero. S. M. tenia el proyecto de continuar su movimiento sobre Casalejas, á fin de reunirse al duque de Bellune; tambien habia pensado llamar á Casalejas al quarto cuerpo quando hubiese llegado á Toledo.

„En la tarde del 23 el señor duque de Bellune dió parte á S. M. de que teniendo seguridad de ser atacado el 24, y no creyendo prudente pelear contra un enemigo tan superior, se iba

„á retirar sobre Toledo, y á tomar posición sobre el Guadarrama.

„El Rey no pudo por esto continuar su movimiento sobre Casalejas, y S. M. fué el 24 á Bargas cerca de Toledo. Este dia llegó á Toledo la vanguardia del quarto cuerpo, y el 25 el primer cuerpo: el quarto y la reserva se reuieron en las inmediaciones de esta ciudad.

„El 26 el Rey dexó tres mil hombres para defender á Toledo, y se puso en marcha con todo el ejército para tomar la ofensiva. Quando llegó á Torrijos, halló las abanzadas enemigas, que fueron rechazadas sobre el cuerpo de ejército español, que estaba campado en santa Olalla, donde el general Cuesta tenia su quartel general; el ejército inglés habia quedado en Talavera, y tenia su vanguardia en Casalejas.

„El mismo dia el Rey continuó su marcha sobre santa Olalla, donde estableció su quartel real. El ejército

„español se retiró ácia Talavera, y su
 „retaguardia fué acuchillada.

„El 27 el Rey continuó sus movi-
 „mientos: se encontró á la vanguardia
 „inglesa, cerca de Casalejas, y fué re-
 „chazada.

„El ejército español y el inglés to-
 „maron posicion; la derecha apoyada
 „á Talavera, y la izquierda en una me-
 „seta, cuyo acceso era sumamente di-
 „ficil.

„El Rey hizo pasar el Alberche á
 „todo el ejército: todo lo que se opuso
 „á su marcha fué arrollado, y el exérci-
 „to imperial llegó al anocheecer á tiro de
 „cañon del ejército enemigo: dos horas de
 „dia mas hubieran sido suficientes para que
 „el Rey hubiese hecho tomar la mese-
 „ta, á la que se apoyaba la izquierda
 „enemiga, y como esta meseta era la
 „llave de su posicion, hubiera sido ba-
 „tido completamente.

„El enemigo, que conoció toda la
 „importancia de esta formidable posicion,
 „traxo durante la noche á la meseta

„una numerosa artillería, y colocó el
 „ejército inglés detrás de esta posición,
 „mientras que el ejército español, com-
 „puesto de treinta y seis mil hombres,
 „ocupaba las inmediaciones de Talavera.

„Sin embargo, el rey se decidió á
 „atacar los dos ejércitos enemigos, y
 „el 28 al amanecer se empeñó el ata-
 „que por la parte de la meseta, con-
 „tra la qual se dirigieron las tropas del
 „primer cuerpo. Nuestras tropas subie-
 „ron al asalto con un valor poco co-
 „mun; sin embargo, quando llegaron á
 „la cima, se vieron obligadas á replegarse,
 „porque fueron atacadas por fuerzas muy
 „superiores, volvieron á ocupar su pri-
 „mera posición, y se suspendió el com-
 „bate.

„El rey en persona fué á reconocer
 „la meseta, y se decidió que se atacaria
 „de nuevo este punto importante, al qual
 „no era posible envolver, y que el pri-
 „mer cuerpo se encargaria de esta ope-
 „ración, mientras que el 4.º atacaba el
 „centro del enemigo. Las tropas se pu-

,,sieron en movimiento á las quatro de
 ,,la tarde, y se empeñó en seguida una
 ,,accion de las mas vivas, en la qual
 ,,nuestras tropas hicieron prodigios de
 ,,valor. Obligaron al enemigo á aban-
 ,,donar la meseta, pero no pudieron
 ,,nunca mantenerse en ella, por la faci-
 ,,lidad que tenia el enemigo de atacar
 ,,nuestras cabezas de columna con fuer-
 ,,zas superiores. El ataque del centro o-
 ,,bligó igualmente al enemigo á retro-
 ,,ceder; nuestras tropas durmieron en el
 ,,campo de batalla, despues de haber
 ,,causado al enemigo una pérdida inmen-
 ,,sa; la nuestra ha sido considerable.

,,Toda la infantería, excepto la re-
 ,,serva, se ha empeñado, y el terreno no
 ,,ha permitido hacer obrar á la caballe-
 ,,ría. Habiendo sabido el Rey que el
 ,,exército del general Venegas se habia
 ,,dirigido sobre Toledo y Aranjuez, y
 ,,que adelantaba partidas de caballería
 ,,hasta las puertas de Madrid, creyó de-
 ,,ber acercarse á su capital para impedir
 ,,que los enemigos la invadiesen. Tam-

„bien ha movido á tomar este partido
 „la esperanza de que el resultado de la
 „batalla, y vuestro movimiento sobre
 „Plasencia, obligarán al ejército inglés
 „á separarse del general Cuesta, y á
 „acercarse á Plasencia; en consecuen-
 „cia el primer cuerpo tomó su antigua
 „posición sobre el Alberche, y S. M.
 „vino este mismo dia con el 4 cuerpo
 „á dormir á santa Olalla; hoy ha ve-
 „nido á Bargas. Aquí está S. M. en dis-
 „posición de socorrer, en caso de nece-
 „sidad, al primer cuerpo, de impedir al
 „enemigo que emprenda nada sobre To-
 „ledo, y de hacer que el general Ve-
 „negas se arrepienta de su temeridad, si
 „pasa el Tajo en Aranjuez para dirigir-
 „se sobre Madrid.

„Ahora que os he comunicado, se-
 „ñor mariscal, todo lo que se ha he-
 „cho, y las posiciones que ocupa el
 „ejército, S. M. me manda deciros, que
 „si con vuestro movimiento sobre Pla-
 „sencia no obligais al ejército inglés á
 „separarse del español, S. M. tendrá

„mucho trabajo en sostenerse contra tan-
 „tas fuerzas reunidas: el ejército del
 „general Cuesta se compone de treinta y
 „cinco mil hombres, el del general Vene-
 „gas de veinte y cinco mil, y el ejército
 „inglés tiene lo menos otros veinte y
 „cinco mil hombres: unid á esto doce
 „ó quince mil portugueses á las órde-
 „nes del general Wilson, y vereis que
 „todo asciende á cien mil hombres. Me
 „olvidaba de deciros, que el cuerpo de
 „Wilson se adelantó hasta Navalcarne-
 „ro, y que fué llamado en el momen-
 „to en que el rey marchaba sobre el
 „ejército inglés.

„S. M. espera que estareis ya en
 „marcha para Plasencia, y que, en el
 „caso de que haya llegado ya allí el
 „ejército inglés, le buscareis por todas
 „partes para darle batalla. Conoceis que
 „no se puede perder un momento, y
 „que debéis obrar con la mayor cele-
 „ridad.

„El rey desea recibir á menudo no-
 „ticias vuestras; es preciso que trateis

„de entablar la comunicacion con Ávi-
 „la, para que el rey reciba con mas
 „prontitud vuestros avisos.

„Tengo el honor de saludaros con
 „la consideracion mas distinguida.

Firmado. El mariscal del imperio
 mayor general de S. M. C.

Jourdan.

*Traduccion de una carta del teniente
 general Sir Arthur Wellesley á Lord
 vizconde Castelereagh, fecha en Talave-
 ra de la Reyna á 29 de julio de 1809,
 sacada de los papeles presentados
 al parlamento.*

MILORD.

„El general Cuesta siguió la mar-
 „cha del enemigo con su ejército la ma-
 „ñana del 4 desde el Alberche hasta
 „santa Olalla, é hizo adelantar su van-
 „guardia á Torrijos.

„Segun las razones, que dí á vuestra
 „señoría en mi oficio del 24, coloqué

„solamente dos divisiones de infantería
 „y una brigada de caballería del otro
 „lado del Alberche, en Casalejas, á las
 „órdenes del teniente general Sherbroo-
 „ke, con intencion de mantener la co-
 „municacion con el general Cuesta, y
 „con el cuerpo de Sir Roberto Wilson
 „que estaba en Escalona.

„El enemigo en los dias 24, 25,
 „y 26, reunió todas sus fuerzas de esta
 „parte de la España, entre Torrijos y
 „Toledo, no dexando en esta ciudad
 „mas que un pequeño cuerpo de dos mil
 „hombres.

„Su ejército reunido se componia
 „de los cuerpos del mariscal Victor y
 „del general Sebastiani, de siete á ocho
 „mil hombres de la guardia de José Bo-
 „naparte, y de la guarnicion de Madrid;
 „estaba mandado por José, y le ayuda-
 „ban los mariscales Jourdan y Victor,
 „y el general Sebastiani.

„El 26 la vanguardia del general
 „Cuesta fué atacada cerca de Torrijos,
 „se vió obligada á retroceder, y el ge-

„neral se retiró con su ejército este mis-
 „mo dia á la orilla izquierda del Alber-
 „che. El general Sherbrooke estaba en
 „Casalejas, y el enemigo en santa Olalla.
 „Era evidente que el enemigo se pro-
 „ponia ensayar el resultado de una ac-
 „cion general; la mejor posicion para
 „esperarle parecia hallarse en las inme-
 „diaciones de Talavera, y habiendo con-
 „sentido el general Cuesta la mañana
 „del 27 en tomar esta posicion, mandé
 „al general Sherbrooke, que se retirase
 „con su cuerpo á su puesto en la línea,
 „dexando al general Mackenzie con una
 „division de infantería y una brigada de
 „caballería, como una abanzada en el
 „bosque, á la derecha del Alberche,
 „que cubria nuestro flanco izquierdo.
 „La posicion que tomaron las tro-
 „pas en Talavera, se extendia poco mas
 „de dos millas: el terreno era abierto á
 „la izquierda en la parte que ocupaba el
 „ejército inglés, y estaba protegido por
 „una altura, en la qual se hallaba for-
 „mado en escalones, y habia en segun-

„da línea una division de infantería á las
„órdenes del general mayor Hill.

„Habia un valle entre esta altura, y
„una cadena de montañas situada mucho
„mas lejos, ácia la izquierda, el qual no
„se ocupó al principio porque estaba do-
„minado por la altura, y porque la ca-
„dena de montañas parecia demasiado
„distante para poder influir en la accion
„que se iba á dar.

„La derecha, compuesta de las tro-
„pas españolas, se extendia delante de
„Talavera hasta el Tajo: esta porcion de
„terreno estaba cubierta de plantíos de
„olivos, y cortada con fosos y cercas.
„La calzada que conduce el puente so-
„bre el Alberche estaba defendida por
„una gruesa batería situada enfrente de
„una inglesa que estaba ocupada por la
„infantería española. Todas las avenidas
„de la villa estaban ocupadas del mismo
„modo, tambien lo estaba el pueblo, y
„el resto de la infantería española esta-
„ba formada en dos líneas detras de los
„setos de los caminos que se comunica-

„ban de derecha á izquierda de nuestra
„posicion.

„En el centro , entre los dos exérci-
„tos , habia una elevacion de terreno a-
„bierta por atras , en la qual habiamos
„empezado á construir un reducto.

„El brigadier general Alexandro
„Campbell estaba situado en este mon-
„teculo con una division de infantería,
„sostenida por la brigada de caballería
„del general Coston , y por alguna ca-
„ballería española.

El 27 á poco mas de las dos de la
„tarde se descubrió al enemigo en fuer-
„za al otro lado del Alberche , y mani-
„festó querer atacar la division del ge-
„neral Mackenzie. Fué en efecto ataca-
„da antes que pudiese recibir la órden
„de retirarse ; pero esta division que es-
„taba compuesta de las brigadas del ge-
„neral Mackenzie y del coronel Dou-
„kin , y la brigada de caballería del ge-
„neral Anson , y que estaba sostenida en
„la llanura que está entre Talavera y el
„bosque , por el general Payne , á la ca-

„beza de quatro regimientos de caballe-
 „ría, se retiró en buen órden, pero con
 „alguna pérdida que sufrieron en parti-
 „cular el 2.º batallon del 87 regimien-
 „to, y el 2.º batallon del 31, que es-
 „taban apostados en los bosques.

„En esta ocasion se ha señalado par-
 „ticularmente la firmeza y la disciplina
 „del 45 regimiento, y del 5.º batallon
 „del 60, y sobre todo estoy muy sa-
 „tisfecho del modo con que el general
 „mayor Mackenzie ha hecho retirar su
 „vanguardia.

„Á la caida de la tarde, el enemi-
 „go se descubrió en mayor número á la
 „derecha del Alberche, y no se duda-
 „ba que se proponia atacar á los exér-
 „citos conuinados.

„El general Mackenzie continuó re-
 „trocediendo sobre la izquierda de nues-
 „tra posicion, y fué colocado en segun-
 „da línea detras de las guardias. El co-
 „ronel Doukin estaba en la misma po-
 „sicion mas á la izquierda, detras de la
 „legion real alemana.

» El enemigo empezó su ataque en
 » la tardecita por un cañoneo muy vivo
 » contra la izquierda de nuestra posi-
 » cion, y por un ataque de su caballe-
 » ría, para derrotar la infantería españo-
 » la situada en la derecha, segun llevo
 » dicho: este ataque se frustró entera-
 » mente.

» Por la noche envió una division
 » de infantería por el valle contra la iz-
 » quierda de la altura ocupada por el ge-
 » neral mayor Hill, y de la qual se a-
 » poderó momentáneamente; pero el ma-
 » yor general Hill la atacó al instante á
 » la bayoneta, y volvió á tomar su po-
 » sicion.

» Este ataque se repitió durante la
 » noche, y tambien se frustró; se empe-
 » zó de nuevo al amanecer del 28 por
 » dos divisiones de infantería que fue-
 » ron rechazadas por el general mayor
 » Hill.

» El general Hill alaba particular-
 » mente la conducta del regimiento 29,
 » y del primer batallon del 48 en estas

„ diferentes acciones , asi como la del ge-
 „ neral mayor Tilson , y la del brigadier
 „ general Stewart.

„ Hemos perdido muchos valien-
 „ tes oficiales y soidados en la defensa
 „ de este punto importante de nuestra
 „ posicion. No puedo menos de hacer
 „ mencion del mayor de brigada Fordi-
 „ fee , y del brigadier mayor Gardner;
 „ el mayor general Hill tambien ha si-
 „ do herido , pero levemente.

„ Este ensayo infructuoso fué se-
 „ guido ácia medio dia por un ataque
 „ general de todas las fuerzas del ene-
 „ migo , contra toda la posicion que
 „ ocupaba el ejército inglés.

„ En consecuencia de los ataques re-
 „ petidos contra la altura donde estaba
 „ nuestra izquierda , por el valle , habia
 „ puesto dos brigadas de caballería in-
 „ glesa en este valle , las quales esta-
 „ ban sostenidas por la division de ca-
 „ ballería española del duque de Albur-
 „ querque.

„ El enemigo situó entonces infan-

» tería ligera en la cadena de monta-
 » ñas á la izquierda del valle, y le o-
 » puse la division de infantería españo-
 » la del teniente general Bassecourt.

» El ataque general empezó por la
 » marcha de muchas divisiones de infan-
 » tería que el enemigo hizo abanzar por
 » el valle, con intencion de atacar la al-
 » tura ocupada por el general Hill. Es-
 » tas columnas fueron cargadas inmedia-
 » tamente por el 1.^o y el 23 regimientos
 » de dragones ligeros, al mando del bri-
 » gadier general Anson, conducidos por
 » el teniente general Payne, y sosteni-
 » dos por la brigada de caballería pesa-
 » da del general Fane: y aunque el 23
 » de dragones sufrió una pérdida consi-
 » derable, esta carga produjo el efecto
 » de impedir la execucion del plan de
 » esta parte del ejército enemigo.

» Al mismo tiempo dirigió un ataque
 » á la posicion del brigadier general Camp-
 » bell contra el centro de los ejércitos
 » combinados, y á la derecha de los in-
 » gleses. Este ataque fué rechazado con

„valor por el brigadier general Camp-
 „bell, sostenido por el regimiento de ca-
 „ballería española del rey, y por dos
 „batallones de infantería española, y el
 „brigadier general Campbell tomó la ar-
 „tillería del enemigo.

„El brigadier general hace mencion
 „en particular de la conducta del 99,
 „del 2 batallon del 7, y del 2 batallon
 „del 53 regimiento. Yo estoy entera-
 „mente satisfecho del modo con que ha
 „defendido esta parte de la posicion.

„El enemigo hizo al mismo tiem-
 „po otro ataque contra la division del
 „teniente general Sherbrooke, que esta-
 „ba en el centro de la primera línea del
 „ejército inglés.

„Este ataque fué valerosamente re-
 „chazado por una carga á la bayoneta
 „de toda la division; pero la brigada de
 „guardias que estaba á la izquierda ha-
 „biéndose adelantado demasiado, expu-
 „so su flanco al fuego de las baterías
 „de los enemigos, y al de sus colum-
 „nas que se retiraban, y la division se

» vió precisada á retroceder á su pri-
» mera posicion, baxo la proteccion de
» la segunda línea, de la brigada de
» caballería del general Cotton que ha-
» bia hecho venir del centro, y del
» primer batallon del regimiento 48.

» Al momento que vi abanzar á las
» guardias, habia hecho baxar á este re-
» gimiento de las alturas que ocupaba;
» se formó en la llanura, marchó con-
» tra el enemigo, y cubrió la formacion
» de la division del general Sherbrooke.

» Algunos momentos despues que
» rechazamos este ataque, en el qual pa-
» rece que el enemigo empleó todas sus
» fuerzas, el ejército francés empre-
» dió su retirada dirigiéndose sobre el
» Alberche; esta retirada se hizo en el
» órden mas perfecto, y se efectuó du-
» rante la noche. El enemigo abando-
» nó veinte cañones, municiones, car-
» ros, y le hicimos algunos prisioneros.

» Vuestra señoría observará por el
» estado que incluyo la gran pérdida
» que hemos tenido de dignos oficiales

„ y valientes soldados en esta accion
 „ larga y dificil , contra un enemigo
 „ dos veces mas numeroso que noso-
 „ tros. La del enemigo ha sido mucho
 „ mayor. He sabido que han sido des-
 „ truidas. brigadas enteras de infante-
 „ ría , y verdaderamente los batallo-
 „ nes que se retiraban estaban muy ba-
 „ xos de fuerza: segun todas las relacio-
 „ nes , su pérdida asciende á diez mil
 „ hombres; los generales Lapisse y Mor-
 „ lot han sido muertos, y los genera-
 „ les Sebastiani y Boulet han quedado
 „ heridos.

„ Tengo particular sentimiento por
 „ la pérdida del general mayor Macken-
 „ cie, que se distinguió el 27, por la
 „ del brigadier general Lamgworth de
 „ la legion alemana del Rey, y por la
 „ del mayor de guardias Beckett.

Siguen las recomendaciones.

Firmado Arthur Wellesley.

NOTA XV.

Toledo estaba atacado por una división del general Venegas que se había apoderado el 27 de Aranjuez y Valdemoro. (pág. 156.)

Véase la siguiente carta del general Venegas, á D. Antonio Cornel, ministro de la guerra. (Esta carta se halla entre los papeles presentados al parlamento inglés en 810.

Ocaña 29 de julio 1809.

EXCMO. SEÑOR.

„ El brigadier D. Luis Laci me a-
 „ nuncia en su oficio de ayer que llegó
 „ con su división á las seis de la tarde
 „ á las alturas que dominan á Toledo,
 „ por la parte del puente de Alcántara;
 „ que los franceses habian puesto en una
 „ plataforma del castillo un destacamen-
 „ to de infantería, y dos cañones de á

» quatro que hicieron fuego á nuestras
 » tropas. Nuestra artillería contestó con
 » éxito á la de los enemigos.

» El general Laci envió sus tropas
 » ligeras á apoderarse del puente, pero
 » se lo impidió el fuego vivísimo de los
 » fusileros que los franceses habian em-
 » boscado en las casas inmediatas. Cerca
 » de la noche, el general Laci hizo re-
 » tirar sus tropas para que descansasen,
 » dexando segun costumbre guardias a-
 » banzadas para observar al enemigo.
 » Los paisanos armados que manda Don
 » Ventura Ximerick, hicieron un ata-
 » que falso por la parte del puente de
 » san Martin; los franceses retiraron por
 » la noche las dos piezas que habian co-
 » locado á la entrada de este puente.

» En estas acciones no hemos per-
 » dido mas que un cabo de granade-
 » ros muerto por una bala de cañon.

» Las relaciones del general Laci me
 » anuncian que los franceses no tienen
 » en Toledo mas que quatro ó cinco
 » mil hombres, entre ellos doscientos

" caballos; tienen tambien seis cañones.
 " El general Laci se proponia ha-
 " cer hoy de nuevo un falso ataque al
 " puente de san Martin, mientras que
 " con todas sus fuerzas enviste al de Al-
 " cántara, para apoderarse de la ciudad.
 " Son ya las diez de la noche, y no he
 " recibido ninguna noticia suya, no sé
 " si se habrá apoderado de la plaza.
 " Me dicen que esta mañana se oyó por
 " la parte de Toledo un cañoneo muy
 " vivo.

Firmado. Francisco Venegas.

*Carta del general Venegas á Don An-
tonio Cornel.*

Ocaña 30 de julio de 1809.

EXCMO. SEÑOR.

" En mi oficio de ayer anunciaba á
 " V. E. que los franceses tenian en las
 " alturas de la Reyna y de Salinas, un
 " puesto de doscientos caballos, y de

„trescientos hombres de infantería, que
 „el coronel D. Felipe de la Corte se
 „proponia tomar este puesto con su cam-
 „po volante compuesto de ciento cin-
 „cuenta soldados de infantería del re-
 „gimiento de Ronda, y de doscientos
 „cincuenta caballos compuestos de pi-
 „quetes de los regimientos de España,
 „Granada, Farnesio, Alcántara, lance-
 „ros de Utrera, y de los contrabandis-
 „tas á caballo. El coronel la Corte,
 „habiendo hecho el rodeo necesario pa-
 „ra cercar el puesto francés, le asaltó á
 „las nueve de la noche, mató noventa
 „hombres, hizo seis prisioneros, y los
 „demas franceses se escaparon; pero to-
 „dos hubieran sido muertos ó prisione-
 „ros, si la noche no hubiese protegido
 „su evasion. Los paisanos de las aldeas
 „inmediatas han traído á mi quartel ge-
 „neral otros veinte y dos prisioneros.
 „Despues de esta accion las partidas fran-
 „cesas que estaban en Cienpozuelos y
 „Valdemoro, se han retirado precipi-
 „tadamente á Madrid, donde han es-

„parcido el terror y la consternacion.
Firmado. Francisco Venegas.

NOTA XVI.

Madrid habia estado tambien, algunos dias antes, á punto de ser ocupado por el cuerpo de vanguardia del general inglés Wilson, que de Escalona se habia adelantado hasta Navalcarnero. Los habitantes de la Capital le habian abierto sus puertas, &c. (página 156.)

Vease la traduccion siguiente entresacada de la relacion de las campañas de la legion portuguesa, por el brigadier general Sir Roberto Wilson. Londres 1812, pág. 81 y 82.

„Nos adelantamos ácia Madrid por „el camino de Navalcarnero: el rey Jo- „sé acababa de abandonar esta Capital „seguido de sus guardias, y habia de- „jado en ella una pequeña guarnicion á „las órdenes del general Belliard. Los

„caminos estaban llenos de habitantes
 „del campo, que, reunidos en los sitios
 „por donde debíamos pasar, se alegraban
 „de vernos. Á la primera noticia de que
 „nos acercábamos, los habitantes de Ma-
 „drid se alvoroaron, dando las mas vi-
 „vas demostraciones de alegría, por la
 „esperanza de sacudir bien pronto el yu-
 „go del gobierno opresivo de los fran-
 „ceses, y de exterminar dentro de po-
 „co al rey intruso y á toda su pérfida
 „Corte. Las puertas de Madrid se abrie-
 „ron para recibirnos, y la débil guarni-
 „cion francesa que habia quedado en la
 „villa, se vió obligada á encerrarse en el
 „Retiro, para librarse de la furia del
 „populacho.

„El gobernador general Belliard era
 „un hombre humano y afable; á pesar
 „del tumulto y de la agitacion corria á
 „caballo solo y sin escolta las calles de
 „Madrid, exôrtando á los habitantes á
 „que tuviesen paciencia, y esperasen el
 „éxito de la batalla general, diciéndoles
 „que él abandonaria al momento la vi-

„lla si triunfaba el ejército aliado: hacia
„entender al mismo tiempo al pueblo,
„que, apresurándose demasiado se expo-
„nia á las mas sérias consecuencias, y á
„la venganza del rey. Sin embargo, los
„habitantes de todas clases, de todos es-
„tados, y de todas edades se precipitaban
„por el camino que traíamos, y se ade-
„lantaban hasta nosotros algunas leguas,
„esforzándose á manifestarnos de mil
„modos su alegría y su reconocimiento
„porque veníamos á libertarlos del yu-
„go de los franceses. Nos anunciaban,
„felicitándonos, que seríamos recibidos
„en la Capital en medio de regocijos y
„de fiestas, y que los franceses no po-
„drían oponernos resistencia alguna.

NOTA XVII.

El mariscal Soult no habia recibido esta órden hasta el 27, y se habia puesto en marcha el 28, &c.

(pág. 158.)

Véase la traduccion siguiente de una carta del duque del Parque á D. Antonio Cornel, que contiene la relacion, dia por dia, de los movimientos, y acciones de los franceses en Castilla la Vieja, desde el 28 de julio hasta el 2 de agosto, segun las relaciones de las guerrillas españolas.

Ciudad-Rodrigo 3 de agosto de 1809.

EXCMO. SEÑOR.

„Paso á manos de V. E. el dia-
 „rio de los movimientos y estado de
 „las fuerzas enemigas en esta provin-
 „cia de Castilla la Vieja, desde el 28
 „de julio hasta el 2 del corriente.

Ee

„V. E. advertirá por los partes de
 „Don Julian Sanchez, comandante de
 „guerrilla, que este valiente gefe de par-
 „tida, no pierde ocasion ninguna de dis-
 „tinguirse; atacando á los enemigos, y
 „que pasan pocas semanas sin que ad-
 „quiera derechos á nuevas recompensas;
 „como es dificil darselas tan á menudo
 „como las merece, he aumentado con
 „cincuenta caballos la guerrilla que man-
 „da, dándole á entender, que lo he he-
 „cho para recompensar el modo con que
 „se conduxo en la última accion.

„V. E. verá que he recibido ayer
 „el aviso de la salida de los franceses
 „de Salamanca, y que en Zamora no
 „hay mas que trescientos enfermos. He
 „dado la órden á las guerrillas para que
 „se adelanten, y me den con frecuen-
 „cia avisos repetidos del estado de las
 „cosas, á fin de que pueda yo apro-
 „vecharme de las circunstancias para a-
 „poderarme de las municiones, de la
 „harina y otros efectos, que los france-
 „ses hayan dexado en Salamanca, y cui-

„dar de que se establezcan en la ciudad la tranquilidad y el buen orden.
Firmado. El duque del Parque Castrillo.

Diario de los movimientos y estado del ejército francés en la provincia de Castilla la Vieja, desde el 28 de julio hasta el 2 de agosto.

Ledesma 28 de julio.

„Los mil dragones que estaban aquí han salido para ir á Salamanca.

„El 26 unos dos mil franceses de infantería y caballería han venido á Tamames, y han tomado el camino de Salamanca, despues de haber saqueado el pueblo.

Ciudad-Rodrigo 28 de julio.

„Una muger que salió de Valladolid el 21, y que llega aquí en este momento, dice que la guarnicion de aquella ciudad es muy corta, y que

Ee 2

„el camino de Salamanca estaba cubier-
 „to de tropas: que los enemigos habían
 „pedido una contribucion de dos millo-
 „nes de reales, ocho mil colchones, y
 „diez y seis mil sábanas, y que se ha-
 „bian hecho entregar toda la plata de
 „las iglesias; que las tropas francesas pa-
 „recia que estaban muy fatigadas y muy
 „abatidas.

Bejar 28 de julio.

„Los enemigos en gran número han
 „entrado en Alva de Tormes, Maite-
 „ra y Valdecarroz. Han hecho decir á
 „la justicia de los Santos, que preven-
 „gan veinte mil raciones para mañana:
 „parece que piensan tomar posicion en
 „Gallegos.

Bejar 29 de julio.

„Como unos sesenta caballos han
 „baxado á calzada de Pedro Minyo, y
 „han pedido cinco mil raciones en la
 „aldea de Ledral.

Salamanca 29 de julio.

„Mortier se ha puesto en marcha el
„jueves con seis mil hombres por el ca-
„mino de Alba. Ayer tomaron el mismo
„camino mil caballos, y mañana saldrá
„un número aun mas considerable; sin
„duda tomarán el camino de Baños. Soult
„saldrá de aquí mañana ó pasado maña-
„na. Los dos cuerpos que han pasado
„por aquí se componen de unos veinte
„y seis ó treinta mil hombres, no tie-
„nen mas que diez y ocho cañones y
„quatro obuses. Han traído consigo des-
„de Zamora quatro pontones, algunas
„bombas de veinte y quatro pulgadas de
„diámetro, y dicen que todos los caño-
„nes, que hay aquí, pertenecen al cuer-
„po de Soult.

*Carta de don Julian Sanchez, fecha
de Fuente de san Estevan á 29
de julio.*

„Esta mañana hemos encontrado
„cerca de Tavera, á cinco leguas de Le-
„desma, á un destacamento de sesenta y
„dos caballos enemigos; se formaron en
„batalla luego que nos vieron; los ata-
„camos al momento, y solos dos han
„escapado, veinte y ocho han sido muer-
„tos, y los otros treinta y dos se han
„cogido prisioneros con el comandante,
„un oficial y treinta y siete caballos: ma-
„ñana los enviaré á V. E. No hemos
„tenido mas que dos soldados heridos.

Salamanca 29 de julio.

„Sault y todas sus tropas han sali-
„do ayer, y no han dexado aquí mas
„que quatrocientos soldados. Ney lle-
„ga hoy, y su cuerpo de ejército no
„asciende á diez mil hombres; de este mo-

do los cuerpos reunidos de Soult, Ney
y Mortier, no componen mas que trein-
ta ó treinta y quatro mil hombres. La
caballería, que ha pasado por aquí hoy,
es poco numerosa, y ha tomado el ca-
mino de Tebares para no encontrarse
con nuestras guerrillas. La mayor par-
te de la artillería, seguida de alguna
infantería, ha atravesado la ciudad sin
detenerse, y ha tomado el mismo ca-
mino que el cuerpo de Soult. La ar-
tillería de los tres cuerpos franceses se
compone de cincuenta piezas, entre
ellas seis de á 8. Es evidente que Soult
y Ney no estan acordes, y la diferen-
cia de sus ideas parece que influye en
el espíritu de los soldados. Han llega-
do esta mañana dos partes, y en con-
secuencia de ellos los doscientos sesenta
y siete hombres que habian venido de
Zamora, han vuelto á aquella ciudad;
dicen que en seguida han tomado el
camino de Valladolid. Tambien se di-
ce que el marqués de la Romana está
en Leon, y que hay un cuerpo inglés

„en Carrion. La caballería francesa, que
 „estaba en Calzada de D. Diego de Cas-
 „tregon, ha salido ayer para ir á la cal-
 „zada de la Plata, ha tomado el ca-
 „mino directo de S. Pedro de Rozadas,
 „donde hay un inmenso bibac de tropas.

Alvera 1 de agosto.

„Los franceses han entrado en Ve-
 „jar en número de diez mil infantes, o-
 „chocientos caballos y quatro cañones;
 „una parte de este cuerpo ha tomado el
 „camino de Plasencia y de Corias.

Salamanca 1 de agosto.

„El cuerpo de ejército de Ney lle-
 „gó aquí ayer con una gran cantidad
 „de bagages, alguna artillería, y como
 „unos ochocientos caballos. Los solda-
 „dos de este cuerpo dicen que son cer-
 „ca de diez y siete mil, pero no pare-
 „ce que componen esta fuerza; sin em-
 „bargo, se puede valuar su número en

„mas de doce mil. Han traído unas dos-
 „cientas bombas del castillo de Zamo-
 „ra , y las han enviado á Valladolid.

Ledesma 2 de agosto.

„En este instante acaba de llegar el
 „correo de Salamanca , y trae la noti-
 „cia de que todos los franceses, que esta-
 „ban allí , han marchado : segun las car-
 „tas de varios particulares , escritas á los
 „habitantes de esta villa , parece que han
 „seguido á los franceses treinta y qua-
 „tro individuos del pais , que estaban in-
 „teresados en su causa. Hemos sabido
 „de positivo que los franceses no han
 „dexado en Zamora mas que trescientos
 „enfermos que no pudieron llevarse ; los
 „han recomendado á las autoridades. Han
 „dexado en los almacenes de Salamanca
 „un gran número de sacos de harina , y
 „una porcion de granadas y balas de ca-
 „ñon en el convento de los Mínimos.
 „Soult ha hecho alarde de que dentro de
 „poco tiempo arruinará la Junta Cen-

„tral con solos sus quince mil hombres.

NOTA XVIII.

Los ingleses y portugueses ocupaban en la cresta de la montaña una posicion que formaba un arco de círculo. Esta circunstancia contribuyó principalmente á la ventaja que consiguieron.

(pág. 274.)

Véase la traduccion de la pág. 291 de la obra inglesa intitulada , *Narration of the campaign of the loyal Lusitanian legion under , brigadier general Sir Robert Wilson.*

„El ejército combinado estaba situado en una extension de dos leguas, „á lo largo de la cuesta de la montaña „de Busaco ; delante estaba una línea „de puestos ocupados por tropas ligeras, „y esta línea de puestos formaba „con la posicion del ejército un segmento de círculo, que abrazaba por sus „extremidades la posicion de los enemi-

„gos. Los franceses no podian hacer el
 „mas minimo movimiento desde sus po-
 „siciones, sin que se notase inmediata-
 „mente desde la cima de la montaña, y
 „esta circunstancia contribuyó *most ma-*
 „*terially* muy esencialmente á la venta-
 „ja de los ingleses.

NOTA XIX.

*Pero los reconocimientos, que se envia-
 ron á diferentes puntos, hallaron al e-
 xército de Lord Wellington atrinche-
 rado en una posicion, que era imposi-
 ble atacar ó envolver, entre la mar y
 el Tajo, en la cadena de montañas-que
 se extiende desde Alhandra hasta Tor-
 res-Vedras, y á la embocadura del
 Sisandro, y mas atras ácia Mafra.
 (pág. 276.)*

Véase el plan y la descripcion del
 capitán de artillería inglesa Willian,
 Granville Eliot. He aquí la traduccion
 de algunos extractos sacados de un li-

bro inglés intitulado: *Nerration of the campaigns in Spain and Portugal, under brigadier general sir Robert Wilson.* pág. 301.

„Vimos claramente al mariscal Masena, seguido de un numeroso estado mayor, venir á reconocer nuestras posiciones. Su ejército estaba dividido en tres cuerpos; la derecha no parecia adelantarse mas allá de Sobral.

„La izquierda se apoyaba en el Tajo. Las lluvias habian puesto impracticable el camino que conduce á Torres-Vedras, y los franceses vieron entonces, que su marcha precipitada les habia puesto en una situacion malísima.

„Masena halló obstáculos, que no esperaba, y las dificultades, en que se habia empeñado, se aumentaban diariamente por la falta de víveres.

Esta era la posicion de nuestro ejército combinado inglés y portugués.

„Segunda division á las órdenes del general Hill: la derecha en Alhandra

„cerca del Tajo, cubierto su flanco con
 „las lanchas cañoneras. Las brigadas de
 „los generales Humbley y Hoghton en
 „Bucellas.

„Division ligera del	} Debaxo de Camvas.
„general Crawford.	
„Quinta idem del	
„general Heiths.	

„Primera division mandada por Sir
 „B. Spencer en el centro y á la izquier-
 „da: el quartel general en Sobreira.

„Tercera division del general Pie-
 „ton en Torres-Vedras.

„Quarta division del general Cole
 „en Dias Portas.

„Quinta division del general A.
 „Campbel en Ribaldiera, caballería: Sir
 „J. Colton que la manda, tiene su quar-
 „tel general en Mafra.

„Las brigadas portuguesas estan mez-
 „cladas en la defensa de las baterías con
 „las brigadas inglesas. El brigadier general
 „Pake es comandante del fuerte que se ha
 „construido en el centro de las posicio-
 „nes atrincheradas, y en la cima mas

„elevada de las montañas. Desde este
 „fuerte, que está cerca y encima de la
 „aldea de Portella de Casaes, se disfruta
 „de una hermosísima y extensa pers-
 „pectiva. Se vé á la derecha del rico va-
 „lle del Tajo, y mas allá de este rio,
 „la provincia de Alentejo.

„Ácia la izquierda se extiende la
 „vista por el resto de las posiciones mi-
 „litares, y por el Atlántico. Se distin-
 „guen las cimas de las montañas de Cin-
 „tra, las Burlingnes, y la fortaleza de
 „Peniche.

NOTA XX.

*Los ingleses, siempre alerta en sus líneas,
 disfrutaban del mayor reposo, &c.*

(pag. 281.)

Véase la siguiente traducción de
 una anécdota que refiere el *Edinburgh*
annual register de 1810 pág. 468.

„Habiéndose escapado un toro de
 „un puesto francés, que estaba enfrente

„del piquete del regimiento inglés 92,
 „fué alcanzado y muerto en el terre-
 „no neutral, que estaba entre las dos a-
 „banzadas, por los soldados ingleses.

„Mientras que estaban ocupados en
 „hacer quartos el buey, vinieron unos
 „soldados franceses sin armas á reclamar
 „su parte, haciendo señas con sus pa-
 „ñuelos, y diciendo que era la única pro-
 „vision que tenían, y que venian de par-
 „te de su oficial á pedir que se partiese
 „la presa: los ingleses dieron á los fran-
 „ceses la mitad del buey, y añadieron
 „un presente de algunos panes y una
 „botella de ron. Los piquetes ingleses y
 „franceses se habian familiarizado tanto
 „que se visitaban á menudo y bebian
 „juntos.

NOTA XXI

Un paisano de las inmediaciones de Thomar habia escogido por guarida una caberna cerca de esta ciudad, y mató por su propia mano en el mes de febrero mas de treinta franceses.

(pág. 294.)

Esta aneodota está sacada del Edimburgh annual register, for 1811. página 252.

NOTA XXII.

Esta era la situacion de los franceses al principio del mes de marzo, quando un comboy de galleta, que esperaban de Francia, fué tomado por los partidarios españoles. (pág. 297.)

La toma de este comboy de galleta se refiere en el Edimburgh annual register 1811. *Histori of Europe*, página 254.

FIN.

7





